A photograph of a stone wall covered in moss and surrounded by trees in a forest. The wall is made of irregular, light-colored stones and is partially covered in green moss. The background shows dense green foliage and trees.

Arqueología de la Segunda Guerra Mundial en Sudamérica

Daniel Schavelzon y Ana Igareta



Arqueología de la Segunda Guerra Mundial en Sudamérica

el asentamiento Nazi de Teyú Cuaré

Daniel Schavelzon y Ana Igareta

ARCHAEOPRESS ARCHAEOLOGY



ARCHAEOPRESS PUBLISHING LTD
Summertown Pavilion
18-24 Middle Way
Summertown
Oxford OX2 7LG
www.archaeopress.com

ISBN 978-1-80327-217-7
ISBN 978-1-80327-218-4 (e-Pdf)

© Daniel Schavelzon, Ana Igareta, and Archaeopress 2022

All rights reserved. No part of this book may be reproduced, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying or otherwise, without the prior written permission of the copyright owners.

This book is available direct from Archaeopress or from our website www.archaeopress.com

Contents

List of Figures	i
Abstract	xi
Foreword.....	xvi
Miembros del equipo de trabajo	xx
Agradecimientos	xxii
Capítulo I: Presentación	1
Capítulo II: La leyenda de Martin Bormann y Teyú Cuaré	11
Capítulo III: Teyú Cuaré: un lugar en el mundo	20
La naturaleza del parque	26
El río Paraná ¿frontera o camino?.....	27
Alemanes y nazismo en Misiones.....	29
Capítulo IV: Arquitectura y evidencia material en Teyú Cuaré: El asentamiento	35
Nota sobre las técnicas de investigación en un entorno selvático	50
Capítulo V: Arquitectura y evidencia material en Teyú Cuaré: La zona oeste y sus grandes estructuras	52
La Estructura I	54
La Estructura II	91
La Estructura III.....	120
Capítulo VI: El entorno	128
Estructuras A, B, C y D (chacra de Bustos)	139
El conjunto F.....	143
El conjunto G y el Mirador.....	144
Capítulo VII: La Casa de piedra (Estructura A).....	151
El hallazgo dentro del muro.....	157
Capítulo VIII: El asentamiento y su arquitectura: el uso del espacio	166
El uso del espacio exterior	168
La arquitectura regional hacia 1945.....	169
El acceso al sitio y el uso de materiales de construcción hacia 1945	174
Capítulo IX: ¿Dónde se construyó el conjunto de Teyú Cuaré?.....	181
El aserrado y puerto Blosset	184
Secretismo y lucha social en San Ignacio.....	185
Capítulo X: Conclusiones a una historia difícil.....	187
Bibliografía.....	194
Publicaciones, presentaciones y estudios del Proyecto “Arquitectura lítica del siglo XX en Argentina: Estudio de un caso en la selva misionera”	198
Ponencias en eventos científicos.....	199
Informes, accesibles en Internet	200

Lista de Figuras

Figura 1.	Ubicación de Teyú Cuaré en América del Sur, en Argentina y dentro del territorio cercano a la ciudad de San Ignacio. La flecha indica el sitio arqueológico, el recuadro la zona de estudio del mismo nombre.....	2
Figura 2.	El agrimensor Joaquín Queirel al centro de su grupo ('mi tribu') quienes exploraron la zona en 1877 para trazar los primeros poblados, incluyendo San Ignacio.....	3
Figura 3.	Plano de 1916 en que figura la península de Teyú Cuaré sin ocupación, el cercano Puerto Blosset y el poblado de San Ignacio con sus puertos viejo y nuevo; el río Yabebirí era aun un arroyo.....	6
Figura 4.	Mapa de la provincia de Misiones a inicios del siglo XX mostrando la falta de poblados y el poco conocimiento que se tenía aun de su geografía, Teyú Cuaré ni siquiera está representado (C. de Chapeaurouge 1901).	7
Figura 5.	Mapa de la península de Teyú Cuaré indicando la zona arqueológica, los caminos actuales y los sitios principales tratados en el texto.....	9
Figura 6.	Catastro del año 2005 mostrando la abrupta topografía del sector que incluye las ruinas. Aun existía la isla en el río Paraná. (Cortesía Municipalidad de San Ignacio).	9
Figura 7.	Cartel en el parque de Teyú Cuaré en la actualidad: el mito de Bormann sigue vivo.	12
Figura 8.	Huellas dactilares de Bormann enviadas a la Policía Federal Argentina en 1960 continuando con su búsqueda (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).....	14
Figura 9.	Escuela en Cambiretá, Paraguay, ca. 1940 (Cortesía C. Gallero).....	15
Figura 10.	Portada del artículo de 1976 que inició la zaga del mito de Bormann en Teyú Cuaré (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).....	16
Figura 11.	Lateral del Edificio I en 2008 cuando sobre la ventana, aun entera, habían seis hiladas de piedras. (Cortesía A. Cardozo).....	17
Figura 12.	La misma pared en 2019 con parte del muro de la ventana derruido.	18
Figura 13.	Florencio de Basaldúa enviado para atraer inmigrantes, en 1900, tratando de abrir un camino hasta San Ignacio (De Basaldúa 1901: 34).	21
Figura 14.	Plano de 1869 en que Misiones aparece con la leyenda “ <i>Este territorio es hoy completamente abandonado</i> ” (Biblioteca del Instituto de Arte Americano).	22
Figura 15.	Bloque de basalto llamado Peñón de la Reina Victoria, que delimita el sitio haciéndolo casi inaccesible.	23
Figura 16.	Desarrollo de caminos dentro de Misiones en 1895 cubriendo la parte sur del territorio y facilitando el cruce desde Brasil hacia las colonias y Paraguay (Cortesía de C. Gallero).....	24
Figura 17.	Detalle del plano de Carlos de Chapeaurouge de 1901 con el confuso reparto de tierras en la región: límites mal demarcados y en que aun no figura el pueblo de San Ignacio. Nótese las tierras aun vacantes (De Chaperouge 1901).	25
Figura 18.	Antigua foto de la <i>Isla del Barco Hundido</i> frente a Teyú Cuaré; un barco encallado que acumuló sedimento y luego desapareció con las obras de Yacyretá. No se observa evidencia de que hubiera construcciones en ella (Cortesía A. Cardozo). .	27

Figura 19.	Profesores y alumnos de una escuela de Misiones no identificada en la década de 1940 (Cortesía C. Gallero).	31
Figura 20.	Buenos Aires, 1938: multitudinario acto en el estadio del Luna Park celebrando la anexión de Austria a Alemania por Hitler, el símbolo de la rueda dentada con la cruz esvástica representaba al único sindicato de trabajadores autorizado en Alemania, con representación local (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).....	32
Figura 21.	Vista oeste de la península de Teyú Cuaré.	35
Figura 22.	Mapa de las estructuras relevadas en el sitio de las ruinas de Teyú Cuaré.	36
Figura 23.	Plano de los muros visibles que envuelven el cerro en la zona norte del sitio.....	37
Figura 24.	Hallazgo de uno de los muros durante un recorrido de superficie; los restos se encuentran completamente cubiertos por la vegetación.	38
Figura 25.	El muro mejor conservado que da la vuelta a la base del cerro, en partes enterrado, y formando terrazas empedradas.	38
Figura 26.	Muros que descienden hacia el río y penetran en él, que fueron parte del sistema de la zona noreste. La foto está tomada desde el agua y después de cortar la vegetación que la cubría.....	40
Figura 27.	Muros de las terrazas de la Estructura XI; una vez limpios, se detectó un irregular piso de piedras. La pared que soporta está inclinada y es más ancha en la base.....	40
Figura 28.	Terraza principal de la Estructura XI. Al retirarse la cubierta vegetal se descubrió un piso de piedras y que las paredes son de una sola hilada de ancho.	41
Figura 29.	<i>Lampiu</i> , sistema de iluminación hecho con latas usadas y velas, tradicional en la región, en ejemplares encontrados en la zona este de la península.	42
Figura 30.	Tipos de terrazas escalonadas de piedra registradas en la zona norte.	44
Figura 31.	Rampa de descarga de Puerto Benberg, que funcionara cerca de Iguazú a inicios del siglo XX, similar aunque debió ser mucho mayor a la que debió haber del lado este de la península. (Foto colección privada).....	44
Figura 32.	Sección del parapeto visto desde el río. Aunque se encuentra en la orilla desde el año 2000, antes de la modificación de la altura del agua estaba alejado y cubierto por vegetación. Una parte ha quedado cubierto por la arena del río y la altura visible actual es de 1.35 metros.	46
Figura 33.	Antigua estructura de postes detrás de la roca; las marcas grises en el suelo indican la presencia de madera quemada, el poste es visible aun en el sitio.	47
Figura 34.	Pantano artificial surgido en la desembocadura del pequeño arroyo que corre por el sitio a partir de la instalación de una represa de piedra.....	48
Figura 35.	Sillar de buena manufactura abandonado entre la cantera y las estructuras.	49
Figura 36.	Cinzel de hierro hecho de una pieza metálica informe y descartado por su desgaste.	50
Figura 37.	Casa de tablas de madera sobre basamento de piedra con galería frontal, típica de la arquitectura maderera regional, las tejas de madera han sido reemplazadas por chapa galvanizada.	53
Figura 38.	Estructura abierta de uso comunal y construcciones anexas en una de las comunidades guaraníes próximas a Teyú Cuaré.	54
Figura 39.	Casa en piedra en San Ignacio de inicios del siglo XX, con fachada urbana y el tradicional interior tripartito. Conserva la evidencia de la galería al frente, ahora puesta detrás con el cambio de las costumbres. El aparejo de las	

	pedras de paredes y vereda es diferente al del sitio arqueológico o las ruinas jesuíticas cercanas.	55
Figura 40.	Plano esquemático de los tres conjuntos de estructuras que componen la sección principal de sitio.	55
Figura 41.	Reconstrucción de la fachada de la Estructura I y sus desniveles.	56
Figura 42.	Planta de la Estructura I, los muros externos de piedra, los internos de ladrillos y las usadas para delimitar el camino de acceso y el patio posterior.	56
Figura 43.	Escalera de entrada ubicada de manera perpendicular a la fachada y al balcón saliente sobre el basamento.	58
Figura 44.	Salón principal de la casa con las paredes internas hechas de ladrillo revocado, ahora cubiertas de inscripciones modernas.	59
Figura 45.	Ángulo interno en que se unen uno de los muros de piedra a la vista con otro de ladrillos, en la puerta que conecta la casa con el anexo lateral.	60
Figura 46.	La <i>heladora</i> de la casa, espacio subterráneo en la cocina para guardar alimentos a temperatura constante.	61
Figura 47.	La cocina: ángulo en que fue colocada el artefacto para cocinar a leña. Paredes pintadas de azul Prusia con agujeros de salida de humo y agua caliente. En el piso se alcanzan a ver fragmentos de baldosas azul y amarillo.	62
Figura 48.	Baldosas de los pisos existentes en la zona cercana a Teyú Cuaré y la constante presencia de la bandera alemana en las entidades públicas como la iglesia de Corpus, la de San Ignacio y la comisaría de Corpus, construidas hacia 1938-39.	62
Figura 49.	Evidencia de los mosaicos del piso del baño de la Estructura I, removidos en su totalidad.	63
Figura 50.	Bañera hecha de azulejos blanco y bordes negros. En el pozo se observa la cañería de cerámica vitrificada para descarga.	63
Figura 51.	Azulejos marca <i>Richards</i> de la bañera de la Estructura I descartados en el pozo de basura de la Estructura II.	64
Figura 52.	Pintura de color azul Prusia sobre las paredes de la bañadera, el resto era blanco.	65
Figura 53.	Botiquín de baño atribuido a provenir de la Estructura I, en una casa de San Ignacio.	65
Figura 54.	Marca dejada por el portarrollos para papel higiénico, objeto cuya presencia en una vivienda ubicada en medio de la selva resulta casi una pieza de lujo.	66
Figura 55.	Ventana de baño cuando aún se conservaba en buen estado; la imagen muestra que era compartimentada y tenía persiana (Poujade 1999).	66
Figura 56.	Gran reservorio de agua en la ladera del cerro que se estima la conducía a un tanque metálico en la cocina, para darle presión para la ducha y canillas.	67
Figura 57.	Fragmento del zócalo de la casa, en este caso color rojo, que envolvía los pisos de toda el casa.	68
Figura 58.	Extremo visible de un gancho industrial de soporte (espiga) de las ventanas y puertas, colocado entre las piedras de los muros durante la construcción.	69
Figura 59.	Espiga de hierro de manufactura industrial extraída de uno de los muros.	70
Figura 60.	Única ventana de la Estructura I que aun tenía el marco completo; el contramarco estaba unido a la pared por las espigas de hierro.	70
Figura 61.	Contramarco de madera del sistema utilizado por la inmigración alemana en las casas hechas de piedra en San Ignacio, hacia 1900, sin espigas y colocadas después de hechos los muros.	71

Figura 62.	Herrajes de las ventanas tomados del catálogo de <i>Otto Motte y Compañía</i> , editado en Buenos Aires en 1942.	71
Figura 63.	Vista de la fachada del edificio; el sendero estrecho y la vegetación impide la visión desde el frente de cómo se desarrolla hacia atrás.	72
Figura 64.	Ambiente adosado en la Estructura I, posible espacio auxiliar o dependencia de servicio, antes de su exploración, al completarse la limpieza de la vegetación externa.	73
Figura 65.	Interior de la habitación anexa con su ventana y el piso de lajas de piedra.	73
Figura 66.	Uno de los muros de piedra del edificio con una marca que muestra un cambio en el criterio constructivo y el empleo de bloques de menor formato.	74
Figura 67.	Plano del lugar en el cimiento de la cocina en que se encontraron las monedas.	75
Figura 68.	Conjunto de monedas halladas en la base de un muro interno de la Estructura I, tras su limpieza, vistas por ambas caras. Nótese la diferencia de desgaste entre ellas.	76
Figura 69.	Detalle de una de las paredes internas de la Estructura I completamente cubierta por grafitis.	76
Figura 70.	Plano de dispersión de objetos en el exterior de la Estructura I. Es posible observar un patrón en la distribución de los clavos, que estaría indicando por un lado el ingreso por la puerta de los materiales de construcción del techo y su posterior desarmado y retiro por la ventana.	78
Figura 71.	Fechas de las monedas de diversos orígenes encontradas en la Estructura I y su entorno inmediato: se agrupan en los años de la Segunda Guerra Mundial.	78
Figura 72.	Pozo para agua asociado a la Estructura I, revestido de piedras en la parte superior. El interior es cuadrado lo que lo hace realmente extraño.	79
Figura 73.	Vista parcial de la cantidad de comida enlatada del pozo de basura de la Estructura I.	80
Figura 74.	Plato y taza de té de una vajilla de porcelana de Silesia marca Ohme.	81
Figura 75.	Salsera de loza alemana de la fábrica Villeroy et Boch en Bonn.	81
Figura 76.	Fragmentos de porcelana alemana de Meissen hallados en diversos sectores del conjunto. Nótese el pequeño fragmento recortado en forma cuadrada.	82
Figura 77.	Frasco de <i>Untisal</i> , producto de consumo utilizado como remedio universal hallado en diversos envases.	83
Figura 78.	Frasco y publicidad de la <i>Emulsión de Scott</i> , producto de consumo masivo no medicinal de alta presencia en el lugar.	83
Figura 79.	Depurativo Richelet, un laxante que la publicidad vendía como medicina contra todos los males.	84
Figura 80.	Frascos iguales hechos por impresión y provenientes de los pozos de descarte de las Estructuras I y II.	84
Figura 81.	Herramientas de trabajo de la zona en que se destacan los recortados para darles formas especiales.	85
Figura 82.	Aro de piedra y cobre, una de las evidencias de la presencia femenina en el sitio.	85
Figura 83.	Tinteros de vidrio del pozo de descarte de la Estructura I.	87
Figura 84.	Pequeño espejo de tocador con bordes recortados, restaurado. Los burdos agujeros de soporte coinciden con dos agujeros existentes en una pared de la habitación al suroeste en la Estructura I.	87

Figura 85.	Vaso trabajado por amolado en su superficie recuperado en el basurero de la Estructura I	88
Figura 86.	Angulo noroeste de la plataforma de la Estructura IV y las piedras utilizadas con una buena terminación.	89
Figura 87.	Entrada al basamento de la Estructura II y encima la única sección que sobrevivió del piso superior.	91
Figura 88.	Reconstrucción de la Estructura II.	92
Figura 89.	Plano de los dos pisos de la Estructura II, nótese la complejidad del acceso al piso superior.	93
Figura 90.	Corte transversal de la Estructura II, en que se ve el apoyo sobre el cerro.	92
Figura 91.	Interior de la planta baja antes de su excavación, ya limpia de la vegetación que la cubría.	95
Figura 92.	Grandes sillares de piedra bien trabajada en la entrada al nivel inferior de la Estructura II.	95
Figura 93.	Entrada a la planta baja: el frágil dintel hecho con vigas, una tabla y piedras cementadas, ahora quebrado y cerca del colapso.	96
Figura 94.	Dintel de la entrada, sin evidencias de haber tenido una puerta, armado con una tabla y dos tirantes de madera.	97
Figura 95.	Evidencia de la falta de unión en los ángulos entre los muros, lo que llevó a la caída del revoque y luego de los muros superiores.	97
Figura 96.	Vista del gran conducto que cruza por debajo del muro oeste una vez liberados ambos extremos.	100
Figura 97.	Conducto de tamaño reducido identificado en una de las paredes del nivel inferior del edificio, probablemente sirvió como conducto de ventilación.	100
Figura 98.	<i>Mechinales</i> o marcas de las vigas de madera que sostenían el primer piso, aun visibles en uno de los muros. Es evidente la mala calidad de la estructura.	101
Figura 99.	Casa en el <i>Club de Río</i> que reproduce el modelo de la Estructura II aunque hecho con lógica constructiva salvo por la puerta no funcional del lateral del primer piso.	101
Figura 100.	Marca estampada con sello en un vidrio blanco, corresponde a la fábrica alemana <i>Tettau</i> de objetos suntuarios.	102
Figura 101.	Palangana de metal esmaltado que muestra marcas concéntricas de golpes de un lado a mitad de altura, y del otro lado hay nervaduras de rotura hechas en el borde superior, típico del uso de un cucharón.	103
Figura 102.	Balde de hierro sin fondo encontrado en las cercanías del pozo.	104
Figura 103.	Pozo de agua asociado a la Estructura II con la base de piedras que rodea la boca.	105
Figura 104.	Diversas latas y sus formas de apertura mediante cuchillo, abridores y hasta machete. Una de ellas fue burdamente cortado para guardar clavos.	106
Figura 105.	Mango de cuchillo bañado en plata con iniciales no legibles, parte de los objetos del descarte de la Estructura II.	107
Figura 106.	Moneda de 10 <i>Heller</i> proveniente de Austria de 1915-16, alterada con una perforación vertical.	107
Figura 107.	Detalle del corte en la moneda hecho de forma de no dañar la corona imperial, con un marcado desgaste por uso.	108
Figura 108.	Botón de cobre de uniforme militar alemán de la Primera Guerra Mundial.	108

Figura 109.	Hallazgo de ampollas de medicina estomacal, en posición original en una caja desaparecida por la humedad.....	109
Figura 110.	Las ampollas al completarse los trabajos de limpieza y conservación.....	109
Figura 111.	Conjunto de municiones no usadas, fabricadas en 1922 y 1925, de calibres 22 corto y 9 mm.....	110
Figura 112.	Fragmento de un disco de 78 RPM intencionalmente cortado en forma rectangular.....	111
Figura 113.	Fragmento de una lámpara de aceite cuya tulipa presenta una litofanía en bajorrelieve y detalle del cuadro de Pierre Auguste Cot del que proviene la decoración (Cortesía del <i>Blair Museum of Litophanes</i>).....	112
Figura 114.	Hoja y empuñadura de una navaja curva, de manufactura artesanal.....	113
Figura 115.	Llaves para la apertura de latas de carne tipo “Viandada” o Corned Beef.....	113
Figura 116.	Serruchos y sierras rotos de tanto afilarlos para ser reusados.....	114
Figura 117.	Tubos de vidrio de vitaminas efervescentes habituales desde la década de 1950.....	115
Figura 118.	Fragmentos de cubreobjetos y portaobjetos descartados en el pozo de basura cercano a la Estructura II.....	116
Figura 119.	Portaobjetos con unión hecha con <i>bleque</i> negro para incluir un objeto de cierta dimensión.....	117
Figura 120.	Estructura rectangular ya re-excavada, mostrando las paredes y pisos originales y la peculiar forma en que había sido hecha en origen.....	118
Figura 121.	Dibujos con los cortes verticales del pozo excavado, que había sido relleno y enmarcado con piedras, y su forma peculiar para dejar un cinturón en su interior.....	118
Figura 122.	El cinto una vez restaurado y armado, con su hebilla en la que falta la cruz de esmalte rojo del centro.....	119
Figura 123.	Plano de la Estructura III.....	121
Figura 124.	Escalera de la plataforma de la Estructura III colocada en el ángulo sureste e inicio del camino hacia la Estructura I.....	121
Figura 125.	Camino empedrado hacia la base del cerro uniendo las estructuras I y III, al fondo se ve la escalera de la Estructura III; se observa el descenso y la curvatura que toma para adaptarse al terreno.....	122
Figura 126.	Basamento de la Estructura III, el aparejo de piedras es de simple apilamiento.....	123
Figura 127.	Interior de la construcción y pequeño cuarto, posible cocina, que servía al resto del conjunto.....	123
Figura 128.	Lateral norte de la estructura tras el despeje de la vegetación, se observa el muro perimetral bajo y dos de los pilares del posible techo.....	124
Figura 129.	Perforación del muro en el recinto menor, que debió servir como chimenea de la cocina.....	125
Figura 130.	Piso del exterior de la Estructura III durante su limpieza, nótese el aparejo de piedra de las paredes como simple superposición de lajas.....	126
Figura 131.	Plano de 1943 de la región. El parque y sus ruinas están en el norte, figuran las viviendas, caminos y senderos de la época (Instituto Geográfico Nacional).....	128
Figura 132.	Cabaña de madera con pórtico en el área de la primera ocupación de la actual chacra de Lemes-Cardozo con pórtico de entrada.....	130

Figura 133.	Una de las cabañas que correspondería a la primera ocupación de las tierras de Lemes-Cardozo, con entrada por un pórtico remetido.	130
Figura 134.	Una de las escaleras de piedra construidas dentro de los terrenos de la misma chacra.....	131
Figura 135.	Casa de la familia Daumos de la década de 1940.....	131
Figura 136.	Muro testero y ábside de la construcción original de la capilla de Teyú Cuaré. ..	132
Figura 137.	Vajilla de los siglos XIX y XX del descarte del asentamiento.	132
Figura 138.	Conjunto de objetos metálicos abandonados en las viviendas.....	133
Figura 139.	Jarra de metal esmaltado de la fábrica Villeroy et Boch, con marca de inicios del siglo XX.....	133
Figura 140.	Escuela elemental de Teyú Cuaré en la década de 1950 (Cortesía A. Cardozo).	135
Figura 141.	Cruz de la entrada al antiguo cementerio ahora invadido por la vegetación. Con entierros desde 1931, fue reconocido como tal en 1942.	136
Figura 142.	Estado actual de lo que fuera el bar de Cándido, existente hasta 1970, ejemplo de la velocidad de destrucción de la vegetación, el saqueo y el clima local.....	137
Figura 143.	El mayor resto material de la Estructura H, en uso aun en 1998: un horno de pan hecho de ladrillos.....	138
Figura 144.	Los relictos de un elástico de cama de hierro embebido por un árbol.....	138
Figura 145.	Hallazgo de restos del piso de la Estructura B en donde la destrucción ha sido casi absoluta.	140
Figura 146.	La Estructura D ya incompleta en el año 2015 y su estado en 2018, mostrando la velocidad de destrucción en la zona.....	140
Figura 147.	Detalle de una de las ventanas de la vivienda cuando aún estaba en pie, ejemplo del trabajo artesanal local.	141
Figura 148.	Limpieza del basamento principal del conjunto de construcciones F en la parte superior de la montaña.....	142
Figura 149.	Dibujo con los recuerdos de las casas de ese lugar hacia 1980, la coincidencia es casi absoluta (Cortesía familia Lemes-Cardozo).	142
Figura 150.	Pozo de agua del sitio colmatado por el derrumbe de uno de los muros laterales.....	143
Figura 151.	Piedras del basamento frontal de una de las viviendas del grupo G en las que se observa la destrucción a sólo veinte años de su abandono.....	144
Figura 152.	Fragmentos dispersos de muros que sin continuidad ellos que jalonan el terreno del grupo G hacia el Mirador, posible relicto de divisiones de terrenos.....	145
Figura 153.	Pozo de agua antiguo con reborde moderno que funcionaba para el grupo G de construcciones.	145
Figura 154.	Posibles estribos para caballos que indican el nivel de pobreza de los habitantes del conjunto G.....	146
Figura 155.	Mirador hacia el valle que limita el conjunto de las ruinas hacia el norte, única parte no visible desde las ruinas. La estructura ha sido restaurada en fecha reciente para el turismo.	146
Figura 156.	Vista hacia el valle al este del sitio desde el Mirador del grupo G.....	147
Figura 157.	Restos ya no identificables de una casa de la década de 1940 cerca del camino. .	147
Figura 158.	Superposición del plano de 1943 con un relevamiento actual y ubicación de las estructuras descritas en el texto.	148

Figura 159.	Grandes piedras talladas, sin proveniencia pero de la zona, a la espera de que les den un nuevo uso: ejemplos de la calidad del trabajo de los pioneros de inicios del siglo XX en la región.	149
Figura 160.	Camino de acceso a <i>Casa de piedra</i> demarcado por árboles intencionalmente plantados en línea sobre una superficie artificialmente aplanada.....	151
Figura 161.	La construcción principal del sitio <i>Casa de piedra</i>	152
Figura 162.	Muro frontal con su posible ventanal. Es visible el sistema de soporte del dintel mediante un arco rebajado.	153
Figura 163.	Piso de lajas de la estructura una vez limpia, la piedra que falta estaba ausente.	154
Figura 164.	Vista de la plataforma con piso de lajas de piedra próxima a <i>Casa de piedra</i>	155
Figura 165.	El aljibe del que queda la parte inferior del brocal, era una estructura compleja cubierta con ladrillos hasta el fondo, revocada al exterior.....	156
Figura 166.	Momento del hallazgo de la caja metálica, colocada vertical en la unión entre las piedras bajo la ventana destruida; se ha quitado la piedra que la tapaba.	157
Figura 167.	Recipiente metálico que en origen contenía dulce de membrillo, con la fecha 1940 en relieve, tal como fue encontrada, a la derecha un envase similar de colección.....	158
Figura 168.	Apertura de la lata de callicida alemán que contenía las monedas y una similar como referencia.	159
Figura 169.	Grupo de seis monedas (anverso y reverso) halladas en el envase menor; salvo la argentina, las demás provienen de Europa oriental y fueron acuñadas entre 1938 y 1944.....	160
Figura 170.	Fechas de acuñación de las monedas halladas en <i>Casa de piedra</i> . La de 1955 procede del piso de la estructura, fuera de la lata.....	161
Figura 171.	Fechas de impresión de los billetes encontrados en la lata hallada en la pared.....	161
Figura 172.	Fotografía de un joven nazi de las SA, recortada de un diario de Buenos Aires de 1932, tal como fue hallada, antes y después de la restauración.	162
Figura 173.	Fotografía de Hitler y Mussolini en la reunión de 1934 en Venecia. A la derecha la fotografía original de la cual fue impresa la postal, tal como fue encontrada y previo a su restauración.	163
Figura 174.	Ampolla de vidrio con restos de corcho en su interior, las manchas internas y externas son las que fueron analizadas.....	164
Figura 175.	Casa de madera y techo de chapa en la tipología rural tradicional de la región, con el pórtico incluido en el volumen de la casa.	170
Figura 176.	Casa pionera regional en obra: nótese la remoción de la vegetación en torno a la vivienda hecha con paredes y tejas de madera (Colección privada, Buenos Aires).....	170
Figura 177.	Primeras casas de las empresas yerbateras, en este caso <i>Martín y Cía.</i> , una arquitectura victoriana en madera construida hacia 1910.	171
Figura 178.	Las instituciones: municipio de San Ignacio, pese a la fecha en el frente fue construido en un estilo anticuado y académico en 1928.....	171
Figura 179.	Las instituciones: arquitectura en estilo Neocolonial frente a las ruinas de San Ignacio Miní, que se quería imponer en la década de 1930-40.....	172
Figura 180.	Las instituciones: la modesta comisaría construida en 1937.	173
Figura 181.	Casa de la ciudad misionera de Apóstoles edificada en 1949: todos los juegos formales de la época en la gran construcción privada de modelo urbano.....	173

Figura 182.	Una de las casas más antiguas del centro de San Ignacio, posiblemente hecha hacia 1900; aunque modesta, los muros presentan hiladas de piedras con aparejo de calidad.....	174
Figura 183.	Antiguo <i>Almacén de Ramos Generales</i> de Zoubi en San Ignacio hacia 1950.	175
Figura 184.	Detalle del sistema constructivo europeo de maderas y piedra utilizada en el almacén.	175
Figura 185.	Casa llamada <i>De los franceses</i> en el camino al Puerto Viejo de San Ignacio, hecha hacia 1910 con mampostería de piedra revocada.....	176
Figura 186.	Casas hechas de piedra hacia 1890 en San Ignacio, quemada hace varios años. Mampostería unida con mezcla, ángulos bien trabajados y piedras en hileras....	177
Figura 187.	Complejo sistema de distribución de agua desde un aljibe en una casa de San Ignacio cerca del Puerto Viejo, todo hecho en piedra.	178
Figura 188.	Calidad de la talla y del pulido de la piedra en la tradición germana local.....	179
Figura 189.	Escalera en una casa hecha en piedra: nótese la cuidada terminación que tuvo y que mantiene después de un siglo de uso al aire libre.....	179
Figura 190.	Ventana de una vivienda pionera en piedra en San Ignacio: nótese el detalle de terminación de muros y marco para comparar con el sitio arqueológico.	180
Figura 191.	Plano de Teyú Cuaré en la actualidad, los caminos se inician en el límite con San Ignacio y se indican las construcciones principales y la llegada al sitio arqueológico.	183
Figura 192.	Superposición del plano actual con el Instituto Geográfico Militar de 1943, indicando coincidencias y diferencias en el proceso de ocupación de la región durante medio siglo.....	183
Figura 193.	Fechas de fabricación de los elementos cerámicos hallados en el sitio. El promedio inicial para de su coexistencia está en el año 1940.	188
Figura 194.	Periodo de fabricación de los clavos recuperados en el sitio y sus cantidades.....	188
Figura 195.	Total de las monedas alemanas halladas en Teyú Cuaré según sus fechas.....	189
Figura 196.	Cuadro con el total de las monedas argentinas de Teyú Cuaré ordenadas según sus fechas.....	189
Figura 197.	Presencia total de monedas fechadas en Teyú Cuaré.	190
Figura 198.	Cuadro con el total de objetos encontrados en el sitio con su asignación cronológica para tener un fechamiento promedio.	191

Abstract¹

The discovery of a probable Second World War criminal hideout, located on the jungle's border between Argentina and Paraguay, led to a detailed analysis of each construction and to the excavation of the shelter itself and its surroundings.

The Second World War failed to generate in Latin America any type of specific building or military structure. It is true that a great quantity of Nazis sought refuge on the continent and on Argentina and Paraguay, with or without the assistance of either the government or local groups. As far as we know, they did not require special military constructions for the purpose or civil buildings that would serve as hideaways. The criminals dwelled in normal houses of greater or lesser luxury, their children attended state schools, they used hospitals just like other citizens and, save for a few exceptions, went mostly unnoticed, although some communities took pride in protecting them (Goñi 1998; Jackisch 1987, 1997, 1998; Jackisch and Mastromauro 2000; Klich 1999; Mending 1998). A few of them, like Mengele, lived in hiding moving from one country to the next, but beyond the fact that they had to hide, disguise their identity or bribe authorities, there were no structures built for them (Camarasa 2008). The finding of a site—apparently built for the purpose of hiding someone safely in a rather inaccessible settlement located on the right side the Paraná River—turned out to be important archaeologically and historically (Schávelzon and Igareta 2017a). The settlement is organized around a central dwelling, a house in the modern sense of a family residence, but including many other structures and walls, used for secondary functions, made with local stone.

The settlement found have three main buildings and several ancillary structures, located in a small and well protected rocky gorge on the jungle area were was living the second greatest concentration of Second World War refugees in the country. Its study allowed the development of the idea that local neo-Nazi groups had built an inaccessible hideout for unknown purposes at the end of a valley between rock cliffs. The site had not been mapped in the national or provincial cadastres until 1999, although was located near the town of San Ignacio, Misiones, Argentina (Stefaňuk 1991). The difficulties in accessing the place kept it hidden. The first reference to appear in newspapers dates to 1976, but this was an isolated episode. Nevertheless, we believe that the site was related to the end of one set of activities and the beginning of another, being first a hidden locally supported Nazi site and later on a neo-Nazi sanctuary. The construction associated with Nazism might date to 1945 (or a year before), while the site may have been abandoned around 1955. Three distinctive main constructions were identified at the site, as well as associated lesser structures and a great quantity of low walls and other possible defenses and small buildings and terraces. The construction was carried out using simple stone, most slightly uncut, which marks a strong difference with the modern architecture of his time who existed yet on the surrounding cities. It is difficult to envisage the existence of modern houses with twentieth-century designs, including sanitation and the spatial layout in use in a bourgeois-like house, built in an architectural style that looks poor, old and of lesser quality. Without detailing this contradiction, almost nonsensical due to the poor quality of construction, while at the same time highlighting how well camouflaged the construction

¹ This abstract is based on the text of Daniel Schávelzon, 2017, *Franco's Fascist Activities in a Nazi Hideout? : Teyú Cuaré, Misiones, Argentina*, published in: *International Journal of Historical Archaeology* vol. 16, nr. 32.

is in its surroundings. The main hypothesis is that it was the work of a group of local people untrained in modern construction, who had previously only built uncut stone or wooden cottages, as is today the area. These builders had to adjust their knowledge to blueprints which demanded certain amenities: toilet with toilet paper, running cold/hot water, a wood stove, internal bathroom, bath tubs, paved floors, large windows, servants' quarters, and a steady supply of water. This unusual architecture was the result of building per the requirements, without attracting unwanted attention, with no contact with the nearby towns, leaving no written records, lacking an experienced work force, with minimum access to iron pipes (barely a few meters), practically lacking wall tiles (except for the bathtub area), with few tiles (to cover kitchen and bathroom floors), few bricks (used only for inside walls), and using a minimum of lime and cement. No road led to the town of San Ignacio, seven km away, until 1999. It was perhaps built in a short period, choosing what was possible rather than what was desirable, without contact with the city market for construction materials. In spite of these restrictions, one of the buildings shows elements that refer to Germanic building traditions in design, decoration, construction, and the use of space and topography (Weimer 2005).

Argentina is a country that since the National Constitution of 1853 started being open to international immigration. Clearly, at that time it was not entirely open, as Sub-Saharan Africans did not have permission to enter the country. There had always been restrictive mechanisms that were based in covert forms of racism, but the policy towards Europeans was always an open one. That, and its strong development in the nineteenth century, led to the settlement of relatively big Germanic populations along the territory, from Germany or different regions among his borders, from eastern France to the Volga Russians, as the limits constantly changed. The element in common was the tongue; language was the nucleus of their identity as German. An important amount of them settled in the Misiones jungle region, between Brazil and Paraguay, in a zone that just before 1900 was integrated to Argentina. It was possible to obtain land free or at low prices, though much effort had to be put into adapting the jungle environment. Colonization was supported and the National State did not apply taxes or restrictions. There are no accurate figures, but it is possible that in the country by 1945 there was over 100,000 German speakers; only between 1933 to 1945 arrived 45,000 just from Germany alone (Mending 1999; Sarramone 2011). And it was a powerful group (or groups) with a strong identity. The Second World War generated conflicts between them because part of that population was Jewish, and while there were admirers of Hitler there was also strong opposition. Even though, the topic was still present and many militant groups tried to attract them to the political cause. Military governments in Argentina were pro-Germanic since 1900, especially toward Prussian as they travelled there to be trained (Potash 1971a, b), and the anti-Semitic and anticommunist traditions were strong in the upper classes from which the military hierarchy came from. Nazism did not have a big impact in Argentina as this high society was principally Catholic, but the State and its armed forces –that during the most part of the century ran the country-, admired Franco's and Mussolini's fascism far more than Hitler's. For that reason Argentina did not ally with the United States but remained neutral during the war, until a few months before its end. Argentina could not face alone in the continent in an opposite position with the United States and the other Latin American countries, but also the people in charge of the government didn't want to set aside the policies they admired: the country was at least a possible safe-haven, if the war was lost. When the war came to an end, the current Argentinian president was a Hitler admirer, anti-Semite, anticommunist, and product of a sequence of three military leaders that took turns to govern after the *coup d'état* of 1943.

The last of these terms had General Edelmiro Farrel as president and General Juan Perón as vice-president, who in 1946 became president in free elections. Perón was partially instructed in Italy and had observed and published content about the German military instruction. He shared his ideology and politic views with European fascisms and generated in Argentina a populist-nationalist policy, which was confrontational with the United States. It was a vertical-militarist government, where the leader was worshipped in a very similar way as Perón's idols. His government freely allowed (and helped bureaucratically), all Nazi refugees or fascists who requested shelter. An office was established in Italy for that purpose, having in charge an ex Nazi SS soldier from Argentinian origin. Because of this, several high-ranking personalities like Adolf Eichmann came to Argentina. Some of them even became part of Peron's and his wife personal guard and friends (Martínez 1984). They had protection and didn't need to hide as could have been expected by the end of the war, all was simple and without restrictions, very few were deported after years and years of international attempts that were boycotted by the governments. Finally, with time, the Second World War became just a memory, something that happened far away and a long ago.

Excavations inside and outside the structures and the discovery of four garbage pits yielded an assemblage of several thousand objects which allowed the dating of the place and its activities with near certainty. The story of the occupation of the site began in Prehispanic times and it is common to find, scattered in the jungle, knapped stones and Guaraní pottery, which bear witness to the many centuries during which nomadic indigenous groups used the area before and after the Spanish conquest. A hypothesis not yet proven is that the War of the Triple Alliance (1861–56) between Brazil, Uruguay, and Argentina against Paraguay brought about the construction of simple walls made of stacked stones, small terraces, and paths surrounded by vegetation. Such elements are easy to find in the region even though the war was far away. There are also remnants of activities like logging and other early twentieth-century uses along the river. The area is strategic since it marks the boundary between Argentina and Paraguay where the Paraná River is the narrowest. For those who know the area, it is a difficult but direct route for smuggling across the border. The discovery of a couple of coins and other elements of earlier XXth century can be explained perhaps by the fact that European immigrants crossed there into Paraguay from Brazil from 1870 onward. It is a good place to cross the river, although it is difficult to cross the jungle, considering there are open places with easy access to the border nearby. The objects found in the buildings and in the associated garbage pits allowed the dating of the constructions to between the 1940s and the 1950s, with a greater concentration around 1945. There are few remains prior to that date and even fewer dating to the period after the 1950s, and all of these are not associated to domestic life but to passing travelers, fishermen, military maneuvers, or sporadic visitors. We believe that the complete site was in use between 1945–1955, and there are older remains.

Two significant findings support the Nazi presence. A group of four coins placed under the foundation of Structure I: two German coins minted in 1938 and 1940, a 1942 Argentine coin, and a 1944 Paraguayan coin. And, within a metal box hidden inside a wall in *Casa de Piedra* Structure I (a small settlement similar to others that surround the main area), another German can containing coins from Yugoslavia (1938), two from Germany (1939), and one each from Argentina (1939), Slovenia (1942) and Bohemia (1940–44). The coins were associated with a photograph of Adolf Hitler and Benito Mussolini together and other objects from that time. The most recent coin is from 1944 and the oldest from 1938, that help the dating.

The grounds for considering the site as a hideout for Nazi refugees are: the dating of the site to around 1945 at the end of the Second World War, the only time at which all those coins could have coexisted, as well as the great density of luxury items, including part of two expensive German porcelain sets and objects such as military buttons. Most intriguing is the existence of some high quality glassware, expensive medicines, silver-plated cutlery and glassware, women's cosmetics, remains of winter female clothes and wooden gloves (under the tropical sun?), and other luxury objects not to be used in a jungle environment. The use of a bath tub and a water closet with toilet paper is evidence of a daily life of people from outside the region. Indeed, the presence of coins, photographs, and documents associated to World War II, the hidden location of a site that went unnoticed almost until the twenty first century –with two exception– the simple but modern building that turned out to be more functional than the regional one, the fact that it was all done in secrecy and without the necessary resources, the absence of documents on the place –it is not registered in regional cadastres nor are there land ownership papers–, the lack of way of communication with other towns, the inexistence of references to it as a geographical place among the neighbors, the difficult access via the river, or worst walking, even for those who know the area, the fact that it is an impossible site to live in due to the excess dampness and the rocky outcrops that enclose it, the absence of arable land, the financial investment needed to build and maintain the settlement, the enclosing walls which hampered circulation and the different actions taken to modify nature on the banks of the river to give an impression of inaccessibility. And above all, the fact that the settlement is centered on a structure which was the main house, made up of only two bedrooms, a small kitchen, a bathroom, a sitting room, and an annexed servants room. In other words, it is a good-sized settlement for a family and a large retinue of servants in their immediate surroundings. Considering the objects found in the garbage pits, it seems the compound was not occupied permanently by those who commissioned it or for whom it was designed and built. And although there are luxury objects, there are few of each kind and there is little that can be attributed to domestic household consumption. Conversely there is more evidence of objects related to a broader and poorer social group including canned food, which is nonsensical when there are hunting, farming, and fishing opportunities in the region (albeit outside the enclosed settlement) and when fishing in the river is not only exceptional but famous. This leads us to conclude that the finished settlement was in use for a short time, or awaited its dwellers, and was maintained and kept in good conditions with only sporadic use for some years.

The history of the protection of Nazi criminals in Argentina is well known as a part of the Argentinean history. But what the Nazi ignored in 1945 just before the end of the war, the same of the local Nazi admirers, was what would happen to them upon arrival in a country that was ready to welcome them but which had ever changing military governments and great political instability. Until the accession to power of Perón in June 1946 there were no real guarantees of protection (Buchrucker 1987; Goñi 1998; Martínez 1984). Was the settlement quickly built and then became unnecessary? We must remember that Eichmann, latter on, lived free in a normal home in a normal city (Arendt 1965).

The first public association of Teyú Cuaré with Nazism dates to 1976 (Botinelli 1976), with the beginning of a military dictatorship in Argentina, when a journalist arrived at the site with Navy and Police help and spread the news. It was he who, by publishing the discovery, made the place known, but rapidly forgotten again. The site remained abandoned, but it was associated with Martin Bormann for the first time –without any probe–, claiming that it was the house in

which he was sheltered during Peron's government. We ignore what caused the publication of the story, which had the support of the State, but there was little material evidence beyond an interview with a local fisherman who was of German Jewish descent. He believed his father had seen Hitler's secretary once when he was a child, and that's all. Thus came into being a legend which placed Bormann at a precise location when up to then several books had claimed that he lived as a refugee moving around the region (Farago 1974, Manning 1981, Whiting 1996), thus supporting the regional legend that he had chosen that part of the world as his shelter. The books written by Nazi-hunters coinciding with the region were unaware of the existence of the site. However, the belief took hold and from that year onwards neo-Nazi supporters began to arrive and turned the site into a place of worship, leaving messages on the walls or destroying them in search of treasures. The oldest graffiti belongs to a local man with a German surname dated 1978. Unfortunately, when the State Park was created in 1999 it accepted the local memory and the wall legends and placed signposts as a true, informing the visitors that one of the constructions had housed Bormann, and this belief is only slowly being abandoned.

Foreword

By Randall McGuire

Many horror movies begin with a scene of archaeologists excavating ancient remains. Their excitement builds as they carefully scarp and brush the soil away to reveal a precious artifact. Then, suddenly, the evil that they have released envelops them and their glee changes to horror. In many ways, the excavations of Daniel Schávelzon y Ana Igareta at Teyú Cuaré reflect this popular image of archaeology. Schávelzon and Igareta found hidden evil. Their excavations did not, however, release the evil but rather they use the craft of archaeology to show us how this evil was hidden for decades.

The discovery of a cluster of buildings concealed in a remote location in the jungle of the Teyú Cuaré, was nature preserve it, presented a mystery. Built of stone in a foreign architectural style, with defensive features and an escape tunnel, no one could easily explain who built these structures or when they built them. Did 12th or 13th century Jesuit Missionaries build them? Did they shelter local smugglers and/or fishermen? Or, were they the detritus of the War of the Triple Alliance? Schávelzon and Igareta's craft revealed that the structures at Teyú Cuaré were not remnants of a forgotten past. They analyzed the architecture and material culture to expose a closely guarded secret: that these structures harbored Nazis who had fled Europe with the fall of the Third Reich in 1945.

Archaeologists employ their craft to study the material world. People live in a material world that entails ceaseless and varied interactions between people, things, and landscapes. People may take that world for granted; yet it shapes our behavior, thought, and being even as our desires and actions transform it. The craft of archaeology explores the impact of the material world on the most diverse realms of human life. This craft seeks to understand how things and landscapes have joined with human actions, emotions and relations to make and remake society and culture from ancient times to the present. That craft turns into political action when archaeologists seek to apply their knowledge to a critique of the world and making changes in the world (McGuire 2008). We see such action in this book.

Horror movie archaeologists also embody the popular image of archaeologists as scholars who study the ancient past. The research does not, however, fit this stereotype. Rather, their study joins a rapidly growing body of archaeological research on the contemporary world (Harrison and Scofield 2010; Graves-Brown et al. 2013). Archaeologists have used their craft to study a wide range of 20th and 21st century phenomena including abandoned or destroyed homes (González-Ruibal 2005; Yazdi 2010), modern borders (McGuire 2013, De Leon 2015), totalitarian regimes (Funari et al. 2009), urban ethnic conflict (McAtackney 2011), mass graves (Cohen 1992; Renshaw 2011), wars (González-Ruibal 2016), natural disasters (Dawdy 2010) and trash (Rathje and Murphy 1992).

The craft of archaeology privileges archaeologists' creative study of critical modern issues including politics, memory, heritage, everyday life, human rights, ruination and time. With its

emphasis on the recent past, this archaeology is well positioned to engage other disciplines including geography, history, heritage studies and art. Contemporary archaeologist study a material world that forms part of the lived experience and/or recent memory of existing publics. They marshal this materiality (objects, ruins, photographs and digital media) to appeal to a wide variety of publics and help people think critically about their own societies.

The greatest strength of contemporary archaeology has been the production of powerful micronarratives of specific homes, factories, events, farms, ruins etc. These micronarratives provide the local action for global thinking. They fill in detail and demonstrate the mundane experience of larger processes. At Teyú Cuaré, archaeologists revealed the mundane reality of a Nazi refuge that sprang from the defeat of the Nazis in Europe and from the relationships of Argentina with Germany and Nazism.

Contemporary archaeology always works with texts (government documents, newspapers, books, magazines, maps, etc.). At Teyú Cuaré, Schávelzon and Igareta found a structure marked on a 1943 map but no other documented reference to the refuge until a journalistic report in 1976. Documents could not solve the mystery and we should not be surprised by this. There was a mystery because the perpetrators wanted to hide what they had done and protect the evil harbored there. In modern Argentina, building homes and other structures generates documents, deeds, tax records, building permits, etc. Here the perpetrators hid a physical reality of stone, wood and glass in a documentary silence. They created this silence intentionally and with great effort.

The archaeologist's craft is particularly well suited to uncovering secrets, such as the hidden Nazi refuge in the Teyú Cuaré Nature Preserve. It is not dissuaded by documentary silences. Archaeological methods reveal, lay bare and strip away the earth, vegetation, and detritus that obscures the material manifestations of human life. Archaeology can expose that which people purposely hide such as the photographs, coins and papers in a *dulce de membrillo* tin. More importantly, people take for granted their mundane lives and thus they inadvertently leave clues to their secrets (German porcelain, buttons and glassware, Luger bullets, silver cutlery, German and Central Europe coins, and high valuable oil lamps) in their garbage.

Archaeologists study objects, architecture, the natural and cultural landscape and other aspects of the material world we live in. In their excavations, they record the position of objects in three-dimensional space. They describe the characteristics of each of these things and they look at how they are related in space and time. From these observations, archaeologists can reconstruct the date of events, the uses of objects, constructions and landscapes, material styles and ideological expressions of material things. With this information Schávelzon and Igareta could solve the mystery of Teyú Cuaré.

It should come as a surprise to no one that right wing interests built a refuge for Nazis in an obscure and secluded part of Argentina. It is common knowledge that Nazis fleeing the collapse of the Third Reich went to German communities in Argentina. There local people hid them, often with the assistance or at least the probably complacency of local and/or national government agencies and officials. The most famous of these fugitives was Adolf Eichmann (Arendt 1963). His capture fed rumors about other senior Nazi figures such as Martin Bormann

who many in Argentina falsely believed had taken refuge in Teyú Cuaré. So what does the archaeology done at Teyú Cuaré tell us that we did not in some broader sense, already know?

Schávelzon and Igareta's study draws on contemporary archaeology's fascination with ruins and ruination. This archaeology studies ruins as an interesting phenomenon rather than just as a medium to gain other information. Popular and scholarly interest in ruins and ruination goes far beyond archaeology into art and the popular imagination. This interest manifests itself in coffee table books and websites full of artistically appealing photos of modern ruins, abandoned shopping malls, industrial sites, amusement parks, homes and other remnants of the modern world. Some researchers have called this ruins photography "ruins porn" that sensationalizes contemporary ruination. Ruins imply mystery and appeal to people. This fascination brings people into the ruins at Teyú Cuaré where the mystery has been solved. Once there people can engage the site and the interpretations of Schávelzon and Igareta to critically think about and understand not just the Nazi refuge but also the larger historical processes, relations, and politics of Fascism in Argentina.

The archaeology of the contemporary excels in an archaeology of everyday life. Archaeologists enter into a creative engagement with ordinary materials that allow us to reveal intimate details about the mundane life of the people that we study. Because archaeologists of the contemporary work in a setting not so removed in time from today, these details resonate directly with the experience and everyday life of extant people.

The archaeology of everyday life at Teyú Cuaré reveals the banality of evil (Arendt 1963). By that I mean the common place existence of individuals who committed great evil. Archaeology gives us a view of people at Teyú Cuaré desperately trying to maintain a German way of everyday life while in a semi-tropical refuge. They set their table with German porcelain, which suggests homesickness in a foreign land. Their collection of coins from European countries, post cards and photos cut out of magazines indicates a nostalgia for a lost past. These are very commonplace and banal human emotions that we all can relate to. But, we know better. Symbols such as swastikas and brown shirts and our historical knowledge of Hitler and Mussolini confront us with the evil that the refugees committed in Europe. It was not devils or demons who committed this evil but rather people, not so different from us, and this we should never forget.

Archaeologists of the contemporary have done extensive research on totalitarian states and human rights (Cohen 1992; Funari et al. 2009). These efforts have taken three foci: (1) Illuminating the material strategies that supported and challenged dictatorships, (2) Providing incriminating evidence in courts, and (3) Memorialization both to help the mourning process of victims and relatives and to remind us to fight for human rights. Argentinean archaeologists have been global leaders in this aspect of contemporary archaeology. Most of this work has focused on the military dictatorship of the 1970s. The *Equipo Argentino de Antropología Forense* did some of the earliest mass grave excavations in the world to identify the disappeared and bring closure and justice to their families. Based on this experience they have become the global experts on mass grave excavations and they have conducted excavations and served as advisors to others (Cohen 1992). In Buenos Aires, at the *Club Atlético*, archaeologists stripped away earth and construction fill to lay bare a torture chamber of the Military Dictatorship, in Córdoba, the Argentinean military turned a former cavalry stable into a torture center. Decades later, a court

listened to the testimony of survivors and archaeologists used their craft to link that testimony to spaces of torture and imprisonment in the stable. The court convicted the army officer in charge. At Teyú Cuaré, Schávelzon and Igareta have continued this study of totalitarianism and extended it to an earlier time and made more comprehensive the how was the real material Argentina's support of Nazi and Franco Fascisms.

The modern visitor to Teyú Cuaré, unlike the characters in a horror movie, can walk unafraid among the ruins. The evil that the archaeologists revealed will not attack them. It will, however, confront them with a history that should not be forgotten. Men and women made this history of evil and we must constantly struggle to prevent its remaking.

Randall H. McGuire
SUNY Distinguished Professor
Department of Anthropology
Binghamton University

Miembros del equipo de trabajo

Director General: Dr. Daniel Schávelzon.
CONICET. Centro de Arqueología Urbana, FADU-UBA.

Directora Operativa: Dra. Ana Igareta
CONICET. Equipo de Arqueología Histórica, HiTePAC, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UNLP.

Asesora local: Dra. Lorena Salvatelli
Dirección General de Patrimonio Cultural y Museos, Misiones.
Centro de Estudios de Arqueología Histórica de la Universidad Nacional de Rosario.

Restauración-conservación y fotografía
Lic. Patricia Frazzi
Centro de Arqueología Urbana, IAA-FADU-UBA. Directora del proyecto *Estudios para la conservación del sitio arqueológico Teyú Cuaré, Misiones, Argentina.*

Valeria Herrera
Centro de Arqueología Urbana, IAA-FADU-UBA.

Arqueología
Lic. Vanina Castellón
Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología, Museo de La Plata.

Lic. Romina Giambelluca
Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología, Museo de La Plata.

Lic. Matías Hernández
Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología, Museo de La Plata.

Lic. Diego Gonnet
Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología, Museo de La Plata.

Mslgo. Juan Ignacio Pérez Galetta
Museo Histórico Fuerte Barragán, División Arqueología, Museo de La Plata.

Lic. Alexis Weber
Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Mslgo. Maximiliano Martínez Álvarez
Centro de Arqueología Urbana, IAA-FADU-UBA.

Arquitectura
Arq. Francisco Girelli
Centro de Arqueología Urbana, FADU-UBA.

Arq. Florencia Cechi
Equipo de Arqueología Histórica, HiTePAC, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UNLP

Colaboración especial
Lic. Armando Cardozo
Municipalidad de San Ignacio

Agradecimientos

Este trabajo ha sido hecho con la colaboración de docenas de personas y es casi imposible hacer una lista de todas para agradecerles como es debido, pero todos saben lo que hemos hecho juntos aunque nos olvidemos de citar a alguien.

Somos deudores de la Editorial Planeta y sus editores por incentivar y ayudar a financiar esta insólita aventura. En *Clarín* con Silvia Fajre, Ricardo Kirschbaun y su productor local Ernesto Azarkevich por apoyarnos en la difusión del proyecto. Agradecemos (Agradecemos al Intendente) de la municipalidad de San Ignacio, Esteban Romero y de allí a Armando Cardozo, ambos amigos y que nos dieron su apoyo incondicional, Cardozo fue parte del estudio en todo momento. Durante 2015 al Director de Áreas Naturales Protegidas, Diego Javier Patzer. A la Directora de Dirección General de Patrimonio Cultural y Museos Martha Bordenave. Al ex Ministro de Turismo de Misiones Sergio Dobrusin y a José Luis Pozzobón. En el Ministerio de Ecología agradecemos a Darío Pérez, Daniel Fernández Catá. A Liliana Barela que como Directora General de Patrimonio de la ciudad de Buenos Aires autorizó a trabajar en ese esfuerzo a varias de sus colaboradoras. Estamos en deuda con Mercedes Duarte Salinas y Adelmo Langer, dueños del Camping El Cabú. El CONICET, reconoció esto como investigación propia. Lo mismo el Instituto de Arte Americano de la FADU-UBA. Los canales *History Channel* y *Travel Channel* hicieron sus películas, pero también nos hicieron materialmente posible excavar en el sitio.

En Teyú Cuaré agradecemos la paciencia de los guardaparques Miguel Azarmendia, Javier Dosanto, Norberto Olivera y Mauricio Benítez, nuestro guía por la selva. En Misiones y en Buenos Aires nos han dado una mano Norberto Levinton para usar sus planos históricos, Esteban Snihur, Eduardo Fitte y Willi Campion por sus fotos y planos antiguos. A Alberto Drewes por sus historias de Teyú, al igual que a Miguel Ángel Stepanuk y Germán Friedman por sus informaciones necesarias. Horacio Padula y Mario Silveira clasificaron el material óseo y malacológico. A Graciela Custo y Luciana Cerchietti del Laboratorio de Fluorescencia de Rayos X de la CNEA les debemos los estudios técnicos; Curtis Lewis nos clasificó las municiones, las monedas fueron estudiadas por Philip Kiernan quien viajó desde Buffalo en Estados Unidos. Alasdair Brooks llegó desde Dubai para colaborar en los estudios arqueológicos y por eso nuestra deuda con él es enorme. Ruth Poujade nos facilitó sus fotos del año 1999 en que determinó que eran obras del siglo XX. Las cerámicas alemanas fueron identificadas por Christopher S. Marshall. La historiadora Cecilia Gallero nos suministró documentos, fotos, publicaciones y todo lo que le fue accesible. La Dra. Eugenia Tomasini revisó los análisis químicos. Las fotografías, planos y dibujos en las que no figura su proveniencia fueron tomadas y/o hechas por los miembros del equipo de investigación o son del archivo del Centro de Arqueología Urbana.

Capítulo I

Presentación

Este libro es, por muchos motivos, un ejercicio de escepticismo. El estudio de las construcciones halladas en Teyú Cuaré (provincia de Misiones, frontera noreste de la Argentina con Paraguay y Brasil), nos enfrentó a un escenario arqueológico diferente de todos los que conocíamos. Desde la primera campaña en el terreno entendimos que la investigación iba a avanzar, pero que ciertas dudas nos iban a acompañar todo el camino, y que para muchas de las preguntas que nos hacíamos no iba a haber respuestas certeras. A medida que se avanzaba se entendía que estábamos obligados a ser escépticos de nuestros propios resultados porque estos iban a estrellarse una y otra vez contra la evidencia, y que solo un ejercicio constante, paciente, de nuevos análisis, de nueva búsqueda de información y reformulación iba a permitirnos seguir adelante.

En marzo de 2015 fuimos por primera vez al sitio con la intención de analizar los restos de un edificio construido en piedra que habíamos observado años antes y cuyo origen histórico resultaba incierto (Figura 1). Existía la posibilidad de que hubiera sido obra de los indígenas guaraníes que, durante los siglos XVII y XVIII, vivieron reducidos en las cercanas misiones jesuíticas que dieron nombre a la provincia (las ruinas de San Ignacio Miní están a once kilómetros). Al menos eso fue lo que algunos colegas propusieron, que debía tratarse de restos de la arquitectura lítica jesuítica que se extiende por toda la región, porque ¿qué otra cosa podía haber allí, en medio de la selva? No había motivos para suponer que fuera algo diferente, y lo más inusual que podía esperarse era que parte de los antiguos muros coloniales hubieran sido reutilizados en épocas posteriores. Pero lo cierto es que no había antecedentes de trabajos en el sitio y que la única arqueóloga que le había hecho una visita muy rápida en 1999, Ruth Poujade, había sido terminante en afirmar que las dos únicas construcciones que vio eran del siglo XX, no jesuíticas.

La zona había sido hasta pocos años antes un lugar casi impenetrable de selva, olvidada por su inutilidad agrícola y de falta de árboles de gran porte, como cuando el agrimensor Queirel penetró por primera vez tratando de cruzar la región cubierta de una densa vegetación (Figura 2), pero esto estaba entre acantilados de roca, limitado por el caudaloso río Paraná y sin atractivos de ninguna índole para su tiempo. Con los años, quedó como uno de los pocos relictos de la selva original.

Lo que nuestro trabajo demostró es que ese par de estructuras que habían sido reportadas aunque no estudiadas forman parte de todo un conjunto, el que efectivamente fue construido en el siglo XX. Pero la mayor sorpresa que deparaba el sitio, ubicado en una zona que hace setenta años era más impenetrable que ahora, fue que la evidencia indicara que su edificación tuvo lugar en tiempos tan recientes como son los años finales de la Segunda Guerra Mundial. Tal como aseguraban los lugareños que lo conocían (aunque de modo diferente a como nos fue relatado) la historia de los edificios estaba conectada con la historia del nazismo, algo que inicialmente habíamos descartado como parte del imaginario popular.

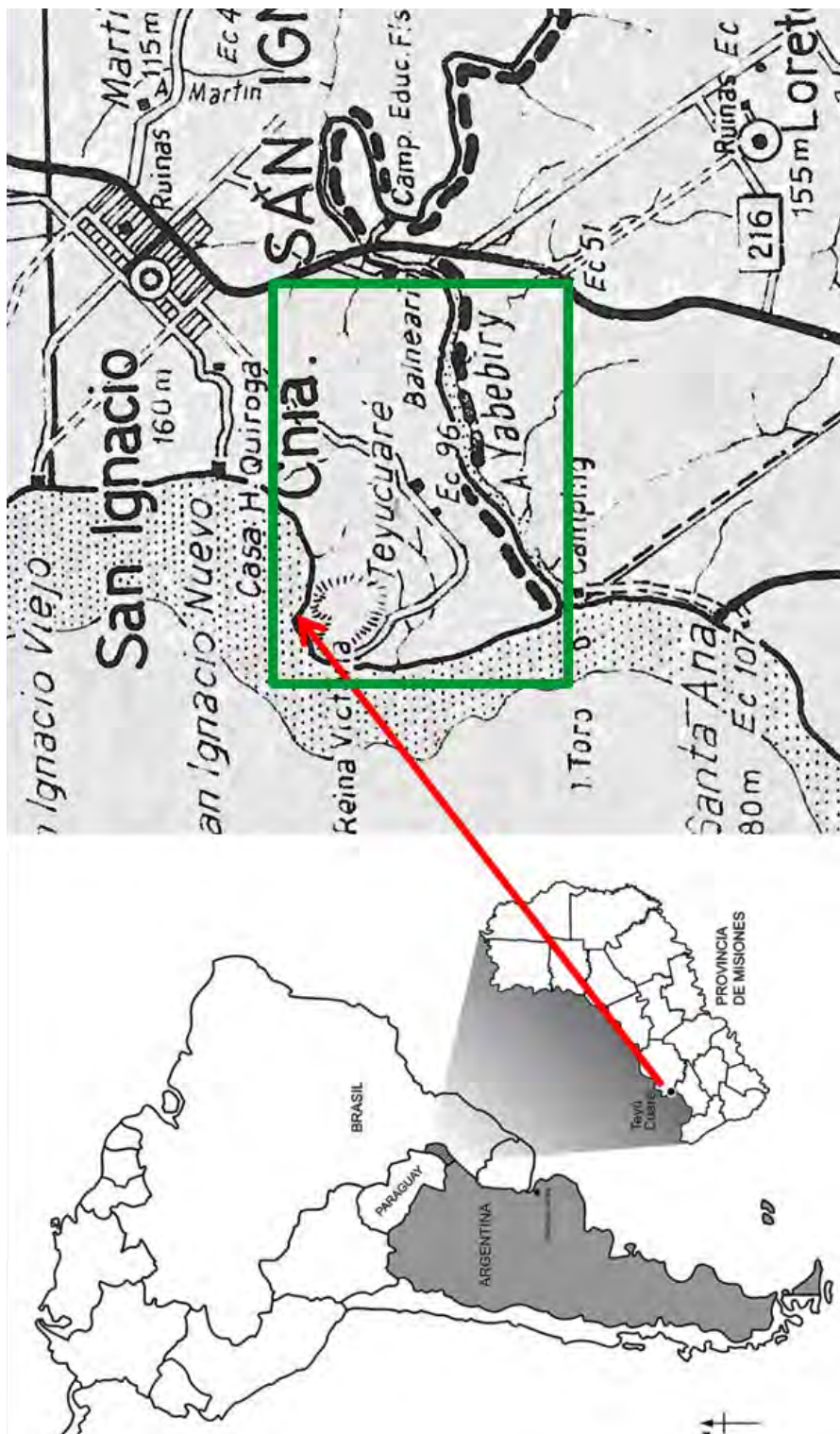


Figura 1. Ubicación de Teyú Cuaré en América del Sur, en Argentina y dentro del territorio cercano a la ciudad de San Ignacio. La flecha indica el sitio arqueológico, el recuadro la zona de estudio del mismo nombre.



Figura 2. El agrimensor Joaquín Queirel al centro de su grupo ('mi tribu') quienes exploraron la zona en 1877 para trazar los primeros poblados, incluyendo San Ignacio.

Es un dato bien conocido que muchos nazis llegaron a refugiarse en territorio argentino luego del final de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945); sin embargo, hasta ahora no hay información concreta sobre la existencia de una arquitectura directamente hecha para albergarlos en forma secreta, sea a uno o a varios de ellos. Se ha estimado que cerca de mil individuos relacionados con el régimen nazi llegaron a la República Argentina, entre ellos al menos cien criminales de guerra, incluso algunos sentenciados en Núremberg (Jackisch 1987, 1997 y 1998; Jackisch y Mastromauro 2000; Meding 1998). Quienes arribaron como prófugos rápidamente se instalaron en ciudades o en zonas rurales y vivieron, casi todos, una existencia tranquila, caminando libremente por la calle, atendiéndose en hospitales públicos y llevando a sus hijos a la escuela estatal. Tal vez algunos se escondieron los primeros meses pero luego el devenir de la política local lo hizo innecesario y algunos hasta tuvieron documentos con sus verdaderos nombres. Llegados como si fueran inmigrantes, o como científicos de valía, el gobierno les permitió insertarse en la sociedad local. Salvo Menguele que fue perseguido, los demás supieron cómo no ser descubiertos, denunciados o deportados; algunos incluso fueron protegidos por el Estado y hasta trabajaron para él.

Tal vez por ello es difícil suponer que un grupo de fugitivos casualmente llegados a Teyú Cuaré hayan construido expeditivamente en el sitio el asentamiento que investigamos. Por simple que parezca –se trata de una simpleza engañosa– su construcción requirió de un proyecto previo, tiempo y esfuerzo, además de una reducida pero concreta inversión de dinero y de un extenso conocimiento del paisaje. Sus características dan cuenta de una obra hecha

localmente e iniciada antes del final de la guerra, destinada a un tipo de ocupante específico. La provincia de Misiones y las poblaciones que allí existían a mediados del siglo XX, incluso en los de tradición germana, no eran entonces el mejor lugar para esconder a un jerarca nazi que pretendiera pasar inadvertido. Si bien su población contaba con un elevado porcentaje de familias de origen alemán, de modo mayoritario habían rechazado los delirios hitlerianos. La zona de San Ignacio de hecho refugiaba a partidarios y fundadores del Frente Negro, nazis opositores a Hitler huidos de Alemania en 1934, además de muchos judíos y una mayoría de alemanes democráticos, por lo que una delación era esperable. Un pequeño pueblo costero o montañoso en la Patagonia, o una aislada estancia en las grandes llanuras pampeanas, eran mejores lugares para mimetizarse, para ser visto como un inmigrante europeo más. Embarcarse en la construcción de un inhabitual conjunto arquitectónico en medio de la selva hubiera incrementado las posibilidades de llamar la atención. Claro que otra cosa era ocupar una instalación ya terminada, la que obreros locales hubieran edificado discretamente por encargo, aunque bastante a las apuradas.

La información que presentamos en este libro es el resultado de una docena de temporadas de campo, trabajo de archivo y biblioteca, excavaciones y relevamientos realizados entre los años 2015 y 2020, aunque se trate de un resultado que va acompañado de dudas, interrogantes y contradicciones que aún no logramos resolver. Y también de muchas hipótesis que intentan plantear otras alternativas de respuesta, distintas posibilidades para ordenar formas, funciones, diseños, relatos, documentos y objetos en un rompecabezas difícil de describir y de entender.

Para explicarlo con ejemplos concretos: la primera estructura con la que uno se topa al final del único sendero que ahora lleva al sitio es una construcción de casi cinco metros de altura hecha con paredes de grandes sillares piedras, montada sobre una gran plataforma que denominamos Estructura I. Su edificación requirió de una enorme cantidad de tiempo y trabajo, el necesario para proceder a la extracción de los bloques de una cantera, trasladarlos, tallarlos para darles forma y finalmente montarlos sin nada que los ajuste entre ellos. Todo eso tuvo lugar en el mismo momento en que a pocos kilómetros de allí se fabricaban ladrillos de modo abundante y económico, que se vendía cal y cemento, materiales que podrían haber sido fácilmente transportados hasta el sitio por el río ya que aun no había camino. Entonces ¿por qué utilizaron piedra? O ¿por qué instalar en esos muros, indefendibles ventanas de vidrio simple, sin rejas y con ligeras persianas, en paredes cuyo grosor las hacía virtualmente infranqueables para personas, armas o incluso vehículos (si es que alguno pudiera atravesar la selva)? La evidencia indica que las sólidas paredes y las débiles ventanas son rasgos contemporáneos y fueron hechos de una misma vez. ¿Para qué construir paredes semejantes si no se buscaba proteger nada? ¿Y si no se quería proteger algo, por qué no usar ladrillos y cal que los había de sobra muy cerca?

O, siguiendo esa misma lógica ¿por qué hacer espacios delimitados por muros macizos, que en algunos casos superan los tres metros de espesor como en la Estructura II, a la que no se le puso puerta en la entrada si no un vano abierto? ¿Para qué se usaron terrazas con vistas al entorno en dos de las casas, en medio de una selva donde la única vista posible era el árbol más cercano? ¿Por qué el murete perimetral de esa terraza, ubicada en una región en la que la fauna se arrastra o se descuelga, tenía una puerta sin cerrojo típica de los patios suburbanos? ¿Era para evitar que se escapara un perrito? ¿Por qué construir una escalera trabajosamente tallada en sillares de piedra pero sin la más básica de las barandas que evitara posibles caídas?

Y ¿por qué no ubicar esa escalera en el frente sino al costado de la entrada, en lo que puede ser entendido como un rasgo de arquitectura moderna, muy estético pero definitivamente antifuncional? ¿Por qué invertir esfuerzos y recursos en construir sobre un terreno con desniveles que obligan a grandes basamentos, en vez de aprovechar los espacios planos a pocos metros de distancia? ¿Por qué hacer un baño interno con bañadera e instalar un inodoro con tanque de agua en un lugar en el que no hay agua corriente ni cloacas y cuyo uso requirió de la construcción de un complejo sistema de doble tanque elevado y pozos ciegos? ¿O por qué hacer una cocina interna pero con ventana, puerta de servicio y terraza posterior, empleando un moderno diseño urbano poco acorde a la época y la región? Esas contradicciones observadas en las principales construcciones del sitio se extienden a toda la instalación. Se trata de un lugar construido sin un camino de entrada definido por tierra pero con la intención, con obras hechas, de que tampoco fuera fácilmente accesible desde el río Paraná, que era la única vía de circulación y acceso al lugar hasta hace una década. Pero entre dos de las construcciones sí se hizo un muy complejo camino empedrado.

Si alguien piensa que los restos construidos en Teyú Cuaré formaron parte de un búnker o fortaleza construida para servir como escondite a nazis o a cualquier individuo que esperaba ser atacado, está muy equivocado. Con certeza no se trata de la secreta “fortaleza inexpugnable” que el almirante Dönitz dijo haber construido para Hitler en 1943. El conjunto misionero tal vez haya sido edificado en secreto pero definitivamente no era inexpugnable. Ese es parte del motivo que hace tan difícil entender su función, porque no fue un búnker pero tampoco un simple conjunto de casas, era un lugar para vivir aislado pero con comodidades burguesas. Era un sitio de acceso incómodo, húmedo y barroso, apretado entre acantilados en un territorio donde lo que sobraba era tierra abierta y lugares cómodos, pero fue elegido por algún motivo. La mejor explicación en la que pudimos pensar para ello es que quien lo habitó buscaba pasar desapercibido. Su arquitectura no es del todo diferente a otras arquitecturas en piedra hechas en la región por inmigrantes germanos entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, pero tampoco es igual ni puede confundirse; los recorridos por San Ignacio y pueblos vecinos en Argentina y Paraguay no permitieron encontrar nada semejante. El sitio es fascinante por su unicidad y por el profundo conocimiento del territorio que debió haber tenido quien lo eligió para realizar esas construcciones. La protección radicaba más en la escarpada geografía y frondosa vegetación, en la complejidad del acceso y en el secretismo de su obra, que en la solidez de paredes; eso podría ayudar pero no impedir nada.

En términos de fuentes de información es importante dar cuenta de la falta de documentación que mencione la instalación, lo que desde nuestra perspectiva supone un silencio que no deja de hablar. Que en ninguna fuente escrita, local o regional, aparezcan hasta tiempo muy recientes referencias al lugar o a sus construcciones es algo que difícilmente pueda ser explicado como omisión o pérdida de documentos (Figura 3). Que desde el inicio de la exploración metódica de la región hacia 1877 y hasta un siglo después no haya habido menciones a las ruinas o a las personas que vivían en ellas ¿implica que nadie supo por décadas de su existencia o que simplemente los edificios no estaban allí hasta mediados del siglo XX? Que Horacio Quiroga, el vecino más famoso de San Ignacio por su condición de escritor notable y juez de paz, describiera en detalle la región, sus acantilados, la selva, los rápidos del río y sus leyendas pero jamás dijera una palabra de los edificios de Teyú Cuaré hasta su muerte en 1937 ¿significa que no las conoció o que simplemente entonces nada se había construido en el lugar? El mismo rumbo de silencio siguieron durante las décadas de 1920 y 1930 otros intelectuales y personas reconocidas

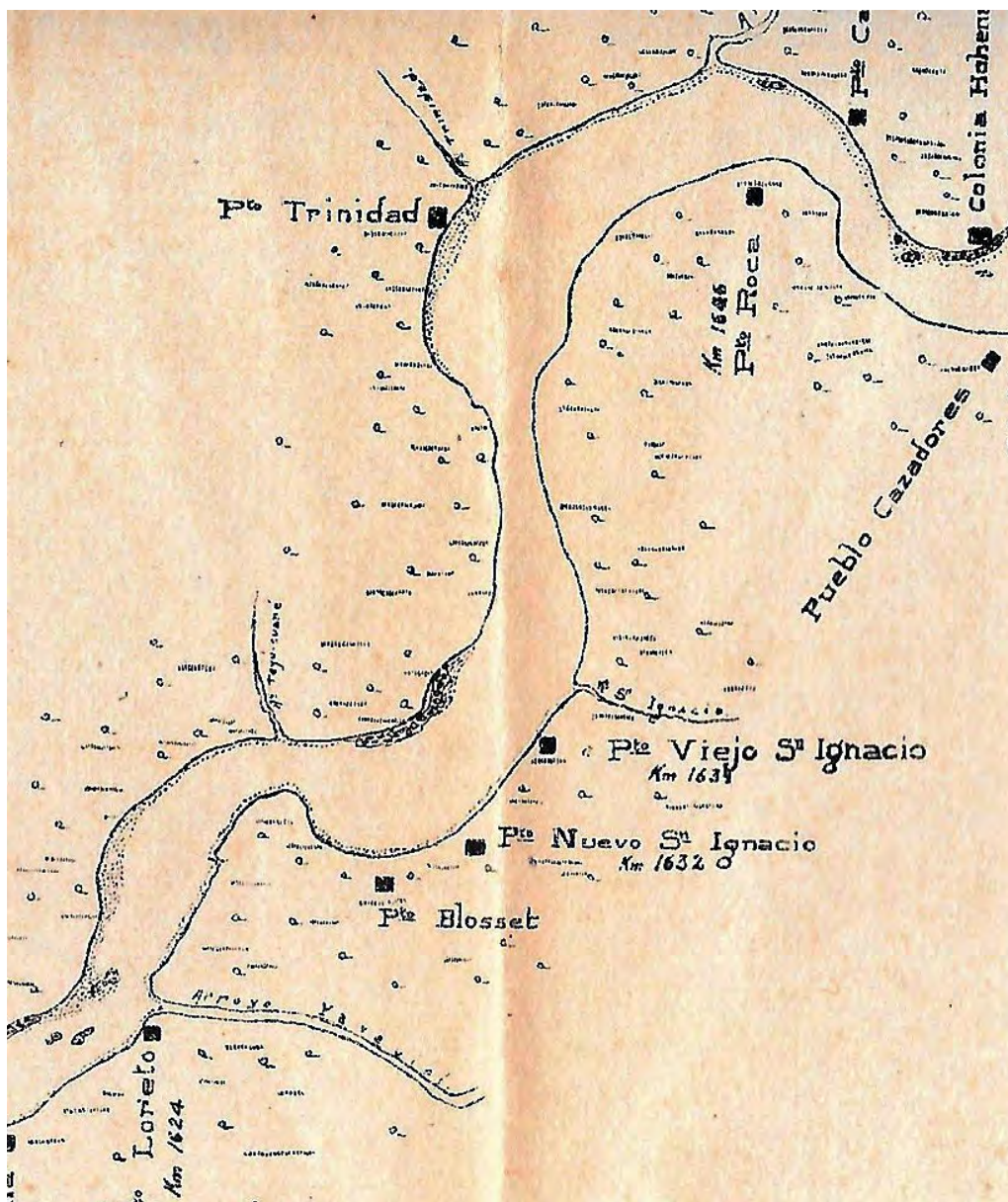


Figura 3. Plano de 1916 en que figura la península de Teyú Cuaré sin ocupación, el cercano Puerto Blosset y el poblado de San Ignacio con sus puertos viejo y nuevo; el río Yabebirí era aun un arroyo.



Figura 4. Mapa de la provincia de Misiones a inicios del siglo XX mostrando la falta de poblados y el poco conocimiento que se tenía aun de su geografía, Teyú Cuaré ni siquiera está representado (C. de Chapeaurouge 1901).

incluyendo un aserradero cercano, cuyo dueño terminó como intendente de Posadas. Durante los años previos a la Primera Guerra Mundial y con el auge de la yerba mate varios vecinos importantes se instalaron cerca, como George y Sara Lenoble. Ellos le compraron tierras a la viuda de Carlos Thays en 1934, el célebre paisajista quien hacia 1904 había desentrañado el ancestral sistema empleado para sembrar yerba mate y que por eso el presidente Roca le había regalado enormes extensiones de tierra que nunca pobló. Eran gente cosmopolita de origen suizo-francés viviendo en el acantilado que sigue hacia el norte después del de Teyú Cuaré, pero que jamás mencionó la existencia de construcciones allí; tampoco su segunda esposa, que vivió en el lugar hasta 1988. Ver los planos antiguos, algunos hechos con bastante detalle, corroboran que nadie ocupaba la zona o al menos no era visible, no había puerto, ni siquiera había caminos o sendas (Figura 4).

No hemos podido localizar un registro, catastro, título de propiedad, escritura, título de dominio, expediente o correspondencia que haga mención de esas ruinas antes de un único plano de 1943, que incluye un mínimo detalle de su presencia, y de una nota periodística de 1976, cuando se comunicó públicamente su existencia. ¿Cómo explicar que ningún organismo oficial de los que trabajaron en la región haya mapeado el sitio a lo largo del siglo XX? ¿Cómo explicar que no hay una sola referencia en documentos oficiales sobre el conjunto construido en Teyú Cuaré? Sobre todo teniendo en cuenta que sus alrededores fueron sistemáticamente relevados desde fines del siglo XIX por especialistas atraídos por el conjunto jesuítico de San Ignacio Miní incluyendo profesionales de la Comisión Nacional de Monumentos que en las décadas de 1930 y 1940 estuvieron por años restaurándolo. Y que los estudios de esa Misión Jesuítica generaron decenas de artículos científicos, libros y novelas, además de libros escritos sobre la región al igual que mapas dibujados desde el siglo XVII (Stepañuk 1991; Levinton 2009a). Ni uno de ellos mencionó las construcciones de Teyú Cuaré, ni sus muros, murallas, terrazas de piedra y recintos salvo el mencionado mapa de 1943, un excelente trabajo del Instituto Geográfico Militar que marcó la presencia de una casa o cabaña y un mínimo sendero de acceso desde la parte superior del cerro cercano, pero sin contacto con el aún modesto camino al pueblo. Hay dos descarnadas, excelentes películas filmadas en la zona en 1939 y 1952 y en ninguna de ellas se ve siquiera un asomo de los edificios¹.

Al crearse el Parque Provincial Teyú Cuaré en 1989-91, las ruinas comenzaron a figurar en algunos documentos como algo de un indefinido valor histórico. Pero salvo la breve visita arqueológica mencionada (Poujade 2000) y algunas notas periodísticas de tipo sensacionalista que unían el lugar con la presencia nazi, nada se indagó en firme. No podemos dejar de mencionar que resulta curioso que hoy, al hablar con los viejos vecinos, casi todos afirmaron que sí conocían los edificios y su historia y a sus propietarios, pero al pedir un nombre, fotografía, carta, papel, un dato o recuerdo concreto, o diario personal que pueda probarlo, nadie tiene nada, obligándonos a ser precavidos al momento de usar sus recuerdos –supuestamente transmitidas por sus padres–, como referencia. Si el conjunto fue construido hacia 1943-45 y abandonado definitivamente en 1955-60, el motivo por el cual los vecinos del sitio hasta la mitad del XX no vieron las edificaciones fue simplemente porque aún no habían sido construidas. Y tampoco ninguno de los habitantes actuales pudo verlo en su estado original; por lo menos de las personas con las que hablamos, ya que en 2015 el de más edad que pudimos contactar en San

¹ Mario Soffici (1939), *Prisioneros de la tierra*, Pampa Film. Hugo del Carril (1952), *Las aguas bajan turbias*, basada en la novela de 1943 de Alfredo Varela llamada *El río oscuro*.

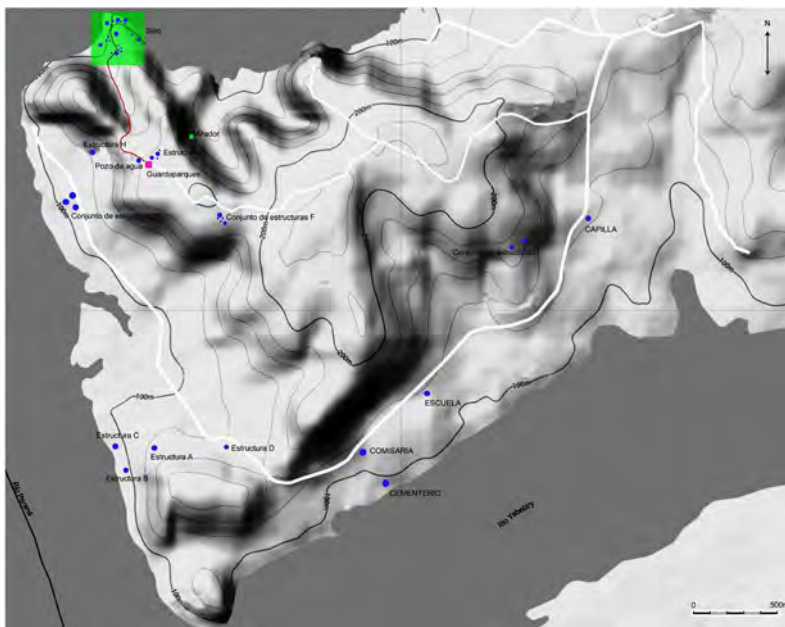


Figura 5. Mapa de la península de Teyú Cuaré indicando la zona arqueológica, los caminos actuales y los sitios principales tratados en el texto.

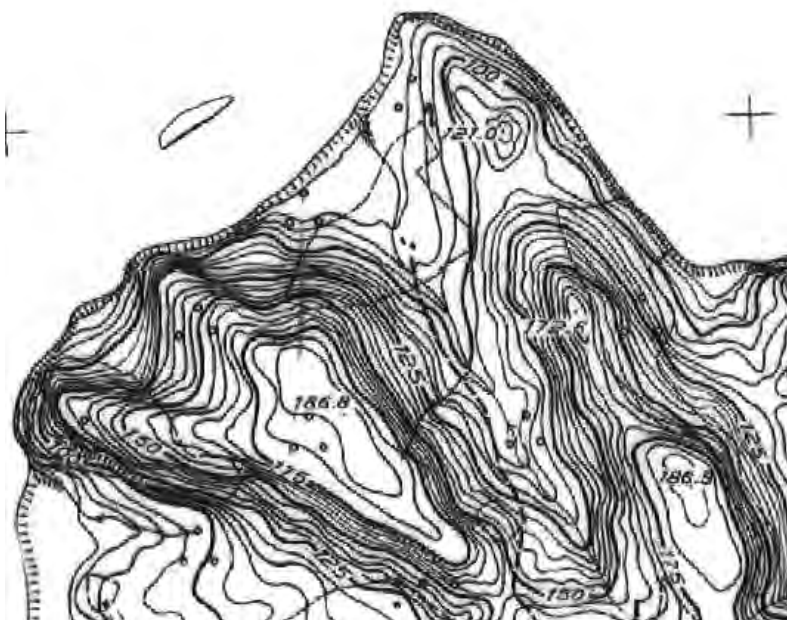


Figura 6. Catastro del año 2005 mostrando la abrupta topografía del sector que incluye las ruinas. Aun existía la isla en el río Paraná. (Cortesía Municipalidad de San Ignacio).

Ignacio tenía nada más que 61 años, es decir no había memoria transmitida que fuese fiable de gente que hubiera trabajado en el sitio. Eso sí, encontramos muchas historias posteriores y fantasías generadas por publicaciones recientes.

Ver la cartografía actual permite entender este aislamiento geográfico, de una pequeña península resultado geológico de un macizo montañoso luego cortado por un enorme y caudaloso río (Figura 5). Aislamiento que a su vez aprovechó uno de los valles que los arroyos que bajan al río, fueron trazando por millones de años (Figura 6). Hoy todo ha cambiado, sin duda al llegar en auto a las cercanías las sensaciones son diferentes, imaginar que todo fue selva sobre piedras sueltas es difícil. Por eso creemos que lo más interesante del sitio es su ubicación, concebida por alguien que conocía realmente la zona y como cerrar su único acceso, que era desde el Paraná.

El uso del sitio como paso de contrabando para Paraguay durante las décadas de 1960 y 1970, con las dictaduras militares, impactó mucho en su conservación. El trabajo arqueológico no sólo recuperó objetos relacionados con esa actividad (latas de comida barata enteras, botellas y baterías de linternas, cajas de medicinas sin abrir, grandes paquetes de hojas de afeitar). Pero a la vez se identificaron impactos de armas de fuego de grueso calibre, hechas en las paredes y producto de los disparos que en la época se escuchaban desde el pueblo y que generaban temor entre sus habitantes. Es común oír historias sobre violencia en el lugar y el miedo que eso generaba, posiblemente todo bien orquestado para que nadie moleste lo que era un buen negocio de unos pocos. La evidencia fue consistente con el relato de testigos y protagonistas, quienes coinciden en señalar que las fuerzas de seguridad locales estaban directamente involucradas en el contrabando, y que lo hacían impunemente con el permiso de los gobiernos dictatoriales que había en el país. Las historias recientes sobre disparos y movimientos furtivos en el medio de la selva se fundieron en el imaginario colectivo con otras más antiguas y la publicación de 1976 dio cuerpo definitivo a la leyenda. Una leyenda que, aún hoy, afecta negativamente a toda la región porque ¿qué clase de visitante o turista podría verse atraído por ver y recorrer la casa en la que se escondió un genocida nazi?

Lo detallado hasta aquí es apenas una síntesis del complejo escenario con el que nos enfrentamos al momento de iniciar el estudio del sitio, y esperamos sirva para explicar por qué algunas de las respuestas que obtuvimos solo pueden ser consideradas como hipótesis permanentemente sujetas a revisión. Para resumirlo con una frase, T. S. Eliot escribió en 1941 *“Nunca dejaremos de explorar, pero sólo al final de nuestras búsquedas llegaremos a donde empezamos, y ahí conoceremos por primera vez el lugar”*.

Capítulo II

La leyenda de Martin Bormann y Teyú Cuaré

Desde que su existencia fue dada a conocer al gran público a mediados de la década de 1970, las construcciones de piedra de Teyú Cuaré quedaron inevitablemente asociadas con Martin Bormann y el nazismo. No con la presencia de nazis como Menguele o como un sitio conexo al nazismo en forma genérica, sino con la figura de Bormann en forma exclusiva. La idea fue aceptada sin mayores cuestionamientos por pobladores, turistas y hasta organismos gubernamentales, y se sostuvo con el relato de los vecinos de cierta edad que cuentan historias de él o de sus compañeros como si los hubieran visto. Y que periodistas poco escrupulosos repitieron como verdades. La leyenda se instaló y el imaginario, con frecuencia, es más poderoso que la información por lo que los carteles oficiales siguen en el sitio (Figura 7).

Pero ¿cómo nace una leyenda? En lo que respecta a este caso, cabe recordar que el ingreso a la Argentina, al final de la Segunda Guerra Mundial, de nazis militares, personal civil y ciudadanos europeos que apoyaron el régimen es un hecho extensamente documentado, por lo que su llegada a la región en dicho momento no resulta en lo absoluto descabellada. Investigaciones previas han establecido sus trayectos dentro de la Argentina hasta instalarse en diversas regiones y dieron cuenta de las actividades que desarrollaron en ellas (Martínez 1984, Corbière 1992, Camarasa 1995, Newton 1995, Meding 1995, CEANA 1998, DAIA 1998, Klich 2002, Garbely 2003, Goñi 2003, De Nápoli 2005). Pero lo singular del relato de Bormann en Teyú Cuaré es cómo una historia real fue narrada a partir de información falsa; la leyenda nació de una mentira en el contexto adecuado.

Martin Bormann (1900-1945) fue una de las personalidades de la Alemania nazi que alcanzó los niveles más altos del poder. Fue jefe del Estado Mayor de Rudolf Hess, luego dirigió la Cancillería y el partido Nacional Socialista, hasta ser el secretario privado de Hitler (Fest 1970, Hamilton 1984). Durante los años previos a la guerra y cuando el nazismo aún se encontraba en ascenso organizó grupos de choque, rompió huelgas, asesinó gente y dio muestras de un antisemitismo furioso. Tampoco tuvo reparos en expropiar tierras y expulsar a miles de pobladores considerados arios de los territorios conquistados, para construir sus propios palacios y menos aún de participar en las acciones de exterminio masivo (Mc Govern 1968; Von Lang 1979). Estuvo con el *Führer* hasta su muerte pero, a diferencia de él, trató de escapar.

El 30 de abril de 1945 Hitler y su esposa se suicidaron en el búnker de Berlín. Al día siguiente, Joseph Goebbels, el sucesor propuesto, hizo lo mismo luego de matar a su familia. Bormann, en cambio, organizó su propio escape: el plan parece haber sido llegar por un túnel hasta una estación de subterráneos, subir a la superficie y tratar de cruzar el río Spree por un puente para luego perderse entre las líneas rusas como si fuese un soldado huido. Así lo habían hecho ya otros grupos, pero el suyo perdió el rumbo en la confusión y se encontró justo frente a los tanques soviéticos. Bormann, Arthur Axmann (jefe de la Juventud Hitleriana), Ludwig Stumpfegger (cirujano de Hitler) y algunos más lograron tomar un tanque alemán hasta que un impacto lo destruyó y se separaron. Tal fue el relato de los hechos realizado por Axmann en el juicio de Núremberg (Joachimsthaler 1966), y afirmó también que él fue el único sobreviviente



Figura 7. Cartel en el parque de Teyú Cuaré en la actualidad: el mito de Bormann sigue vivo.

del grupo; encontró los cadáveres de Stumpfegger y Bormann cerca del puente. Pero los Aliados nunca pudieron hallarlos, por lo que Bormann fue juzgado en ausencia por el Tribunal, condenado a muerte y a que sus cenizas fueran dispersadas en las cloacas de la ciudad. El hecho de que fuera juzgado como prófugo funcionó como mecanismo que aglutinó las esperanzas del nazismo, instalando como certeza la posibilidad de su supervivencia, por casi 30 años.

Hasta que el 8 de diciembre de 1972 los restos de dos individuos fueron encontrados durante la construcción de la estación Lehrter del subterráneo de Berlín, en las inmediaciones del sitio donde Axmann dijo haber visto los cadáveres y donde la chaqueta militar y el diario de Bormann habían sido encontrados en 1945. Lo que treinta años antes había sido la superficie del terreno bajo un puente se hallaba entonces a doce metros bajo tierra y los cuerpos estaban sepultados (Le Tissier 2010, Beevor 2002). Inicialmente uno de los cuerpos fue identificado como el de Martin Bormann a partir del análisis de su dentadura, en condiciones que en la época generaron polémicas (Selby 2012, Reibar 1976). Pero dos décadas después los análisis de ADN confirmaron la identificación: “[...] se ha probado que los dos esqueletos encontrados (...) son idénticos a los de los acusados Martin Bormann y Ludwig Stumpfegger (...) murieron en Berlín en

*las primeras horas de la mañana del 2 de mayo de 1945, entre la 1:30 y las 2:30 horas*¹. Curiosamente, esta información que dio vuelta al mundo parece no haber llegado nunca a Argentina, o por lo menos no a la provincia de Misiones. La leyenda de la presencia de Bormann en Teyú Cuaré siguió creciendo pese a la contundente evidencia de que nunca salió de Alemania, por lo que resulta imprescindible preguntarse cuál fue el origen del relato que lo ubicó ocultándose en la selva misionera.

Al respecto es plausible suponer que la búsqueda internacional que se hizo de él, de Menguele y de otros criminales prófugos durante las décadas de 1950 y 1960 (Camarasa 2008) contribuyó a que la población local se familiarizara con su nombre cuando se enfocó en la zona hoy conocida como Triple Frontera, límite entre Argentina, Brasil y Paraguay. Dicha zona, conocida por la permeabilidad en la circulación entre los tres países y la corrupción de sus autoridades, se encuentra habitada por muchos descendientes de alemanes y centroeuropeos, por lo que varios investigadores consideraron que Bormann podría haberse escondido allí y decidieron explorarla. Las búsquedas fueron intensas y dos reconocidos cazadores de nazis (y discutidos también), que fueron Ladislav Farago (1974) y Paul Manning (1981), dedicaron años a recorrer el lugar; aunque estuvieron cerca de Teyú Cuaré el sitio no aparece mencionado en sus libros.

Pero los carteles con ofertas de recompensas que, por años, se colgaron en toda la región parecen haber impactado en una población pobre, marginal y con alto grado de analfabetismo, al prometerles importantes sumas de dinero a quien diera información sobre esos alemanes prófugos. En 1964 el gobierno alemán ofreció cien mil marcos por información que llevara a la captura de Martin Bormann, lo que a nivel local funcionó como la confirmación de que se hallaba vivo y cerca (Whiting 1996). Las ofertas de recompensas derivaron en estafas hechas por autoridades policiales tanto de Paraguay como de Argentina, que incluyeron cobrarles a los investigadores y periodistas por la entrega de supuestas pruebas. Farago llegó a comprar documentos que seguramente eran apócrifos y luego su investigación se vio envuelta en luchas de poder alrededor del retorno al poder de Juan Domingo Perón en 1973, quien estaba interesado en ocultar que había protegido nazis durante su primera presidencia iniciada en 1946 (Camarasa 1995). Perón había sido vicepresidente del dictador Edelmiro Farrell entre 1944 y 1945, al final de la Guerra Mundial, como parte del golpe de estado militar de 1943 y de los gobiernos siguientes, hasta ser elegido por elecciones y asumir en junio de 1946. Incluso los documentos oficiales nombran a Bormann y la policía decía que lo buscaba (Figura 8).

Los vecinos de avanzada edad de San Ignacio así como los historiadores locales y un extenso registro escrito coinciden en señalar que la información sobre la guerra que llegó a territorio misionero fue escasa y fragmentaria. Había quienes estaban enterados de lo que sucedía en Europa por la radio o por los diarios de Buenos Aires, pero eran una minoría. La falta de datos concretos generó una desconfianza absurda de una parte de la población hacia sus vecinos de origen alemán, lo que en muchos casos incluso llevó a la realización de denuncias y al desarrollo de conflictos violentos que, en ocasiones, involucraron a la policía primero y a la gendarmería después. Es indudable que el nazismo existió en Misiones y en toda la región (Figura 9), pero la presencia de una numerosa población germana parece haber favorecido

¹ Final Report of the Frankfurt State Prosecution Office under File Index N° Js 11/61 (GStA Ffm.) (1973), *Criminal Action against Martin Bormann on Charge of Murder*, 4 de abril. Los estudios de ADN fueron realizados por el Instituto de Medicina Forense de la Universidad de Múnich en mayo de 1998. <http://link.springer.com/article/10.1007%2Fs004140000176> (consulta: 7 de enero de 2016).

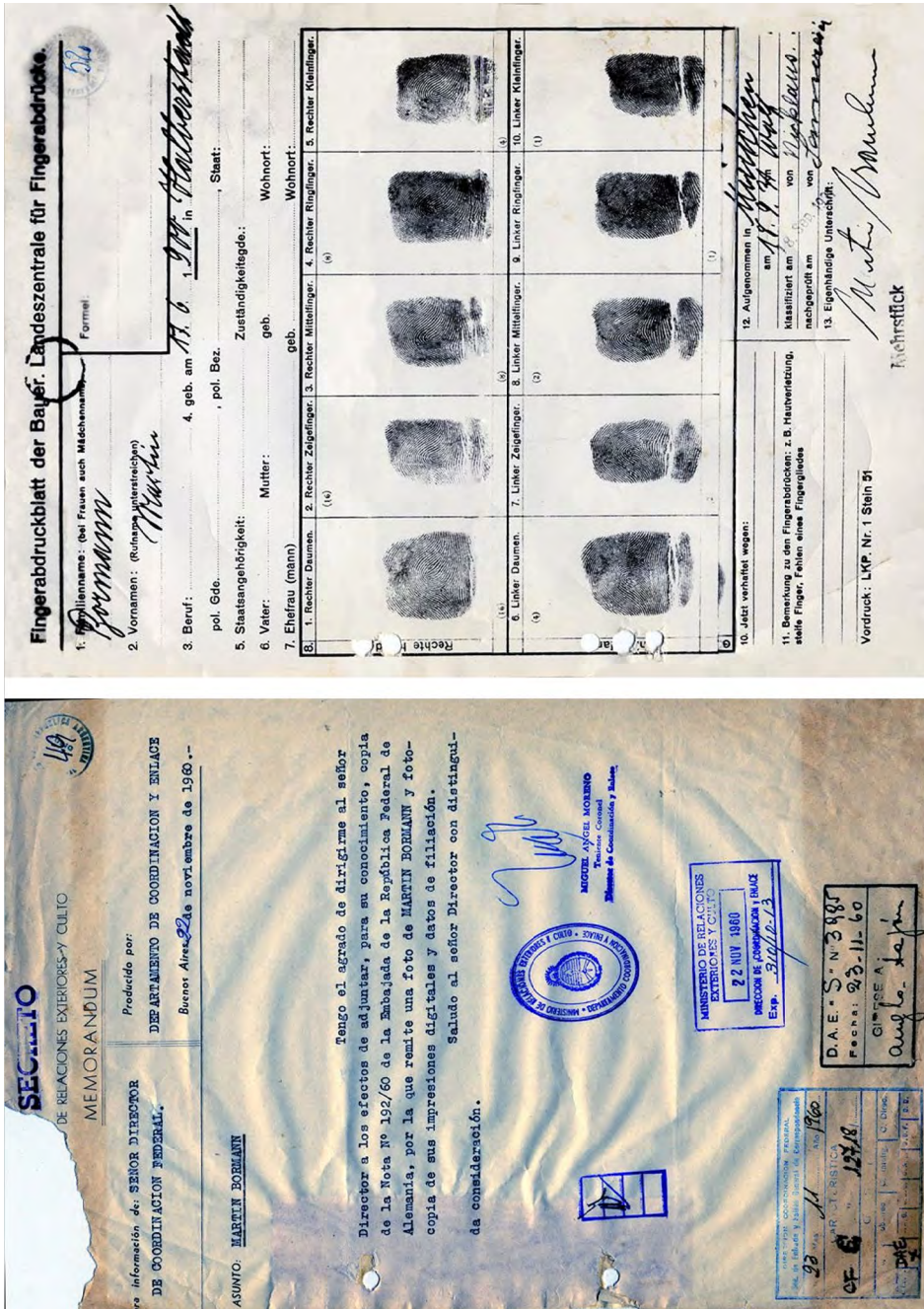


Figura 8. Huellas dactilares de Bormann enviadas a la Policía Federal Argentina en 1960 continuando con su búsqueda (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).

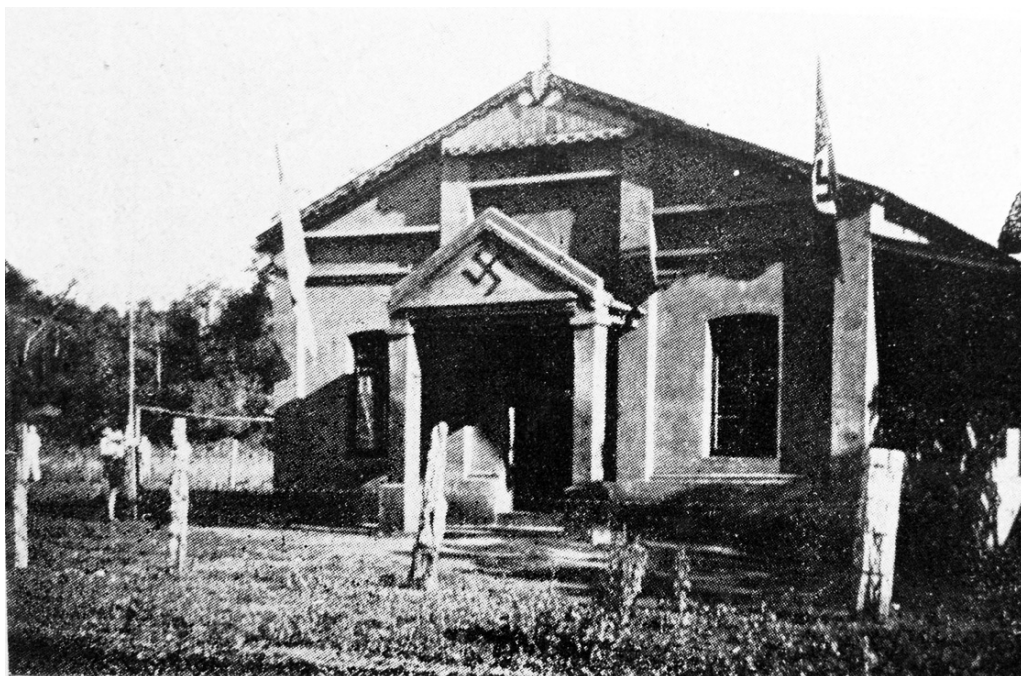


Figura 9. Escuela en Cambiretá, Paraguay, ca. 1940 (Cortesía C. Gallero).

exageraciones, agravadas por un pésimo manejo de la situación por parte de las autoridades y por la influencia de la inteligencia de los Aliados maximizando la presencia nazi. Una vez terminado el conflicto la colectividad alemana prefirió olvidar, ya fuera para recuperar la tranquilidad perdida o para evitar descubrimientos incómodos –nunca es sencillo enfrentar el que padres o abuelos pudieran hubieran participado o apoyado los crímenes cometidos–.

En lo que respecta a Bormann cabe preguntarse a quiénes (además de a los vendedores de pruebas falsas) les convenía fomentar la idea de que estaba vivo. La respuesta podría encontrarse en los grupos neo-nazis que surgían en todo el mundo y que necesitaban de modo imprescindible que hubiera un sucesor del *Führer*. Como dijo Simón Wiesenthal:

Después de la guerra los nazis necesitaban a un Bormann vivo para fundamentar mejor su lema: *Volveremos*. Así se creó la leyenda que Bormann se había fugado a bordo de un submarino hacia Sudamérica [...]. Algunos diarios y revistas de todo el mundo llegaron a pagar sumas fantásticas por las historias sobre Bormann. Dudosos comerciantes de informaciones y falsificadores ganaron fortunas enredando a los periodistas con informaciones sensacionalistas sobre la supuesta residencia de Bormann en alguna fortaleza en medio de la selva. Ellos suministraban los datos sobre esos supuestos paraderos de Bormann previo pago de las sumas convenidas [...]. Después de la guerra repetían: Bormann está vivo, volveremos. Y eso nos confundió (Levi 2006: 47).

Aun así, hasta mediados de la década de 1970 la presencia de Bormann en la región era una posibilidad difusa, pero se transformó en certeza a raíz de un artículo periodístico. En 1976,

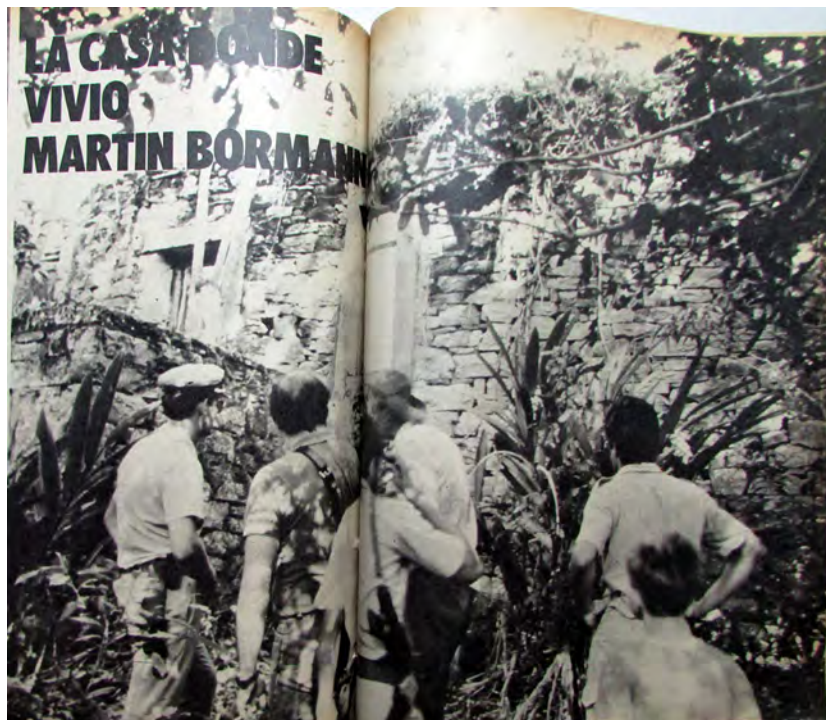


Figura 10. Portada del artículo de 1976 que inició la zaga del mito de Bormann en Teyú Cuaré (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).

el periodista Agustín Bottinelli (luego enjuiciado por coacción durante contra los Derechos Humanos durante la última dictadura militar argentina) fue trasladado por personal de las fuerzas armadas por el río Paraná hasta el extremo más alejado de la península de Teyú Cuaré. Allí encontró dos estructuras de piedra casi en ruinas y completamente cubiertas por la selva, cuyas fotografías publicó en un artículo en el que anunció con grandes letras que pertenecían a “La casa donde vivió Martin Bormann” (Botinelli 1976) (Figura 10). No fue un dato menor que ese artículo fuera publicado en la revista *Gente*, uno de los pocos semanarios de edición masiva de la época, y cuyos ejemplares aún son conservados por los pobladores de más edad del lugar como prueba concluyente de la presencia del jerarca en el sitio. Según relata en el texto, Botinelli y sus fotógrafos fueron guiados por un pescador alemán llamado Ludovico Fes –sus descendientes todavía viven en la región- y por un tal Germán Enrico Naflin, quienes le aseguraron que vivían en una isla que entonces existía frente al sitio, hoy cubierta por la subida del nivel del río. Según Botinelli, Fes le informó que Bormann y su acompañante, “*el aviador Fedder o Feddel*”, habían vivido en las construcciones de piedra entre 1950 y 1956. El padre de Fes había encontrado por casualidad al recorrer la península, la “casa” (la Estructura I en este texto) ya abandonada pero aún con muebles, dado que aunque se encuentra relativamente cerca de la orilla no es visible desde el río. En entrevistas posteriores Fes dijo que para construir su casa en la isla había utilizado elementos que sacó de los edificios de Teyú, y años después afirmó que en realidad lo único que tenía en la isla era un paradero de pesca y no una casa; las fotos existentes no muestran que hubiera nada edificado en esa isla (Camarasa 1995). Como curiosidad, resulta

interesante mencionar que los apellidos Fes, Fedder y Naflin no aparecen mencionados en los registros de ingreso de inmigrantes alemanes al país en esos tiempos (Sarramone 2011).

Es claro que Botinelli no llegó a Teyú Cuaré por casualidad, aunque nada explica al respecto en su texto lleno de aseveraciones infundadas, exageraciones y errores, que parece haber sido el producto de una visita apurada. Por ejemplo, al describir los edificios mencionó que las piedras de los muros estaban unidas con cemento, aunque de hecho en ninguna de las estructuras líticas se usó mezcla de ningún tipo. De igual modo señaló que tardaron dos horas en llegar a una de las estructuras que en realidad se encuentra a una distancia máxima de diez minutos desde cualquier punto de la costa de la península. Unas pocas observaciones directas, confirmadas por lo que puede verse en las fotos, sí resultan consistentes con las características de la arquitectura del sitio, que por entonces no estaba tan destruido; notó que a la Estructura I le faltaba el techo pero aún conservaba la puerta y que había evidencias del uso de un tanque metálico para una doble instalación de agua fría y caliente. También dio cuenta de la existencia de la hoy denominada Estructura II, señalando que ya en ese momento se encontraba “muy destruida” e identificándola como la vivienda del supuesto aviador que le habría hecho compañía a Bormann. Pero la frase final del artículo fue la que mayor impacto causó entre los lectores: “Aquí hay una casa que está construida por un hombre inteligente, europeo, y que buscaba esconderse”. Esa afirmación y las imágenes fueron los detonadores que necesitaba un imaginario ya excitado por las historias de nazis escondidos, acicateado por las



Figura 11. Lateral del Edificio I en 2008 cuando sobre la ventana, aun entera, habían seis hiladas de piedras. (Cortesía A. Cardozo).



Figura 12. La misma pared en 2019 con parte del muro de la ventana derruido.

recompensas y por lo incomprensible de la arquitectura del lugar, para cristalizar en un relato que se mantendría por años.

Con la vuelta de la democracia en 1983 la leyenda no se acalló sino que se vio amplificada; los citados pescadores pasaron a ser personajes portadores de una historia que los periodistas locales estaban ávidos de publicar, exagerando cada vez más. Cuando en 1991 el Parque Provincial Teyú Cuaré fue inaugurado, la intención fue disponer de una reserva natural de la flora y fauna paranaense; las construcciones históricas que quedaron ubicadas en su interior no fueron tenidas en cuenta y su presencia ni siquiera fue señalada. Pero poco después Jorge Camarasa publicó un libro que se vendió masivamente en el que hacía referencia a ese sitio, y el tema de la posible presencia de Bormann se reavivó de súbito (Camarasa 1992). Al libro se sumaron varios artículos en los periódicos de Misiones y el sitio volvió a atraer la atención del público. Los medios de comunicación se ocuparon de él con soltura y en 2005 apareció en el Parque un primer cartel que indicaba como llegar a la “Casa de Borman” (siempre mal escrito). Después se hizo otro más completo que aludía a Hitler y el escenario estuvo listo para que las ruinas se transformaran en un santuario neo-nazi. La “banalidad del mal” (Arendt 1999) avanzaba mientras las construcciones se iban deteriorando, sin que el Estado se ocupara de impulsar su estudio o siquiera su conservación (Figuras 11 y 12). Y quien visite el sitio verá que el deterioro es cada día más intenso.

Una vez concluida la presente investigación e incluso presentando toda la evidencia acumulada a nivel local y en el exterior, no fue fácil convencer a los responsables del parque de la necesidad de retirar esos carteles porque brindaban información probadamente errónea y espantaban a los visitantes al promocionar la visita a la casa de un genocida y materializaban aspiraciones neonazis. Su potencial conexión con un personaje célebre (aunque dicho personaje fuera alguien

tan nefasto como el secretario de Hitler) era entendida como un posible atractivo turístico y desafortunadamente dicha idea persiste. La divulgación de la información recuperada con el curso de este trabajo parece haber impactado mínimamente en el imaginario popular y en la promoción turística del lugar, que continúa siendo presentado como la *Casa de Bormann*. La leyenda se encuentra demasiado arraigada y es probable que deban pasar años, y nuevos y mejores estudios, para que sea reemplazada por datos históricos fehacientes y por un relato más ajustado de la historia del lugar.

Capítulo III

Teyú Cuaré: un lugar en el mundo

Cuando terminaba el siglo XIX, Jules Verne publicó un mapa del mundo en el que marcó las partes de la tierra que permanecían *desconocidas*, indicando con ello las que, en su conocimiento, aún no habían sido recorridas por europeos. Argentina aparecía en ese mapa con una extensa zona desconocida que se extendía desde el sur del Amazonas y descendía por la zona cordillerana hasta la Patagonia. Pero, extrañamente, la actual provincia de Misiones figuraba como tierra *conocida*. Es una curiosidad interesante, ya que los datos de Verne provenían de las lecturas usadas en Europa y Estados Unidos como fuentes de información. De forma inversa, era muy poco lo que el Estado argentino (cuyas autoridades estaban en la lejana Buenos Aires) sabía de la región; solo se disponía de mapas viejos o de poco detalle. La nueva cartografía se hacía con dificultad por la falta de caminos dentro de la selva (Figura 13), tan cerrada que varias expediciones consideraron la región como “improductiva” y como “zona despoblada” (Figura 14). La población indígena que desde hacía varios cientos de años habitaba la zona era dejada completamente de lado en tales consideraciones, como si no existiera.

Misiones era por ese entonces un espacio geográfico de límites imprecisos, zona permeable entre Brasil y Paraguay que aún se recuperaba del largo conflicto bélico de la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), y del significativo despoblamiento derivado de ella. En esa coyuntura la región se vio atravesada por distintas luchas de intereses: primero, la que se dio entre los tres países que la codiciaban y luego, la surgida entre unas pocas familias favorecidas por las autoridades nacionales o correntinas que se convirtieron de manera gratuita (y compulsiva) en dueñas de extensos territorios. En esas tierras sin límites se instalaron explotaciones forestales y agrícolas y se impulsó la creación de colonias de inmigrantes europeos cuya llegada formó parte de diversos proyectos privados. Surgieron así, a fines de la década de 1880, las primeras colonias rurales, instaladas en un paisaje vegetal cerrado, rodeado por agua, con escasos caminos de acceso y una mínima conexión entre poblados. Sólo estaban próximas a caseríos habitados por indígenas, afrodescendientes y criollos, población a la que no se le reconocían derechos ni se la identificaba como argentina, y que en su mayoría solo hablaba guaraní o portugués. En un territorio cuya topografía comenzó entonces a transformarse drásticamente por las acciones sistemáticas de tala y desmonte para la explotación agrícola, por la venta de madera y por la creación de nuevos pueblos que sostuvieran las empresas de unos pocos terratenientes. Este último proceso en particular resultó en una muy irregular distribución de inmigrantes de diverso origen en el territorio de la provincia, facilitada por una legislación local débil y cambiante. De hecho Misiones no era entonces una provincia sino un “territorio nacional”, entidad administrativa cuya importancia parecía acotarse a la herencia de las misiones que los jesuitas habían instalado allí en el siglo XVII. Como si antes o después de ellos no hubiera habido nada; a la mirada de progreso occidental se trataba un espacio vacío que debía ser puesto a producir.

Ricardo Rojas vio la deforestación como un paso necesario para el control de ese territorio, como la materialización del ineludible enfrentamiento entre naturaleza y cultura que sólo podía tener un único resultado: la muerte de la selva en beneficio del desarrollo de las ciudades



Figura 13. Florencio de Basaldúa enviado para atraer inmigrantes, en 1900, tratando de abrir un camino hasta San Ignacio (De Basaldúa 1901: 34).

(Rojas 1907). En su libro sobre Misiones afirmó que la defensa de la selva era la defensa del *mal*, de lo opuesto a la civilización. Deforestar, sembrar y abrir caminos eran la modernidad y la vía para el ingreso de la cultura y la civilización. Años después, otros escritores tendrían visiones diferentes de esa actividad devastadora al notar que destruir la naturaleza tenía un enorme costo en vidas y sufrimiento, así como un impacto nefasto en eso que todavía no se llamaba ecología. Deforestar la selva implicó un brutal esfuerzo físico por parte de los *mensú*¹, un campesinado pobre compuesto por indígenas, afros y criollos que fue obligado a trabajar al límite de sus fuerzas.

La llegada a Misiones de colonos europeos y su participación en el desarrollo agrícola de la provincia se tradujo rápidamente en una mitología centrada en los esforzados, casi heroicos trabajos de los inmigrantes, quienes al escribir su propia historia olvidaron o minimizaron el rol jugado por los hacheros paraguayos, argentinos y brasileros, y como todo el proceso consumió descarnadamente la sangre y la vida de las poblaciones locales. En 1917, un escritor

¹ *Mensú*: palabra de origen hispano que algunos autores han propuesto deriva de “mensual” o “mensualero”, en referencia a la forma en que se pagaba a una enorme población mestiza que vivía semiesclavizada en las explotaciones agrícolas misioneras.



Figura 14. Plano de 1869 en que Misiones aparece con la leyenda “Este territorio es hoy completamente abandonado” (Biblioteca del Instituto de Arte Americano).

de la primera generación de pioneros del cultivo de la yerba mate que firmaba con el seudónimo de *L'ortelano*, decía al referirse a uno de los ingenios:

“hormiguan allí más de 15.000 hombres sujetos a la más inhumana e inocua explotación [...], viven allí arriba como bestias, no se alimentan más que con porotos y maíz, duermen en el suelo con cuatro hojas de palmera como techo, sin derechos de ninguna especie” (Zamboni 2003).

La violencia de la explotación y de las condiciones en que vivían también fue recurrentemente descrita por Horacio Quiroga, quien señaló con respecto a la prohibición del consumo del alcohol “*Nada hay más rápido (...) que la explosión que desata una damajuana (de vino) en un obraje*”. Durante la primera prospección realizada en Teyú Cuaré, los primeros objetos hallados sobre el piso fueron precisamente los fragmentos de una damajuana rota; una casualidad que sin embargo sirvió para recordar que el pasado siempre está presente en el registro arqueológico. Por décadas, quizás hasta 1930, el río Paraná transportó los cadáveres de los *mensú* muertos por agotamiento, transformándose en parte de un paisaje que impactó a visitantes, escritores y cineastas que registraron la brutalidad de esa cotidianidad. Por otro lado, varios historiadores parecen haber idealizado a los empresarios y dueños de los ingenios y no a quienes hicieron el trabajo (Weyreuter 1998, Kegler 2002) y, lentamente, los relatos, películas y libros que hablaban de los cadáveres que bajaban por el río fueron olvidados.



Figura 15. Bloque de basalto llamado Peñón de la Reina Victoria, que delimita el sitio haciéndolo casi inaccesible.

Entre tanta selva que desapareció quedaron unas pocas hectáreas ubicadas entre grandes peñones de piedra, relegadas por su falta de potencial agrícola y dificultad de acceso; es el terreno ahora ocupado por el Parque Provincial Teyú Cuaré. En idioma guaraní, el nombre del sitio hace referencia a una (o varias) *cuevas de lagarto*, en alusión a unas grutas que existían en la base de los grandes acantilados que hay sobre el río Paraná (Figura 15) y que quedaron sumergidas por la modificación de su nivel hace pocos años. Como se mencionó en el capítulo inicial, los documentos escritos que dan cuenta de la historia de San Ignacio y su región en los últimos 150 años no registran que existiera construcción alguna o siquiera población en la zona de Teyú Cuaré, ni anterior ni de la época de las grandes explotaciones agrícolas. Entre muchos otros, el *Registro de Actas* y el *Libro de Actos* de San Ignacio, documentos fundacionales de la municipalidad comenzados en 1895 uno y en 1914 el otro, carecen de toda mención al respecto. En este sentido es interesante ver la lentitud en que se avanzó cortando la selva para ir hacia el norte (Figura 16).

Entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX la región fue visitada por al menos dos docenas de exploradores e intelectuales, y ninguno de ellos dio tampoco cuenta de la presencia de estructuras en el sitio. La selva virgen resultaba atractiva para los naturalistas y grandes observadores la recorrieron entonces incluyendo a Arsene Isabelle (1835), Hunter Davidson (1882), Juan Queirel (1897), Adolfo de Bourgoing (1884), Giacomo Bove (1885), Francisco

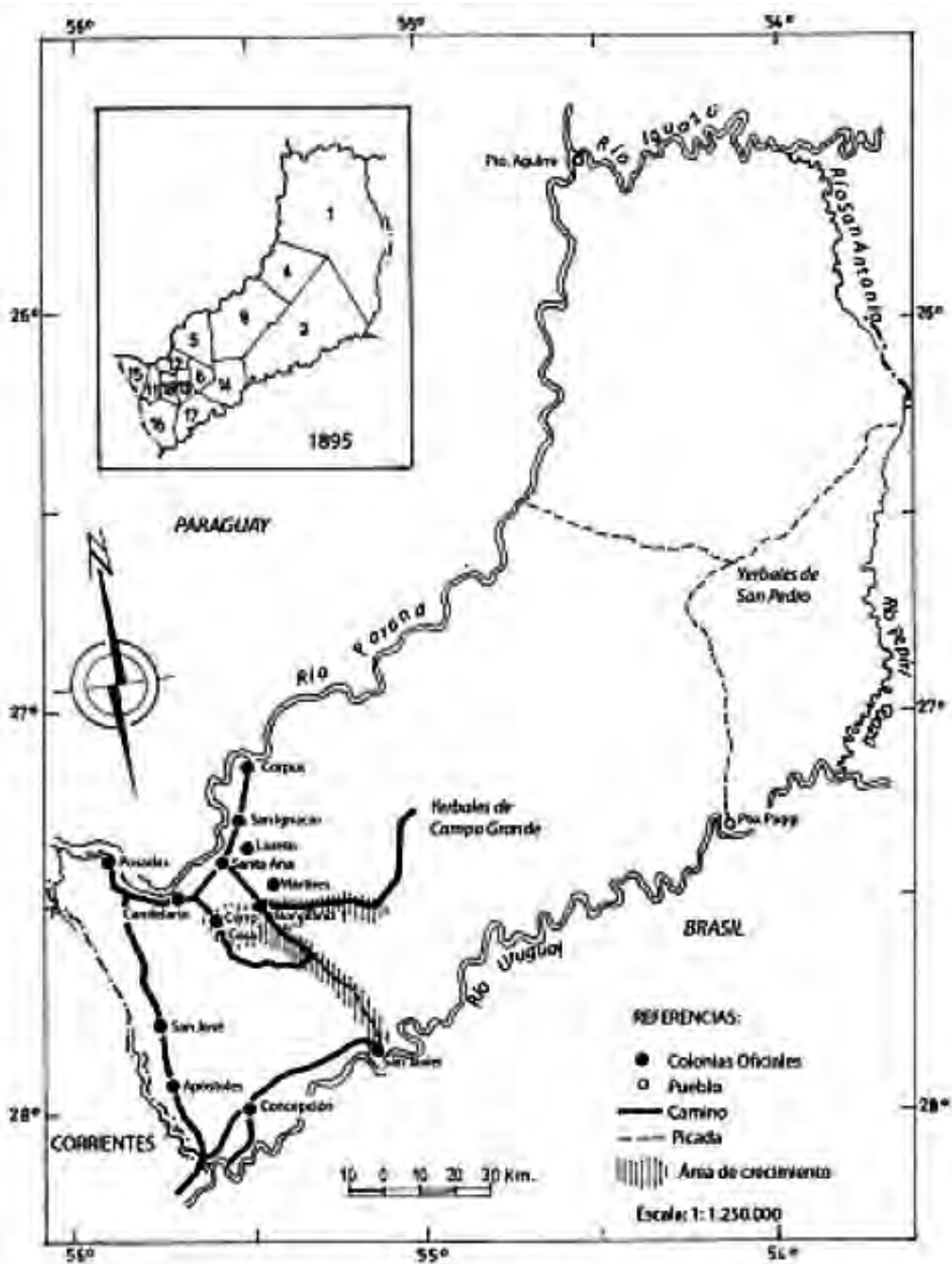


Figura 16. Desarrollo de caminos dentro de Misiones en 1895 cubriendo la parte sur del territorio y facilitando el cruce desde Brasil hacia las colonias y Paraguay (Cortesía de C. Gallero).



Figura 17. Detalle del plano de Carlos de Chapeaurouge de 1901 con el confuso reparto de tierras en la región: límites mal demarcados y en que aun no figura el pueblo de San Ignacio. Nótese las tierras aun vacantes (De Chaperouge 1901).

Latzina (1888 y 1891), Fernando Coni entre 1877 y 1880 (1954), Ramón Lista (1883) y Eduardo Holmberg (1887). También el periodista Carlos Burmeister (1889) recorrió el lugar, al igual que el arqueólogo y periodista Juan Bautista Ambrosetti (1892-93 y 1894) quien hizo tres viajes a la región. Florencio de Basaldúa, que se aventuró hacia al norte, tomó fotos e hizo planos para fomentar la inmigración española a San Ignacio (1901) y Francisco Manzi (1910) estuvo asimismo visitando lugares cercanos. El cartógrafo Carlos de Chapeaurouge (1901) hizo un mapa general de Misiones y de algunas de sus regiones en mayor detalle, pero no incluyó en él a San Ignacio –por supuesto que tampoco a Teyú Cuaré– porque la población no había sido formalmente creada, sólo se habían deslindado sus tierras (Figura 17).

Retomando la idea de que los silencios hablan, es plausible suponer que la total ausencia de menciones a la existencia de estructuras en Teyú Cuaré desde la colonia y hasta mediados del siglo XX implica que entonces no había nada construido en el lugar o en sus alrededores. Y cuando comenzaron a hacerse trabajos de relevamiento catastral con tecnología moderna, como el realizado por el Instituto Geográfico Militar publicado en 1943, sólo se registró la presencia de una construcción mínima, tal vez un rancho, lo que suma evidencia en favor de

la hipótesis de que los grandes edificios no existían hasta cerca de 1940. Lo relevante es que después de 1943 la presencia de tales estructuras, o cualquier otra, no vuelve a registrarse hasta la publicación del artículo periodístico de 1976. En los planos catastrales recientes, quizás porque para los cartógrafos eran ruinas viejas, tampoco fueron incluidas (*Mapa de la provincia...* 1985).

La naturaleza del parque

El Parque Provincial Teyú Cuaré (27° 16' S, 55° 33' O) es un área natural protegida de 78 hectáreas ubicada en el Departamento de San Ignacio, a once kilómetros al suroeste de esa ciudad. Geomorfológicamente su subsuelo presenta afinidad con la Formación Botucatu, de importancia por ser parte del acuífero Guaraní (Marengo y Net 2004). Esa formación está compuesta por areniscas cuarzosas a cuarzo-feldespáticas de grano fino a medio, con escasos niveles de grava muy fina, y delgados bancos pelíticos cerca de su base. Las areniscas poseen estratificación entrecruzada de alto ángulo con sectores con estratificación plana o masiva. En los afloramientos son de colores rosados y anaranjados, pero en el subsuelo llegan a tonalidades amarillentas claras. Generalmente se hallan bien consolidadas especialmente en zonas cercanas al contacto con las rocas volcánicas de la Formación Posadas, aunque en algunos sectores son muy friables y presentan buen lajamiento, lo que permite que sean utilizadas para la obtención de bloques en las canteras.

Por encima de la Formación Botucatu se dispone la Formación Posadas que está compuesta por dos unidades. La primera corresponde a basaltos toleíticos que alcanzan un espesor promedio de veinte metros y presentan estructura maciza en el centro y vesículas-amígdalas. La otra unidad son areniscas que conforman lentes de tonos rojizos a amarillentos, muy duros, con fractura concoide y numerosos poros sobredimensionados en forma irregular, los que indican escape de gases, y el espesor no supera los dos metros. Hay afloramientos de una roca de alto contenido de óxido de hierro llamada *itacurú* (*itá tacurú*, piedra hormiguero en guaraní). Predominan los suelos ácidos, bien drenados, con escasos nutrientes, con baja concentración de sílice, elevada presencia de óxido de hierro (lateríticos) y mínima de cobre, las tierras humosas en los bosques y mogotes, loésicos en los bajíos y toscas blancas.

Fitogeográficamente el territorio pertenece a la Provincia Paranaense, que incluye las selvas y sabanas del sector interior del sudeste del Brasil, del este de Paraguay, un sector del noreste argentino y las selvas en galería de la Cuenca del Plata (Cabrera 1971). Misiones es una de las provincias con mayor riqueza florística de la Argentina. Dentro del parque hay sólo catorce especies son adventicias (2 %). Varias de ellas escapadas de cultivo de las áreas antes habitadas entre ellas *Plumeria rubra* L., *Carica papaya* L., *Hedychium coronarium* y *Cymbopogon citratus*. Otras son exóticas comunes en áreas tropicales y subtropicales de América del Sur, como *Rhynchelytrum repens*, *Portulaca oleracea* L., *Talinum paniculatum*, *Hovenia dulcis*, *Linaria canadensis* L. y *Cyperus rotundus* L. Esto muestra una larga continuidad de la flora y que difícilmente su superficie haya sido alterada para cultivo. La flora está representada por 659 especies de plantas vasculares, 384 géneros y 110 familias, de las cuales 15 son pteridófitas, 18 monocotiledóneas y 77 dicotiledóneas. Cuatro de las especies son endémicas de esa área y otras 19 especies que también crecen en áreas rocosas o sabanas de Brasil y Paraguay, en la Argentina tienen distribución muy restringida creciendo sólo en Teyú Cuaré y zonas cercanas (Biganzoli y Romero 2004). La vegetación se caracteriza por la presencia de pastizales que crecen sobre

terrenos arenosos, especies selváticas que se desarrollan sobre los mencionados afloramientos de arenisca y comunidades rupícolas sobre las paredes rocosas de los peñones y pajonales de las zonas húmedas cercanas al río Paraná y al arroyo Yabebirí. El clima es subtropical sin estación seca con precipitaciones de 1700 mm anuales y un promedio de temperatura de 21° C.

La vegetación del Parque muestra un proceso de recambio constante ya que la humedad y el calor, así como la falta de tierra, aire y sol, hacen que una parte de los ejemplares se caiga y se pudra, incorporándose al sustrato sobre el que se desarrollan nuevos ejemplares. Hasta donde fue posible observar e indagar, la zona no presenta evidencias de haber sido deforestada al momento de realizarse las construcciones de piedra, ni siquiera en el caso de aquellas que poseen vista al río. Sí hay un sector en que no hay especies de gran porte, en la zona norte, donde se estima que por un tiempo sí hubo alguna explotación arbórea, pero no debe haber sido intensa ya que no fue reemplazada por pastizales.

El río Paraná ¿frontera o camino?

Quien hoy se enfrenta al río Paraná no solo observa un río con casi mil metros de ancho promedio, sino que ve una frontera, un límite; el río separa dos países (Argentina y Paraguay) y cruzarlo es un delito. Ello implica la existencia de puertos autorizados, controles policiales y aduaneros



Figura 18. Antigua foto de la *Isla del Barco Hundido* frente a Teyú Cuaré; un barco encallado que acumuló sedimento y luego desapareció con las obras de Yacyretá. No se observa evidencia de que hubiera construcciones en ella (Cortesía A. Cardozo).

(lábilis, pero controles al fin), fiscalización impositiva (obviando el contrabando, masivo u hormiga), y con la navegación regulada al grado de estar casi prohibida. Pero el escenario no siempre fue así: las obras para la construcción de la represa de la Central Hidroeléctrica Yacyretá-Apipé se iniciaron en 1985 cuando la cota de nivel del río era allí de 76 metros sobre el nivel del mar y se la subió en 2011 a 83 metros, desapareciendo incluso islas enteras (Figura 18). Eso significa que los 970 metros que hoy separan a Teyú Cuaré de Paraguay a mediados del siglo XX eran solamente unos 730 metros, lo que no era muy difícil de cruzar con un motor. O incluso a nado, algo que algunos vecinos todavía recuerdan que se hacía por diversión, aunque podía resultar una aventura peligrosa ya que pese a lo calmadas que suelen parecer las aguas, entre los acantilados había *correderas*² capaces de hundir a navegantes poco experimentados.

Cuando la zona de Cataratas del Iguazú se abrió al turismo, a comienzos del siglo XX, se inició la aventura de viajar en barco desde Posadas (capital de la provincia de Misiones) hacia Iguazú. El viaje *Paraná arriba* se realizaba en barcos de vapor cuyo itinerario hacía escala en puertos de una y otra margen, sin ninguna formalidad en el cruce de la frontera ya que para todos los involucrados se trataba de un territorio común. Las familias tenían miembros a ambos lados del río y lo cruzaban sin control alguno, la línea que separaba el contrabando del comercio era más que tenue y las *paseras*³ eran quienes trasladaban mercadería día y noche. Distintos relatos coinciden en señalar que con el correr del tiempo y la implementación de ciertas medidas de control, el contrabando se incrementó y pasó a ser controlado por las fuerzas de seguridad local, entre las que eran habituales las peleas a balazos disputando el poder. Bella Vista, el distrito paraguayo que enfrenta a las ciudades de San Ignacio y a Corpus, funcionaba –y aún lo hace– como puerto de entrada y salida de mercaderías que se movían a gran escala desde Argentina hacia Paraguay –en ambos casos mucho llegaba y llega aún desde Brasil–, para evitar pago de impuestos. El río era una calle húmeda y ancha que unía y no que separaba.

Los vecinos de más edad de los pueblos ubicados en ambas orillas aún recuerdan y extrañan esa vida libre sin controles. Un alemán del Volga que vive frente a Teyú, en Villa Rica, tiene muy presente el recorrido que hacía cuando era niño en el “barco del lechero” que lo cruzaba a San Ignacio a donde iba a vender verduras de su quinta; no había registro de que se trataba de un cruce hacia otro país. Las historias de los pobladores de origen alemán, ruso, polaco, ucraniano y húngaro que llegaban de Europa a Brasil y atravesaban Misiones caminando para llegar a Paraguay todavía forman parte de los recuerdos de familias locales, orgullosas de esa historia. En 1945 aún había mucha tierra de nadie o de terratenientes que tenían poco control de sus bordes, y siempre había un lugar en donde instalarse y luego defenderlo revólver en mano, con las pocas pertenencias preciadas escondidas en un *tapado* (pequeños escondite disimulado en el piso o la pared). El correo, institución fundamental para mantener los contactos familiares, funcionaba regularmente pero apenas había escuelas, en su mayoría alemanas hasta el fin de la Guerra Mundial, y en San Ignacio las clases estatales fueron intermitentes por años. Había pocas iglesias y todas de diferentes cultos cristianos que compartían los edificios, en especial los construidos por la embajada alemana en 1938 –las anteriores eran de madera–. Para hacer compras era más simple ir desde San Ignacio a Hohenau, la colonia alemana ubicada en territorio paraguayo pero apenas del otro lado del río, que ir a Posadas por tierra o usando la lenta balsa del Arroyo Yabebirí. El agua era entonces el camino por el que circulaban los

² Sectores en que el agua alcanza gran velocidad por la orillas de piedra. Los de Teyú fueron conocidos por los cuentos de Quiroga y Andrade, y por los barcos y botes que allí se hundieron.

³ *Paseras*: mujeres locales que se dedican al paso diario de pequeños bultos de mercaderías entre ambas orillas.

medios de transporte; llegar o irse significaba ir por el río o aventurarse en la selva. Quiroga, que en 1914 era Juez de Paz de San Ignacio, escribiría que para hacer el Censo de ese año “*Fui por agua (...) a simple remo*”, casa por casa (Quiroga 1997: 451).

La militarización de ambas orillas, años más tarde y dictaduras mediante, fue lo que estableció la percepción del río como barrera, como separación. Y las represas lo convirtieron en una secuencia de lagos en los que ya casi no hay pesca, ni pescadores, ni nadadores -aunque sí contrabandistas-, ni barcos, donde no se puede usar botes sin permiso policial y la basura plástica flota amenazando con durar para siempre.

Alemanes y nazismo en Misiones

En la actualidad y a semejanza de lo que ocurre con otros grupos de inmigrantes que se instalaron en el país, en Argentina suele nombrarse como *alemanes* a un colectivo llegado desde una vasta región de Europa central. Esto implica homogeneizar un abanico de identidades que se retrotraen hasta el antiguo Imperio Austro Húngaro o incluso al Imperio Romano Germánico. Si bien ha habido muchos *alemanes* en Misiones, primero debería definirse qué significaba *ser alemán* en el contexto local de mediados del siglo XX. Por supuesto que el ser hablantes de un idioma -o sus hijos o nietos-, era uno de los factores aglutinantes, pero ello no significaba que todos hubieran nacido en un mismo territorio, que los límites de ese territorio se hubieran mantenido constantes a través del tiempo o que todos fueran portadores de un mismo sentimiento de pertenencia. El ser alemán es una noción que se deshilacha a medida que se hace foco en las singularidades de cada grupo, ya que Suiza no es Rusia y Austria no es Polonia, aunque las personas llegadas de todas esas distantes geografías fueran señaladas como alemanes al llegar a Misiones. Pero la Argentina -en las antípodas de Alemania- ha sido un país de rápida integración nacional, con todas las imprecisiones que tal integración acarrea en la percepción mutua de los involucrados. La situación resultó aún más compleja a causa de la velocidad de los cambios en el escenario europeo y lo que demoraba la información en llegar al interior de la selva misionera, donde una radio era un lujo y un periódico algo inhallable. En tal sentido cabe recordar que el territorio alemán experimentó cambios drásticos durante la primera mitad del siglo XX y que quienes salieron antes o después de la Primera Guerra Mundial no venían del mismo espacio físico o político que quienes llegaron durante la Segunda Guerra. Quizás, vista a cierta distancia la situación de su llegada a la región se presentaba como homogénea, pero lo cierto es que hubo diferencias significativas; por ejemplo, a los colonos rusos del Volga se les dio terrenos alejados de los principales centros urbanos, ejemplo de discriminación interna. Varios llegaron de las ex colonias africanas tras la derrota de 1918 y por eso hubo en Misiones una Picada Africana; eran inmigrantes africanos descendientes de inmigrantes europeos.

A inicios de 1940 el total de habitantes censados de Misiones era de poco más de 190.000 personas, de las cuales 80 mil eran extranjeros. De ellos había entre 14 y 22 mil alemanes, 17 mil germano-brasileros y 23 mil polacos y ucranianos (Newton 1992). Otros datos indican que entre 1939 y 1942 había 42 mil *alemanes*, y que hablaban el idioma cerca de 200 mil, lo que resulta inverosímil, pero quizás sirva para dar una idea del imaginario al respecto y ejemplo de la variedad de datos disponibles (Oliveira-César 2001). Resulta difícil establecer quiénes podían ser considerados alemanes en dicho contexto o quiénes se consideraran como tales o se auto-percibían como alemanes de algún tipo. Lo mismo sucede para saber en qué medida

el supuesto apoyo brindado por muchos a la ideología nazi fue a quien comenzó siendo un canciller elegido democráticamente en 1933 (Figura 22). El idioma fue la herramienta crucial en la construcción de la nueva identidad local y hablarlo les permitió a muchos seguir sintiéndose como alemanes, pero lo cierto es que ya no lo eran porque el mundo había cambiado. Meding señaló que “*los distintos grupos de alemanes se apoyaron mutuamente, pero sin unificarse y tendieron a la exclusión social y (a su vez) a resistir la asimilación*” (Meding 1995: 49).

Las comunidades germanas de ambas orillas del Paraná estaban vinculadas y Hohenau en Paraguay era la cabecera. Un detalle de la topografía parece a entender la construcción del sitio arqueológico frente a las ruinas desemboca el pequeño riacho también llamado Teyú Cuaré. Su curso ya antes de su ensanche reciente era lo suficiente como para cargar una embarcación con materiales de construcción, productos o personas que cruzaran hacia el lado argentino, incluso usando una pequeña isla en el medio del cruce, ya desaparecida, para pasar desapercibido (Figura 18). En ese caso serían actividades fuera de la vista ocasional de cualquiera.

Si bien Misiones recibió amplia inmigración alemana, ésta llegó en número menor al de otras nacionalidades como españoles e italianos; sin embargo parecen haberse destacado más por el esfuerzo por mantener el idioma y rechazar la educación nacional. El que se hayan cruzado, a lo lejos, dos guerras mundiales, les dio un papel destacado ante los ojos locales. Y aunque la región recibió influencia del nazismo no lo fue en términos relevantes ni duraderos, menos a escala nacional. Pese a que algunos debieron sentirse nazis, la verdad es que para los nazis en Europa no lo eran. El Partido Nacional Socialista se formó en el país en 1931 siendo la expresión de un partido político que existía legalmente en Europa. Nadie imaginaba que llegaría una guerra aunque se perfilaba el racismo brutal y la violencia que los caracterizaba. La filial argentina solo tuvo 5.765 miembros entre 1939 y 1942, es decir que se afiliaron cerca del 2 % de los pobladores germanos que había en el país, lo que no llegaba a ser siquiera la cantidad de miembros de un club de fútbol, ya que por ejemplo Boca Juniors tenía en 1945 un total de 23.495 socios (Newton 1977) (Figura 19).

Más tarde, los perseguidos por la desnazificación local fueron entre el 1 y el 2 % de la inmigración. De ellos, los sentenciados pueden calcularse en cerca de setenta (Meding 1995). Los verdaderos criminales nazis alcanzaron la cifra de 180 (Jasckisch 1992), lo que no es mucho más que lo que se refugió en otros países, pero con haber tenido uno era suficiente, y como se mencionó en la presentación, los exilados nazis de todo tipo, no sólo jerarcas sino también civiles o soldados rasos, deben haber superado las mil personas. Más allá de los números, jamás debió haber gobiernos complacientes que permitieran su ingreso y luego los protegieran de la extradición. Además, una situación –vista localmente– era el Hitler electo, y otra el del exterminio (Figura 20).

Por otra parte, no puede olvidarse de una vertiente del nazismo que tuvo continuidad en Argentina y en Paraguay y que quedó olvidada: el inicial nazismo de izquierda, socialista a la medida de Stalin. El Partido Nacional-Socialista albergó a dichos grupos en la década de 1920. El núcleo de Hitler, uno dentro de varios, fue construyendo su poder con una derechización creciente que tuvo su fuerza en las SA, es decir las *Sturmabteilung*⁴, pero la izquierda no dejó de

⁴ Milicias voluntarias creadas en 1920, conocidos por sus *camisas pardas*, de ellas surgieron las *Juventudes Hitlerianas*, y tras el masivo asesinato de sus jerarcas en 1934, tomó el poder una nueva fuerza, las SS con absoluta subordinación a Hitler.



Figura 19. Profesores y alumnos de una escuela de Misiones no identificada en la década de 1940 (Cortesía C. Gallero).

militarizarse también y ejercer la violencia. Fue Bruno Fricke quien estructuró el movimiento nazi de izquierda y quiso difundir sus ideas en el exterior ganando a parte de las comunidades migradas, pero Hitler se opuso a eso con su famosa frase de que “*El nazismo no se exporta, se impone*”. El primer grupo de nazis que llegó al país en 1931 estaba integrado por marineros, no espías sino militantes arribados con la idea de difundir un evangelio. Fricke ya había estado en Brasil y Paraguay (en Villa Rica, justo frente a Teyú Cuare) en 1924; luego regresó a Alemania para huir nuevamente hacia Paraguay donde se mantuvo escondido desde 1930 hasta su suicidio en 1985, al ser identificado. Se lo signó como uno de los fundadores del nazismo, lo que era cierto, pero en realidad había sido un poderoso antihitleriano lo que aquí nadie comprendía. Respondía a Otto Strasser creador y organizador de ese movimiento nazi de izquierda. Era difícil para la gente separar esas dos ramas del nazismo inicial porque el manejo de Hitler transformó todo en un solo grupo, asesinando a los demás. Fricke era un hombre de izquierda y no de derecha aunque no por eso menos racista. En su país tuvo puestos en el gobierno, pero

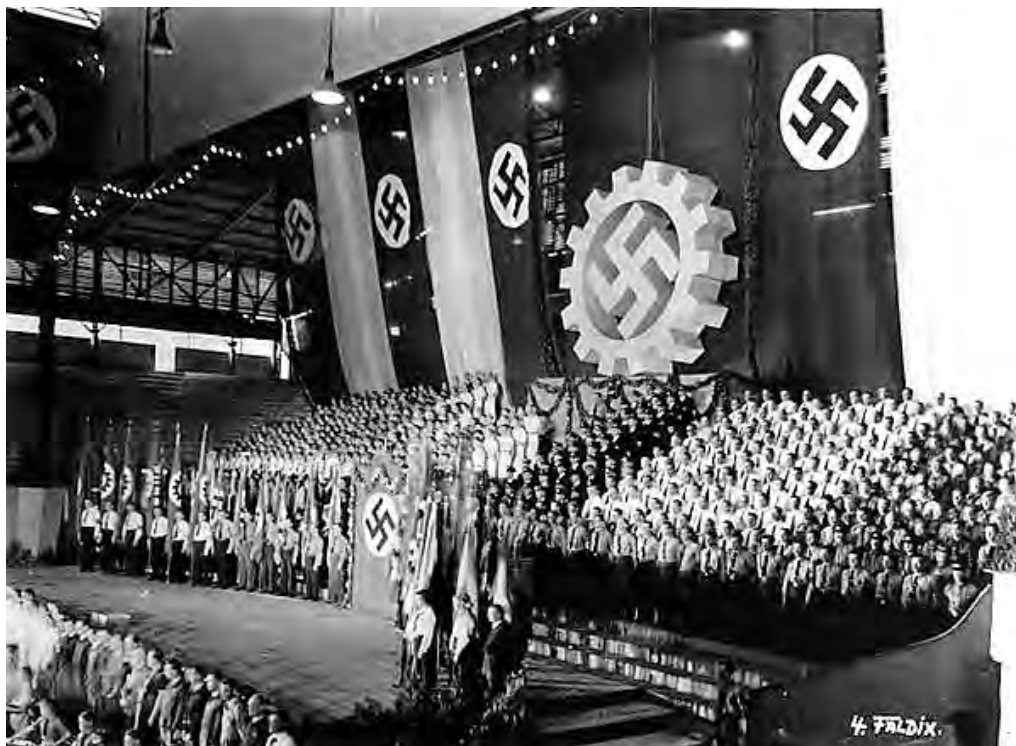


Figura 20. Buenos Aires, 1938: multitudinario acto en el estadio del Luna Park celebrando la anexión de Austria a Alemania por Hitler, el símbolo de la rueda dentada con la cruz esvástica representaba al único sindicato de trabajadores autorizado en Alemania, con representación local (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).

ante un frustrado golpe interno contra Hitler se exilió en Paraguay donde Strasser lo puso a cargo del Frente Negro contra el Führer (el *Schwarze Front*). En 1935 se trasladó a Buenos Aires donde su grupo tuvo sólo cien inscriptos (Stachura 1983; Mc Kale 1977; Newton 1992; Friedmann 2010). La historia de los hermanos Strasser al igual que la de Fricke puede estar conectada con Teyú Cuaré porque vivieron en Villa Rica y en Hohenau. De esa forma Paraguay y Argentina tuvieron participación en el nazismo de derecha y de izquierda, con lo que la región vio cómo esos grupos luchaban entre sí y confundían a la población (Seiferheld 1985).

Los documentos oficiales internacionales señalan que si bien la Argentina dio refugio a jerarcas y funcionarios, incluso sentenciados a muerte en Núremberg como Oswald Menghin (antropólogo aquí nombrado profesor universitario, entre muchos otros cargos) o como Adolf Eichmann, sentenciado años más tarde, también recibió entre 25 y 45 mil refugiados judíos entre 1933 y 1945, un número más alto que cualquier otro país del continente incluyendo a los Estados Unidos⁵. La realidad era que por un lado el nazismo argentino existía, pero el nacionalismo, el falangismo y el fascismo también: se trataba de una guerra y que con el

⁵ National Archives: Archivo de la Embajada de Estados Unidos, General Records 1936-1952, No. 2023 www.search.archives.gov/query.html?=-argentina+nazi&sumit=go&col=1arch&col=social&pc=1arch&qc=social

impulso de la contrainteligencia se hicieron barbaridades que atacaron a toda la población misionera⁶. La lucha contra lo *antiargentino* se transformó en la zona de San Ignacio y sus alrededores en la posibilidad de que grupos militarizados operaran impunemente. *La Prensa* y otros periódicos hacían la apología del accionar de la policía y la gendarmería, insistían en la infiltración desde Brasil, en la falta de controles, en la gran cantidad de extranjeros peligrosos, cayendo en la exageración burda y creando en Buenos Aires una situación casi paranoica de invasión territorial. Para ese diario en 1939 había 187.479 alemanes viviendo en la región, pero no mostraba que en San Ignacio eran nueve.

A nivel local también se destacó como negativo el hecho de que las escuelas daban clases en alemán, exigiendo su clausura sin más explicaciones y obviando mencionar que reemplazaban la educación de un Estado nacional ausente. Era cierto que en Misiones había 23 escuelas subvencionadas por la embajada alemana y que varias de ellas difundían el nazismo, pero también que en el pueblo de Puerto Rico la escuela estatal tenía 297 alumnos y sólo 25 bancos. O que a la escuela pública de San José llegó una directora que no tenía ni título ni documentos. No es que no hubiera militancia nazi y que la germanidad exaltada llegara a su máximo después de 1939, pero a quienes defendían la postura de los Aliados les convenía exacerbarlo para presionar a la Argentina para suspender su decisión de mantener una postura complaciente con Alemania. El pro-germanismo misionero nunca llegó a influenciar las decisiones del país y luego de la guerra pocos prófugos encontraron asilo allí. No todos los alemanes en Misiones pensaban igual y algunos quisieron que lo que era un mensaje político difuso pasara a mayores, pero no lograron ir de las palabras a los hechos. Hubo nazis, antinazis, nazis de izquierda e incluso nazis Stalinistas, hitlerianos y antihitlerianos, hubo más tarde nazis prófugos y muchos nazis y/o fascistas y/o falangistas y/o nacionalistas argentinos que los ocultaron, que miraron para otro lado o que al menos los ayudaron. Así como también una población cuya mayoría no entendió bien lo que pasaba e incluso algunos individuos que aprovecharon la desinformación ajena para construir su propio poder y riqueza.

Los cambios en la política nacional entre comienzos y mediados del siglo XX siguieron un camino bien marcado en lo que se refirió a políticas inmigratorias. Así como en los inicios de ese siglo la Argentina se abrió a los extranjeros, después las cosas comenzaron a endurecerse. Un decreto de 1938 puso requisitos e impidió el ingreso de judíos por simple antisemitismo, lo que luego se amplió a todo extranjero sin dinero. Tales prohibiciones nunca funcionaron de manera eficaz en la práctica, salvo durante el gobierno racista de Roberto Marcelino Ortiz, durante el cual se redujo casi al 50% el ingreso de extranjeros. Para 1940 estaba muy claro en las dependencias de Migraciones que había que evitar la llegada de refugiados aunque no lograban frenarlos: eran inmigrantes que ya no eran los imaginados agricultores de la Generación de 1880, aunque ellos también huyeron en su momento de otras guerras, hambres y persecuciones y eran los padres de los funcionarios de ese momento.

La postura ante la guerra de los gobiernos nacionales que se sucedieron durante la década de 1940 fue clara, aunque se disimulara por el poder que tenían Estados Unidos e Inglaterra. El golpe de estado del grupo nacionalista militar llamado GOU en 1943 quiso acabar con la inmigración de forma total. Pero desde 1945 abrió el acceso a los refugiados nazis, y a supuestos científicos a partir de 1946. La locura de la Comisión Peralta instalada en Migraciones por el

⁶ Las actividades de los núcleos de extranjeros en Misiones, *La Prensa* 1-2-1940.

mencionado Perón, en la que formaban parte asesinos venidos desde Europa, fue formada para entregar pasaportes incluso a nazis huidos de los tribunales de Núremberg, y es una historia más que conocida (Camarasa 1992, Camarasa y Basso 2014).

Todo esto llegó a impactar en la historia de Misiones; para el final de la guerra se había acabado el mundo idílico de los pioneros, dejaba de existir la posible alternativa feliz del retorno ante la visión terrible de una Europa destruida por la Primera Guerra y luego otra más, para crecer aquí con su propio esfuerzo o con la posibilidad de explotar al *mensú* sin que el Estado se metiera en el medio. Ese mundo había terminado. Tras esta nueva guerra, lo germano era un lugar en donde el mito acerca de que los descendientes lo seguían siendo -y que eso era un orgullo-, se había caído. Y si bien seguía en pie una comunidad con fuerte identidad, ya no era una unidad y eso quedó evidenciado por las diferencias irreconciliables que produjo la guerra. El Hitler que quería unir a todos terminó dividiéndolos para siempre. Ya era imposible imaginar un evento como en el que se realizó en estadio Luna Park de Buenos Aires en el año 1938, cuando miles de argentinos se reunieron para celebrar la anexión de Austria a Alemania, cuando el 75 % de los alemanes estaba de acuerdo en privar a otro país de su legítima soberanía.

Capítulo IV

Arquitectura y evidencia material en Teyú Cuaré: El asentamiento

Teyú Cuaré es el nombre dado a una región de la provincia de Misiones, a una península y al arroyo que la cruza, a un poblado, a un parque provincial y a las ruinas que se encuentran en su interior. También es el nombre de un arroyo de la República del Paraguay que desemboca en el río Paraná, justo enfrente de las ruinas. La denominación se repite sin que haya certezas sobre su origen histórico y sin que nadie esté seguro de cuándo cada rasgo comenzó a ser nombrado así. El camino único que recorre la zona no tiene nombre, menos aún sus desprendimientos, lo que dificulta las descripciones y confunde a quien recorre la zona.

En cambio, sí tiene un nombre singular el Yabebirí, un pequeño arroyo que bordea y limita la península de Teyú Cuaré por el sur y que aparece marcado ya en los planos de la región desde tiempos coloniales, aunque hace algunas décadas la construcción de la represa de Yaciretá lo transformó en una superficie de inundación que encerró la zona (Figura 21). La ciudad más cercana a la península y al arroyo es San Ignacio, conectada con ambos por un camino de once



Figura 21. Vista oeste de la península de Teyú Cuaré.



Figura 22. Mapa de las estructuras relevadas en el sitio de las ruinas de Teyú Cuaré.

kilómetros de tierra y ripio que se vuelve peligroso de transitar en épocas de lluvia. Diversas fuentes históricas que veremos, al igual que la memoria oral local, registran que hacia 1930 surgió el poblado que aun existe, también identificado con el nombre de Teyú Cuaré, pero que nunca llegó a desarrollarse y quedó casi sin habitantes a consecuencia del fracaso del proyecto agrícola pionero que lo había sostenido. En la actualidad, el espacio alguna vez destinado oficialmente a ese poblado, se encuentra reocupado por pobladores en muy pocos casos descendientes de los originales, en parte por nuevas viviendas destinadas a fines turísticos y por dos grupos de viviendas de miembros de comunidades indígenas guaraníes que llegaron al lugar en tiempos recientes.

El sitio arqueológico Teyú Cuaré propiamente dicho se ubica en la mencionada península, en una lengua de tierra orientada norte-sur que asoma sobre el Paraná como una secuencia decreciente de afloramientos de piedra que alcanza los cien metros de altura, cortada por otro pequeño arroyo sobre su lado oeste. La suba del nivel del río probablemente restó algunos metros a las superficies planas del sitio pero dada la altura a la que se ubican las construcciones no lo afectó mucho más. Un sendero serpenteante y con marcados desniveles atraviesa esa península (hoy Parque) de norte a sur; ese camino fue abierto en la década de 1990 buscando las zonas más adecuadas para caminar pero una observación cuidadosa permitió establecer que su trazado coincide en parte con el de un camino más antiguo (Figura 22). Es posible que este último uniera las construcciones ubicadas más próximas a la orilla con aquellas edificadas



Figura 23. Plano de los muros visibles que envuelven el cerro en la zona norte del sitio.

en terrenos más altos tal y como puede verse al superponer el plano de 1943 con los registros planimétricos actuales (ver en Figura 191).

El núcleo habitacional básico del sitio arqueológico es un pequeño cerro densamente vegetado con una construcción encima, la Estructura III¹, rodeado por muros bajos por tres partes y por tres construcciones principales más, las Estructura I y Estructura II, ubicadas del lado oeste. La diferencia de conservación entre ese sector y el resto de las edificaciones es clara, ya que los restos arquitectónicos hallados al norte y al este fueron casi imposibles de comprender, dado que solo se mantienen en pie decenas de secciones de pequeños muros desmantelados o caídos, impactando la abundancia de bloques de cantera en hileras y de piedras sueltas cubiertas por la vegetación (Figura 23). Esos muros bajos y de poca calidad constructiva van rodeando el promontorio donde se ubica la Estructura III formando hasta tres hileras concéntricas, adaptadas al relieve, lo que en otro contexto podría ser entendido como algún tipo de fortificación mal hecha, aunque los rasgos de estos muros en particular impiden verlo así. En las esquinas o lugares en que los muros cambian de dirección hay plataformas de dos niveles superpuestas con pisos de piedra, sólidas pero de simples piedras superpuestas y sin paredes laterales que hayan dejado su huella. Fuera de las grandes construcciones del oeste, en el resto de la zona sólo se puede identificar bien una estructura cuadrada doble, ubicada

¹ Las construcciones que se ubican dentro del parque y conforman el núcleo arqueológico fueron denominadas con números romanos, mientras que las que están fuera del parque lo fueron con letras.



Figura 24. Hallazgo de uno de los muros durante un recorrido de superficie; los restos se encuentran completamente cubiertos por la vegetación.



Figura 25. El muro mejor conservado que da la vuelta a la base del cerro, en partes enterrado, y formando terrazas empedradas.

estratégicamente en el centro norte del muro central, muy derruida. El resto son lo que queda de obras de muros bajos, no techadas o techadas de manera muy simple, quizás expeditivos cobertizos, y de pequeñas plataformas, irregulares pero generalmente empedradas, lo que aleja la posibilidad de pensarlas como agrícolas (Figuras 24 y 25).

El hecho de que la mitad inferior de todos los muros del sitio esté tapada por vegetación dificultó el relevamiento y registro de su trazado a la vez que favoreció la pérdida de solidez de las estructuras, ya comprometida por el crecimiento de ejemplares en su remate y por la constante caída de árboles. Tal proceso destructivo ha generado que cientos de bloques de piedra suelta rodaran hacia zonas más bajas, haciendo virtualmente imposible determinar un patrón de dispersión dentro de lo que naturalmente era un pedregal de semejante ergología. El grado de destrucción que exhiben los edificios hace pensar en un desmantelamiento intencional, pero las evidencias al respecto tampoco fueron concluyentes. Los muros envolventes en los sectores conservados de las distintas construcción van desde los 0.30 m hasta casi 2 m de alto, en algunos casos aprovechando rocas de gran porte. Salvo los muros que soportan las plataformas y que al tener apoyo se hicieron comenzando con una pared ancha que se va adelgazando, las demás son de uno o dos bloques de ancho, muy endebles, lo que contrasta con la imagen de fortaleza que se percibe de lejos. La arquitectura de la mayor parte de las estructuras muestra una fuerte contradicción entre función –fuera la que fuese- y calidad.

Uno de los tramos relevados de mayores dimensiones es un muro ubicado al norte de la plataforma sobre la que se extiende la Estructura III, cuya dimensión exacta no fue posible establecer. Se trata de un muro simple y bajo que en algunos puntos se eleva hasta los dos metros aprovechando afloramientos rocosos y generando algo semejante a una barrera para cualquier persona que llegara desde el río; aunque no hace imposible pasar, complica el acceso (Figura 26). Relativamente paralelo a ese muro y más abajo hay resabios de un sendero que se extendía hacia el este, lo que muestra que en algún momento hubo una circulación regular por la zona. Otros tramos fueron identificados como parte de pequeños conjuntos constructivos, algunos de los cuales definían recintos o plataformas cuya funcionalidad no pudo ser establecida. Muchos de los rasgos construidos se entrecruzan en un laberinto difícil de comprender sin talar la vegetación y sin despejar amplias superficies (algo inviable en un espacio natural protegido), por lo que cabe esperar que a futuro el empleo de nuevas herramientas de análisis permitan obtener un mapeo detallado y orientar excavaciones sin destruir la cubierta vegetal. La asociación entre este conjunto de muros y las construcciones principales no pudo ser establecida con precisión, ya que si bien los muros se extienden hacia el norte a poca distancia de la Estructura II, no se contactan con ella y tampoco con los otros dos edificios principales. Luego los muros giran primero hacia el este y finalmente al sureste, casi cerrando la Estructura III, pero ésta se encuentra más alta y cercada por el cuarto lado por los farallones de roca más altos del lugar. El muro de mayor extensión tiene visibles unos treinta metros y alcanza los dos metros de alto cuando aprovecha plegamientos naturales, pero se estimó que nunca tuvo más de tres hiladas de piedras simplemente superpuestas. El muro y su basamento estaban cubiertos por una espesa cubierta vegetal que dificultó la observación y sólo al despejarlo se pudo observar que su traza rodea casi toda la península. Ello reforzó la percepción de que el territorio de la península se encontraba dividido en dos sectores bien definidos; el de las casas y sus anexos, y el de la zona de muros, y cada uno parece haber cumplido una función diferente en la historia ocupacional del sitio. Los abundantes restos de pequeños muros inconexos con las estructuras principales podrían indicar que fueron realizados antes que los grandes edificios



Figura 26. Muros que descienden hacia el río y penetran en él, que fueron parte del sistema de la zona noreste. La foto está tomada desde el agua y después de cortar la vegetación que la cubría.



Figura 27. Muros de las terrazas de la Estructura XI; una vez limpios, se detectó un irregular piso de piedras. La pared que soporta está inclinada y es más ancha en la base.



Figura 28. Terraza principal de la Estructura XI. Al retirarse la cubierta vegetal se descubrió un piso de piedras y que las paredes son de una sola hilada de ancho.

o que fueron construidos al mismo tiempo que aquéllas pero utilizando un sistema menos eficiente. Aceptándose tal hipótesis, se estimó que el lapso transcurrido entre la construcción de unos y de otras fue relativamente corto, ya que como se verá luego el registro material asociado y las técnicas empleadas son semejantes.

Las construcciones más destacadas de ese sector son dos conjuntos de terrazas escalonadas ubicadas en los extremos noreste y noroeste del perímetro de muros que encierran el cerro de la Estructura III. La más compleja y de calidad es la Estructura XI, formada por dos terrazas triangulares de superficies empedradas, teniendo la mayor unos 15 m cuadrados.

Es posible que hayan sido tres terrazas y que sólo una, la inferior, resulte hoy apenas visible (Figuras 27 y 28). Hacia el sur el terreno se va elevando hasta llegar a la siguiente terraza, de unos veinte metros cuadrados de superficie, sostenida por un muro de cerca 1.80 metros de alto (la cubierta vegetal impide precisar a qué profundidad está la base). Los muros son de bloques sin cantear empleando un sistema simple pero eficaz, ancho en su base y que se va afinando hasta quedar rematado por una sola hilera de piedras, a la vez que se inclina sobre la ladera, algo burdo pero eficiente. La superficie de esa terraza está aplanada y cubierta por un empedrado irregular pero bien colocado. Hacerla debe haber significado mover unos quince metros cúbicos de piedra y tierra, lo que supone una cantidad significativa de horas/hombre de trabajo. La terraza superior se encuentra separada de la anterior por un muro de 0.75 m de altura y su superficie interna tiene también un empedrado simple. Su función no pudo ser establecida con certeza ya que la cubierta intencionalmente empedrada obliga a descartar la hipótesis de que fuera utilizada como terraza de cultivo; en cambio, su ubicación en la esquinas del cerro permiten pensar en alguna forma de sistema de protección o control del terreno.

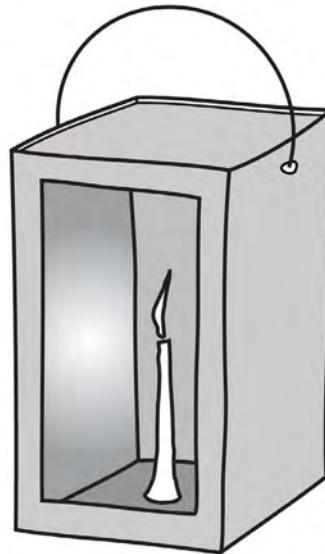
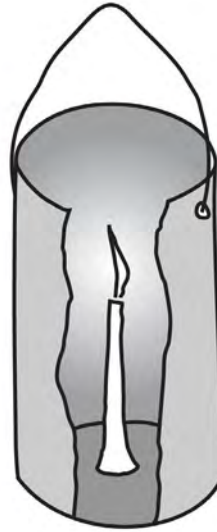


Figura 29. *Lampiu*, sistema de iluminación hecho con latas usadas y velas, tradicional en la región, en ejemplares encontrados en la zona este de la península.

En la otra esquina se ubica la Estructura XVI, simétrica con la anterior y de rasgos similares; tiene un primer nivel poco definido marcado por un aplanamiento de tierra que conecta con un sendero y un segundo nivel de terraza bien construida en piedra que se mantiene en buen estado. El tercer nivel se encuentra parcialmente conservado y parece haber conectado con alguna otra estructura cerro arriba, ya derrumbada. Los rasgos de manufactura de este conjunto son diferentes a los de la EXI, ya que la estructura es más burda y se hizo aprovechando salientes de piedra. La terraza media está a 1.10 metros de alto y la otra a 1.50 metros; la terraza visible mide 7 m por 4 m, es decir que es la mitad en superficie de la EXI. El despeje de superficie realizado en esta estructura permitió el hallazgo de varios objetos entre los que se cuentan una pava enlozada, una azada muy desgastada, un aro de barril con remaches, multitud de alambres de diversos grosores, un *lampiu* completo (Figura 29) y una chapa con clavos doblados para sujetar objetos (lata de “Grasa de vaca pura”, en origen). También se halló una piedra suelta formatizada que debió servir de base a un pilar de 15 cm de lado y un par de tablas, una cuadrada y la otra parte de un poste quemado con un clavo de perfil circular, que podría corresponder a una columna de sostén del techo. La evidencia parece indicar que una construcción sencilla fue instalada encima de la plataforma. El poste toma sentido al pensarse como parte de una estructura al ver que en la gran piedra que es parte de la delimitación de la segunda terraza hay un agujero hecho con un cortafierro y a su lado tiene un doble y grueso alambre enroscado para rigidizar una madera de forma rectangular, que alguna vez sostuvo algo, posiblemente una techumbre simple.

Ubicado al este de la estructura anterior y sobre el muro principal que bordea el sitio hay un par de recintos de base cuadrangular, unidos uno al otro y denominados colectivamente como Estructura XII aunque uno está dos metros más bajo aprovechando el desnivel existente del cerro. El superior mide 4 m por 3 m y tiene piso de piedra irregular delimitado por muros de piedras apenas canteadas. El recinto de abajo que el otro y está hecho con enormes lajas semienterradas para mantenerlas paradas, con piso también de lajas. Todo es de factura irregular y ha sufrido daños severos que resultan consistentes con una desarticulación intencional –probablemente causada con el retiro de los techos-, ya que los muros cayeron en los cuatro lados de adentro hacia afuera en ambos sectores. El muro mejor conservado supera 1 m de altura pero las piedras a su lado indican que era más alto. No hay evidencias de techo de vigas ni tejas alguna, pero al igual que en la cercana Estructura III podemos suponer que debió tenerlo simplemente apoyado; la destrucción impide afirmarlo con certeza. Los restos del muro oeste presentan evidencias de lo que podría haber sido una entrada, un vano sin puerta ni marco. Si este rectángulo superior tenía ventana hacia el norte –donde hay pocas piedras caídas a su lado-, la vista del río sería completa. Y dos piedras con su superficie plana aún ubicadas al centro podrían haber servido como sitio de observación desde el interior mirando hacia el Paraná. El recinto inferior es similar al antes descrito pero se ubica en la base de la ladera, en una depresión marcada. Cuenta con una superficie de unos 2 m de lado y contorno más irregular; el piso de piedra se encuentra rodeado por grandes bloques de piedra pero estos han sido movidos intencionalmente en tiempos recientes, tal vez como parte de una acción de saqueo semejante a las que se observaron en otros sectores del Parque.

Ladera arriba, a pocos metros de la esquina suroeste de este conjunto hay un recinto de 15 m por 13 m, definido por un muro simple de cerca de un metro de alto –algún sector alcanza los 1.40 m-, el que aprovechó afloramientos de la roca natural. El resto de las paredes son bloques de piedra dispuestos irregularmente. Parece ser un recinto cerrado pero puede ser

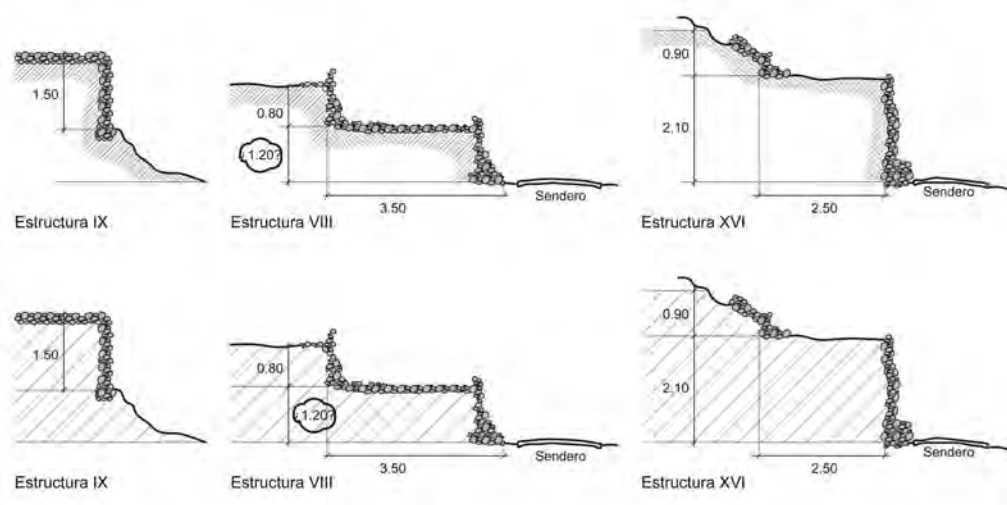


Figura 30. Tipos de terrazas escalonadas de piedra registradas en la zona norte.



Figura 31. Rampa de descarga de Puerto Benberg, que funcionara cerca de Iguazú a inicios del siglo XX, similar aunque debió ser mucho mayor a la que debió haber del lado este de la península. (Foto colección privada).

parte de dos hileras de los muros concéntricos que envuelven el cerro, cortadas por las que bajan hacia el río; dado que en ningún muro del sector hay unión en los cruces, es complejo entender si se hicieron al mismo tiempo o que parte corresponde a una u otra estructura. La morfología de la construcción lleva a pensar que tal vez fue utilizada como un corral, aunque los casi dos metros de desnivel que hay entre uno y otro extremo suponen una complicación para los animales domésticos, mientras que la altura de sus paredes no supone ningún obstáculo para los predadores del lugar (Figura 31). Al pie de un árbol cercano encontramos un tradicional *rompecocos* de piedra, instrumento usado en la región para quebrar la cáscara de los frutos comestibles de las palmeras *pindó* (*Cocos Australis*) y *mbocayá* (*Cocos sclerocarpa*). Es una piedra pesada, como para permanecer en el sitio, y es posible usarla de ambos lados ya que posee agujeros en las dos caras, ambas con marcas de uso intenso. Los llamados localmente *coquitos* fueron parte de un comercio en su tiempo, producto bueno y barato ya que crecían en las palmeras locales; desde 1880 se lo usó para fabricar jabón y aceites, industria luego desaparecida.

Desde este recinto y hacia el río, sobre un afloramiento natural, se encuentra una piedra de unos 1.50 m por 1 m de lado en cuya superficie se encuentran un diseño inciso cuyo perfil remite a una C y un círculo. En las cercanas ruinas de la misión de San Ignacio Miní hay una laja en el piso con un diseño similar a unos metros de la entrada de lo que fuera el Taller. Hasta donde se pudo indagar, se trata de los únicos petroglifos detectados en la zona y al igual que con las hachas de piedra, nódulos, lascas y fragmentos cerámicos hallados en el sitio, se estimó que su presencia en el lugar no tiene conexión con su ocupación histórica, sino que corresponde a momentos anteriores. Cabe mencionar que se han reportado para la región petroglifos precolombinos similares (Gradín y Ortiz 2000; Loponte y Carbonara s/f).

En lo que respecta a la morfología de las construcciones menores y a la de los múltiples muros antes descritos es posible proponer, por su forma y ubicación, que fueron parte de un sistema defensivo simple, quizás reusado después. También se consideró la posibilidad de que se tratara de los restos de un sistema de explotación de alguna materia prima, pero no hay otra evidencia que la sustente, y la presencia de superficies empedradas resulta inconsistente con el desarrollo de labores agrícolas (Figura 30). Actividades extractivas como la tala de árboles para madera no *in situ* de estructuras o muros, sólo de rampas para deslizarlos hacia el río, como la que se estima que existió en la orilla este de la península.

El conjunto de muros entrecruzados que rodean el cerro se va desdibujando a medida que se penetra en la zona este de la península, hasta desaparecer; pero esa zona muestra afloramientos de grandes piedras que de alguna forma podrían haber servido como continuación de los muros. Además allí la vegetación ralea por efecto de lo que parece haber sido un antiguo desmonte. Hay un lugar en pendiente que parece el relicto de una rampa, similar a las que eran usadas a fin de rodar troncos al agua para formar las jangadas que descendían por el Paraná. Pero también pudo usarse para bajar las piedras de la cantera, o cualquier otra función (Figura 31). La cercanía al aserradero Blosset, que funcionó a comienzos del siglo XX donde hoy está el Club de Río un poco más al norte, aporta evidencia en tal sentido, aunque esto estaba aguas arriba y por lo tanto debió ser muy difícil llevar maderas flotando y quizás por eso no prosperó la explotación en el lugar.



Figura 32. Sección del parapeto visto desde el río. Aunque se encuentra en la orilla desde el año 2000, antes de la modificación de la altura del agua estaba alejado y cubierto por vegetación. Una parte ha quedado cubierto por la arena del río y la altura visible actual es de 1.35 metros.

El sendero del sitio que coincide en gran parte con el antiguo camino interno termina al norte de la península al llegar al río². Allí el paso se corta por la presencia de una roca de grandes dimensiones, justo en la orilla actual, pero que cuando el río estaba más bajo quedaba a unos diez metros de la costa original y seguramente no era visible por la vegetación. Es un afloramiento rocoso natural que presenta una fractura a 90 grados, lo que le dio el aspecto de un parapeto o muralla alargada (Figura 32). Su altura máxima actual es de 1.35 m pero los lugareños recuerdan que antes de la suba de la cota del río tenía al menos medio metro más de altura y de ahí el nombre de *muralla*, lo que se confirma por la arena del río acumulada que aumenta año a año. El largo del bloque es de 7.40 m y su espesor promedio es de 0.50 m, por lo que debía ser un gran estorbo si se lo encontraba en medio de un estrecho sendero. Sobre su parte superior se observan dos lugares en que la piedra fue desbastada artificialmente generando una hendidura en forma de V en la parte media y un ángulo recto en el extremo oeste, y numerosas marcas y rayones frescos muestran que fue golpeada en tiempos recientes. Algunos rasgos conservados indican que en la parte posterior de la roca se instaló una sencilla estructura, probablemente un techo sostenido por postes de madera que aprovechó el bloque como muro lateral. Además la excavación arqueológica realizada en ese sector permitió recuperar una sección de unos 0.80 m de un poste quemado de 0.15 m de lado, una sección más pequeña de un segundo poste y restos de lo que parece haber sido un tercero cuya quemazón total solo dejó marcas oscuras en la arena (Figura 33). Si bien se intentó encontrar el nivel de piso de la estructura u otros restos asociados, resultó imposible dado que el flujo del río cubre descubre de modo

² Esto fue así hasta 2018 cuando una tormenta hizo caer numerosos árboles; la decisión de las autoridades fue clausurar esa zona por lo que el sendero ya no llega al río.



Figura 33. Antigua estructura de postes detrás de la roca; las marcas grises en el suelo indican la presencia de madera quemada, el poste es visible aun en el sitio.

constante con agua y arena todo el sector. Las funciones que pueden atribuirse a este conjunto son múltiples y es probable que a lo largo del tiempo haya cumplido varias: mirador hacia el río, posta de descanso para pescadores, refugio expeditivo, todas funciones favorecidas por el reparo natural que brinda. No fue posible establecer si un sendero anterior al actual conectaba esta roca con el resto de las construcciones o si este afloramiento cumplía el mismo papel que otros pequeños muros para los que no se encontró mejor explicación que integrar un modesto sistema de observación y control de lo que pasaba en el río.

El arroyo que corre paralelo a las grandes construcciones y al sendero desemboca en el Paraná, en lo que parece haber sido un sistema de *tajamares* o muros de piedra, aunque las fuertes corrientes de las épocas de lluvia los han desarticulado. En diversos puntos del recorrido del arroyo se observa la presencia de grandes bloques de piedra sin formatizar cuya disposición remite a la de endebles muros laterales; en uno de los casos fueron dispuestos cruzando el curso de agua para crear un embalse. El embalse generó una acumulación de barro y agua estancada frente a la desembocadura en la que se desarrolló vegetación, lo que dificulta en extremo el acceso desde el agua e incluso el poder siquiera ver el arroyo (Figura 34). De esa estructura ha quedado completa una pared que tiene casi 60 m de largo, mientras que parecería haber otros dos muros que han quedado bajo el agua. El que es visible está trazado siguiendo una curva para evitar los empujes del agua y tiene tres aberturas de rebalse a diferentes niveles, lo que le permite mantener siempre agua en el interior. Lo interesante es que el nivel del Paraná ha



Figura 34. Pantano artificial surgido en la desembocadura del pequeño arroyo que corre por el sitio a partir de la instalación de una represa de piedra.

subido casi diez metros en el último medio siglo y que el tajamar aun es visible en su parte superior, eso indica que aunque esté alejado de la costa fue hecho con una envergadura digna de destacar. Hoy los cambios de nivel y la tala de los árboles de la orilla han generado una pequeña playa a su lado, pero antes se había logrado una verdadera cortina de vegetación.

Al norte del tajamar y sobre el río hay una superficie excavada sobre la pendiente que sube desde la orilla hacia el interior y que servía como rampa para embarcaciones (Estructura X). Se trata de un simple terraplén del cual son visibles 6 m de largo y 3 m de ancho; la tierra removida para su construcción fue colocada a los lados generando los desniveles de los que ahora queda un metro de alto. Probablemente se extendía más ya que el agua está más alta y la sección final quedó por debajo del nuevo nivel. Su apertura no es reciente porque en los últimos 25 años las actividades náuticas están prohibidas en el parque y en el río. En la última bajante reemplazar por 2020 se reportó el hallazgo de al menos seis botes de madera hundidos frente a ese lugar³ aunque las restricciones de circulación impuestas durante la pandemia del Covid-19 impidieron llegar hasta el lugar para analizarlos.

En uno de los puntos más altos de la península, al este de la Estructura III, se encuentra el afloramiento rocoso utilizado como cantera para la extracción de las piedras utilizadas en todas las construcciones del sitio. Es una formación de areniscas que presenta características de clivaje y lajabilidad que facilitan la obtención de bloques de formato regular (Figura 35). Es el sector de más difícil acceso en la zona ya que no hay senderos que permitan llegar allí, sino que el tránsito es por pequeñas salientes entre paredes rocosas. La presencia de un importante nido de jotes de cabeza negra (*Coragyps atratus* Bechstein, 1783) en el peñón más alto, genera un recubrimiento permanente de guano y restos orgánicos que hacen peligroso para la salud

³ Información suministrada por A. Cardozo en 2021.



Figura 35. Sillar de buena manufactura abandonado entre la cantera y las estructuras.

permanecer en el lugar. Dado que en todo el parque existen afloramientos del mismo tipo de piedra es evidente que la decisión de obtenerla de este sector en particular respondió a una acción planeada. El área identificada como espacio de extracción es una superficie plana rodeada de peñascos que caen verticalmente formando un anfiteatro natural. La extracción de piedras lo ha agrandado de manera cónica dándole un aspecto peculiar. En las paredes pueden observarse las marcas de las herramientas de hierro. Asimismo, en el camino hacia diferentes sectores hay piedras trabajadas que quedaron listas para ser utilizadas pero abandonadas. Se hicieron tres sondeos en los sectores planos del fondo de la cantera sin que haya evidencias sedimentadas, salvo en superficie que hubo vidrios de botellas de vino y restos de latas. Resultó llamativa la acotada cantidad de lascas identificadas como producto secundario de la actividad de talla, lo que llevó a proponer que los bloques extraídos eran luego formatizados en otro sitio, como se describirá luego. La cantera cuenta con cuevas de cierta envergadura y el hallazgo en su interior de fragmentos de vidrio de botellas confirmó que fueron utilizadas como reparo al extremo calor local (Figura 36).

Al revisar las piedras utilizadas en los diferentes edificios se observó que su arquitectura combina bloques de areniscas extraídas de la cantera con basaltos redondeados recolectados en superficie. El basalto fue utilizado en los rellenos casi sin trabajo ni modificación, y para delimitar los pozos de agua, mientras que la arenisca se empleó en basamentos, muros y pilares luego de un expeditivo trabajo de talla hecho en el lugar que denominamos *el picadero* (Weber 2021). En la zona, simplemente dispersas, hay varias herramientas burdas de hierro, descartadas por rotura o desgaste (Figura 35). La talla de la piedra es una antigua actividad



Figura 36. Cincel de hierro hecho de una pieza metálica informe y descartado por su desgaste.

regional y la construcción de las misiones jesuíticas de los siglos XVII y XVIII muestra la dimensión y calidad del trabajo. En las ciudades cercanas quedan viviendas hechas en piedra por la primera inmigración europea, aunque no sean continuidad de la misma tradición ya que son de finales del siglo XIX. Pero en ambos períodos se hacían buenos trabajos y en ninguno de los casos el apilado de piedras para una casa se asemejaba a los que fueron hallados en el sitio arqueológico (Schávelzon e Igareta 2016). Resulta difícil entender por qué en Teyú Cuaré prefirieron iniciar una explotación en un sitio casi inaccesible, –aunque cercano–, cuando mover piedras desde las canteras existentes en San Ignacio, aprovechando que es río abajo y habían orillas bastante accesibles para quien las conocía, hubiera sido más sencillo. Cabe señalar que la cantera que fue explotada por los jesuitas en San Ignacio y que está hoy cubierta por el casco urbano de la ciudad, llegó abierta hasta inicios del siglo XX (Morales 1929). Muchas obras realizadas en la zona a fines del siglo XIX e inicios del XX usaron piedras de esas canteras, pero en las construcciones de la península se eligió no hacerlo. Tal vez tal elección estuvo relacionada con la intención de realizarlas de modo discreto y empleando materiales locales para minimizar el tener que dar explicaciones sobre aquello que se estaba construyendo.

Nota sobre las técnicas de investigación en un entorno selvático

En América Latina ha habido diversas experiencias de trabajo en contextos de mucha vegetación. En el siglo XIX y valgan de ejemplo los grandes asentamientos mayas en Guatemala, México, Honduras y Belice, simplemente se cortaban los árboles, se prendía fuego, y pocos días después lo que quedaba eran sólo cenizas. Las grandes pirámides o los palacios –lo único que importaba

de esos sitios-, eran alterados pero no demasiado para los conceptos de la época. Fácil, posible y rápido, los daños nadie los cuantificaba (Schávelzon 2004).

Años más tarde, ante la evidencia del desastre del sistema, lo que se comenzó a hacer fue cortar toda la vegetación. El sitio era “abierto”, pelado, como un simple claro en la selva y eso permitía observar las grandes estructuras; lo que pasara luego no era problema. Las raíces, al ser arrancadas o quemadas, dejaban flojos los sillares de piedra de las paredes, pero eso era entendido como daño menor; todo era tan grande y desconocido que perder la capa superior no parecía un daño serio. Igualmente se podían entender las subestructuras ya que los edificios estaban contruidos por superposiciones; y la de más abajo era más antigua, lo que se consideraba como de mayor valor. Incluso se retiraba completa la de arriba y eso duró hasta la década de 1970-80. El nuevo sistema empleado en la zonas de vegetación más densa, en especial en El Petén, Guatemala, era llamado “abrir trincheras” aunque en realidad se trataba de cortes de toda la vegetación en líneas paralelas entre sí, orientadas norte-sur generalmente, separadas la menor distancia posible en base a tiempo y recursos. Decenas de trabajadores con machete en mano hacían una cuadrícula de caminos bien calculados, ya que cuanto mayor era el corte de vegetación, mejores las posibilidades de observación. Al chocar con una estructura se limpiaba en torno a ella; luego la vegetación se recomponía y no había grandes daños mensurables.

Esto implica que para cuando nos enfrentamos al ambiente de Teyú Cuaré había ya una larga experiencia en el tema de trabajar en zonas de densa vegetación. No solo las manuales antes mencionadas sino también con sistemas de detección digital remota como, por ejemplo, las imágenes LIDAR. Pero se trata de técnicas usadas en regiones donde es posible hacer grandes proyectos financiados por organismos internacionales; y la realidad de la arqueología local supone en la mayor parte de los casos un trabajo de esfuerzos voluntarios y escasos recursos económicos. Además, trabajar en una reserva natural de flora y fauna en que está prohibido cortar la vegetación de más de 5 cm de diámetro, y la de menor tamaño sólo en casos necesarios y con control de los guardaparques, sumó una dificultad extra. A ello hay que agregarle un estrato natural de material putrefacto y raíces, poco consolidado, y la presencia de un subsuelo de roca cuya dureza hace que las raíces no penetren sino que se extiendan superficialmente, generando un denso entramado (al que coloquialmente nombramos como “la peluca”) que impide ver debajo y que se enreda con las piedras. Cortarlo y retirarlo implica mucho tiempo, esfuerzo y una forma de daño a las especies vegetales. La falta de un sedimento fértil que genera esta curiosa estructura es la misma que hace que los árboles del lugar no lleguen a tener troncos grandes ya que por su velocidad de crecimiento en búsqueda de la luz terminan cayéndose con la primera tormenta, empujando a otros y aumentando los destrozos.

Al complejo escenario biológico se sumó la geología del lugar, que impide caminar en forma lineal incluso en zonas más abiertas, por lo que se optó por recorridos aleatorios pero de forma que en el tiempo se cubriera toda la península por granes sectores, usar GPS para ubicar cada estructura e irlas mapeando aunque fuese en forma expeditiva. Ello nos permitió tener al menos un mapa que registra la ubicación de las estructuras principales y las menores visibles, aunque debe haber decenas de muros bajo la vegetación cuyo registro completo quedará para la siguiente generación (Figura 22).

Capítulo V

Arquitectura y evidencia material en Teyú Cuaré: La zona oeste y sus grandes estructuras

Las nociones de habitabilidad, protección, identidad y funcionalidad como rasgos de una vivienda fueron planteadas desde el siglo XIX cuando la historia de la arquitectura hizo su gran desarrollo. Eugene Viollet-le-Duc publicó en 1875 un estudio en tal sentido y en él planteó que una vivienda podía variar en sus características a través del tiempo y el espacio pero que las actividades que se realizaban en su interior permanecían constantes: dormir, refugiarse, guardar alimentos, socializar. Por más diferentes que fueran las soluciones a dichas necesidades, éstas siempre estaban presentes. Con el correr del tiempo la teoría de la arquitectura avanzó, pero como dice el refrán “una casa es una casa”. Más allá de sus singularidades, una vivienda o un área de habitación no es una fábrica, un teatro o un estadio de fútbol, y por eso puede ser entendida como tal incluso siendo parte de una estructura más compleja. Por supuesto que a cualquier construcción pueden dárseles diferentes usos -se puede dormir en cualquier parte- y que las funciones cambien a la par de los espacios -una antigua fábrica puede ser hoy una casa o un hotel-, pero eso no altera la naturaleza original del edificio, como tampoco la cambia el hecho de que se trate de una casa precaria o ricamente edificada.

En toda vivienda, o área residencial abierta, se repite la presencia de un acceso, un sitio protegido para dormir, un lugar para cocinar (interno o externo), un baño (interno o externo), un lugar de reunión/comer/socializar y un espacio de depósito (interno o externo). Algunos componentes pueden estar anexos a la estructura principal, pero sigue tratándose de un núcleo de vivienda. También puede ser un único espacio y que en su interior haya lugares específicos para cada actividad. La cantidad, forma, ornamento, dimensiones y variedad de cada uno de esos espacios están determinados por los gustos, tradiciones y recursos de sus ocupantes, pero para la arqueología no suele ser más difícil identificar una casa construida en el siglo XX que las construidas en siglos anteriores. Y así ocurrió en Teyú Cuaré con la Estructura I: pese a sus singularidades, fue fácil identificarla como una vivienda de dos dormitorios porque era similar a millones de otras en el mundo.

Con la Estructura II, en cambio, surgió la dificultad de no encontrarle sentido, al menos al principio de los estudios. Muchos de los que la vieron antes creyeron que se trataba de un bunker o un edificio con sótano porque sus características se presentaban como carentes de una lógica arquitectónica que relacionara sus formas con funciones conocidas. Además, ello se debió en buena medida al grado de destrucción en que se encuentra, ya que a los procesos naturales derivados del avance de la vegetación sobre los restos se sumaban actos vandálicos que afectaron su integridad. Pero luego la comparación de sus rasgos con algunos pocos ejemplos detectados en la región de arquitectura hecha por inmigrantes alemanes provenientes de la zona fronteriza con Francia (la Franconia) permitieron darle sentido y proponer que fue una vivienda con sitio de trabajo. En lo que respecta a la Estructura III, sus rarezas resultaron difíciles de entender a primera vista, pero siempre estuvo claro que se trataba de una edificación funcional y se estimó que es posible que haya sido construida para servir a varios usos, pero

no para vivienda. Entre las hipótesis propuestas al respecto se consideró la posibilidad de que fuera un secadero (al estilo de los secaderos de tabaco o yerba mate, pero destinado a otros productos) o un lugar para una actividad similar, con otras funciones conexas.

La tradición constructiva de la región en que se ubican las ruinas de Teyú Cuaré se caracterizó en tiempos prehispánicos por la utilización de madera como material predominante. La instalación de los jesuitas en el siglo XVII incorporó la piedra como principal materia prima y desde los inicios del siglo XX pasó a ser habitual construir con ladrillos y cal o cemento, adaptando las viviendas a las modas de turno. La arquitectura maderera nunca desapareció, sobre todo en los parajes rurales alejados y entre la población de menores recursos, con frecuencia combinándose con otros materiales, pero quedó como símbolo de pobreza pionera y/o indígena. Sin embargo, ninguna de las varias docenas de casas históricas hechas con piedras y relevadas en el área, sean ruinas de edificaciones jesuíticas y/o construidas durante los siglos XIX o XX, se parece a los edificios arqueológicos. Reconocer tal situación fue clave para entender el sitio.

A la zona arqueológica se accede a través de un sendero que corre paralelo al arroyo que baja hacia el Paraná, y en el entorno inmediato de cada una de las tres grandes construcciones se detectaron restos de edificaciones menores, auxiliares: pozos de agua, pozos de basura, depósitos de agua de lluvia, corrales y otras obras complementarias. Eso llevó a considerar cada conjunto como una unidad compuesta (household) por un edificio de mayor envergadura y otros espacios menores que integrarían sus dependencias, abiertas o cerradas.



Figura 37. Casa de tablas de madera sobre basamento de piedra con galería frontal, típica de la arquitectura maderera regional, las tejas de madera han sido reemplazadas por chapa galvanizada.



Figura 38. Estructura abierta de uso comunal y construcciones anexas en una de las comunidades guaraníes próximas a Teyú Cuaré.

La Estructura I

Para describir este edificio resulta imprescindible mencionar primero las características de la casa rural misionera del siglo XX (Figura 37). Con pocas variantes de formas y tipologías está hecha de madera sobre una plataforma de piedra, y se mantiene dentro de un volumen inicial en forma de paralelepípedo. No presenta mayores rasgos en común con la arquitectura local de tradición indígena, generalmente definida por una construcción central abierta (sin paredes) y por unidades habitacionales menores dispersas con paredes de troncos de madera, techadas con paja o chapa (Figura 38). Por lo general las casas rurales tienen una entrada a través de un pórtico que genera una galería con sombra (detalle imprescindible por el caluroso clima local) que funciona como un espacio doméstico de socialización típico del litoral paranaense. El interior se divide en dormitorio/s, cocina (a veces externa), un espacio común que reúne las funciones de comedor y sala, y la letrina y los pozos de basura y agua se ubican siempre en el exterior. Con variaciones en el tipo de mampuestos utilizados, este esquema constructivo se consolidó en el territorio misionero a partir de la década de 1870, una vez concluido la denominada Guerra de la Triple Alianza que enfrentó a Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay. El incremento de la población que se dio entonces con la llegada de inmigrantes europeos introdujo las fachadas de cierta prestancia y un interior dividido en tres ambientes consecutivos. La separación en tres secciones del interior de las casas es una tradición rígidamente mantenida hasta la actualidad, pese a su poca funcionalidad (Figura 39).

El conjunto de estructuras en el sitio fue numerado del I al III por articular en cada caso una construcción principal y otras menores como ser pozos de basura o de agua, variados en casa caso (Figura 40).



Figura 39. Casa en piedra en San Ignacio de inicios del siglo XX, con fachada urbana y el tradicional interior tripartito. Conserva la evidencia de la galería al frente, ahora puesta detrás con el cambio de las costumbres. El aparejo de las piedras de paredes y vereda es diferente al del sitio arqueológico o las ruinas jesuíticas cercanas.

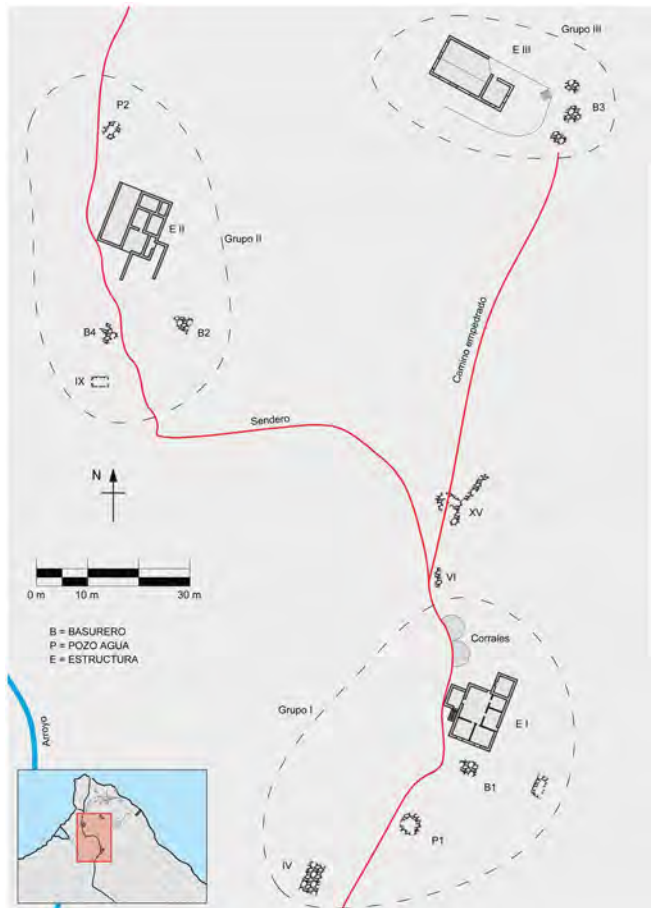


Figura 40. Plano esquemático de los tres conjuntos de estructuras que componen la sección principal de sitio.



Figura 41. Reconstrucción de la fachada de la Estructura I y sus desniveles.

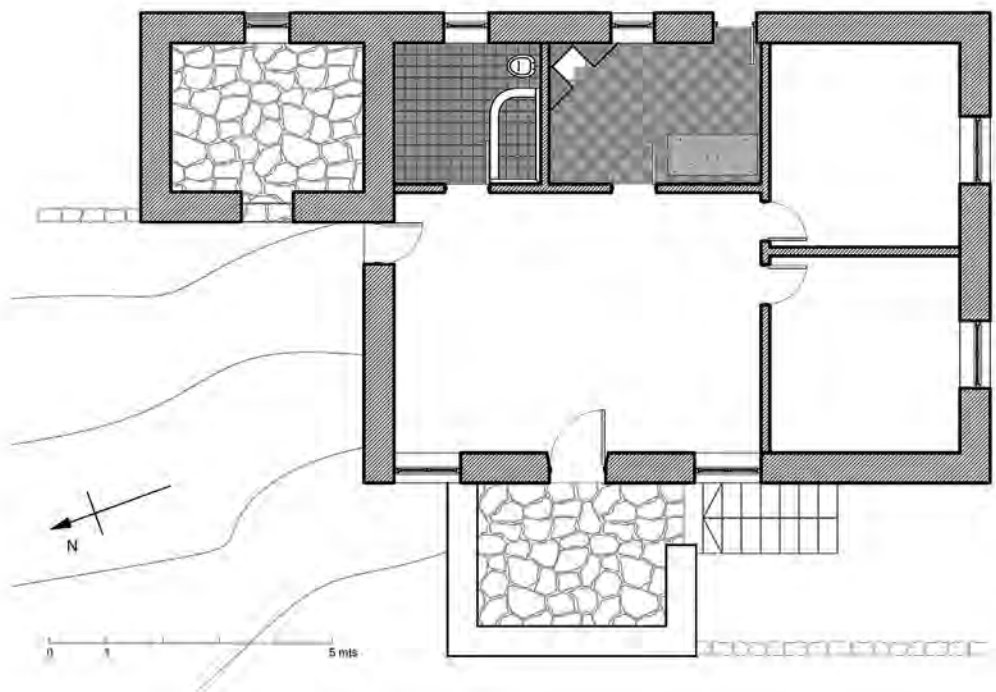


Figura 42. Planta de la Estructura I, los muros externos de piedra, los internos de ladrillos y las usadas para delimitar el camino de acceso y el patio posterior.

La Estructura I es una vivienda de planta rectangular que se desarrolla en sentido norte-sur por su lado más largo; tras un pórtico de acceso hay una sala-comedor, dos dormitorios, baño y cocina, y cada ambiente se presenta claramente definido. Anexo a ese conjunto hay una habitación de servicio o depósito con entrada independiente, una galería de acceso, un camino de circunvalación y un patio posterior empedrado. Fue ubicada en el faldeo del cerro sobre un terreno artificialmente nivelado de modo tal que el frente resulta impactante por la gran caja muraria construida con bloques de piedras canteadas, encimados uno sobre otro sin definir hiladas y sin mortero de adhesión. Los muros perimetrales alcanzan en su cara sur los 5 m de alto (sin techo). La ubicación del edificio, la altura de las paredes y el aspecto de solidez son los rasgos que generaron la idea de que se trataba de un edificio masivo y fuerte, aunque una mirada más cuidadosa nota las ventanas y las múltiples puertas y tal idea se desvanece. Pero obliga a preguntarse los motivos por los cuales se invirtió una descomunal cantidad de tiempo y esfuerzo en hacer esas paredes que nada protegen, en vez de utilizar otros medios más económicos y accesibles en la región como el ladrillo o la madera (Figura 41). El cuerpo principal de la casa está construido sobre una ladera, lo que implica que antes de construirla fue necesario despejar el terreno y generar un basamento de piedra para apoyar la estructura, proceso que requirió de un esfuerzo mayor al del resto de la construcción. La diferencia de altura que debió salvarse fue de más de dos metros y se usaron miles de piedras para rellenar y nivelar esa superficie. Tal decisión del constructor resulta difícil de entender ya que a unos metros el terreno se aplana y presenta superficies libres que, además, la hubiera alejado de la permanente caída de árboles y los escurrimientos de agua que bajan desde el cerro. Es sin duda una casa, una vivienda, un lugar de habitación, aunque con diferencias con las construcciones de la región y similitudes con las de cualquier ciudad moderna. El diseño de su planta remite inequívocamente a la arquitectura de mitad del siglo XX (Figura 42).

La primera singularidad detectada en su materialidad es que las paredes perimetrales fueron hechas de piedra mientras que las internas son de ladrillo y revoque, lo que implica el uso de un doble sistema constructivo. No hay ninguna evidencia que señale que los muros externos formaron parte de una construcción anterior que fuera reutilizada; por el contrario, todo indica que se trató de una única operación constructiva que se desarrolló, hasta en sus menores detalles, durante el siglo XX. Por dentro la vivienda muestra distintos rasgos contradictorios, como si quien hizo el proyecto constructivo nunca hubiera estado en el lugar y realizara una propuesta que seguía lineamientos que le eran familiares, pero sin considerar sus posibilidades de adecuación a este terreno en particular. De igual modo, ciertas resoluciones constructivas hacen pensar que quien se hizo cargo de la ejecución del proyecto sólo tenía un plano que seguir y nadie a quien consultar, por lo llevó adelante teniendo en cuenta la disponibilidad local de materiales, su experiencia y su (limitado) conocimiento sobre determinados aspectos. El resultado fue una arquitectura exterior mala pero costosa en trabajo y tiempo, aunque gratis en material; con imponentes muros de piedra, acceso y pórtico, y un interior estrecho, simple, barato y elemental. También puede proponerse como posibilidad válida que dos operadores diferentes se ocuparon de la construcción del interior y del exterior, pero se estimó que la singular materialidad del edificio queda mejor explicada por un proyecto imposible de concretar en el sitio, dilema que fue resultado por quien lo ejecutó siguiendo el dictado de las funcionalidades tradicionales.

Tipológicamente la vivienda se encuadra en las casas que la arquitectura define como *compactas* o *de cajón*, muy comunes en Europa, Estados Unidos e incluso en la Argentina entre 1920 y 1950.



Figura 43. Escalera de entrada ubicada de manera perpendicular a la fachada y al balcón saliente sobre el basamento.

Fue construida como un rectángulo perimetral cuyo interior debió adaptarse a la envolvente como si fuera un lote entre medianeras, ahorrando todo espacio inútil o de circulación interna. La pésima racionalidad proyectual es evidente y ciertas decisiones en el interior deben haber generado incomodidades difíciles de entender en un lugar sin limitaciones de espacio. La falta de privacidad derivada del escaso ancho de las paredes internas es una de ellas, al igual que la ubicación del inodoro tan próximo a la tina de baño en la que no hay lugar para las piernas cuando una persona se sienta, o el hecho de que en la sala las puertas están dispuestas de tal forma que la circulación deja escaso lugar para estar o comer.

En 2015, cuando dio comienzo el trabajo en el terreno, el estado de deterioro de la vivienda era importante y desde entonces solo ha empeorado. El techo y todos los cerramientos de madera ya habían desaparecido, aunque la mayor parte de los muros se conservan, aunque sea en parte. En la fachada hay una puerta principal flanqueada por dos ventanas festoneadas por una simple moldura de cal sin pintar que se destaca por ser la única decoración del edificio, aunque no hay perspectiva desde donde verla. Delante de la puerta hay un pequeño pórtico rodeado por un muro bajo que tuvo una cancela o puerta. La presencia de un balcón, veranda o pórtico es común en la región y la gente se sienta en ellos al aire libre, pero ineludiblemente están techados, lo que implica que incluso aunque el techo de no se hubiera conservado deberían quedar evidencias de las columnas que lo sostenían y no las hay. A esta rareza se le suma la escalera a su lado, de piedra de buena factura, que obliga a entrar en la casa lateralmente sin la clásica frontalidad de la construcción. La decisión de ubicar la escalera recostada sobre



Figura 44. Salón principal de la casa con las paredes internas hechas de ladrillo revocado, ahora cubiertas de inscripciones modernas.

la pared bien pudo responder al hecho de que a la casa se llegaba por un sendero desde la montaña y no desde el río (Figura 43). O pudo ser una decisión proyectual del que hizo el plano, un recurso de modernidad –fachada frontal y acceso lateral–, sin tener idea de en qué contexto, clima o entorno se construiría.

Los muros internos se hicieron con una única hilera de ladrillos unidos por su lado más largo y revocados con cal, por lo que las paredes son muy delgadas, de menos de 15 cm de espesor. Los cimientos que las sostienen son muy endebles, de dos a tres hiladas de ladrillos apoyados sobre pequeñas lascas de piedra, aunque por debajo hicieron el enorme basamento con grandes cantos rodados de basalto (Figura 44). La sala de la casa, de unos estrechos 25 m², está acorde a las dimensiones de la casa pese a lo incómoda que debió haber sido para usarla por la abundancia de puertas. Los dos dormitorios, ubicados de modo contiguo sobre el lateral sur, son cuadrados e iguales entre sí y a un lado de los dormitorios no está el baño (como sería esperable de acuerdo a la lógica burguesa que parece regir en el resto de edificio) sino la cocina. Los espacios internos son pequeños aunque con iluminación y ventilación. Las tres puertas al exterior son demasiadas para la superficie del edificio: además de la entrada principal, la casa cuenta con una salida de servicio que conecta la sala-comedor hacia el oeste con el cuarto anexo (Figura 45), y otra ubicada en la cocina que se abre hacia el patio de atrás. Allí hay un patio trasero empedrado y luego el terreno sube abruptamente la pendiente del cerro. Ese



Figura 45. Ángulo interno en que se unen uno de los muros de piedra a la vista con otro de ladrillos, en la puerta que conecta la casa con el anexo lateral.

lugar debió haber permanecido inundado de forma permanente por el escurrimiento de agua en los meses lluviosos del año y con acumulación permanente de troncos y hojas, tal como sucede actualmente.

La cocina es un espacio rectangular de piso embaldosado. En la esquina sureste de la habitación se conserva un pequeño depósito subterráneo conocido en la región como *heladora*, una forma de mantener frescos los alimentos almacenándolos debajo del nivel del piso. Su superficie interna se encuentra cubierta por una delgada capa de cemento, y aunque ha desaparecido la tapa de madera que la cerraba y permitía transitar por encima, se conserva el reborde donde encajaba y las perforaciones para las bisagras (Figura 46). En la esquina opuesta hay una estructura abierta de 35cm de alto; a un lado hay un agujero en el muro posterior que da al exterior, rasgos que indican que allí se instaló la cocina de leña. La presencia de tal perforación da cuenta del uso de una tubería saliente horizontal que pasaba a través de la pared, un sistema utilizado a nivel local para evitar la instalación de chimeneas con tiraje hasta el techo –que era de madera-, y que calentarían el ambiente. Los pequeños sectores de piso que aún se conservan muestran que se hallaba cubierto con baldosas calcáreas azules y amarillas de 20 cm por 20 cm, con zócalos grises intercalados con rojos. Sobre algunas pequeñas secciones de las paredes se conservaron restos de pintura de color azul Prusia, lo que muestra una intención



Figura 46. La *heladora* de la casa, espacio subterráneo en la cocina para guardar alimentos a temperatura constante.

de combinación ornamental¹. La ubicación oblicua de la cocina solo permitió la colocación de un aparato de menos de 52 cm de ancho, lo que en términos de uso debe haber resultado incómodo pero que parece haber sido el resultado de una decisión estética más que funcional, coincidente con el diseño del piso de mosaicos (Figura 47 y 48). Si tal fuera el caso –y teniendo en mente la noción de propuesta proyectual moderna–, podría asociárselo al primer Modernismo. Se conservan los agujeros pasantes de los caños hacia el exterior y hacia el baño, y las marcas de los conductos de la cañería en la pared sobre la cocina, de lo que debió ser un serpentín que calentaba el agua y la llevaba al baño con un simple sistema de cañería.

El baño es otro de los rasgos de la construcción que presenta características modernas ya que no se trata de una letrina fuera de la casa, sino de una instalación al interior, algo que en los ambientes rurales de la región resulta poco frecuente. El piso se hallaba recubierto con mosaicos similares a los de la cocina; en este caso, y aunque fueron saqueados (Figura 49), los restos conservados muestran que los colores fueron blanco y azul, dispuestos perpendicularmente, y

¹ Aunque su utilización en la ornamentación de la vivienda probablemente haya sido casual, no puede dejar de mencionarse que este color, también conocido como “azul Berlín” por su origen alemán, tiene una horrible asociación con el nazismo: el gas Ziklon-B utilizado para asesinar cientos de miles de personas teñía de ese color las paredes de las cámaras de exterminio.



Figura 47. La cocina: ángulo en que fue colocada el artefacto para cocinar a leña. Paredes pintadas de azul Prusia con agujeros de salida de humo y agua caliente. En el piso se alcanzan a ver fragmentos de baldosas azul y amarillo.

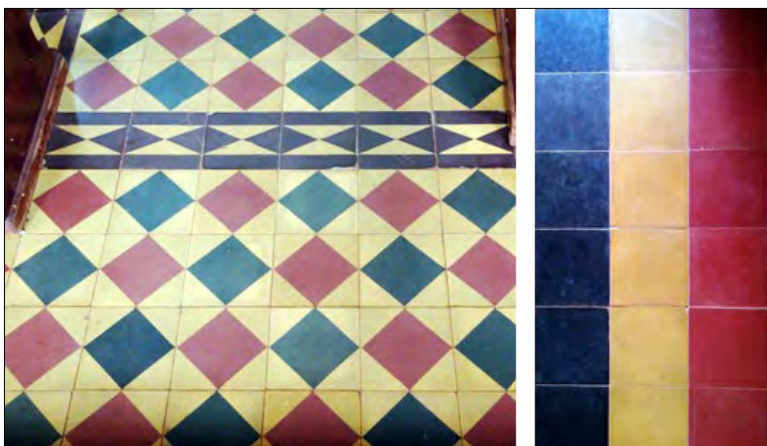


Figura 48. Baldosas de los pisos existentes en la zona cercana a Teyú Cuaré y la constante presencia de la bandera alemana en las entidades públicas como la iglesia de Corpus, la de San Ignacio y la comisaría de Corpus, construidas hacia 1938-39.





Figura 49. Evidencia de los mosaicos del piso del baño de la Estructura I, removidos en su totalidad.



Figura 50. Bañera hecha de azulejos blanco y bordes negros. En el pozo se observa la cañería de cerámica vitrificada para descarga.



Figura 51. Azulejos marca *Richards* de la bañera de la Estructura I descartados en el pozo de basura de la Estructura II.

en los escombros hubo fragmentos de zócalos de color rojo y gris. Toda la casa tiene mosaicos con la marca *GS* en la base. Esos pisos son frecuentes en la zona; los hemos relevado idénticos en otras ciudades de la región, pero sin poder identificar al fabricante. Se usaron entre las décadas de 1930 a 1950 en iglesias y casas y hasta en la policía local y de Corpus ambas de 1939.

A la derecha del ingreso al baño se destaca una bañera, o mejor dicho un reborde azulejado de 2 m de largo y unos 0.45 m de alto, hecho para contener el agua de la ducha más que para sumergirse. Tiene una curva en uno de sus ángulos, una solución funcional para evitar golpearse con la saliente (Figura 50). El revestimiento es de azulejos *Vicri* de color blanco, un producto hecho con vidrio de fabricación nacional, que comenzó a ser manufacturado en 1938 (Rougier 1994). En los ángulos se usaron azulejos negros fabricados en Gran Bretaña por la empresa *Richards*. La inscripción *Richards/England* comenzó a utilizarse hacia 1931². Restos de ambos tipos de azulejos también fueron hallados en los pozos de basura de la Estructura II, aunque el estado de deterioro del edificio no permitió detectar evidencias que indicaran que fueron utilizados en él (Figura 51). Los colores contrapuestos de las superficies blancas y los bordes negros proporcionan un juego estético que también pertenece al repertorio formal del Modernismo. En las paredes, la pintura fue hecha por sectores –al menos donde los revoques aún existen–, y el único color fue el azul Prusia, similar al de la cocina y que aquí cubría la pared de la ducha hasta donde termina la bañera (Figura 52). Gracias a la amabilidad de los vecinos de San Ignacio fue posible relevar los baños de varias casas hechas en las décadas de 1940 y 1950 y notar la similitud en la presencia de mosaicos de colores combinados con

² *A-Z of Stoke-on-Trent potters*, Richard Tiles Ltd, disponible en línea: <http://www.thepotteries.org/allpotters/852c.htm> (Visto: 26-6-2017)



Figura 52. Pintura de color azul Prusia sobre las paredes de la bañera, el resto era blanco.



Figura 53. Botiquín de baño atribuido a provenir de la Estructura I, en una casa de San Ignacio.

paredes cubiertas por azulejos Vicri. Según el relato de una familia vecina al Teyú Cuaré, un inodoro, un lavamanos y un pequeño botiquín que aún se encuentran en uso fueron obtenidos del baño de la Estructura I, lo que podría ser factible (Figura 53).

El inodoro de la casa estuvo ubicado sobre el muro posterior del baño, allí está la marca del tanque de agua empotrado, los lugares por donde se pasaron los caños e incluso los restos de un portarrollos para el papel higiénico (Figura 54). La excavación en la parte central del piso del baño permitió identificar los restos de un caño de cerámica vitrificada como desagüe de la ducha, que cruzaba la habitación en diagonal. Esto permite suponer que en algún punto se cruzaba con la descarga del inodoro y tal vez con la del lavamanos, para luego drenar hacia un pozo ubicado fuera de la casa. La ventana del baño alcanzó a ser fotografiada en 1999 por Poujade, cuando aún conservaba los restos de una persiana de madera (Figura 55).

Los desagües y el sistema de abastecimiento de agua fueron uno de los aspectos de la Estructura I más difíciles de estudiar por la desaparición de los caños y la caída de los revoques con las



Figura 54. Marca dejada por el portarrollos para papel higiénico, objeto cuya presencia en una vivienda ubicada en medio de la selva resulta casi una pieza de lujo.



Figura 55. Ventana de baño cuando aún se conservaba en buen estado; la imagen muestra que era compartimentada y tenía persiana (Poujade 1999).



Figura 56. Gran reservorio de agua en la ladera del cerro que se estima la conducía a un tanque metálico en la cocina, para darle presión para la ducha y canillas.

marcas de por dónde pasaban. En la descripción periodística hecha en 1976 se hablaba de los restos de un tanque metálico pero la única evidencia de su presencia que pudo detectarse cuarenta años después fueron dos ganchos de hierro con tuercas en los extremos, empotrados con cemento en sendos bloques de piedra, derrumbados cerca de la puerta de la cocina (uno adentro y otro afuera). Se estimó que los ganchos sostenían un tanque de agua ubicado en el techo, y que éste a su vez que se abastecía de una pileta cercana ubicada en el cerro (Figura 56) en la que se juntaba agua de lluvia.

Es poco lo que sabemos respecto a los techos que tuvo la Estructura I ya que toda la evidencia física que se conserva son tres agujeros sobre las puertas interiores que funcionaron como ventilaciones, o incluso fue por donde pasaban las vigas que sostenían la estructura lo que sería extraño. Sin embargo, se considera más probable que las vigas apoyaran sobre los muros, solucionando la estructura con la compleja tradición germana para esas construcciones. Aunque no se hallaron restos de los flejes metálicos que debieron sostenerlas, se consideró que el recubrimiento de la techumbre original debió ser de tejas de madera dado que no fue posible hallar restos de otro tipo de techo, como el de chapas metálicas tal como ocurrió en la Estructura II, ni de tejas cerámicas rotas, ni de una terraza plana cuyo colapso hubiera producido escombros en el piso. El uso de tejas de madera llegó a Misiones en el siglo XIX con



Figura 57. Fragmento del zócalo de la casa, en este caso color rojo, que envolvía los pisos de toda el casa.

los colonos centroeuropeos y se popularizó por tratarse de una manufactura común, barata y simple, de rápida producción, y su ausencia en el sitio es explicable por el clima y porque sus materias primas pueden haber sido removidas por vecinos para ser reutilizadas en sus propias viviendas.

De la carpintería original solo han sobrevivido partes de marcos y contramarcos de unas pocas ventanas (las fotografías del año 1999 muestran algunas de las ventanas casi completas) pero los de las puertas fueron removido después de 1976. Los restos que persisten son de madera aserrada mecánicamente por lo que su hechura es del siglo XX y sus características indican que se trata de un producto de corte industrial del tipo que se vendía junto con otros materiales de obra. Ninguno de los vanos fue rehecho o abierto a posteriori de hacerse los muros, las ventanas y puertas fueron parte integral de la obra tal y como lo indica la disposición de las piedras que definen cada abertura. Se pudo establecer que contaron con contramarcos para sostener las ventanas los que a la vez sirvieron de dinteles, lo que supuso un error grave de construcción que facilitó la destrucción del edificio, dado que por encima se colocaron cientos de kilos de piedra que hicieron que llevaron a las aberturas al colapso. Por lo general, en la región los dinteles son hechos con bovedillas vaídas de ladrillos. El único marco de ventana que en 2015 se mantenía en pie en la Estructura I tenía refuerzos metálicos en los ángulos – quizás por eso soportó unos años más- y, al igual que la ventana del baño en las fotos de 1999,



Figura 58. Extremo visible de un gancho industrial de soporte (espiga) de las ventanas y puertas, colocado entre las piedras de los muros durante la construcción.

mostraba evidencias de la instalación de una persiana con una roldana de la cual se detectaron restos muy deteriorados. Todos los elementos de funcionamiento: bisagras, roldanas, clavos, tornillos y hasta el gancho para sostener la persiana, son de clara modernidad ya que incluso alguna está hecha en plástico. Parte de los zócalos aun han quedado en su ubicación original quizás por la dificultad de retirarlos (Figura 57).

El sistema de colocación los marcos de puertas y ventanas en esta vivienda resultó una sorpresa. A diferencia del utilizado en las casas de piedra de la región de las ciudades de San Ignacio y Corpus en que los marcos fueron pegados a la piedra con cemento una vez concluidos los muros, en este caso se utilizaron ganchos o espigas empotrados en la pared de piedras, colocados a medida que se la levantaba. Eso implica trabajo y previsión antes de construir (Figuras 58 y 59). Eran de acero industrial y se los clavó primero en el contramarco de madera, dos por cada lado en puertas y ventanas, para luego colocarlos cuando la pared iba siendo hecha, a la inversa de lo que se hace hoy. El contramarco fue terminado con cal para obturar los pasos de aire (Figura 60). El diseño y morfología de las espigas hace que fuera físicamente imposible colocarlas una vez que la pared estaba terminada. Esto, repetido en todas las ventanas y puertas, aporta evidencia concreta a la estimación de la fecha de construcción del edificio, ya que son un producto industrial al igual que las bisagras cilíndricas, las roldanas metálicas y los tornillos industriales que hubo en las carpinterías (Figuras 61 y 62). Incluso obviando el hecho de que



Figura 59. Espiga de hierro de manufactura industrial extraída de uno de los muros.



Figura 60. Única ventana de la Estructura I que aun tenía el marco completo; el contramarco estaba unido a la pared por las espigas de hierro.

Figura 61. Contramarco de madera del sistema utilizado por la inmigración alemana en las casas hechas de piedra en San Ignacio, hacia 1900, sin espigas y colocadas después de hechos los muros.

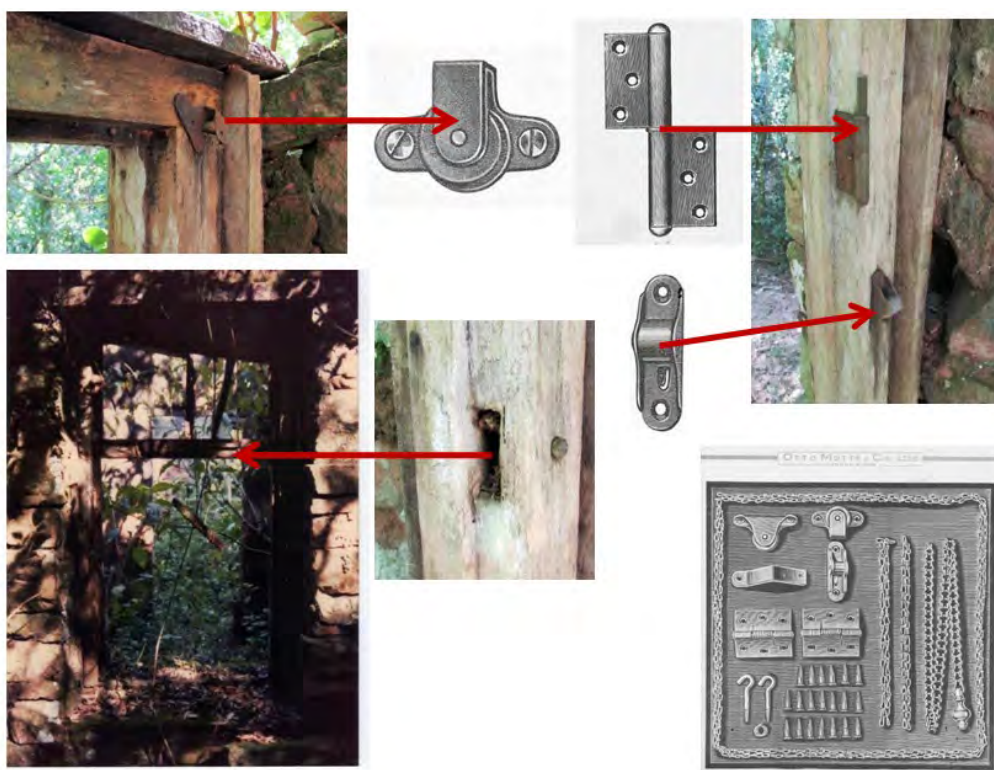


Figura 62. Herrajes de las ventanas tomados del catálogo de *Otto Motte y Compañía*, editado en Buenos Aires en 1942.



Figura 63. Vista de la fachada del edificio; el sendero estrecho y la vegetación impide la visión desde el frente de cómo se desarrolla hacia atrás.

el metal utilizado para su manufactura es acero moderno, si se tratara de un edificio colonial la práctica constructiva instalada por los jesuitas en la región hubiera implicado hacer una ranura a lo largo del vano de piedra y meter adentro el contramarco para que se conservara sin mojarse, situación que no se observa en ninguno de los edificios arqueológicos del sitio.

Anexo a la Estructura I por el lado oeste, pero sin conexión interna con ésta se encuentra un recinto de piedra que podría haber servido para alojar a quien se ocupaba del servicio de la casa o para el almacenamiento de aperos, alimentos o insumos (Figura 63). Ese espacio, con una puerta que se abría hacia el noroeste y una ventana hacia el sudeste, es más bajo que el resto de la casa y el único con techo a un agua, además de contar con un piso de lajas de piedra, elevado dos pequeños escalones, que se conserva en relativas buenas condiciones. En el antepecho de la ventana quedó un fragmento de baldosa de color azul, similar a los del piso de la cocina, lo que supone una terminación de cierta calidad que pudo existir también en las otras ventanas (Figuras 64 y 65). Rodeando el muro externo norte de ese ambiente hay un camino de tierra limitado por pequeñas piedras que conduce a la parte de atrás de la casa, donde hay un patio empedrado, haciendo un circuito de servidumbre con la puerta de la cocina. Dicha conexión puede ser interpretada como el resultado de la muy urbana y burguesa práctica de entrar productos o sacar la basura a la cocina sin tener que pasarlos por la sala, o que el personal del servicio no pasara por el ambiente principal, o todo a la vez.

Resultó interesante observar cómo los distintos sectores de la casa muestran diferencias en la construcción de los muros, incluso en aquellos que tienen poco trabajo de cantería. Ese



Figura 64. Ambiente adosado en la Estructura I, posible espacio auxiliar o dependencia de servicio, antes de su exploración, al completarse la limpieza de la vegetación externa.



Figura 65. Interior de la habitación anexa con su ventana y el piso de lajas de piedra.



Figura 66. Uno de los muros de piedra del edificio con una marca que muestra un cambio en el criterio constructivo y el empleo de bloques de menor formato.

menor cuidado en ciertos sectores fue en gran medida lo que a posteriori aceleró el colapso, derrumbándose hacia el lado con más juntas y hecha de piedras más chicas: ¿apuro por terminar?, ¿diferentes operarios? (Figura 66).

El material recuperado durante las excavaciones realizadas en el interior de la casa incluye decenas de fragmentos de vidrio plano transparente de ventanas, de láminas de cartón prensado embebido en asfalto de los usados para los techos y decenas de clavos de perfil circular. También depositados sobre el nivel del piso se hallaron 170 fragmentos de vidrio transparente pertenecientes a siete frascos de medicina o tocador y un pote de vidrio de crema facial, parte de un zapato infantil, placas de asbesto asociadas al techo, vidrios marrones de envases de cerveza, numerosos azulejos blancos de la bañadera y fragmentos de las baldosas de los pisos. Entre los envases se identificaron también partes de al menos cuatro botellas de aceite de cocina marca *La Patrona* cuya presencia resultó significativa para la asignación cronológica del edificio, ya que si bien no fue posible hallar el dato exacto de cuándo comenzó a envasarse, su publicidad está presente desde inicios de la década de 1940 en las revistas argentinas. Al menos dos de las tapas de las botellas parecen ser de esa época mientras que las otras dos son algo posteriores.

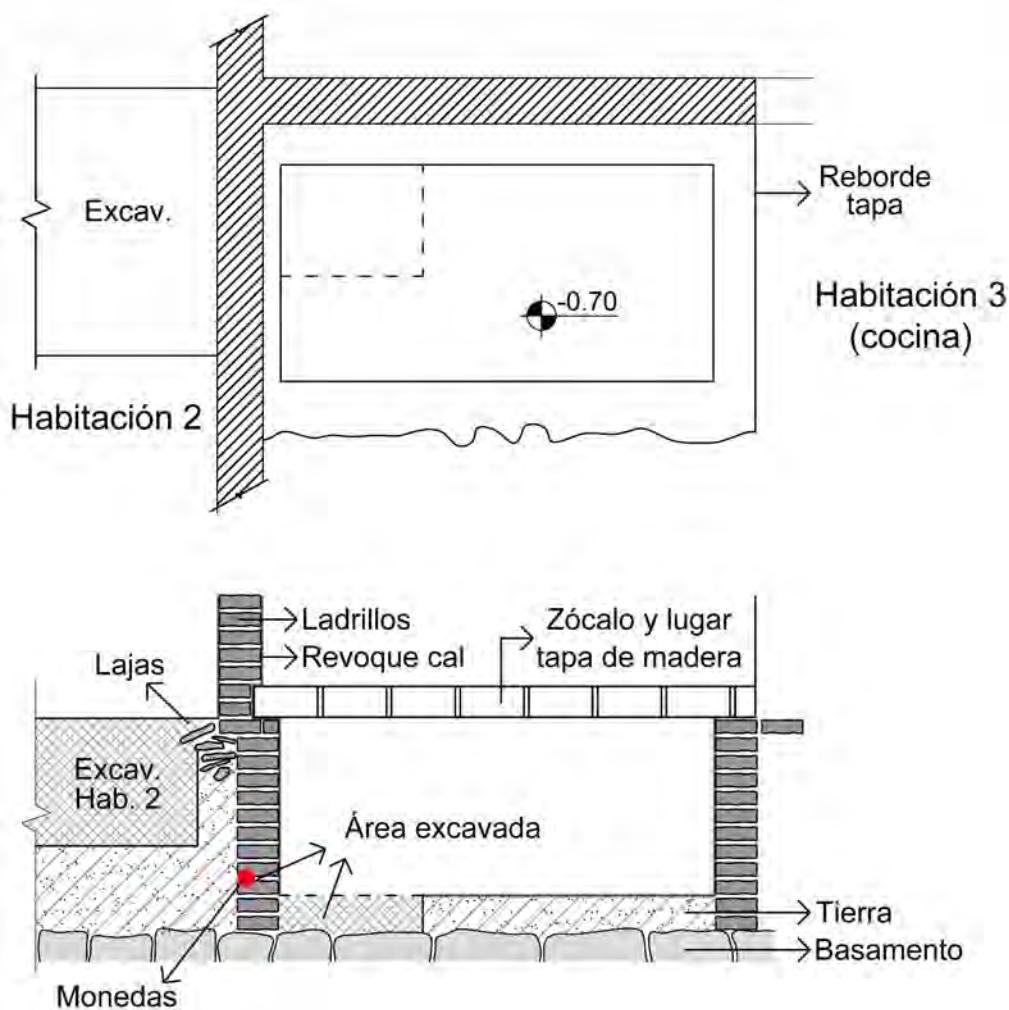


Figura 67. Plano del lugar en el cim ento de la cocina en que se encontraron las monedas.

Durante la intervención en el interior de la cocina se produjo un hallazgo fundamental para fechar la construcción del edificio: al trabajar en el interior de la *heladora* se decidió excavar sólo en un rincón donde las raíces ya habían dañado el revoque, a fin de no generar nuevas roturas que pudieran debilitar la estructura. Se retiró entonces el material suelto y se procedió a registrar las características del cim ento del muro de la habitación contigua, determinándose que éste se apoya sobre una capa de tierra puesta sobre el basamento de piedra de la construcción. Al limpiar el basamento para fotografiarlo se encontraron cuatro monedas colocadas en posición vertical, una junto a la otra y enterradas en el estrato de tierra (Figura 67). Se hallaban debajo del cim ento del muro, lo que implica -teniendo en cuenta las características del edificio- que sólo pueden haber sido colocadas allí al momento de inicio



Figura 68. Conjunto de monedas halladas en la base de un muro interno de la Estructura I, tras su limpieza, vistas por ambas caras. Nótese la diferencia de desgaste entre ellas.



Figura 69. Detalle de una de las paredes internas de la Estructura I completamente cubierta por grafitis.

de la obra, antes de erigir las paredes interiores, aunque después de terminado el basamento y hecho el agujero de la heladora. El análisis posterior del conjunto indicó que se consta de una moneda del Paraguay del año 1944 de 50 céntimos, una moneda argentina de 1942 de 20 centavos de plata y dos monedas alemanas, una de 1938 de 10 *pfenning* y otra de 1940 de 2 *pfenning*. La moneda más desgastada es la argentina, mientras que las otras tienen un buen estado de conservación y muestran poco uso (Figura 68). Si bien la presencia en Misiones de monedas paraguayas es frecuente, las monedas alemanas son inusuales aunque debieron de haberlas entre la comunidad germánica. Respecto a las monedas hay que considerar que existe una demora entre el momento de acuñación y cuando entraron en circulación, y aún más para mostrar desgaste por uso. Por eso es necesario considerar que fueron depositadas después de 1944, que es cuando fue acuñada la moneda más moderna, pero no más de unos años más tarde en función de la proporcionalidad del desgaste del conjunto. Pero todas son del período 1938-1944, y el hecho de que dos procedan de la Alemania nazi no puede ser considerado como una casualidad.

Además, el conjunto resulta significativo porque su procedencia –Argentina, Paraguay y Alemania– permite hipotetizar sobre el origen de quienes participaron de la edificación. El hallazgo de monedas por debajo de los niveles de piso de edificios antiguos es un hecho habitual en la arqueología histórica, ya que por su tamaño y forma suelen caerse y enterrarse. Sin embargo, es inusual que varias monedas aparezcan juntas y ordenadas, ya que el mismo proceso que lleva a que terminen enterradas hace que se dispersen y pasen desapercibidas para quien las perdió. Cuatro monedas juntas, enterradas paradas en la tierra en la base del cimiento de una pared sería un evento poco creíble como casualidad, considerándose en cambio que debieron haber sido puestas al momento de iniciarse la obra de esa pared, tal vez siguiendo la costumbre de dejar un recuerdo, o de funcionar como objetos-fetiches para proteger a los obreros y/o a la construcción.

La Estructura I es la primera con la que se encuentran los visitantes del parque y por eso es la que está más afectada por los grafitis que cubren los revoques que quedan, mientras que los efectos de la humedad y los líquenes hacen que se vean más antiguas de lo que son y han dado lugar a interpretaciones erróneas. La mayor parte de las inscripciones están acompañadas de nombres, fechas o ambas cosas y no hay ninguna fechada anterior a 1978, fenómeno que indudablemente se relaciona con la publicación que dio a conocer el sitio en 1976 (Figura 69). Las más antiguas fechadas corresponden a *Evaldo Klein* en julio del '78 y a las de *Gonzalo Viera* del mes siguiente. Hay anotaciones con cruces esvásticas por doquier aunque en ningún caso se registró alguna referencia a Bormann. Varias de las esvásticas son levógiras (giran hacia la izquierda, a diferencia de las esvásticas nazis, que son dextrógiras) lo que puede ser considerado como un acto de ignorancia o como una representación con un significado alternativo. Además de esvásticas las paredes aparecen marcadas con estrellas de David y cruces cristianas y un peculiar diseño muestra una gran esvástica muy retocada para ser leída como un símbolo católico de paz. Fuera cuales fueran los motivos por los cuales hubo esvásticas grabadas es imposible no preguntarse qué tipo de personas podrían dibujarlas. En base a relatos de vecinos y a las páginas Web que lo mencionan, desde 1976 diversos grupos de militantes neonazis considerado el sitio como un santuario o lugar de peregrinación y dejado su huella en el lugar.

La excavación del entorno exterior inmediato a esta estructura, que por la vegetación sólo se pudo hacer por dos lados, permitió encontrar la lógica del montaje y del retiro de los

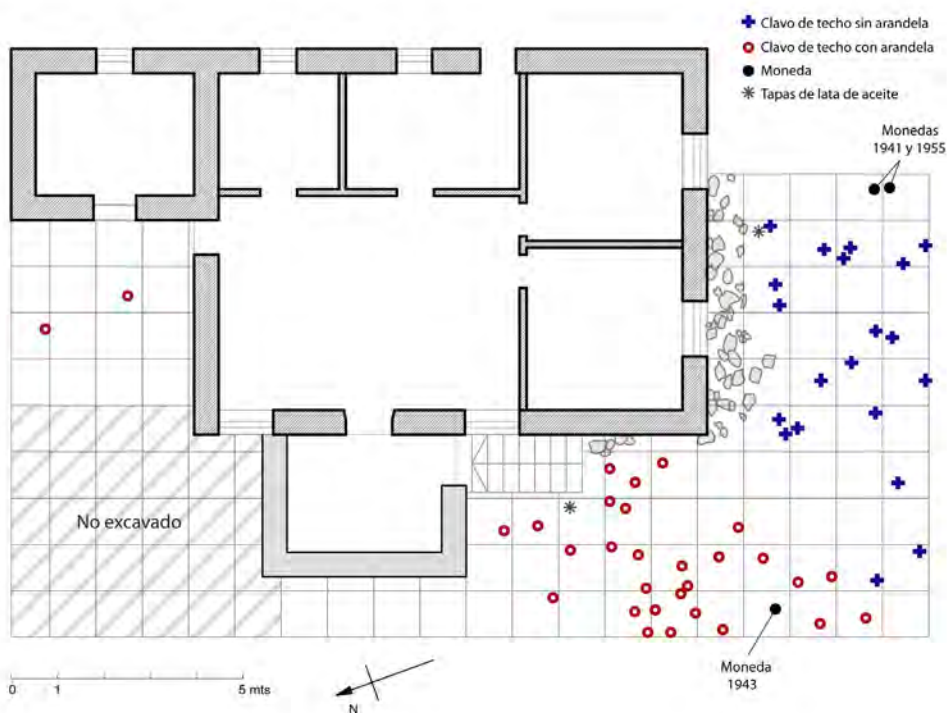


Figura 70. Plano de dispersión de objetos en el exterior de la Estructura I. Es posible observar un patrón en la distribución de los clavos, que estaría indicando por un lado el ingreso por la puerta de los materiales de construcción del techo y su posterior desarmado y retiro por la ventana.

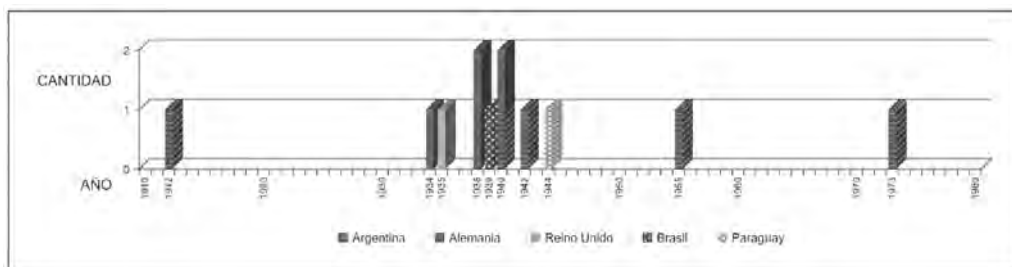


Figura 71. Fechas de las monedas de diversos orígenes encontradas en la Estructura I y su entorno inmediato: se agrupan en los años de la Segunda Guerra Mundial.

techos, al igual que hallar otro tipo de objetos relacionados con diferentes actividades. Los 70 clavos encontrados en las inmediaciones pueden dividirse en enteros (sin uso probable) y doblados (extraídos de las maderas). Si bien pueden confundirse ya que también puede haber casos mixtos, se asumió que los primeros son evidencia del trabajo de montaje del techo y los otros de su extracción y desarmado. La propuesta se sustenta en que los sin uso fueron hallados casi en su totalidad sobre el terreno ubicado al norte de la casa, lo que indicaría que las maderas fueron introducidas por la puerta y ventanas del frente (ya que las paredes debían



Figura 72. Pozo para agua asociado a la Estructura I, revestido de piedras en la parte superior. El interior es cuadrado lo que lo hace realmente extraño.

estar terminadas y había que cuidarlas), mientras que las del desarme salieron por las ventanas que miran al sur, el lugar más cómodo para subirse al techo y operar si no importaba que dicha acción generara roturas. Una gran cantidad de fragmentos de placas de asbesto fueron hallados rotos y apilados en un extremo del lugar de la zona de desmantelamiento (Figura 70). Durante los trabajos también se recuperaron cuatro monedas de 1941, 1943, 1955 y 1973 en el espacio externo inmediato a la casa. Las dos primeras son coherentes con las fechas propuestas para la construcción de la instalación, la de 1955 con el posible abandono y la de 1973 podría relacionarse con uno de los eventos de desarmado del techo, que ya había iniciado antes de 1976 como lo evidencian las fotografías tomadas ese año (Figura 71). El resto de objetos hallados en las excavaciones del terreno exterior es similar a lo detectado en otras unidades del lugar: caños de barro vitrificado del sistema de agua, latas, frascos y dos fragmentos de cuarzo típicos de la región que, por algún motivo, fueron llevados cerca de la casa.

Cerca de la Estructura I, a unos metros y en línea con la fachada, se encuentra un pozo para la extracción de agua. Es una construcción simple con una boca de un metro de diámetro, cuya profundidad pudo ser medida hasta los 8.50 metros ya que se encuentra obstruido con basura, maderas y piedras. La parte superior fue reforzada con piedras de forma oblonga y de ellas deriva la aparente irregularidad del armado. Por debajo de la boca el pozo tiene sección



Figura 73. Vista parcial de la cantidad de comida enlatada del pozo de basura de la Estructura I.

cuadrada, lo que resulta extraño ya que se trata de una morfología difícil de obtener y a la vez es más inestable que un pozo de sección circular. Ese pozo, al igual que otros, no presenta evidencia que indique que tuvo un brocal superior, aunque su presencia sería esperable dado el nivel de riesgo implicado para los ocupantes de la casa si no tenía protección alguna; quizás las piedras que están en el fondo provienen de su derrumbe (Figura 72).

A unos metros más de la casa se halló un pozo de basura, de 2 m x 1 m de lado con una base irregular ubicada entre 0.56 m y 0.75 m de profundidad. De su interior se recuperaron 398 objetos enteros y varios miles de fragmentos de piezas diversas que corresponden en su mayoría a un descarte doméstico, desechos derivados de las actividades de ingesta de alimentos, bebidas y uso de medicamentos, e incluyen elementos que dan cuenta de aspectos de la vida cotidiana (Figura 73). Los restos incluyen también fragmentos de un espejo de pared de borde elaborado, los restos de la tulipa de vidrio de un quinqué, partes de un vidrio biselado de una mesa de luz, una copa bicolor de vidrio, vidrios planos de ventanas, suelas de zapatos de cuero y goma, un pincel y un carrito de máquina de escribir, entre otras cosas. A ellos se suman materiales de construcción tales como fragmentos de los azulejos blancos de la tina de baño, parte de un mosaico de piso, placas de asbesto de los techos y clavos (Figura 73).

Teniendo en cuenta el contexto del hallazgo, entre los fragmentos de loza y porcelana de vajillas se destacan algunas por sus características y manufactura. Por ejemplo, llama la



Figura 74. Plato y taza de té de una vajilla de porcelana de Silesia marca Ohme.



Figura 75. Salsera de loza alemana de la fábrica Villeroy et Boch en Bonn.



Figura 76. Fragmentos de porcelana alemana de Meissen hallados en diversos sectores del conjunto. Nótese el pequeño fragmento recortado en forma cuadrada.

atención que haya restos de una vajilla de porcelana de calidad, delicada, con decoración en dorado y relieve, típicamente urbana por su fragilidad y difícil de asociar con un contexto como el del Teyú; es conocida como *Ohme* y era producida por la fábrica *Porzellanmanufaktur Hermann Ohme*³ ubicada en la ciudad de Niedersalzbrunn en Silesia. La marca en la base se usó en la fábrica desde 1883 hasta la década de 1930 (Figura 74). Hay una modesta pero sofisticada salsera fabricada por la marca *Villeroy et Boch* cuando funcionaba en Bonn y que se hizo entre 1920 y 1931 (Figura 75). También se recuperó un plato con la marca *England/Royal Vitreous/John Maddock & Sons*, de Burslem (Reino Unido), del modelo floral llamado *Clover*. Esas lozas se fabricaron entre 1880 y 1896, lo que convierte su presencia en una pequeña antigüedad. Por su parte las porcelanas de Meissen, blancas con decoración azul, estuvieron presentes en todo el sitio, siendo posiblemente la vajilla de mayor uso, y su presencia ha sido registrada en contextos familiares en otras localidades para la misma época en Misiones y Paraguay (Figura 76).

La cantidad y variedad de frascos de productos medicinales recobrada en esta unidad resultó interesante aunque su abundancia es frecuente en los basureros, ya que a diferencia de lo que

³ Identificación que agradecemos a Christopher S. Marshall.



Figura 77. Frasco de *Untisal*, producto de consumo utilizado como remedio universal hallado en diversos envases



Figura 78. Frasco y publicidad de la *Emulsión de Scott*, producto de consumo masivo no medicinal de alta presencia en el lugar.

sucedía con las botellas y frascos que eran habitualmente reutilizados, los envases de medicinas se descartaban. Además, estos últimos son difíciles de fechar ya que ha habido docenas de versiones del mismo producto, importadas y nacionales y no siempre se encuentran accesibles los datos sobre su historia o de los productos que contenían; los estudios sobre ellos son aún inexistentes a nivel regional y muchas fábricas han desaparecido. Las medicinas locales sin patente, que curaban todo tipo de males y que aparecían y desaparecían del mercado con igual velocidad, son imposibles de rastrear porque se producían al borde de la legalidad, sólo alguna publicidad en revistas regionales puede ayudar. Se recuperaron cerca de cincuenta frascos de vidrio de color marrón que podrían tener casi cualquier producto de esas medicinas *universales*; un frasco de vidrio azul con gotero y varios de aceite de pescado de color negro. Otros contenedores llamativos han sido unos tubos transparentes y alargados utilizados para pastillas y vitaminas, frascos de los cuales los de Bayer fueron los más comunes durante las décadas de 1930 a 1950. Si bien no se han conservado las etiquetas creemos factible que hayan sido de *Eleudrón*, vitaminas producidas en la Argentina por esa fábrica alemana, usadas para los niños y jóvenes. Hubo diversidad de frascos y potes medicinales incluyendo ejemplares de *Kruschen Salts*, *Nosodium*, *Wyeth* y *Layre*. Las sales alemanas *Kruschen* son ejemplo de otro producto que curaba todo mal e incluso se suponía que rejuvenecía.

Los muchos frascos de *Untisal* enteros y fragmentados hallados son ejemplo de otro remedio de múltiples usos, ya que se vendió como tónico energético, luego como crema desinflamante



Figura 79. Depurativo Richelet, un laxante que la publicidad vendía como medicina contra todos los males.



Figura 80. Frascos iguales hechos por impresión y provenientes de los pozos de descarte de las Estructuras I y II.

y por último como expectorante (Figura 77). Pero el más famoso e igualmente inútil de los productos cuyos frascos se recuperaron fue la *Emulsión de Scott*, invento norteamericano basado en la supuesta energía que daba el aceite del bacalao (Figura 78). Hay diversas tapas de baquelita negra, leche de magnesia y una botella del *Depurativo L. Richelet*, medicamento popular hasta la década de 1960 que mejoraba “la digestión lenta” y se suponía útil para mil fantasías (Figura 79). En forma sintética, lo que el pozo de basura indica es un alto consumo medicinal de productos de venta universal y no de específicos o recetados, cuya producción puede ubicarse en conjunto hacia mediados del siglo XX, con pocos ejemplares anteriores y otros más tardíos.

Las latas fueron el objeto de manufactura industrial que presentó mayor variabilidad, era una época en que abundaban los productos envasados en metal hasta que el plástico lo fue reemplazando en la década de 1950-60 (la escasez de plásticos en el sitio excepto la baquelita-laca en realidad, fue un indicador cronológico⁴). La muestra recuperada incluye 33 envases de *Corned Beef* (conocida en Argentina como *Viandada*), 9 de polvo para hornear Royal, 4 del tipo grande como para frutas en almíbar, 36 de paté o picadillo, 8 de anchoas, 6 de *Arcanco* para el cual no pudimos obtener precisiones, 6 de leche condensada, 10 de arvejas, tomate o choclo, 3 de sardinas en su formato rectangular de ángulos redondeados y una de envase ovalado, 11 latas de caballa o similar y 22 no identificadas entre las que incluimos las de caramelos, jugos y pastillas (Rock 1989 y 1993, Simonis 1997)⁵. Resulta interesante la ausencia de las grandes

⁴ La goma laca (shellac) usada para los discos de 78 RPM es habitualmente confundida con la baquelita, que es un invento posterior. Se usó desde el final del siglo XIX hasta inicios de la década de 1960 en que el vinilo completó su reemplazo.

⁵ La colección de Jim Rock está disponible en:

latas de combustible, grasa vacuna o galletas, por lo general abundantes en los pozos de basura rurales, porque en la región eran utilizadas para hacer las lámparas llamadas *lampiu*. Todo el conjunto, salvo las excepciones, está integrado por piezas cuya existencia puede ser ubicada entre las décadas de 1930 y 1960; dadas las características de este tipo de contenedores resulta imposible proporcionar una fecha más acotada.

Las latas presentaron un amplio repertorio de formas de apertura incluyendo el empleo de abridores triangulares (herramienta inventada hacia 1900 pero que recién se popularizó hacia 1935), de abridores de *dos orejas* (patentado en 1925) y de abridores rotativos con una manija que gira (patentado unos años después). Asimismo hay latas abiertas con cuchillos de diversos tamaños, e incluso una en la que se empleó un machete de forma vertical haciendo cortes en secciones triangulares hasta el centro de la lata. El machete es una herramienta de tamaño y filo desproporcionado para abrir una lata pero es la más utilizada por los habitantes de la región para sus tareas cotidianas. Otro conjunto de latas muestra evidencias de haber sido abiertas utilizando el (entonces) moderno mecanismo de apertura mediante el empleo de una llave rotativa, que enroscaba una cinta en la lata abriéndola en dos partes, sistema patentado en 1917, modificado en 1924 y en uso habitual hasta cerca de 1970. El registro arqueológico de la Estructura I también incluyó una abundante muestra de latas con tapa a presión. Y aunque el grado de deterioro de los envases hizo imposible determinar en la mayor parte de los casos cuál era su contenido, en unos pocos fue posible identificar que correspondían a *Polvo de Hornear Royal*; resulta interesante señalar que esa marca fue de las pocas que utilizó ese tipo de tapas en la Argentina enantes de la mitad del siglo XX, al menos para esa forma de envase más alto que ancho.



Figura 81. Herramientas de trabajo de la zona en que se destacan los recortados para darles formas especiales.



Figura 82. Aro de piedra y cobre, una de las evidencias de la presencia femenina en el sitio.

Por mucho que se intentó un rastreo riguroso de fechas mediante el relevamiento de marcas, patentes y publicidades, el resultado obtenido fue un rango de tiempo, utilizándose lapsos con diez años como error probable. A ello se sumó la consideración de que, por muy diversos motivos –valor económico o afectivo, belleza, funcionalidad–, ciertos objetos son conservados muy por encima de su tiempo estimado de uso y la presencia de ese tipo de elementos debe ser tenida en cuenta. En el pozo de basura descrito tal parece ser el caso de los dos frascos de boca ancha, con tapa metálica a rosca y decoración en relieve, cuya fabricación se estimó hacia 1920. Quizás ese ornamento pueda haber sido el motivo para conservarlos pese a tratarse de un vidrio de baja calidad (Figura 80). En el basurero se hallaron también materiales de trabajo y unas pocas herramientas manipuladas artesanalmente y gastadas de ser utilizadas (Figura 81). Había alambres enroscados para darles forma de ganchos para colgar objetos, una pala recortada, parte de otra pala rota, alambres de púas y malla de alambre tejido similar al que se halló en la Estructura III. Otros objetos, que parecen ser artesanales y mucho más delicados, resultaron imposibles de fechar con más aproximación que un siglo (Figura 82).

Un objeto cuya aparición resultó inesperada fue un tintero de gres cerámico de color marrón con pico vertedor fabricado por Bourne, en Denby, Reino Unido. Son prácticamente irrompibles por su dureza y es habitual que sean usados durante mucho tiempo, por lo que éste pudo haber sido fabricado desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1916, cuando las guerras en Europa frenaron las exportaciones. Su presencia quizás tenga relación con siete tinteros de vidrio encontrados (Figura 83), indicando que en el lugar se escribía. Ese frasco, junto a un fragmento de botella de vino color oscuro y dos frascos de perfumería, son los objetos más antiguos del conjunto y atribuibles en su fabricación a inicios del XX. Resultó que los dos frascos son iguales a otros tres encontrados en el pozo de basura de la Estructura II.

En este basurero fueron también recuperados catorce pomos de plomo para contener productos en pasta tales como el dentífrico *Kolynos* (siete), un ungüento facial marca *Dubarry*, uno de *Pegatodo Alba*, otro de *Ungüento Roche* (desinflamante), de *Picandil* (para el ardor de picaduras) y *Pomavit* (cicatrizante de Andrómaco), así como algunos no identificados. *Kolynos* fue patentada como la primera pasta dental en los Estados Unidos en 1908 pero su uso se popularizó hacia 1937 y es la misma época en que llegó a nuestro país; declinó para 1950 en favor de las pastas con flúor. La crema para el rostro de *Madame Du Barry*, habitualmente mencionada como *Dubarry*, existió desde 1920 y se transformó en el país en líder de productos femeninos hacia 1940. El *Pegatodo* de la fábrica Alba fue parte de una serie de productos comunes desde 1940, con difusión hasta la década siguiente cuando los pegamentos sin solvente los desplazaron.

Los frascos de vidrio de productos medicinales en sentido estricto conforman otro de los conjuntos más amplios recuperados en el sitio e incluye una variedad de tipos cuyo rango cronológico se extiende a lo largo de buena parte del siglo XX. Entre ellos se cuenta un frasco de laboratorios *Wyeth*, marca centenaria que comenzó a consumirse masivamente en 1930 teniendo productos básicos como el ibuprofeno; los restos de polvillo blanco en el interior del envase parecen indicar que su contenido fue de pastillas analgésicas *Anacín*. La antigüedad de otros productos, en cambio, fue más difícil de establecer, como ocurrió con doce frascos de inyectables; estos frascos de diseño universal tienen el cuello ligeramente más largo y estrecho que los actuales y tapón de corcho (reemplazado por la tapa de goma perforable a inicios de la década de 1950) lo que indicaría que son anteriores a dicho momento, pero no fue posible precisar cuan anteriores.



Figura 83. Tinteros de vidrio del pozo de descarte de la Estructura I.



Figura 84. Pequeño espejo de tocador con bordes recortados, restaurado. Los burdos agujeros de soporte coinciden con dos agujeros existentes en una pared de la habitación al suroeste en la Estructura I



Figura 85. Vaso trabajado por amolado en su superficie recuperado en el basurero de la Estructura I

Más allá de las ausencias y de los desvíos temporales que genera la presencia de algunos elementos puntuales, fue posible estimar que la producción y consumo del grueso de los objetos recuperados puede ser ubicado entre las décadas de 1940 y 1950. El contenido de este basurero exhibe una notable variabilidad tanto respecto del tipo de elementos descartados como del de los faltantes (Figuras 84 y 85). Un cálculo general de su contenido y del consumo promedio estimado por individuo de los diversos tipos de productos hallados en su interior permitió proponer que estuvo en uso pocos años, quizá uno si era utilizado por un grupo de cuatro individuos y el doble de tiempo si se trató de menos personas, aunque se trata de una estimación es poco precisa dado que no resulta sencillo definir los parámetros de consumo en un contexto tan singular y falto de referentes como el de Teyú Cuaré. Por ejemplo, los nueve tubos de pasta de dientes podrían calcularse como un año de utilización regular del producto por dos personas, pero solo asumiendo que dichos individuos podían reemplazar el tubo descartado por otro nuevo a corto plazo, algo que resulta imposible de determinar con la información actualmente disponible para la región. Lo mismo puede decirse de las latas de conservas cuya frecuencia sólo cubriría una ingesta moderada para idéntico grupo, suponiendo además que tuvieron otros insumos cuya evidencia no quedó en el lugar. Y, aunque es lógico asumir que la dieta de los ocupantes se complementaba con carne fresca de animales de cría y salvajes de la zona –mamíferos pequeños y medianos, aves, bivalvos, reptiles y especialmente peces–, y con el de las especies vegetales comestibles disponibles en la agricultura regional, lo cierto es que en esa unidad no se recuperó ningún tipo de resto orgánico que así lo evidenciara. Y si bien la humedad ambiente propia del ambiente selvático y la fuerte acidez del suelo, sumada a la acción de los carroñeros, tienden a deteriorar los restos óseos, pero la desaparición absoluta de huesos, dientes, cuernos o pezuñas parece demasiado violenta. Puede suponerse que la basura orgánica haya sido quemada para evitar atraer animales además de para aumentar la temperatura del fuego, lo que es una práctica usual en regiones rurales, aunque no fue posible hallar evidencia de la existencia de fogones. Más difícil es explicar la



Figura 86. Angulo noroeste de la plataforma de la Estructura IV y las piedras utilizadas con una buena terminación.

ausencia o mínima presencia de elementos que suelen ser hallados en número considerable en los basureros domésticos y que aquí fueron pocos: cubiertos, vasos y copas, botellas de vino y cerveza, juguetes, alfileres, botones o ropa. No ha sido posible elaborar una explicación que dé cuenta de las peculiares características observadas e inferidas de este pozo de descarte, pero sí algunas hipótesis: por ejemplo, que la Estructura I no fue habitada de modo sostenido sino ocupada por cortos períodos de tiempo, o que lo fue por poca gente durante un periodo algo más largo, situación curiosa si se tiene en cuenta el significativo esfuerzo implicado en su construcción. Por supuesto cabe la posibilidad de que existan más pozos de basura en el sitio, invisibles ahora por la vegetación, saqueados o destruidos. Por otra parte, la relación espacial observada entre la Estructura I y los pozos antes mencionados es similar a la que existe entre la Estructura II y dos pozos cercanos, lo que permite pensar en un patrón organizativo de casa-basura-agua.

Al analizar los porcentajes del total del contenido del pozo, se observó que el 74.70% de los restos corresponde a alimentos, el 14.10% a objetos del hogar, el 7.64% a medicinas y cosméticos, el 0.8% a herramientas de trabajo, quedando un remanente de 2.29% de objetos varios, lo que implica que, pese a las ausencias, los valores resultan consistentes con los registrados en basureros de uso doméstico en contextos urbanos de diversas ciudades del país?

Hay una estructura asociada a la Estructura I que merece ser descrita en detalle: se trata de la pileta o depósito para acumular agua de lluvia, hecha en mampostería revocada y ubicada sobre la ladera del cerro, varios metros barranca arriba de la vivienda. Un caño de cerámica vitrificada descendía desde la pileta hacia el baño y la cocina para llevar el agua hacia el tanque metálico del que ya hablamos; si bien todas las conexiones han sido removidas algunos fragmentos de caños rotos permanecen y permitieron relevar sus características. Una parte de la provisión de agua que llegaba desde la gran pileta iba a la cocina para calentarse y de allí pasar al baño, mientras que el agua fría debía conectarse directamente; así permiten inferirlo los huecos dejados en las paredes de la casa por los caños que estaban empotrados, aunque también estos fueron removidos. Es importante señalar que el agua que se colectaba en esa pileta –la misma que aún cae por la ladera del cerro y humedece la casa en forma constante–, tenía un alto contenido de materia vegetal, lo que implicaba que era de color marrón verdoso y que tendía a pudrirse rápidamente, mientras que el agua de los pozos, en cambio, se mantenía limpia y fresca, lo que explica la presencia de estos últimos y su uso para alimentación en un doble sistema.

Próximos a la Estructura I y las construcciones de su entorno se hallaron otras dos estructuras que se estima sirvieron como corrales de animales. Aprovechando el desnivel que comienza hacia el norte, se cavaron dos semicírculos contiguos de unos cinco metros de diámetro, que en su punto más bajo alcanzan casi 2 m por debajo del nivel del terreno, con lo que se logró hacer dos espacios semicerrados con poco esfuerzo, cerrando la parte delantera con alambre que debió permitir abrir y cerrar. Dos tramos de alambre de púa quedaron incrustados dentro de un árbol ubicado en lo que parece haber sido el punto de entrada a los corrales y otras secciones del mismo alambre fueron halladas en el pozo de basura; las dimensiones actuales del ahora gran árbol que en origen fue utilizado como poste, indican que eso ocurrió hace algunas décadas. Sin embargo, no se detectó en esos espacios deprimidos ningún tipo de evidencia física directa o indirecta de la presencia de animales o rasgo alguno que permitiera inferir que especie se trataba.

Cincuenta metros al suroeste de la Estructura I, en una zona baja y plana, hay una plataforma poco visible a la que se denominó Estructura IV. Se trata de un rectángulo de 6.10 m por 3.25 metros de lado y con una altura máxima de 0.52 m (Figura 86). Fue construido aprovechando un leve desnivel natural del terreno, de modo tal que en uno de sus lados cuenta con cinco hiladas de piedras mientras que en el opuesto solo dos. La superficie interna de la plataforma fue rellena con arena y piedras. La excavación reveló la presencia de fragmentos de lajas dispersos restos de un posible piso. La estructura se orienta en sentido norte-sur y las piedras empleadas en la construcción presentan un buen canteado. Son parte de los bloques mejor terminados del sitio, pese a que no hay evidencias de que por encima se haya ubicado una construcción de piedra. Tampoco se detectó la presencia de un pozo de basura o de agua en sus inmediaciones, lo que puede ser entendido como un uso diferente al de vivienda. En la excavación se encontró una lata grande de conservas, una de leche condensada, dos clavos de sección circular, vidrios de botella de cerveza y de vino, cuya asignación cronológica es consistente con el registro material hallado en la EI. No se detectaron otro tipo de restos para precisar cuál podría haber sido su función original, o si por encima se instaló una construcción en madera ya removida, como sería lógico suponer, ya que las características de la plataforma son semejantes a las de las casas de la zona, en las que es habitual generar un basamento empedrado que separe la vivienda de la humedad del suelo. También es normal en la zona que

al quedar una casa de madera deshabitada la construcción sea desarmada para aprovechar sus materiales. Un refrán popular señala que “*lo que queda, se lleva*”, de ahí la repetida presencia de elementos viejos en construcciones actuales. Pero tal vez el rasgo más interesante de este basamento sea su ubicación, ya que se encuentra muy cerca del sendero de acceso a todo el conjunto construido llegando desde el cerro por el sur; se trata de un punto estratégico que otorga pleno control visual de toda persona que transitara por el sitio.

La Estructura II

La Estructura II es indudablemente la más grande e impresionante del sitio, pero como ya se mencionó su estado de deterioro hace que su función original sea difícil comprender, y su derrumbe la está transformando en un montículo de piedras. Es una edificación construida en dos pisos montada parcialmente sobre un desnivel natural del terreno, en que la planta baja, mencionada con frecuencia por los visitantes como un *sótano* debido a la ausencia de ventanas y por el grosor de las paredes, consta de dos recintos conectados entre sí y una puerta ubicada en la cara sur. Es una construcción sin fachada ya que la entrada al primer piso está subiendo la ladera y entrando por un pequeño pasillo enmarcado en piedra, no visible desde el camino (Figura 87).



Figura 87. Entrada al basamento de la Estructura II y encima la única sección que sobrevivió del piso superior.

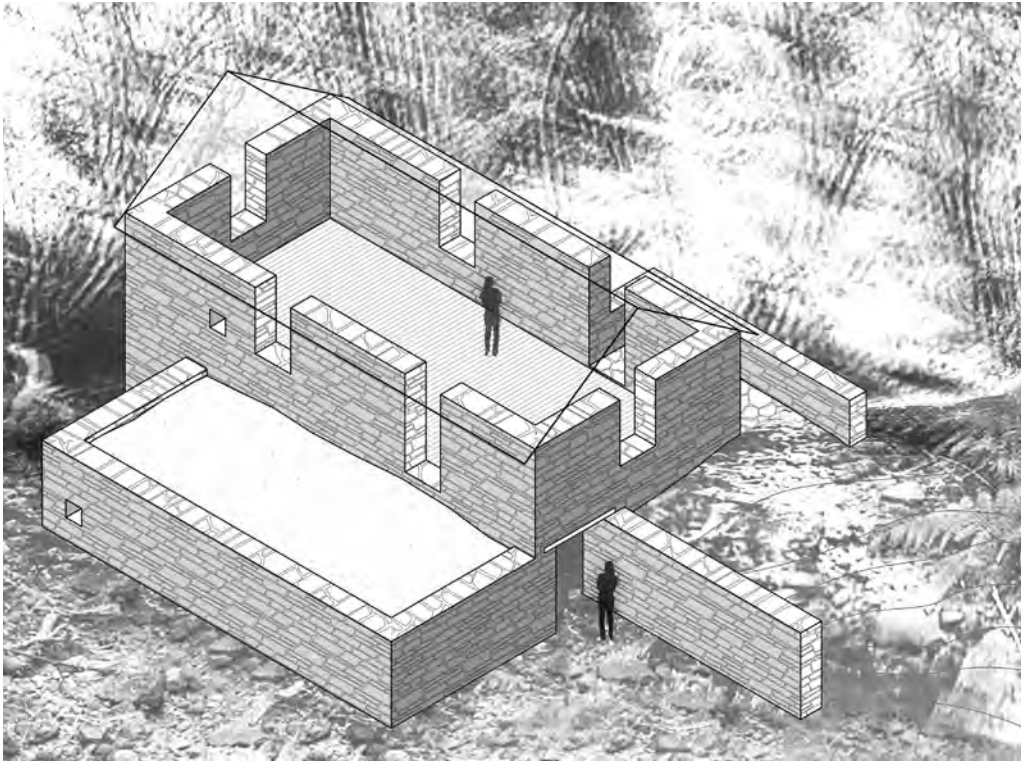


Figura 88. Reconstrucción de la Estructura II.

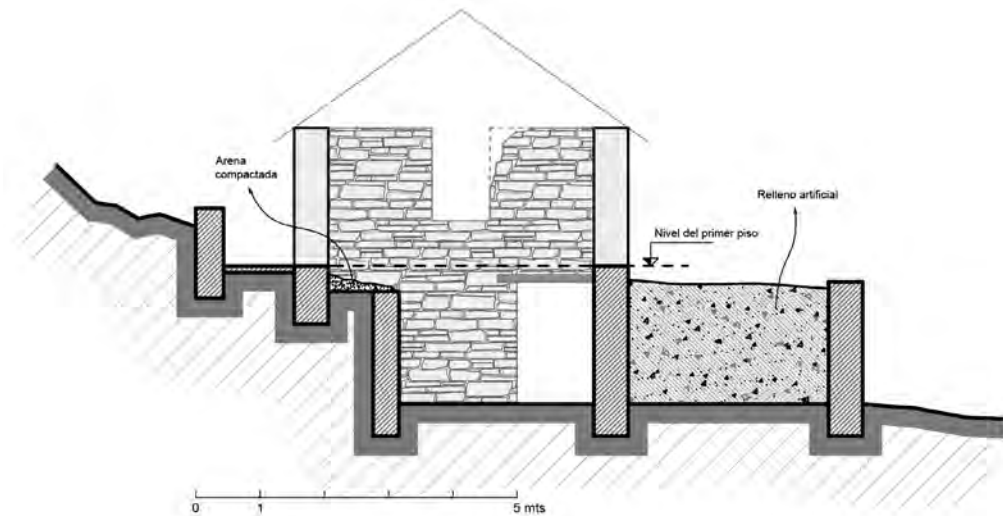


Figura 90. Corte transversal de la Estructura II, en que se ve el apoyo sobre el cerro.

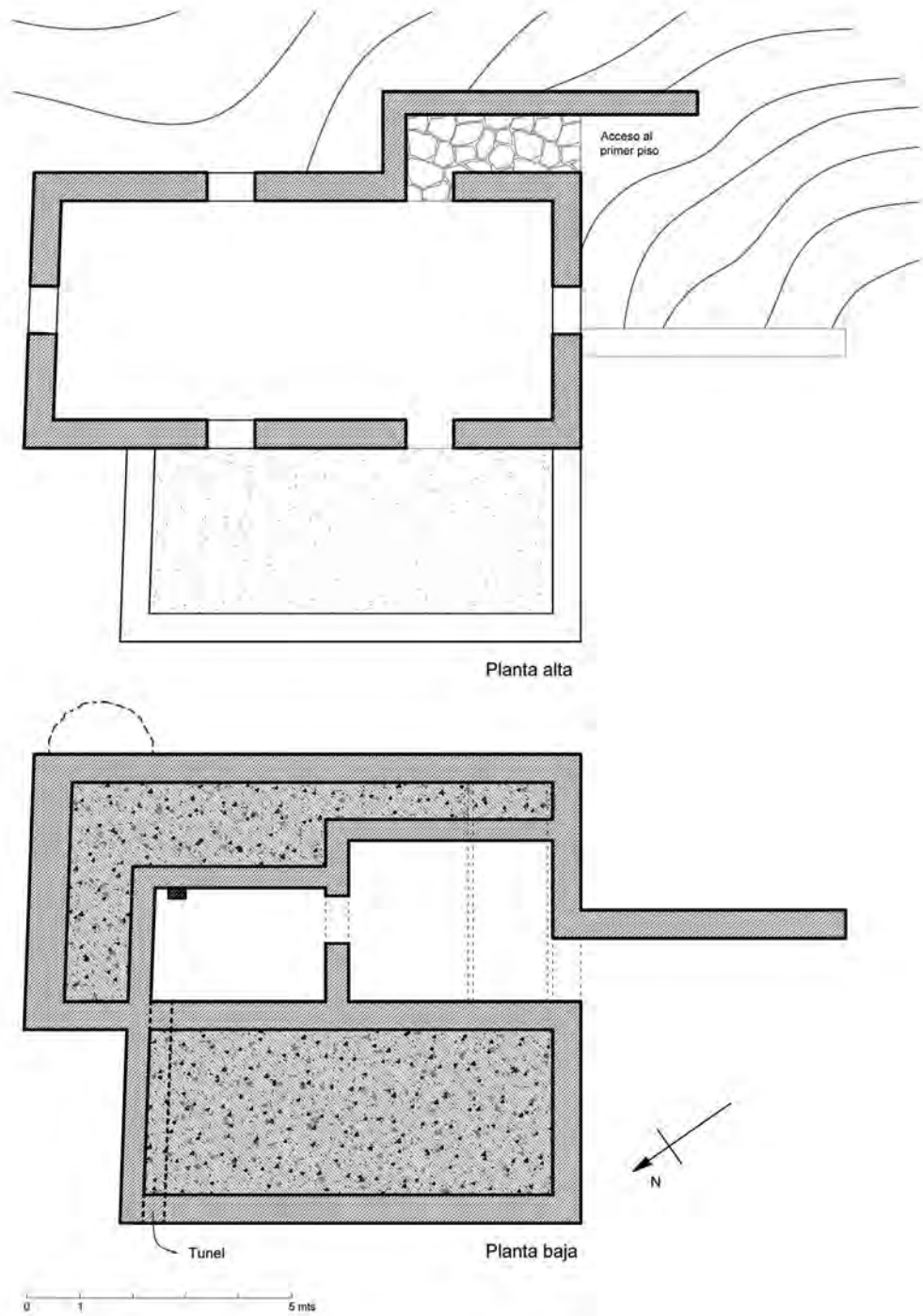


Figura 89. Plano de los dos pisos de la Estructura II, nótese la complejidad del acceso al piso superior.

Describir el diseño de esa estructura resulta complejo ya que al deterioro generado por el tiempo, el saqueo y la vegetación se sumó la dificultad de relacionar su morfología con alguna tipología conocida (hasta encontrar un único edificio similar en la zona). La planta baja tiene una base rectangular que se extiende en sentido norte-sur y queda delimitada en su cara oeste por un muro de piedras de 11 m de largo y casi 4 m de espesor. Los otros muros perimetrales están contruidos con el sistema de bloques de piedra canteada y presentan espesores que oscilan entre 1.50 y 2.50 m de ancho y una altura media de 2.50 m. La habitación a través de la cual se accede tiene una superficie de 11 m² mientras que la otra es de 7 m²; el paso entre ellas es un vano que debió tener una puerta cuyo dintel se destruyó en 2016.

La arquitectura del piso superior falta casi por completo con la excepción de una sección de muro que permanece en pie sobre la entrada al piso inferior, amenazada por los higuerones y sostenida por un endeble dintel de madera. Los aparejos murarios presentan interesantes variaciones en su manufactura: los vanos de las puertas, de las ventanas y los ángulos exhiben un trabajo bien hecho, mientras que los paños de los muros son bloques burdamente encimados unos sobre otros (Figuras 88, 89 y 90).

El muro del frente sur de la casa continúa unos cinco metros siguiendo el contorno de un desnivel del terreno, que fue mejorado como acceso al nivel superior. Resulta curioso, al menos para la lógica de la arquitectura moderna, que la entrada a lo que parece haber sido la parte más importante del edificio, ubicada en el piso de arriba, se hiciera por la parte trasera de la construcción, subiendo una lomada sin escalones, y cuando el camino pasa por el lado opuesto. A la inversa de la Estructura I con su acceso destacado, este es complejo y poco visible, aunque no está escondido. Como se detallará luego, tal rasgo es típico de la típica arquitectura germánica de la Franconia, en la que se accede a la vivienda en el primer nivel aprovechando los desniveles del terreno, y se reserva el piso de abajo como taller de trabajo o corral para animales. Tal vez la propuesta original para este edificio pretendía la construcción de un edificio de tales características, pero resultó mal comprendida y el producto final fue una extraña adaptación local.

La entrada a la planta baja es a través de un vano de piedras talladas (Figuras 91 y 92), sostenido por un dintel de madera compuesto por dos vigas en los extremos y una plancha horizontal en el centro; las maderas fueron cortadas con una sierra eléctrica de corte circular que dejó marcas características en las piezas. Por encima de las maderas se colocó una piedra larga, que funcionó en la práctica como el dintel que soportaba los esfuerzos, pero en algún momento esa piedra se quebró y para reforzarla se la unió a los muros con cemento. En la actualidad la situación de esta pieza es frágil y, de no mediar acciones de consolidación, es probable que colapse lo que queda del primer nivel (Figuras 93 y 94). La excavación de la sección del piso que corresponde al vano mostró que si bien hubo un umbral, no hay evidencia de que alguna vez la abertura haya contado con una puerta. No hay restos de quicios, contramarcos o clavos (ganchos) salientes como se detectaron en la Estructura I, lo que implicaría que ese basamento de piedra canteada tenía una entrada sin puerta. Ello se contradice con el aspecto fortificado que le da la piedra y el desproporcionado ancho de las paredes, que fue lo que generó la imagen de ser un lugar protegido, tal y como ocurrió con otras estructuras del sitio,

Para entender esta construcción hay que pensar que fue diseñada apoyándose contra un desnivel del terreno, con una sección inferior más chica –tal vez un área de trabajo o depósito–,



Figura 91. Interior de la planta baja antes de su excavación, ya limpia de la vegetación que la cubría.



Figura 92. Grandes sillares de piedra bien trabajada en la entrada al nivel inferior de la Estructura II.



Figura 93. Entrada a la planta baja: el frágil dintel hecho con vigas, una tabla y piedras cementadas, ahora quebrado y cerca del colapso.

y un espacio más grande arriba al que se accedía por una rampa por el desnivel del cerro. Son dos cajas de piedra casi iguales superpuestas pero traslapadas. La lógica constructiva moderna indica que para contrarrestar los esfuerzos que producen la tierra y la humedad del cerro sobre la pared que se apoyó de ese lado, esa pared debería haber sido la más ancha y firme; así hubiera resistido siglos. Pero se hizo al revés: la pared que debía ser fuerte fue la más débil y la que podía ser normal fue absurdamente ancha, lo que desestabilizó toda la estructura. Los muros debían estar trabados en sus esquinas de manera que las paredes de piedras encimadas trabajaran en conjunto. Pero también en eso la construcción falló ya que cada pared se hizo de modo independiente y casi no hay trabas entre ellas. La acumulación de decisiones contradictorias en los rasgos del edificio permite afirmar que quien lo construyó estaba poco familiarizado con los rudimentos básicos de la actividad, ya que muchas de esas decisiones serían incomprensibles en un constructor avezado (Figura 95). En gran medida, el deterioro que exhibe hoy el edificio es el resultado de tales errores, ya que otras construcciones de piedra de la región –como las cercanas estructuras jesuíticas del siglo XVII, incluso con sus propios errores por falta de experiencia- se encuentran mucho mejor conservadas pese a haber pasado casi dos siglos en el mismo entorno selvático (Levinton 2009).

El muro del lado oeste de la planta baja –el que está más alejado del cerro y no soporta los embates de la tierra ni del agua- mide 4 m metros de ancho y su edificación implicó un esfuerzo

Figura 94. Dintel de la entrada, sin evidencias de haber tenido una puerta, armado con una tabla y dos tirantes de madera.



Figura 95. Evidencia de la falta de unión en los ángulos entre los muros, lo que llevó a la caída del revoque y luego de los muros superiores.



descomunal. Para construirlo fue necesario mover y cantar unos 60 m³ de piedra, lo que suma más que todo lo empleado en el resto del edificio. ¿Cuál fue el objetivo de tal esfuerzo? La única hipótesis coherente que pudo elaborarse es que la parte de arriba de ese muro fue la plataforma de un balcón o galería al que se accedía desde el primer piso y que su ancho no se relaciona con la función de la pared sino que se hizo para generar un espacio elevado y nivelado. Aunque invertir semejante esfuerzo para disponer de tal superficie se presenta desmedido, más cuando lo que sobra es madera para hacerlo fácil y liviano, y que si ese muro se hubiera ubicado del lado opuesto de la estructura no habría que haber hecho nada salvo alisar el terreno. Téngase en cuenta que la densa cubierta vegetal que se extiende por todo el sitio obliga a descartar su uso como mirador de cualquier tipo.

En este punto vale la pena considerar por un momento el concepto de *lógica constructiva*. Más allá de toda teoría, el concepto se basa en una tradición racional sustentada en la experiencia (Rickwert 1972). Valga un ejemplo: una pared perforada para la apertura de una puerta o ventana le hace perder la homogeneidad estructural y por lo tanto su capacidad de soportar peso. Para salvar ese problema se ponen dinteles sobre las puertas y ventanas, los que transmiten los esfuerzos hacia sus lados. Por ende, si se hace un nuevo piso por encima de una ventana o puerta, se trata de que coincidan con las de abajo, para restar peso y evitar un posible colapso. Versalles o una modesta vivienda actual en cualquier parte del planeta, edificaciones de todo tipo, constructores medianamente experimentados han seguido ese mismo ritmo desde el comienzo de la historia de la humanidad. Por eso cuando en la Estructura II el constructor colocó una pared de piedra sobre una puerta que tiene un dintel de madera ayudado por una piedra arenisca frágil, estaba actuando de manera absurda y pronosticando un futuro derrumbe al dotar al conjunto de una inestabilidad innecesaria. O cuando en la planta baja un pilar de piedras de una de las paredes ubicadas contra el cerro debió ser reforzado con cemento poco tiempo después de su construcción, quedó rápidamente en evidencia las falencias de la construcción. Todo ello explica por qué esta estructura se ha deteriorado al punto que parece milenaria: porque estuvo mal hecha. Era masiva, de piedras, pero no defendía nada ya que apenas si se sostenía a sí misma. Al analizar las irracionalidades de esta obra se consideró y descartó sucesivamente que fueran producto de una intención de abaratar costos o reducir esfuerzos, motivos que habitualmente explican este tipo de deficiencias en arquitectura. Se descartó también la celeridad, ya que una construcción expeditiva en la selva misionera se hubiera hecho en madera y no piedra. En cambio, resultó más explicativa la hipótesis que propone la adaptación de un proyecto arquitectónico –mental o dibujado– a una realidad diferente de aquella para la que fue pensada.

Las singularidades de ciertos rasgos específicos contribuyen a comprender los alcances de dicha hipótesis. Por ejemplo, en el lado oeste de la Estructura II se observaron dos perforaciones estrechas que atraviesan las paredes (la superior se derrumbó en 2014 pero su ubicación quedó registrada en las fotografías de 1999). En la región instalaciones de este tipo son habituales para permitir la salida de un caño que lleva del humo desde la cocina al exterior, dejando la chimenea afuera para evitar sobrecalentar ambientes ya de por sí calurosos dado el clima local. El problema fue que en este caso el muro en que se realizó el conducto mide 4 m de ancho, lo que implica que esa fue la extensión total que debió perforarse para simplemente para pasar el caño de una cocina, lo que indudablemente requirió de un enorme esfuerzo. Y evitarlo hubiera sido sencillo, si la cocina se hubiera ubicado sobre el muro norte del mismo recinto, donde sólo hubiera sido necesario atravesar un muro de grosor medio. La única explicación que pudo

pensarse para una decisión tan poco operativa es que los constructores insertaron una solución de carácter local en un diseño pensado con otras características para otro contexto u otro ambiente, y que el resultado fue una intervención costosa en término de tiempo y esfuerzo. Además del túnel hay otras perforaciones menores en forma de nichos, pero resulta imposible conocer su función ya que sin revoques no parecen haber sido alacenas (Figuras 96 y 97).

Pero si la lógica constructiva de la planta baja resultó difícil de entender, la del piso superior fue casi imposible. La planta superior se conforma como un rectángulo muy deteriorado –dos esquinas cayeron entre 2014 y 2015-. Casi no se ha conservado nada del registro material de su espacio interior, aunque en los muros perimetrales se identificaron las aberturas de tres ventanas y dos puertas al exterior (una de entrada desde el desnivel del cerro y otra sobre la plataforma superior del gran muro oeste). En la base de las paredes se observó el hueco dejado por el encastre de las vigas de madera que debieron haber sostenido un entrepiso, también de madera; se trata de perforaciones apenas definidas entre los bloques de piedra y sin evidencia de mortero de amarre, lo que debe haber generado que el piso vibrara de modo incómodo y constante. Teniendo en cuenta el tamaño de los mechinales, las vigas no pueden haber superado los 8 cm por 10 cm de lado, y estaban dispuestos con una separación de entre 0.75 m y 1.30 m, lo que implica que no pudieron haber soportar mucho peso (Figura 98) y facilita entender el rápido colapso del piso.

La entrada al piso superior es uno de los rasgos más curiosos del edificio, ya que, a diferencia de la Estructura I, a la que se accedía por la escalera y el balcón del frente aunque fuese lateral, en este caso se entraba por el lado opuesto. En lugar de una escalera, el acceso a este nivel se hacía a través de una rampa que rodea parte del edificio –complejo para subir-, la que para sostenerla fue necesario construir un largo muro de piedra. Es decir que para subir y no hacer una escalera, hubo que construir un muro de piedra que requirió, sin duda, mucho más trabajo. ¿Lógicas, estéticas, tradiciones, épocas diferentes? ¿Funciones diferentes? Desafortunadamente el saqueo y el deterioro han arrasado con el maderamen de esta estructura y sólo se encontró un fragmento de una viga de madera bien cortada y pulida pero sin que pudiera identificarse a cuál carpintería pertenecía. El registro fotográfico de Poujade de 1999 muestra que existía aún una delgada viga cerca de la puerta, con clavos encima para un piso de tablas, pero después desapareció. De hecho, un porcentaje mayoritario de hallazgos fue de elementos relacionados con el edificio y con su proceso constructivo aunque están desarticulados de su contexto original dado lo intenso de la destrucción. Hay hierros de diversas formas y tamaños –forjados en muchos casos-, una bisagra, un posible clavo del siglo XIX tardío y cantidad de clavos industriales, hierro fundido, alambres de diversos grosores, tornillos, chapas perforadas y algunos objetos no identificados de bronce y hierro. En casi todos ellos el óxido había hecho estragos.

Respecto al techo se estimó que fue de chapas lisas, al menos en su último período, ya que se hallaron fragmentos de metal en la superficie de la estructura y enterrados en sus inmediaciones cuyo total arrojó una cobertura de 14.65 m². Esto alcanzaría para cubrir sólo una parte de su superficie total (el equivalente a una de las habitaciones de la planta baja) aunque debe tenerse en cuenta que un porcentaje significativo del metal debe haberse destruido a causa de la humedad o ser removido para ser reutilizado (y de hecho hay evidencias de que algunas secciones fueron intencionalmente removidas). El uso de chapas lisas en techumbres es poco común en la región, pero en San Ignacio hay al menos una casa antigua, el Almacén de



Figura 96. Vista del gran conducto que cruza por debajo del muro oeste una vez liberados ambos extremos.



Figura 97. Conducto de tamaño reducido identificado en una de las paredes del nivel inferior del edificio, probablemente sirvió como conducto de ventilación.



Figura 98. *Mechinales* o marcas de las vigas de madera que sostenían el primer piso, aun visibles en uno de los muros. Es evidente la mala calidad de la estructura.



Figura 99. Casa en el *Club de Río* que reproduce el modelo de la Estructura II aunque hecho con lógica constructiva salvo por la puerta no funcional del lateral del primer piso.

Ramos Generales, construido en la década de 1940 o 1950, que utilizó tal sistema y todavía es visible en la actualidad.

El mismo rastreo en la arquitectura regional que permitió detectar este almacén puso en evidencia la presencia en poblaciones cercanas de algunas viviendas cuyo diseño constructivo sigue los lineamientos básicos de la tradición alemana. Fueron realizadas aprovechando desniveles del terreno, con basamentos elevados para despegarse del piso y permitir la construcción de sótanos sin tener que excavar. En algunas ocasiones esos sótanos eran accesibles lateralmente como es habitual en Hunsrück, la zona conocida como Franconia (Renania-Palatinado) en el límite con Francia (Weiner 2005: 335-338); en esa región montañosa europea abundan las casas de tales características. En las inmediaciones de Teyú Cuaré, en el actual Club de Río (Figura 99), se detectó una construcción de rasgos semejantes. Allí funcionó el aserradero Blosset a comienzos del siglo XX, por lo que cabe la posibilidad de una cierta superposición constructiva, aunque no pudo obtenerse evidencia precisa. Apoyada sobre una lomada presenta un sistema de acceso con subida y entrada laterales, sin fachada, al igual que una planta baja con cuartos interiores de uso no residencial. Cuenta además con un balcón techado que se hizo aprovechando el desnivel del terreno, exactamente a la inversa de lo relevado en la Estructura II. Pero la gran diferencia entre ambas construcciones parece haber estado en la racionalidad, en que los materiales empleados en la del Club de Río (ladrillos, cal y madera) se integraron eficientemente para resistir mejor el paso del tiempo.

Pese a haber encontrado un edificio semejante en las inmediaciones de las ruinas, entender la función original de la Estructura II fue en extremo complejo. La semejanza con edificios



Figura 100. Marca estampada con sello en un vidrio blanco, corresponde a la fábrica alemana *Tettau* de objetos suntuarios.



Figura 101. Palangana de metal esmaltado que muestra marcas concéntricas de golpes de un lado a mitad de altura, y del otro lado hay nervaduras de rotura hechas en el borde superior, típico del uso de un cucharón.

domésticos propios de una tradición constructiva de Europa central, y con algunas viviendas locales resulta inconsistente con la descomunal cantidad de piedras utilizadas. De igual modo, la aparente imagen de solidez y fortaleza que presenta a la distancia no se condice en lo absoluto con su realidad material. Más allá de las afirmaciones de algunos vecinos, visitantes y medios de difusión, un edificio con una terraza-balcón, cuatro ventanas y tres puertas no es un edificio con pretensiones defensivas. Si algo le daba un carácter protegido era su ubicación geográfica, lo denso de la selva a su alrededor, las dificultades en el acceso al sitio, el no ser visible desde el río ni desde los acantilados cercanos y, tal vez, la discreción con que fue edificado.

La superficie de la primera habitación de la Estructura II fue despejada tras remover los bloques del derrumbe de los muros. Por debajo de las piedras hay un exiguo estrato de tierra y restos vegetales en descomposición asociado con restos oxidados de las chapas del techo. De allí proviene un conjunto de objetos (fragmentos de botellas de vidrio de cerveza, vino y aceite de cocina, un vidrio de linterna y cuatro plomadas de pesca de fundición casera) que dan cuenta de su uso por parte de pescadores y visitantes en tiempos recientes, lo que permitió estimar que tal vez el retiro de las vigas y chapas del techo también son sucesos relativamente recientes. Tal registro se diferencia de un nivel previo de actividades domésticas del que se



Figura 102. Balde de hierro sin fondo encontrado en las cercanías del pozo.

recuperaron cuatro fragmentos de pizarra escolar, un gran imán (usado habitualmente para costura), dos vidrios de tulipas de iluminación a kerosén, una suela de zapato infantil, parte de un termómetro de mercurio, una palangana de metal enlozado y fragmentos de vajilla de loza blanca. También un fragmento de vidrio blanco con la marca *Königlich Tettau*, una fábrica ubicada en la zona de Baviera que produce algunas de las piezas más caras que se comercializan en Alemania; el diseño del sello recuperado permitió estimar su manufactura entre 1930 y 1950⁶ (Figuras 100 y 101). Otros objetos hallados durante la excavación resultaron igualmente sugerentes: porcelanas llegadas de Meissen que fueron manufacturadas en Checoslovaquia (luego en Alemania por la *Meißner Porzellan*), un tipo de producto de calidad vistoso y de relativo valor económico. El dibujo en azul con figuras de cebollas del borde fue exclusivo y típico de esa fábrica (*Zwiebelmuster*). El hecho de que dos de los fragmentos presenten la inscripción *Made in Germany* ubica su producción en el siglo XX pero no es fácil precisar la fecha exacta, ya que la invasión nazi alteró las marcas y las usó indistintamente⁷. Las características tipográficas indican que debió haberse producido en la década de 1930 y seguramente antes

⁶ Información disponible en línea: [Http://www.porcelainmarksandmore.com/germany/bavaria/tettau-01](http://www.porcelainmarksandmore.com/germany/bavaria/tettau-01) (Consulta: 5 de noviembre de 2015).

⁷ La inscripción "*Made in*" (en inglés) fue iniciada en Gran Bretaña en 1887 y luego seguida en todo el mundo industrializado. Muchos países, en especial para sus productos para importación prefirieron el inglés en lugar del idioma local.

de 1934. Fragmentos del mismo diseño fueron hallados en la basura de la Estructura I al igual que en uno de los pozos de basura de la Estructura II. Por cierto en otras zonas de Misiones hay en museos y colecciones, lo que muestran que tuvieron amplia dispersión a diferencia de las Ohme u otras.

Pocos metros hacia el sur de la Estructura II hay un pozo de agua cuya posición relativa es semejante a la del ubicado junto a la Estructura I y cerca de él se encontró un balde metálico sin el fondo (Figura 102). El pozo es circular, de 1 m de diámetro y se logró medir 12.20 m de profundidad aunque hay basura y piedras acumuladas en su interior lo que implica que podría tener varios metros más (Figura 103). La boca está rodeada por bloques de piedra con poco trabajo de canteado, lo que hace que el borde sea irregular y no hay evidencia de un brocal, aunque las del fondo bien podrían haber sido eso. La cubierta de piedras de la pared interna se extiende hasta 1.80 m de profundidad y el resto de la perforación descende dejando expuesto el sedimento arenoso. Sobre sus laterales se observa la presencia de oquedades a modo de escalones para facilitar el ascenso y descenso de quienes lo hicieron.

Ubicado unos metros al sur de la Estructura II se localizó otro basurero. Esta unidad resultó ser la de mayor riqueza en cantidad y variedad de objetos de todo el sitio, primando entre los materiales latas de diversos tipos, fragmentos de botellas de vidrio, frascos medicinales, clavos



Figura 103. Pozo de agua asociado a la Estructura II con la base de piedras que rodea la boca.



Figura 104. Diversas latas y sus formas de apertura mediante cuchillo, abridores y hasta machete. Una de ellas fue burdamente cortado para guardar clavos.

y fragmentos metálicos diversos. Los restos parecen dar cuenta de un descarte doméstico muy variado, o de actividades diversas o que cambiaron en el tiempo. Y pese a que su contenido no era exactamente igual al del otro pozo de basura ya descrito, se estimó que ambos basureros estuvieron en uso de modo contemporáneo ya que en ambos hay objetos iguales. De su interior se recuperó una docena de latas de *Baking Powder* para preparar pan (marca *Royal*) tanto de producción nacional como importadas, conservas de verduras y casi dos docenas de latas de leche condensada. La fecha de fabricación promedio de los objetos del conjunto está entre 1940 y 1960 con excepción de unas latas de pintura recientes descartadas por los encargados del sitio (Figura 104). Para algunos otros objetos la asignación cronológica fue menos precisa ya que el inicio de su producción se remonta a la primera mitad del siglo XX y su uso se extiende hasta tiempos actuales, sin cambios significativos de formato o morfología. Tal fue el caso de las latas de leche condensada, pero que, como ejemplo, no ocurre con la del polvo para hornear. Asimismo, se produjo el hallazgo de dos fragmentos de una almeja del Paraná, *Diplodon* sp. utilizada como alimento por las poblaciones locales; dada la cercanía del curso de agua y lo abundante de los recursos animales con que se cuenta, y lo exiguo de este registro -el único elemento en su tipo en todo el sitio- resultó llamativo.

Al sur del sendero que conecta la Estructura I con la Estructura II y próximo a la entrada de la segunda hay otro basurero, de unos dos metros cuadrados, cuya ubicación resulta llamativa ya que los demás se encuentran en la parte de atrás de los edificios. Ello ayuda a pensar que el



Figura 105. Mango de cuchillo bañado en plata con iniciales no legibles, parte de los objetos del descarte de la Estructura II.



Figura 106. Moneda de 10 Heller proveniente de Austria de 1915-16, alterada con una perforación vertical.

frente era realmente el lado opuesto al que se ve hoy, es decir que el acceso se realizaba desde el cerro. Su excavación permitió recuperar 2021 objetos completos o fragmentos de ellos, entre los cuales las piezas de vidrio fueron las más abundantes, sesenta bases de botellas de aceite y cuarenta picos de vinos y licores diversos (Figura 105). Resultó curioso el hallazgo de 37 fragmentos de botellas de vino con marcas de erosión por rodamiento o fricción, lo que nos remite a una depositación secundaria producto de una limpieza y la reunión en este pozo, lo que explicaría quizás lo heterogéneo de su contenido. Además de los objetos de vidrio o de sus fragmentos esperables en un pozo doméstico, como el vidrio marrón de cerveza y verde de vino, o de frascos diversos, hay un único fragmento que podría ser más antiguo, plano y de color verde-negro que pudo ser parte de una botella de ginebra de inicios del siglo XX. Los vidrios transparentes sumaron 593 y corresponden a envases de medicinas y productos de tocador aunque hay algunas excepciones: la base de un tintero *Gunther Wagner* redondo, dos grandes carameleras y un frasco decorado de boca ancha idéntico a los hallados en el pozo de la Estructura I. También hay fragmentos de una jarra de cristal con la base tallada, así como una botella de vidrio de color verde aguamarina de base cuadrada de las que fueron usadas para leche en otros países. Se fabricaron en Estados Unidos desde 1927 y salieron de circulación en 1933 (Lockhart et al. 2011). Entre los vidrios transparentes hay fragmentos de ventanas, parte de un espejo, pequeños fragmentos de tulipas y cuatro tubos cilíndricos de pastillas



Figura 107. Detalle del corte en la moneda hecho de forma de no dañar la corona imperial, con un marcado desgaste por uso.



Figura 108. Botón de cobre de uniforme militar alemán de la Primera Guerra Mundial.

medicinales que miden uno 8.5 cm de largo, otro 11cm y los otros dos de 10 cm y había además tres frascos de repelente para insectos marca *Pelente*, de auge en la década de 1950-60.

En este pozo se halló también una moneda proveniente de Austria de 10 Heller de 1915 o 1916⁸ (Figuras 106). El centro de ella había sido perforado rectangularmente para algún uso particular y hecho con extremo cuidado. Al verlo al microscopio se nota que se usó una mecha muy fina para definir los ángulos antes del corte, y que éste fue hecho dejando a la vista la cara del águila imperial y borrando la cara posterior. El recorte en la parte superior siguió una milimétrica curva para que la corona del estampado quedara completa con la intención de no dañar la insignia real de los Habsburgo (Figura 107). Solo es posible especular con el uso dado a la moneda, quizás como tope del mango de un cuchillo de manufactura casera el que también se encontró en partes. Otra pieza llamativa por su unicidad fue un botón de cobre con una corona imperial en relieve que perteneció a un uniforme alemán de la Primera Guerra Mundial⁹ (Figura 108), hallazgo que puede articularse con otros semejantes realizados en otra unidad de excavación. Nótese que en este pozo fueron hallados algunos de los objetos más antiguos recuperados en el sitio, aunque el contexto de asociación en que aparecieron indicaría que fueron parte de un descarte realizado en momentos más tardíos.

En la parte superior del pozo habían algunos objetos que son de manufactura relativamente reciente (década de 1970) y cuya presencia en el sitio fue asociada al desarrollo de actividades de contrabando. Lo más sugerente en tal sentido -aunque podrían ser de fecha anterior- fueron

⁸ Identificación realizada por Philip Kiernan a quien agradecemos, y reveló el uso de una aleación de níquel, cobre y zinc, diferente a las monedas de años anteriores.

⁹ [Http://forum.axishistory.com/viewtopic.php?t=157227](http://forum.axishistory.com/viewtopic.php?t=157227) (Consulta: 19 de diciembre 2015).



Figura 109. Hallazgo de ampollas de medicina estomacal, en posición original en una caja desaparecida por la humedad.



Figura 110. Las ampollas al completarse los trabajos de limpieza y conservación.



Figura 111. Conjunto de municiones no usadas, fabricadas en 1922 y 1925, de calibres 22 corto y 9 mm.

38 ampollas de *Fermentil Croveri Anticoli*, un inyectable nacional para los trastornos intestinales (Massone 1929). La posición alineada de las ampollas y con el extremo más fino puesto uno para cada lado indica que se arrojó una caja entera y que varias de las ampollas permanecieron con su contenido. La caja se destruyó, lo que impidió leer la fecha de envasado pero se estimó que su antigüedad no supera los cuarenta años (Figuras 109 y 110). También se hallaron varias docenas de hojas de afeitar encimadas unas sobre otras, arrojadas en sus paquetes originales y luego transformadas en un bloque por la oxidación, cuya cronología sería semejante a la de las ampollas. En este pozo se recuperaron además nueve elementos óseos de origen animal: dos fragmentos de costillas, astillas de huesos de un mamífero grande (posiblemente de vacuno) y un astrágalo de oveja; todos presentan cortes con sierra eléctrica y un trozamiento consistente con su consumo como alimentos.

En lo que respecta a la vajilla había cuatro fragmentos de porcelana alemana de *Meissen* de diseño similar a los recuperados dentro de la Estructura II, además de 18 fragmentos de loza simple de producción nacional, una taza octogonal que fue arrojada entera, un fragmento de loza con la marca local *Oltolini* y doce fragmentos de porcelanas de bajo costo. Los rasgos de las piezas de fabricación nacional ubican su manufactura entre las décadas de 1940 y 1950. También se recuperaron seis proyectiles calibre 9 mm *Luger* sin impactar provenientes de la *Fabrique Nationale* de Bélgica, semejantes a otra vaina de la Estructura III; éstos fueron fabricados entre los años 1922 y 1925 y catalogados como *Belgyum Type 3*¹⁰. Otros nueve proyectiles usados fueron recuperados en el mismo basurero, uno es calibre 22 corto sin impactar y ocho estaban altamente deformados por el impacto pero son de calibres gruesos (Figura 111).

¹⁰ Agradecemos a Lewis Curtis. <http://cartridgecollectors.org/documents/Introduction-to-9mm-Luger-Cartridges.pdf> (Consulta: 30 de noviembre 2015).



Figura 112. Fragmento de un disco de 78 RPM intencionalmente cortado en forma rectangular.

En este pozo se hallaron unas pocas piezas de plástico y goma las que incluyeron partes de una pesada manguera negra de $\frac{1}{4}$ de pulgada; una pequeña pera de succión de color rosa; fragmentos cortados de una cortina *espantamoscas* de tiras anchas; tres botones decorados y dos peines de hombre. Como medicina se encontró un pomo de *Cibazol* (pomada antibiótica, 20 gramos) del laboratorio CIBA, que la fabricó en el país desde 1947¹¹. También se encontró un rectángulo negro de 9.2 por 4.1cm recortado de un disco *de pasta* de 78 RPM, reconocible por sus círculos concéntricos. En una de sus caras llega a leerse una “V” que podría corresponder a RCA Víctor, una de las productoras de esos discos. Se trata de un objeto completamente insólito en un contexto como el de Teyú Cuaré, tanto por la fragilidad de los discos que hacía difícil trasladarlos a sitios cuyo acceso era accidentado, como por el hecho de que este disco en particular fue recortado con notable habilidad; a ello se suma imaginar la función dada al recorte y la falta del resto del disco (Figura 112).

Las piezas de metal recuperadas en este basurero fueron muy abundantes (1139 objetos) pero la humedad potenció su deterioro. Lo reconocible incluye seis latas de *Viandada*, cinco del tipo para envasar caballa, 53 para paté y picadillo, una de sardinas, cinco de leche condensada y dos de leche en polvo, además de 48 llaves de rosca para abrir envases. También se hallaron arandelas y la manija de una valija de cuero o cartón, tapas de frascos y tres cucharones (dos de aluminio, descartados por rotura de sus mangos), la parte inferior de una bombilla eléctrica, partes de un transformador eléctrico, seis tapas de latas con boca central (poco comunes en

¹¹ [Http://www.novartis.com/argentina/historia-de-novartis-argentina](http://www.novartis.com/argentina/historia-de-novartis-argentina) (Consulta: 9 de enero de 2016).

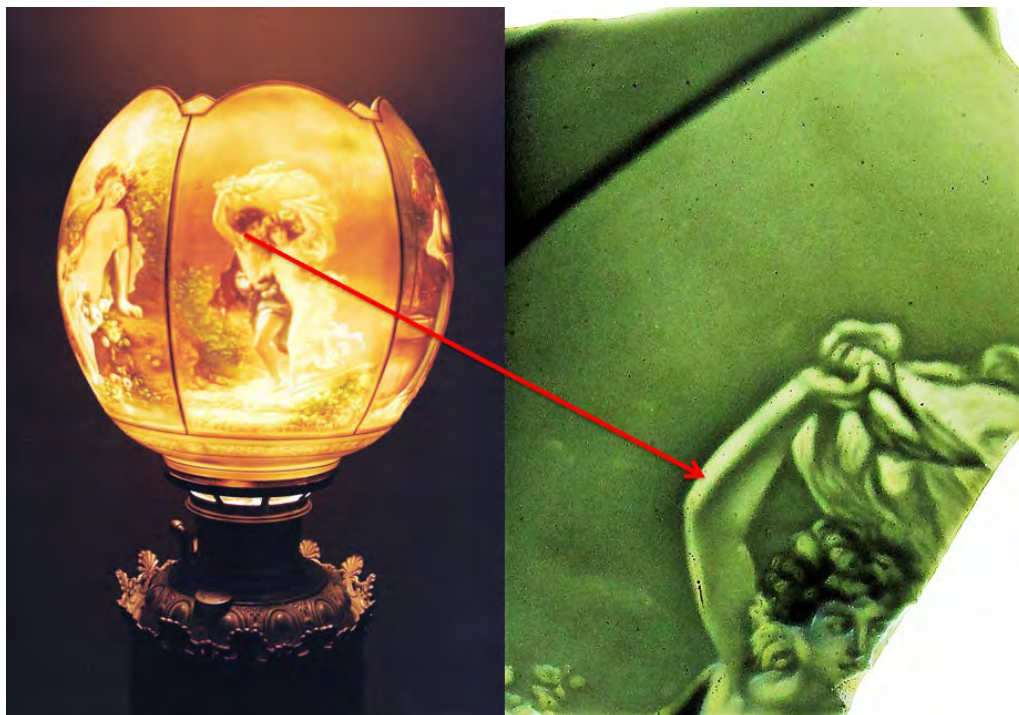


Figura 113. Fragmento de una lámpara de aceite cuya tulipa presenta una litofanía en bajorrelieve y detalle del cuadro de Pierre Auguste Cot del que proviene la decoración (Cortesía del Blair Museum of Litophanes).

el país), y la hoja y el mango de un cuchillo –que se estima fue utilizada como tope la moneda austríaca-, entre otras cosas. El conjunto incluyó además tres tazas de metal enlozado color blanco y dos sierras para árboles con evidencias de haber sido afiladas hasta que el desgaste produjo su rotura, clavos, pequeñas planchuelas de hierro, un dispositivo casero hecho para fumigar hormigueros, una lata de aceite *Singer*, otra aceitera chica, parte de una herradura y una olla trípode de hierro fundido, quebrada y con una de las patas reemplazada antes del descarte. La lista es mucho más extensa pero solo se mencionará además una vieja botella de leche, frascos de mostaza *Savora*, frascos bajos como los usados para envasar anchoas, una botella de aceite, otra de aceite de ricino, frascos de medicamentos varios y de productos de tocador y botellas enteras de vino y de licores. Entre los materiales de construcción recuperados se encuentran los mismos restos que hubo en la basura de la Estructura I, tales como chapas del techo, fragmentos de azulejos *Vicri* y *Richards*, datos que entrecruzan ambas estructuras.

Un conjunto de botones resultó ser otra de las peculiaridades de este pozo de descarte: se recuperaron doce de ellos, tres de plástico y nueve cuya manufactura se sitúa en el período de 1940-1960, aunque uno puede ser más antiguo. Uno es una gota de vidrio soplada, otro una esfera de baquelita amarillenta, otro es de cuero redondeado sobre metal en la forma habitual para los antiguos uniformes militares, otro está hecho de madera y forrado en terciopelo, seguramente de un “tapado” femenino de invierno y es idéntico a otro hallado en el pozo de descarte de la Estructura I. Hay dos botones de núcleo de mármol blanco rodeado



Figura 114. Hoja y empuñadura de una navaja curva, de manufactura artesanal.



Figura 115. Llaves para la apertura de latas de carne tipo “Viandada” o Corned Beef.

de baquelita delgada de color negro, y uno de plástico blanco con trabajo de relieve en varias capas superpuestas de triángulos, otro es de hueso en relieve y dos son de diseño: uno metálico con sectores esmaltados y otro de caucho que debió forrar madera; en su mayor parte indican ropa femenina de cierta calidad.

Para cerrar la descripción mencionaremos el hallazgo de dos fragmentos de una tulipa del tipo llamado *litofanía*, obra de arte de valor económico y que solo han sido reportados en contadas ocasiones en la historia del arte y la arqueología del país (Schávelzon 2014). Se trata de una tulipa de vidrio blanco opaco sobre el cual se imprimía una imagen en bajorrelieve, y al colocarse una luz interna ésta se proyectaba dándole profundidad y movimiento. Se hicieron en Europa central desde el siglo XIX pero fueron quedando fuera de uso con la fotografía y el cine (Carney 2002). La imagen en el fragmento encontrado es una versión del cuadro *La tempestad* de Pierre Auguste Cot, pintado en 1880. La presencia de una litofanía proporciona



Figura 116. Serruchos y sierras rotos de tanto afilarlos para ser reusados.

interesante información sobre la vida doméstica de sus habitantes, sobre su disponibilidad económica y sus sutiles preferencias estéticas (Figura 113).

Volviendo a la discusión sobre las fechas, vale recordar que aunque se registra en el sitio un descarte reducido de objetos fabricados entre 1910 y 1920, un abrumador porcentaje mayoritario corresponde a elementos manufacturados en las décadas de 1940-50 (Figuras 114, 115, 116 y 117). ¿Podría corresponder todo al período de abandono del conjunto hacia 1955-60, cuando se debe haber hecho el descarte de lo que había dentro y fuera, incluyendo objetos más antiguos e incluso deteriorados? ¿No es habitual que se tengan y/o usen cosas que han sido fabricadas años antes? La cronología estimada para los materiales muestra una ligera ampliación del marco temporal propuesto para la ocupación del sitio en base a los pozos de basura anteriores. Esto estaría determinado, por un lado por la presencia del grupo de objetos cuya manufactura se ubica a comienzos del siglo XX –aunque su uso y descarte puede ser muy posterior-, y por el otro, por la presencia indudable de piezas de la década de 1950 a 1960. Por ende el período para este pozo en particular va de 1940 a 1960, con pocas intrusiones recientes.

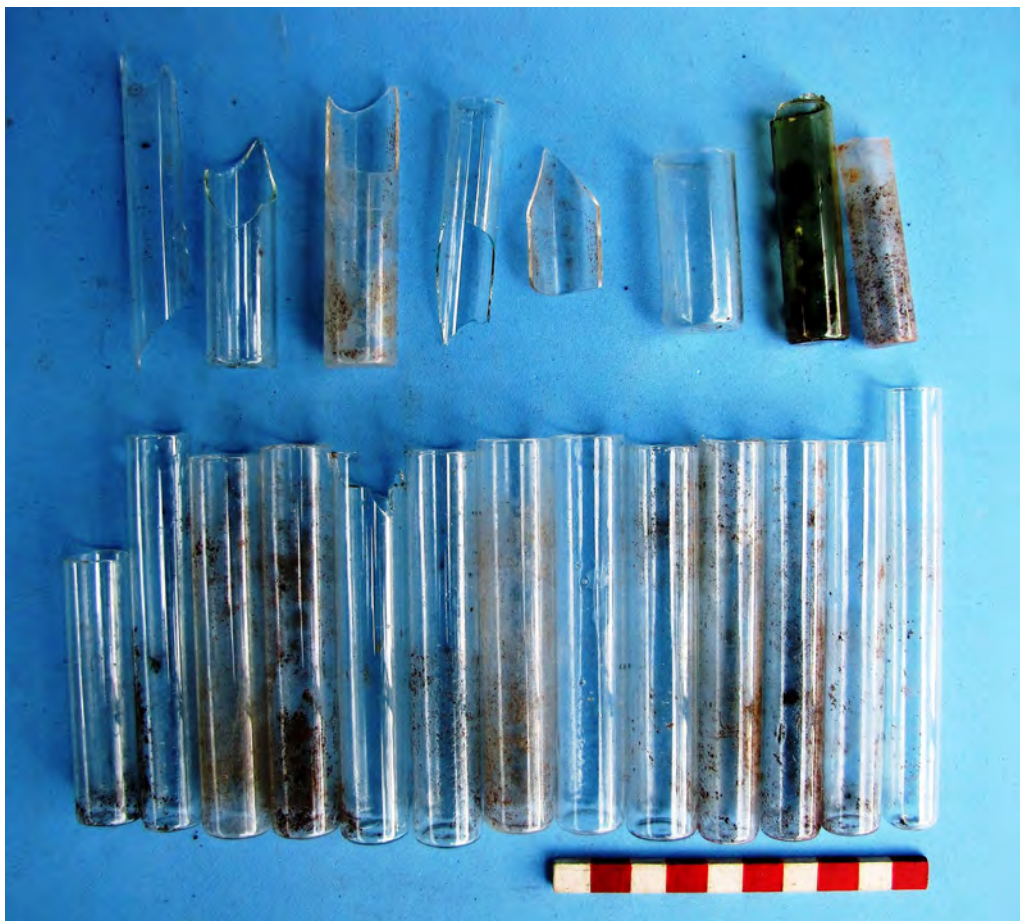


Figura 117. Tubos de vidrio de vitaminas efervescentes habituales desde la década de 1950.

Lo más singular de este basurero fue el hallazgo de 119 portaobjetos y 98 cubreobjetos usados para estudios microscópicos. Los cuatro cuyo estado de conservación hizo posible determinar su contenido resultaron ser: A- el segundo par de alas membranosas y un par de patas de un insecto no identificado; B - un par de patas pilosas, una espirotrompa y un par de palpos bucales de un lepidóptero; C- un par de antenas filiformes y C- fragmentos de varios apéndices pilosos¹². Se trata de muestras entomológicas procesadas como preparados simples, armados artesanalmente. Los portaobjetos de microscopía son vidrios que por su función han sido estandarizados desde inicios del siglo XIX, de tal forma que se componen de una pieza más grande que porta lo que hay que observar y otra menor que lo protege, que tienen que ser coincidentes en el ancho (Bracegirdle 1998). Ambos se unen con sustancias diversas para sellar la entrada de agua, aire o polvo y no opacar la visión, a la vez que garantiza la continuidad de la muestra en el tiempo. Antes de la mitad del siglo XIX, cuando se incrementó el pedido de este

¹² Agradecemos la identificación del contenido de las muestras a las doctoras Roxana Mariani, Fernanda Rossi Batiz y Graciela Varela, de la División Entomología del Museo de La Plata.



Figura 118. Fragmentos de cubreobjetos y portaobjetos descartados en el pozo de basura cercano a la Estructura II.

tipo de objetos, la industria del vidrio los estandarizó en 3 por 1 pulgadas (aproximadamente 75/76 por 25/26 mm); la medida se popularizó y al venderse por cajas llegaron al mundo entero. El grosor no superaba el milímetro por lo que en una caja de diez centímetros cabían cien de estos vidrios (Turner 1989). El costo era tan bajo que, al menos en las colecciones existentes desde tiempos de Charles Darwin, los portaobjetos ya eran de tamaño estándar aunque su morfología era variable.

Parte de los portaobjetos hallados en el sitio son industriales y estandarizados, pero el resto no: fueron hechos de modo expeditivo recortándolos de piezas de vidrio de mayor tamaño por alguien no muy experimentado (Figura 118). Presentan cortes burdos, fallas y variedad de medidas. Un grupo se aproxima a los 75 por 25 mm (semejantes a las piezas comerciales), mientras que otros oscilan entre 42 a 48 mm de largo y 25 a 23 mm de ancho. Los vidrios muestran intentos de cortes frustrados y ángulos que no son de 90 grados. El conjunto hace pensar en alguien que colectaba muestras en el lugar, el que se quedó sin los insumos necesarios lo que lo llevó a procesar otras piezas de vidrio. Porque hallar vidrio de menos de un milímetro no es simple, ni en medio de la selva ni en la ciudad, ya que incluso los vidrios de ventanas son más gruesos. Se estima que los usados provienen de negativos fotográficos de vidrio. Asumimos que las muestras entran dentro de la cronología propuesta del pozo si la retrotraemos a la década de 1920 en que se fabricaron los objetos más antiguos y a la de 1960 como final. Si bien los vidrios de los negativos podían estar desde hacía tiempo en el sitio y se aprovecharon, dejaron de fabricarse en la década de 1940-50 siendo reemplazados totalmente

por el film de celuloide. Como se detalló en capítulos anteriores, la zona fue recorrida por diferentes naturalistas y cualquiera pudo hacer preparados.

Cada profesional realizaba a su modo la unión entre ambos vidrios. Algunos utilizaban una gota de aceite, generalmente el llamado *aceite canadiense*, para facilitar la adhesión manteniendo la transparencia. Otros preferían dejar un espacio para no apretar la muestra usando productos que se solidificaran al colocarse, como se observó en los ejemplares recuperados en el sitio. Para eso se usaba lacre o sustancias ligantes como el alquitrán natural y luego el industrial, pegamentos, colas vegetales y animales, inclusive la goma laca. Los preparados locales de resinas vegetales con ceniza producían el *bleque* y bien pudo haber sido usado. Por su textura y color es similar y confundido con el alquitrán –derivado del petróleo–, que llegaba a la zona en latas y era eficiente aunque tardaba en secar y enfriar porque había que calentarlo: era un simple destilado del carbón de hulla mezclado con un aceite pesado o creosota. La breá también era de uso común como sellador ya que es un alquitrán natural, al igual que el lacre rojo o negro que se usaba además para sellar cartas. Once de los portaobjetos hallados en el sitio muestran el uso de estos productos para la unión entre vidrios y en la región hay latas abandonadas de todos estos productos (Figura 119).

Cerca de la Estructura II se detectó un rectángulo definido por hileras de piedra de 0.35 m de altura, con una superficie aproximada de 1.20 m por 1 m (Estructura IX). Su orientación

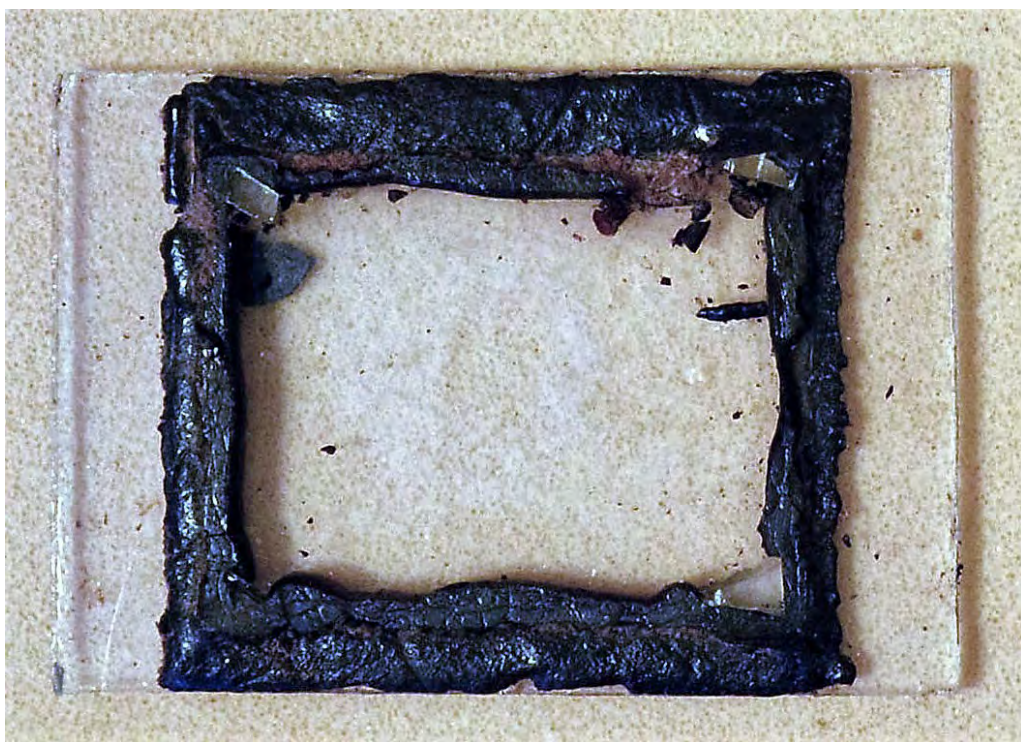


Figura 119. Portabojetos con unión hecha con *bleque* negro para incluir un objeto de cierta dimensión.



Figura 120. Estructura rectangular ya re-excavada, mostrando las paredes y pisos originales y la peculiar forma en que había sido hecha en origen.

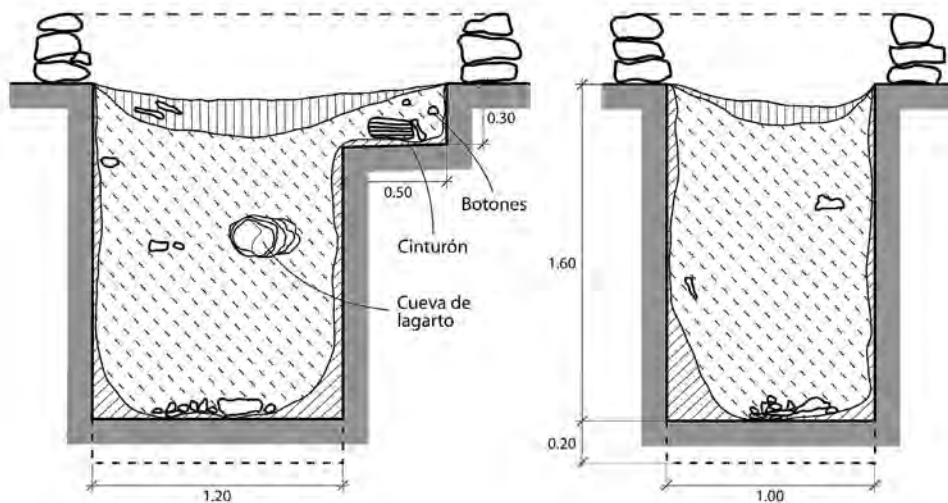


Figura 121. Dibujos con los cortes verticales del pozo excavado, que había sido rellenado y enmarcado con piedras, y su forma peculiar para dejar un cinturón en su interior.



Figura 122. El cinto una vez restaurado y armado, con su hebilla en la que falta la cruz de esmalte rojo del centro.

es de 30 grados al oeste, similar a las estructuras mayores, y no había evidencia de piso interior. Las piedras parecían sólo delimitar el lugar y el piso estaba ligeramente hundido y libre de vegetación, evidencia de uso antiguo. Todo eso hizo pensar que debía haber algo en su interior. Para testear se excavó la mitad de su superficie notándose que la tierra era poco compacta, grumosa y con evidencias de ser un relleno, percepción que se confirmó cuando el avance de la excavación expuso laterales con perfecta verticalidad. La excavación alcanzó 1.80 m de profundidad, hasta llegar a un suelo estéril y compacto (Figura 120), aunque no se detectó ningún elemento arqueológico a lo largo de todo el perfil. Luego, la excavación hacia un lateral del recinto, permitió detectar a menos de 030 m de profundidad una zona también previamente alterada (Figura 121) en la que se halló un cinturón militar de cuero—su restauración fue compleja y su preservación casi milagrosa—, de 1.20m de largo con una hebilla de bronce del ejército de España. No era de la Falange sino que era el cinturón de gala del ejército español en la época franquista y corresponde a la *Guardia Civil Legión Ejército*. El cinturón estaba enrollado y anudado de manera muy ajustada y se veía la marca del hilo que lo apretó intencionalmente hasta que quedó casi como un sólido, gracias a lo que se conservó (Figura 122). La cruz con incrustación de esmalte rojo que este tipo de piezas tenía habitualmente se hallaba ausente, estimándose que fue removida utilizando fuego dadas las marcas que se observaron en su superficie. Las costuras de hilo del cinto han desaparecido y se había separado la hebilla, rompiéndose en el lugar más gastado que es donde giraba. Además, aunque separados, se hallaron dos botones negros; uno de baquelita decorado, posiblemente femenino y otro masculino de color negro con mucha evidencia de desgaste. Estaban en el mismo lugar aunque más arriba.

La excavación mostró evidencias que indicaban que esta unidad había sido excavada con anterioridad, lo que resultó muy extraño. Según pudo reconstruirse, se hizo un primer pozo de 1 m² y 1.60 m de profundidad el que luego fue rellenado. Tiempo después (imposible determinar cuánto) fue nuevamente intervenido dejando nuevas marcas que alteraron las anteriores, y

posteriormente fue rellenado de forma somera, lo que seguramente produjo el hundimiento de la superficie que era visible. No quedaron evidencias que permitan hipotetizar qué fue lo que generó la excavación original o lo que motivó la posterior ¿Se enterró algo que luego se volvió a buscar? ¿Se dejó el cinturón del ejército español antes o después de la primera o de la segunda intervención? El único otro objeto en Teyú Cuaré cuyo origen es España, fue una moneda de plata con la imagen de Franco que mostraba evidencia de haber sido parte de una *rastra* o cinturón adornado con monedas, tradición típicamente nacional, la que estaba fechada en 1957 y fue encontrada en la Estructura I. ¿Podrían las dos cosas estar asociadas de alguna manera? Las hipótesis son numerosas pero la evidencia disponible no es suficiente para sustentar ninguna en particular (Schávelzon 2018).

Un último rasgo de interés directamente relacionado con la Estructura II fue hallado algunos metros al oeste y cerca del río, en un afloramiento rocoso. En él un bloque de piedra de unos 4 m de largo por 2 m de ancho, naturalmente inclinado unos 45 grados, se quebró generando un reborde sobre el cual, cuando llueve, se acumula agua. Pero además presenta evidencia de haber sido retocado para aumentar el volumen retenido, lo que dio como resultado una superficie semejante a una pequeña pileta. Coloquialmente denominada como *lavapiés* por el equipo arqueológico por su potencial relación con los callicidas y desinflamantes hallados en el pozo de basura cercano, la función exacta de este rasgo no pudo ser determinada con precisión.

La Estructura III

Ubicada hacia el este, en la cima del cerro sobre el que se apoyan las otras estructuras y rodeada por los pequeños muros hallados en el sector norte de la península, está la construcción de mayor tamaño a la que se denominó Estructura III (Figura 123). Su arquitectura es más sencilla que la de las otras, aunque su funcionalidad resultó no claramente comprensible, con la posibilidad de que nunca haya sido terminada. Se trata de un recinto de cerca de 7 m por 9 m de lado apoyado sobre una plataforma de 500 m², cuya esquina Este se cierra con un ángulo curvo y una escalera (Figura 124), de la que parte el camino que baja hacia la Estructura I (Figura 125). La escalera esté rehundida dentro del basamento, lo que no solo resulta un detalle arquitectónico poco habitual sino de una acción que requiere de un esfuerzo mayor que ubicarla saliente. En la ciudad de San Ignacio y su entorno pudimos encontrar un único ejemplo parecido, también en el basamento de una estructura hecha en piedra de inicios del siglo XX ubicado camino al puerto viejo (Schávelzon 2017).

Los muros son de bloques de piedra apilados que se articulan con varias grandes piedras del afloramiento rocoso que fueron utilizadas sin modificaciones. Es una obra expeditiva, casi burda pero extremadamente funcional, lo que la diferencia de los otros edificios (Figura 126). A su alrededor sólo tiene un sector plano y aun sin vegetación alta, los otros son abruptas bajadas, es decir fue intencionalmente puesto en ese incómodo lugar elevado. El camino de acceso al conjunto está cubierto por la densa vegetación y su llegada a la parte baja es una hilera de piedras planas que se extiende en sentido noroeste-sudeste. La unión de ese camino con la Estructura I fue denominada como Estructura VI en anteriores publicaciones, dado que se desconocía su función (Schávelzon e Igareta 2017). Esa vereda de unos 0.70 m de ancho promedio, al descender se va enterrando en el sedimento y quedando cubierta por el avance de la vegetación. En su extremo inferior el camino se conecta con lo que hoy es un pozo de 2 m de diámetro y 1 m de profundidad ubicado cerca de la Estructura I; los restos muestran que

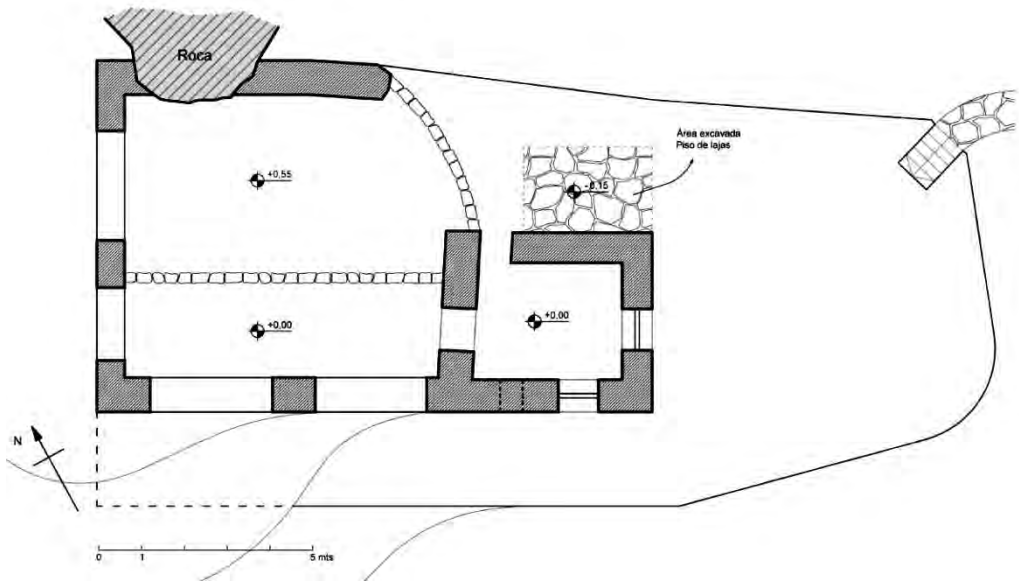


Figura 123. Plano de la Estructura III.



Figura 124. Escalera de la plataforma de la Estructura III colocada en el ángulo sureste e inicio del camino hacia la Estructura I.



Figura 125. Camino empedrado hacia la base del cerro uniendo las estructuras I y III, al fondo se ve la escalera de la Estructura III; se observa el descenso y la curvatura que toma para adaptarse al terreno.

estaba rodeado de grandes piedras planas y con lajas en la base a medio metro de profundidad, pero fue agresivamente saqueado por lo que resultó imposible determinar su forma original. Pese esa pérdida, el encontrar los extremos del camino permite avanzar en la reconstrucción de la lógica de la circulación del cerro: la escalera de la Estructura III está colocada en el punto donde termina el basamento, y aunque obliga a tener fuertes curvas está trazado de manera de aprovechar la topografía para inclinarse lo menos posible.

El espacio interno del recinto de mayores dimensiones es de 7.80 m por 8.40 m y se ingresa a través de un escalón de 0.50 m de alto (Figura 127). No existe evidencia que indique que este acceso contó con una puerta o portón. Un largo escalón de 0.30 m de alto, que se extiende en sentido sureste-noroeste, divide el espacio interno a la mitad. El recinto mayor está rodeado en tres lados por muros de piedra de cerca de 1m de altura y 0.60 m de ancho, que presentan intercalados a intervalos irregulares pilares de 1.50 m de altura (Figura 128). La función de éstos debió ser la de sostener el techo, pero son innecesariamente grandes a la vez que altamente inestables por estar hechos sólo con lajas superpuestas. Resulta difícil entender cómo estaba



Figura 126. Basamento de la Estructura III, el aparejo de piedras es de simple apilamiento.



Figura 127. Interior de la construcción y pequeño cuarto, posible cocina, que servía al resto del conjunto.



Figura 128. Lateral norte de la estructura tras el despeje de la vegetación, se observa el muro perimetral bajo y dos de los pilares del posible techo.

techada la estructura ya que la instalación de una cubierta de esas dimensiones requiere de algún tipo de columna interna, o de la existencia de cabreadas de madera de más de siete metros sostenidas por esos inestables pilares, lo que resulta poco creíble. Un simple empuje y los pilares se derrumban, uno ya se ha caído. Y nada en el interior mostró la existencia de una columna así como los pilares no tienen evidencias de restos de vigas, ni de sus apoyos, ni de dinteles en los vanos.

Adosado al recinto principal por su cara sureste se encuentra un recinto menor, de 4 m por 4.16 m de lado que cuenta con dos puertas, dos ventanas y una perforación de 0.50 m de lado ubicada por debajo de la ventana sur, para el tiraje de una cocina. Las cuatro aberturas hacen pensar que se trataba de un lugar de estancia transitoria, quizás para ser la cocina para los que trabajaban en la estructura anexa (Figura 129). Los bloques de piedra de los muros del pequeño recinto apenas se encuentran canteados y un sector muestra evidencias de una refacción en la que se empleó cemento, lo que daría cuenta de dos momentos de uso. La presencia de fragmentos de malla de alambre en su interior parece ser parte de esa segunda oportunidad, en que quizás fue aprovechado para guardar animales.

La abundancia de madera en la región permite suponer que para esta construcción se utilizaron sistemas de soporte no ortodoxos, pero no hay nada que sustente cualquier hipótesis sobre cuáles fueron sus características. Si bien hay fotos antiguas de secaderos de madera ubicados



Figura 129. Perforación del muro en el recinto menor, que debió servir como chimenea de la cocina.

en sectores elevados de cerros -que es a lo que más se aproxima esta estructura- no tienen vegetación en su alrededor y tampoco pilares de piedra, cuando con madera o ladrillo se hubiera resuelto fácil y mejor. La ausencia de restos o marcas de contramarcos de ventanas reafirma su posible inexistencia, sumado al hecho que deberían tener la friolera de 3.50 m de ancho y a que la inestabilidad de los pilares haría imposible sostenerlas. Lo que existían eran aberturas huecas: un gran recinto techado abierto al aire. Solo cabe pensar que la estructura fue ejecutada para una función específica como la de un peculiar secadero de yerba, u otra no comprendida, o aceptar la idea de que nunca fue terminada. En los restos encontrados sí hay evidencias, aunque pocas, de una techumbre, ya que las excavaciones en el interior y en las inmediaciones permitieron recuperar fragmentos de placas de asbesto y chapas metálicas semejantes a las de la Estructura II. Además, hubo docenas de tiras de metal de 5 cm de ancho y hasta 1 m de largo, con pequeños clavos, o con los agujeros que dejaron, las que son iguales a las usadas para los techos de tejas de madera. Todos los pisos, internos y externos, estaban cubiertos de piedra, aunque los de afuera estaban en buen estado mientras que los interiores se hallaron muy destruidos (Figura 130).

Como sucede con la Estructura II, también la III se presenta una construcción de rasgos incomprensibles que parecen el resultado de decisiones contradictorias, sin un referente concreto de funcionalidad. Pero la Estructura III es la única desde la que, por su altura y ubicación, es posible observar lo que ocurre en el río y en casi toda la zona (antes quizás con una vegetación más baja o controlada), aunque ello no explica su morfología. La utilización



Figura 130. Piso del exterior de la Estructura III durante su limpieza, nótese el aparejo de piedra de las paredes como simple superposición de lajas.

de bloques de roca aflorada integrados a los muros permite proponer una conexión con las construcciones de la zona norte, sobre todo por la ausencia de trabajo de canteo. Considerando el poco esfuerzo estético observado en las otras dos estructuras, este edificio resulta incluso más tosco. En definitiva, algunos rasgos la muestran como una construcción diferente, pese a su unión física por el camino y se estima que fue algo diseñado para cumplir con un propósito productivo, se haya logrado o no.

El estudio de los muros permitió detectar la presencia de objetos metidos entre los bloques de piedra durante la obra: una peineta negra de plástico, una boquilla de cigarrillos hecha de ámbar, una tapa de lata de cuatro centímetros de diámetro y un fleje de hierro de uso no identificado doblado mecánicamente. Se trata de elementos cuya antigüedad se remonta a no más de mediados del siglo XX y nos permite ver que los muros y los objetos son contemporáneos entre sí.

Las excavaciones que se hicieron en el interior y en el perímetro externo de la estructura permitieron recuperar dos elementos de cronología precisa, una moneda argentina del año 1922 y una vaina de proyectil de bronce calibre 9 mm de fabricación belga manufacturada también en 1922 por la *Fabrique Nationale*, según lo indica la inscripción en la base FN 22¹³. La

¹³ Agradecemos la información a Lewis Curtis.

presencia en el sitio de éste y de los seis proyectiles semejantes hallados en el pozo de basura de la Estructura II, todos de la misma fecha y origen, podría estar relacionada con el hecho que estas municiones fueron enviadas desde Bélgica a Paraguay y Bolivia durante la Guerra del Chaco de 1932 a 1935 (Ayala Queirolo 1985). Se supone que parte de las municiones sobrantes cruzaron las fronteras pero que estaban tan caducas que terminaron en la basura. También se encontraron dos bases de cartuchos de escopeta pero el estado de oxidación no permite confirmar su calibre entre el 4 y el 5, y menos aún fecharlos.

Entre los elementos recuperados que permitieron inferir actividades domésticas se incluyen la base de una máquina de picar carne o pan, fragmentos de una taza de loza inglesa blanca con impresión en rojo, latas diversas incluidas las de polvo de hornear *Royal*, una válvula de rueda de bicicleta, fragmentos de botellas de vidrio de bebidas alcohólicas de agua mineral recientes, tres partes de una tulipa de vidrio de una lámpara de kerosén, parte de un espejo, vidrios de ventana de diferentes espesores y una hebilla de carey. También se recuperaron dos tapas y varios fragmentos de frascos de vidrio de productos medicinales; al menos una ampolla de vidrio delgado y cuatro frascos marrones para productos inyectables, parte de una rueda sólida de caucho de escaso tamaño (de carro o triciclo), fragmentos de celuloide de película fotográfica y el cierre de hierro de un bolso femenino con la inscripción *Brevette CDC* (marca de una fábrica francesa de accesorios). Hubo objetos asociados a tareas manuales: fragmentos de plomo fundido, parte de una barra para soldar y planchuelas de hierro con perforaciones y recortes manuales, dos tornillos y 54 clavos. También se encontró un gran clavo de hierro de sección cuadrangular del siglo XIX; por su tamaño y por la forma en que está doblado creemos que fue usado como cortafierro para canteo de piedras. Otros objetos del mismo uso encontrados allí parecen haber sido dejados de usar por desgaste, siendo hierros cualesquiera aprovechados para las piedras. En conjunto, la fecha de manufactura de los objetos que integran el registro material puede ser ubicada a mediados del siglo XX. Si bien hay elementos que pueden fecharse para su fabricación en Europa en 1922 o una moneda nacional de a misma fecha, e incluso hay un clavo más antiguo, se trata de cosas que quizás tenían años al descartarlas o perderlas: una moneda podía usarse mucho tiempo y una munición hecha en Bélgica para Bolivia debía tardar bastante en llegar hasta esta zona.

Alrededor de la plataforma de la estructura hay una docena de pequeños basureros casi superficiales cuyo contenido mostró que eran el resultado de acciones de limpieza realizadas por el personal del parque en tiempos más o menos recientes. Sin embargo, en dichas tareas parecen haberse colectado y descartado elementos más antiguos mezclados, por ejemplo una roldana de hierro, dos flejes metálicos perforados similares a los hallados dentro del edificio y un objeto de hierro de forma plana y soldada en dos partes que fue utilizada como cortafierro, instrumentos todos cuyo uso puede ser asociado al trabajo de canteo de piedras. En otro pozo de basura se recuperaron fragmentos de huesos de un mamífero de gran tamaño. Aunque estaban muy atacados por la acidez del suelo fue posible observar que se trata de siete fragmentos óseos vacunos, largos y aserrados transversalmente con una sierra de acero, pero que presentan también marcas de filos de cuchillo. Este tipo de corte es empleado en preparaciones en que la carne es hervida. La ocupación de este edificio no parece haber generado una gran cantidad de basura doméstica como se observó en las Estructuras I y II pero sí un registro de actividades variadas.

Capítulo VI

El entorno

Debido a su posición geográfica marginal y a la vez territorialmente dependiente de la ciudad de San Ignacio, Teyú Cuaré no tuvo población estable hasta el siglo XIX tardío. Por los pocos datos arqueológicos y documentales disponibles para la región, y aunque no se ha localizado una instalación significativa en concreto, su territorio tuvo uso intenso en tiempos precolombinos y todo habitante de la zona tiene en su casa fragmentos cerámicos y piedras talladas encontradas en las inmediaciones, o en las orillas del Paraná después de las crecidas que remueven las orillas. En el Museo Isdady de San Ignacio hay un conjunto de objetos tanto de metal como de cerámica encontrados a lo largo de los años, seguramente en las cercanías de las ruinas de la misión, pero sin datos concretos. Se ha propuesto que el poblamiento original

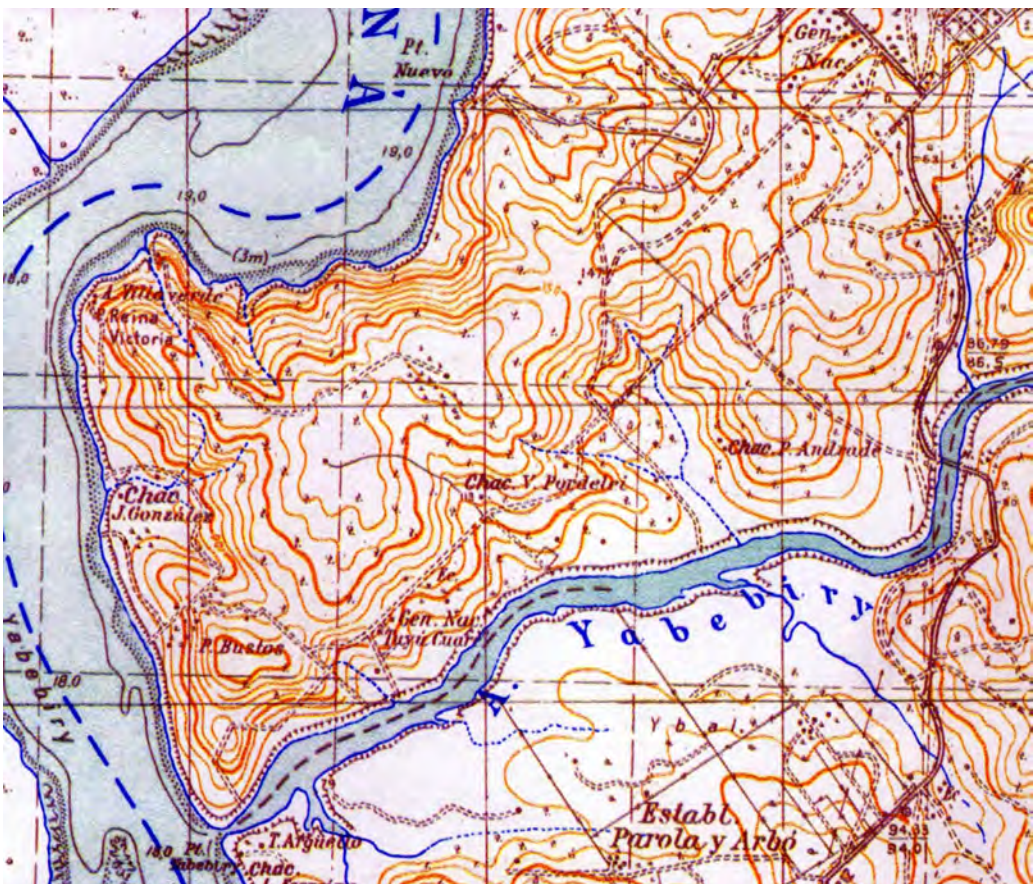


Figura 131. Plano de 1943 de la región. El parque y sus ruinas están en el norte, figuran las viviendas, caminos y senderos de la época (Instituto Geográfico Nacional).

de Misiones podría remontarse a fechas cercanas a los tres mil años, pero la expansión jesuítica durante los siglos XVII y XVIII, los violentos conflictos posteriores, la Guerra contra Paraguay, la nueva colonización europea y la deforestación acelerada, diezmaron trágicamente a las etnias locales. Las cuatro comunidades indígenas que hoy existen en la zona de reúnen a un conjunto de familias movilizadas desde el Chaco por motivos políticos, y luego dejadas a su suerte a comienzos de la década de 1990,

No hay un límite preciso, físico o político, que separe el espacio de Teyú Cuaré del de San Ignacio, por lo que en la práctica se considera como tal el punto en el que termina el asfalto de la ciudad. Es un límite dado por las condiciones de vida, de pobreza y arquitectura de madera y chapa. A fines de este trabajo tal límite ha sido desplazado un poco hacia el oeste, hasta el camino que antiguamente iba hacia lo que hoy es el puente que cruza el río Yabebirí (Figura 131). La zona presenta una geografía compleja: el gran macizo rocoso que forma la península por una parte y las tierras bajas que lo rodean por la otra, que van formando valles hacia el sur y el oeste. El camino abierto en los inicios del siglo XX parece haber sido simplemente la prolongación de una senda que iba cada vez un poco más lejos siguiendo la topografía; aún sigue siendo un camino de tierra y aunque es una ruta provincial carece incluso de denominación.

Por lo general la historia regional asume que todo el territorio cercano a las misiones jesuíticas quedó despoblado después de la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús en el siglo XVIII, pero, aunque hacen falta estudios más detallados al respecto algunos análisis recientes han propuesto un escenario diferente. La ocupación criollo-europea parecería haber comenzado, o recommenzado, después de la Guerra de la Triple Alianza (1864-70) que transformó toda la zona, aunque luego llegaron los conflictos fronterizos con Brasil. La situación se apaciguó poco después con la creación del Territorio Nacional de Misiones, previo reparto frustrado de tierras hecho desde la vecina provincia de Corrientes. Y la población de Teyú Cuaré comenzó a incrementarse lentamente con la llegada de familias que se alejaban del pueblo de San Ignacio buscando tierras vírgenes. No hubo allí colonias formales, nacionales ni extranjeras, hasta 1942, y en muchos casos fueron los vecinos de menores recursos los que más se alejaron del poblado.

Aunque no fue posible hallar documentos probatorios, el relato de los vecinos coincidió en señalar que los antepasados de la familia Lemes-Cardozo fueron de los primeros en instalarse en Teyú Cuaré en la década de 1910-1920, donde habrían comprado tierras en la zona baja a un terrateniente de las primeras generaciones, Leon Renier. Luego, habrían adquirido la propiedad que aún poseen frente a la entrada del Parque Provincial a un individuo de apellido Villamán, quien a su vez las había obtenido de alguien llamado Poldelri, y en ellas podría haberse instalado un primer grupo de inmigrantes que serían los constructores de dos casas de madera que todavía existen en el terreno (Figuras 132 y 133). También de ellos serían una serie de bases de construcciones, nivelaciones de terreno y escaleras de piedra para facilitar los cultivos (Figura 134), aunque se trata de información oral que debe ser revisada. Las excelentes tierras de cultivo y poco declive de ese sector deben haber resultado atractivas para los primeros ocupantes, lo que motivó la construcción de la actual capilla de San Roque, donada por la familia Cardozo en la década de 1940 (Veloza 2009), y de aquellos años quedaron también líneas de pinos para controlar el viento.



Figura 132. Cabaña de madera con pórtico en el área de la primera ocupación de la actual chacra de Lemes-Cardozo con pórtico de entrada.



Figura 133. Una de las cabañas que correspondería a la primera ocupación de las tierras de Lemes-Cardozo, con entrada por un pórtico remetido.

Figura 134. Una de las escaleras de piedra construidas dentro de los terrenos de la misma chacra.



Figura 135. Casa de la familia Daumos de la década de 1940.



Figura 136. Muro testero y ábside de la construcción original de la capilla de Teyu Cuaré.



Figura 137. Vajilla de los siglos XIX y XX del descarte del asentamiento.



Figura 138. Conjunto de objetos metálicos abandonados en las viviendas.



Figura 139. Jarra de metal esmaltado de la fábrica Villeroy et Boch, con marca de inicios del siglo XX.

La capilla en origen fue abierta, algo raro en el país, ya que sólo existía el muro testero con el altar tal como aún puede verse en la parte posterior en que falta el revoque; las paredes de la nave son más modernas, de cuando ese sitio se transformó en un centro comunitario local. A su lado estaba la casa de la familia Daumos, de la que aún conserva una parte, y ambas podrían ser las evidencias constructivas más antiguas de la zona (Figuras 135 y 136). Existe un conjunto de objetos informalmente recuperados de ese primer posible asentamiento, que ubicaría su edificación hacia 1900 o poco después. Estos objetos, pese a no haber sido arqueológicamente excavados, resultan interesantes porque no todos parecen provenir de un descarte por uso sino por abandono (Figuras 137, 138 y 139).

Aunque haya pasado tiempo resulta relativamente simple ubicar dentro del territorio de Teyú Cuaré las zonas que fueron utilizadas para cultivos en el curso del último siglo o en las que se cortó recurrentemente la vegetación que originalmente las cubría, ya que esa tierra se transforma en pastizales o cañaverales sobre los que las especies selváticas no vuelven a reproducirse. Salvo en algunos sectores bajos, el suelo de la región presenta baja fertilidad lo que ha frustrado muchos emprendimientos locales; a ello hay que sumar la falta de apoyo oficial y la escasez de políticas agro-ganaderas que pudieran contribuir a su uso racional. Quedan en la zona restos de maquinarias en lugares en que se pretendió desarrollar cultivos específicos como salvia, citronella, tabaco, frutales o yerba; la mayor parte de ellos terminó en fracaso dejando las instalaciones abandonadas. También quedan las hileras de pinos, un par muy notables a la distancia por su altura pero que quedaron abandonadas.

Hacia el norte, la instalación más cercana al parque y a las ruinas fue el ya citado puerto y aserradero propiedad de los hermanos Blosset que funcionó entre 1900 y 1930 y que figura en todos los planos de la época porque además era frecuentado por barcos turísticos. Había un camino que unía el puerto con el pueblo de San Ignacio. Los Blosset, cuya biografía es conocida, tuvieron un primer emprendimiento cerca de Iguazú hasta que allí la madera no fue más rentable como explotación libre y se instalaron entonces en Teyú Cuaré. Hasta no hace muchos años aún se conservaban restos de los muros del aserradero, pero fueron destruidos para desarrollar el ya mencionado Club de Río. La venta de sus tierras en Teyú Cuaré durante los años de la Segunda Guerra Mundial fue una historia compleja y oscura de la que luego hablaremos, que aún se comenta por sus irregularidades y por la falta de documentación que la justificara. Algunas versiones sostienen que esa venta tuvo que ver con que las ruinas llegaran a las supuestas manos del fantasmagórico Bormann.

Por años la zona se había ido poblando espontáneamente hasta que comenzaron a surgir proyectos estatales para ocuparla formalmente: el más importante fue el la “Reserva de tierras” puesto en marcha por Ley del estado provincial en diciembre de 1942. No implicó la creación de un poblado sino la delimitación y ocupación de tierras para fines institucionales sobre el trazado del siglo XIX que había dividido casi toda la provincia en fracciones iguales de tierra. Y ahí se le puso un nombre: *Colonia San Ignacio*, que jamás fue reconocido. En él se reservaron –aunque de hecho ya se usaban– los terrenos para el cementerio y un destacamento policial, lo que implicó un proceso institucional que pretendió ordenar un territorio que ya estaba ordenado en la práctica histórica.

La creación de la escuela número 96 fue el otro evento institucional significativo en esos años, aunque nada queda de la estructura edilicia original la que sabemos que en 1929 estaba



Figura 140. Escuela elemental de Teyú Cuaré en la década de 1950 (Cortesía A. Cardozo).

funcionando (Morales1929: 51). Observar una fotografía de su alumnado veinte años más tarde resulta interesante porque brinda un panorama general de la condición de la población en ese entonces: de los niños fotografiados sólo uno tiene zapatos de cuero varios talles más grandes que su pie; otro tiene medias blancas con algún tipo de sandalia y los demás están descalzos (Figura 140). En sus manos se observan herramientas de trabajo rural: serruchos, rastrillos y unos palos que tal vez representan machetes. Muy pocos presentan el aspecto que se atribuiría a hijos de inmigrantes europeos recién llegados a la región, mientras que los rasgos de los demás los revelan como descendientes de la población indígena, afro y criolla que habitó la región. Como curiosidad, cabe mencionar que la tumba fechada más antigua del cementerio de San Ignacio es la de un criollo, Cipriano Martínez, enterrado en 1931 (Figura 141).

El ya citado mapa del Instituto Geográfico Militar del año 1943 es un documento esencial para comprender el escenario poblacional de la época (Figura 131), puesto que en él están ubicados cada casa y sendero de la región, de su tiempo y se indica ya la presencia de la Gendarmería Nacional, instalada en la provincia en 1939, precisamente por efectos de la Segunda Guerra Mundial. De allí partía un camino hacia la orilla del río Yabebirí, con otra vivienda que aún se atribuye al comisario de su tiempo. La red caminera de esa década sigue plasmada en el terreno y lo notable es que poco ha cambiado. Al igual que la región y salvo por la ocupación actual de terrenos para casas de cierto lujo, la zona sigue casi deshabitada. Desde que comenzó a poblarse se fue trazando el camino de ingreso siguiendo la curva de nivel de los 100 m de altura, que es la cota de la zona más baja. Y ese camino fue avanzando a medida que nuevos pobladores iban ocupando terrenos cada vez más alejados. Desde el sector definido como inicio de Teyú Cuaré yendo desde San Ignacio, entraban dos caminos; uno de ellos es el actual acceso o camino principal, recto, que pasaba por la escuela, la capilla y llegaba a la parte central del poblado en formación, continuaba rodeando los cerros para torcer al norte y acababa en la desaparecida “chacra de J. González”, rodeada por dos salidas al río y donde el IGM indicaba la



Figura 141. Cruz de la entrada al antiguo cementerio ahora invadido por la vegetación. Con entierros desde 1931, fue reconocido como tal en 1942.

concentración de varias viviendas. Más al norte había un sendero que unía dos casas aisladas. Y sobre la meseta que forma el macizo rocoso había dos construcciones no comunicadas entre sí. El final del recorrido era natural: los acantilados y el río Paraná; hay relictos de ese camino de tierra un poco elevado entre los cañaverales de la zona, paralelo al camino actual. Al final del recorrido y sobre la costa había un terreno plano de un centenar de metros de ancho; en la década del 2000 se hizo allí un parque abierto que, como se mencionó, fue clausurado en 2018. Es notable que un camino ancho y bien construido, al ser clausurado haya sido cubierto por la vegetación en menos de cinco años.

En síntesis, la gran península de Teyú Cuaré es un afloramiento rocoso con tierras bajas que lo rodean por dos lados, cuya ocupación histórica reciente siguió el recorrido de la cota más baja del terreno, avanzando y abriendo nuevas tierras. En esos años de crecimiento lento, con impulso al inicio de 1940, había entre 25 y 30 construcciones, escuela, correo, cementerio, policía y también dos casas ocupando la parte alta de la zona y una dentro de lo que hoy es el parque. Ese impulso se paralizó en el decenio siguiente, lo que permite proponer que los edificios arqueológicos fueron construidos en algún momento previo durante los años de auge.

Es difícil estimar ahora de qué modo se relacionaron los constructores y ocupantes de las grandes estructuras de piedra estudiadas en la zona arqueológica con los pobladores del núcleo habitacional cercano, pero puede hipotetizarse que tal vez los primeros se aprovisionaron en la pequeña población y eso ayudó a su economía en la década de crecimiento. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que en las Repúblicas de Paraguay y Argentina entre 1930 y 1940 vieron nacer fuertes gobiernos militares, y que la provincia fue manejada por militares incapaces de



Figura 142. Estado actual de lo que fuera el bar de Cándido, existente hasta 1970, ejemplo de la velocidad de destrucción de la vegetación, el saqueo y el clima local.

comprender la realidad local, fueron años de enorme brutalidad policial y corrupción. En las zonas de frontera como Misiones ello se tradujo con frecuencia en violencia social y en la apropiación compulsiva de terrenos, como los de las ruinas para ser usados para pasar contrabando, frente a una población atemorizada y desprotegida. Fueron sin duda condiciones propicias para que alguien se instalara en un lugar alejado e inhóspito como Teyú Cuaré sin que los vecinos se interesaran por obtener explicaciones que podían ponerlos en riesgo.

En el camino principal de la península, en su tramo final en dirección al norte, a lo que llamaban “el fondo” (Velozo 2009: 7), allí donde los viejos vecinos indican que no había manera de llegar en auto incluso en la década de 1960, se encontraba lo que se denominaba *El bar de Cándido* (Estructura E). Era un sitio de baile, borracheras, peleas, cuchilleros y mala fama, único comercio establecido para el poblado. El lugar casi ha desaparecido; sólo se conserva un basamento ya enterrado, identificable por decenas de botellas de bebidas alcohólicas en el terreno (Figura 142). Aunque no han pasado tantos años, el lugar es ahora un cañaveral cerrado sólo con evidencias de haberse trabajado la tierra para la agricultura. Si se sigue ese camino hasta el final, en el Paraná, ya nada queda de lo que

fuera la chacra que allí había según el mapa de 1943 (dos casas y un sendero que las unía), ni de su entorno a los pies del gran peñón de la Reina Victoria, hoy todo cubierto por el río y rellenos modernos.

Desde 1989 se realiza en la zona de Teyú Cuaré un rally de automotores y motos aprovechando su compleja topografía. La existencia del parque y sus senderos internos le deben mucho a eso ya que varios caminos fueron abiertos con ese motivo, aunque alguno quedó abandonado. Por eso la evidencia arqueológica de mediados de siglo aparece mezclada con fragmentos dispersos de motores rotos y latas de aceite. Uno de esos senderos fue abierto desde el camino principal uniéndose al que va a la nueva caseta de los Guardaparques. Sobre él existía hasta fines de la década de 1990 una casa (Estructura H) de la que nada queda en la actualidad; fue destruida al grado que ni siquiera se pudo encontrar los restos del basamento de piedra si es que lo hubo. El sector es plano y bajo la resaca se observa el alisado intencional de la tierra. La ubicación



Figura 143. El mayor resto material de la Estructura H, en uso aun en 1998: un horno de pan hecho de ladrillos.



Figura 144. Los relictos de un elástico de cama de hierro embebido por un árbol.

de la casa solo pudo ser inferida por la presencia de dos elementos: un derruido horno de pan hecho de ladrillos y el elástico metálico de un colchón que quedó apoyado contra un árbol, el que creció y lo *atrapó* (Figuras 143 y 144).

La considerada zona alta de la península –aquella que se extiende entre la cota de 100 m y la de 200 msnm- presenta características ambientales peculiares. Es un área elevada pero plana en su parte superior, ubicada sobre un macizo rocoso pero cubierta por un estrato sustentable para la agricultura, aunque actualmente nadie vive allí y está cubierta por pastizales. El camino actual que la recorre coincide en parte con uno de los senderos mapeados en 1943, mientras que una sección más nueva fue abierta en 1989. El punto central actual es la caseta de los Guardaparques que está en la entrada al parque y por lo tanto al sitio arqueológico. En esa gran zona sólo figuran para 1943 dos casas que no estaban unidas entre sí, de las cuales una tenía un poco definido sendero a la ruta o camino principal. No hay registro de cómo se accedía a la otra, cuya ubicación coincide precisamente con el inicio de la instalación arqueológica. Llama la atención que en esa planicie ubicada en la parte superior del cerro hubiera una casa –hoy la zona muestra evidencias de desforestación y cultivos- y que solamente estuviera comunicada con otra cercana y no con el camino general de la zona, formando un circuito cerrado. La primera de las construcciones citadas estaba sobre lo que hoy es el camino ya inexistente hacia el Club de Río aprovechando las tierras bajas hacia el norte. El relevamiento de ese sector mostró la existencia de tres conjuntos de construcciones abandonadas y devoradas por la vegetación, que se estimó eran las que aparecían representadas en el plano de 1943: las denominadas Estructuras F, G y H. El único grupo que pudo ser parcialmente limpiado para su estudio fue el F ya que se trata de tierras privadas ubicadas fuera del Parque Provincial. En las del interior del parque se optó por cortar el mínimo imprescindible de vegetación y eso redujo la visibilidad y la posibilidad de hacer un estudio más completo.

Estructuras A, B, C y D (chacra de Bustos)

Después de pasar por el núcleo del mínimo pueblo de Teyú Cuaré, uno de los caminos locales tuerce hacia el norte siguiendo la topografía y se cierra sobre sí mismo para llegar a la orilla. Allí se hallaba la chacra de la familia Bustos con varias construcciones que, en el plano de 1943 muestran cierta complejidad: cinco casas, el camino envolvente y, teniendo en cuenta algunos restos aún presentes, un terreno muy posterior preparado para la construcción de un puente que cruzaría el Yabebirí –en esa época se cruzaba en balsa-, que por las obras de la represa Yacyretá quedó inutilizado y se hizo un puente nuevo de mayor envergadura. Por sus características se estimó que la evidencia corresponde a construcciones de la década de 1940 pero que el conjunto incluye también algunas obras posteriores. El plano de 1943 muestra una construcción (D) sobre el camino, luego el complejo que denominado Casa de Piedra (estructura A), y luego la B (desaparecida de la vista).

La Estructura B ha sido destruida intencionalmente, incluso tapada, y encontrar sus restos fue complejo, pudiéndolos ubicar tras dos recorridos por la zona (Figura 145). Fue posible liberar parte del piso de un recinto que debe haber tenido 3 por 5 m con un escalón al frente, sobre un basamento que debió tener unos 30 centímetros de altura. Si esta fue la única construcción en ese lugar (no se puede descartar la presencia de otras no detectadas), se trató de una vivienda modesta que al ser incluida en el plano del sitio pasó a representar una población mayor a la que en realidad nunca existió. Una hilera de pinos crecidos bordea el camino de entrada en



Figura 145. Hallazgo de restos del piso de la Estructura B en donde la destrucción ha sido casi absoluta.



Figura 146. La Estructura D ya incompleta en el año 2015 y su estado en 2018, mostrando la velocidad de destrucción en la zona.

medio de la vegetación local, y se trata de un rasgo muy inusual que indica una alteración del paisaje, de igual modo que los palteros plantados cerca de la Estructura A; dan cuenta de un uso de ese espacio (¿doméstico?, ¿agrícola?) diferente al de los terrenos a su alrededor.

Desde allí hacia el norte hubo otra construcción (Estructura C), diferente de lo observado en la región: se trata de los restos de un basamento que conectan con lo que parece haber sido parte de una estructura para embalsar agua, de mayores dimensiones¹. Es un cuadrado del cual se elevaron dos lados en casi 2 m, amontonando piedra y tierra, formando una pared de 3 m de

¹ Desafortunadamente, el propietario del terreno en que se encuentra no permitió que el equipo arqueológico accediera al sitio para estudiarla o relevarla en más detalle.



Figura 147. Detalle de una de las ventanas de la vivienda cuando aún estaba en pie, ejemplo del trabajo artesanal local.

ancho que compensa el desnivel del terreno y tiene una salida hacia el río. Dado que el río está lejos de los restos se estimó que formó parte del basamento de un puente cuya construcción se frustró por el ensanche del río.

La Estructura D fue una construcción de madera sobre una plataforma de piedra que permaneció en uso hasta hace unos pocos años. Las paredes apenas permanecían en pie (faltaban las chapas del techo, las puertas y tramos de paredes) pero sus restos eran claramente identificables (Figura 146), al igual que el piso empedrado. Las dos letrinas y su pozo de agua estaban intactos. Durante la campaña arqueológica de 2015 fue posible recuperar en sus inmediaciones objetos de las décadas de 1950 a 1990, una cocina a gas y tanques de metal para procesar citronella. En 2018 todo había sido destruido y solo eran visibles unos pocos detalles constructivos que pudieron ser comparados con los de otros sitios (Figura 147). Resulta interesante señalar que, más allá de la potencial presencia de otros edificios en las inmediaciones, ésta fue la única construcción visible para quien llegara al parque por el único camino existente,

En síntesis, el conjunto de la chacra de Bustos con todas sus estructuras es el mayor complejo en la región pese a su sencillez: la Estructura A se destaca por su arquitectura en piedra y la plataforma artificial que se presentará en detalle en el capítulo siguiente, la B por su camino o límite de un terreno hecho con pinos y la C por la obra de tierra y piedra sin función explicable; la única casa que se parecía a las de la región era la D y, como se mencionó, era la única visible sobre el camino.



Figura 148. Limpieza del basamento principal del conjunto de construcciones F en la parte superior de la montaña.

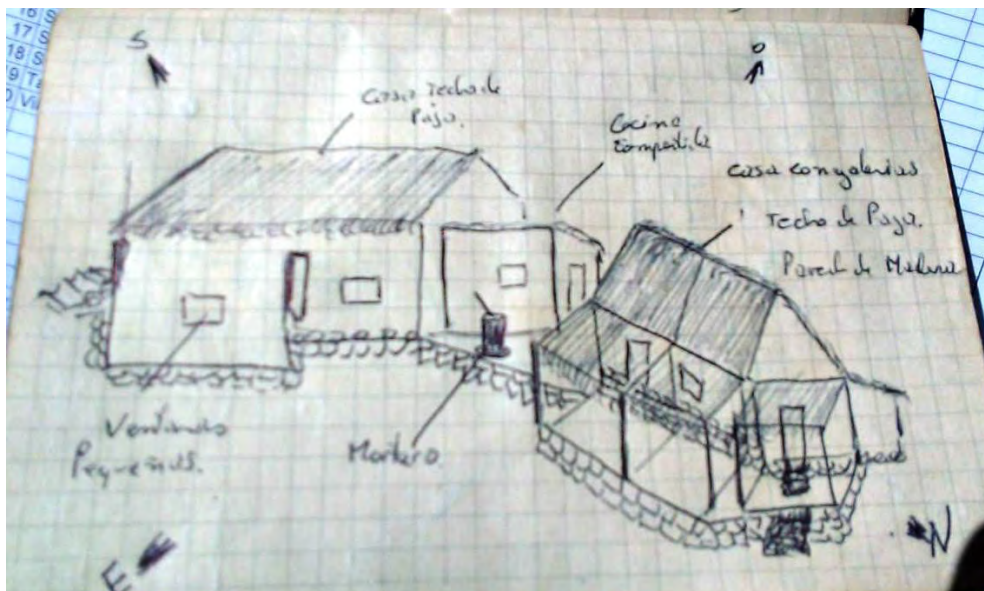


Figura 149. Dibujo con los recuerdos de las casas de ese lugar hacia 1980, la coincidencia es casi absoluta (Cortesía familia Lemes-Cardozo).



Figura 150. Pozo de agua del sitio colmatado por el derrumbe de uno de los muros laterales.

El conjunto F

Es otra unidad doméstica detectada en la parte alta de la meseta, a un lado del camino actual hacia el parque. Estuvo formada por dos casas que según relataron los vecinos correspondieron una a los padres y otra menor a los hijos, unidas por una cocina común (Figura 148). Se obtuvo una detallada descripción y hasta dibujos de cómo era hacia 1980, y eso también permitió entender la velocidad de destrucción en sitios casi sin vegetación ya que se trata de un área cubierta de maleza y pastizal con árboles jóvenes, muchos frutales, producto de la limpieza de la selva original (Figura 149). Fueron sólo 40 años de vida y hoy luce como una ruina prehistórica.

La arquitectura era la tradicional de madera, pero resulta llamativo el esfuerzo hecho para hacer el basamento ya que las piedras son grandes y fueron movidas por un grupo familiar. Los dos postes mayores de la casa principal están aun en su sitio, caídos y quemados, tal y como se observó en otros edificios de la región luego de su abandono. El pozo de agua se halla a unos 50 m de las viviendas, que se continúan en la arboleda con hileras de piedra y círculos de función desconocida (Figura 150). El registro material recuperado en el sitio corresponde a elementos de la segunda mitad del siglo XX: un fragmento de marmita de hierro, clavos, alambres, latas de conservas y botellas de vino. Pensando en los años cercanos a 1940 como su inicio -figura en el plano de 1943-, el sitio está en la entrada hacia el sendero que lleva al sitio arqueológico, es el primero que había que pasar en la parte alta si la intención era llegar caminando a las ruinas de piedra.



Figura 151. Piedras del basamento frontal de una de las viviendas del grupo G en las que se observa la destrucción a sólo veinte años de su abandono.

El conjunto G y el Mirador

Este conjunto se superpone con la actual caseta de los Guardaparques, sitio que fue nivelado para estacionar al entrar al parque. Es el inicio del sendero actual en descenso y por ende el final de la parte plana del cerro. Esa construcción y el aplanamiento destruyeron parte de los basamentos que hoy quedan a ambos lados. Hacia el oeste hay un viejo pozo para agua cegado, cuya parte superior fue rehecha. Del lado este hay un conjunto casi invisible de basamentos, tres de ellos con algunas estructuras anexas y muros dispersos (Figura 151).

El sitio fue grande ya que hay restos en una importante extensión, aunque a veces sin contacto visible de unos con otros. Se repite el patrón anárquico de basamentos de arquitectura en madera, muros de piedras superpuestas sin resistencia alguna, como en la sección inferior del parque. La casa de mayor tamaño –cortada al medio por el camino actual-, medía 10.30 m por 7 m. Otra casa, cercana, era de 10 m por 4.50 m y la menor de 3 m por 2.25 m, posiblemente la cocina. Ésta está unida a una hilera de grandes piedras que mide cuatro metros de largo y si bien pareciera ser un corral está ahora bajo un duro cañaveral. Los muros de piedra, restos quizás de delimitaciones, comienzan a unos doce metros de distancia de la casa mayor, y en algunos casos los hay conservados hasta 1.20 metros de alto (Figura 152). El pozo de agua no está cerca de las casas sino de una plantación de árboles frutales, por lo que es posible que haya



Figura 152. Fragmentos dispersos de muros que sin continuidad ellos que jalonan el terreno del grupo G hacia el Mirador, posible relicto de divisiones de terrenos.



Figura 153. Pozo de agua antiguo con reborde moderno que funcionaba para el grupo G de construcciones.



Figura 154. Posibles estribos para caballos que indican el nivel de pobreza de los habitantes del conjunto G.



Figura 155. Mirador hacia el valle que limita el conjunto de las ruinas hacia el norte, única parte no visible desde las ruinas. La estructura ha sido restaurada en fecha reciente para el turismo.



Figura 156. Vista hacia el valle al este del sitio desde el Mirador del grupo G.



Figura 157. Restos ya no identificables de una casa de la década de 1940 cerca del camino.

sido usado para riego (Figura 153). La cultura material encontrada incluye latas, alambres, botellas de aceite, dos posibles estribos para caballo hechos con gruesos alambres, una lata para galletas, una bisagra y siete clavos, todo ello coherente con su abandono reciente y la poca profundidad histórica que aparenta. Los alambres usados como estribos son buen ejemplo de la pobreza de quienes habitaron el lugar (Figura 154).

El conjunto está conectado por un sendero de 280 metros de extensión que culmina en un mirador hacia el valle vecino, lugar ahora con movimiento turístico (Figuras 155 y 156). Otro sendero –en su inicio se divide en dos–, pasaba frente a la entrada de la casa mayor ahora en ruinas totales (Figura 157) y es posible que esa haya sido la circulación antigua. Ese mirador es una estructura única en la zona, fuertemente intervenida en tiempos recientes para aprovechar las visuales para el turismo, lo que parecería que era también su función original. Está sobre un acantilado que cae recto unos 70 m y permite ver todo lo que sucede desde ahí hasta el cerro siguiente, hacia el este y sobre el Paraná. Mientras que en la zona baja de la península se ubican los caminos que podían transitarse (y ser controlados) desde el sur y el oeste, en este caso se trata de un punto estratégico elevado que permite observar todo desde arriba. Está

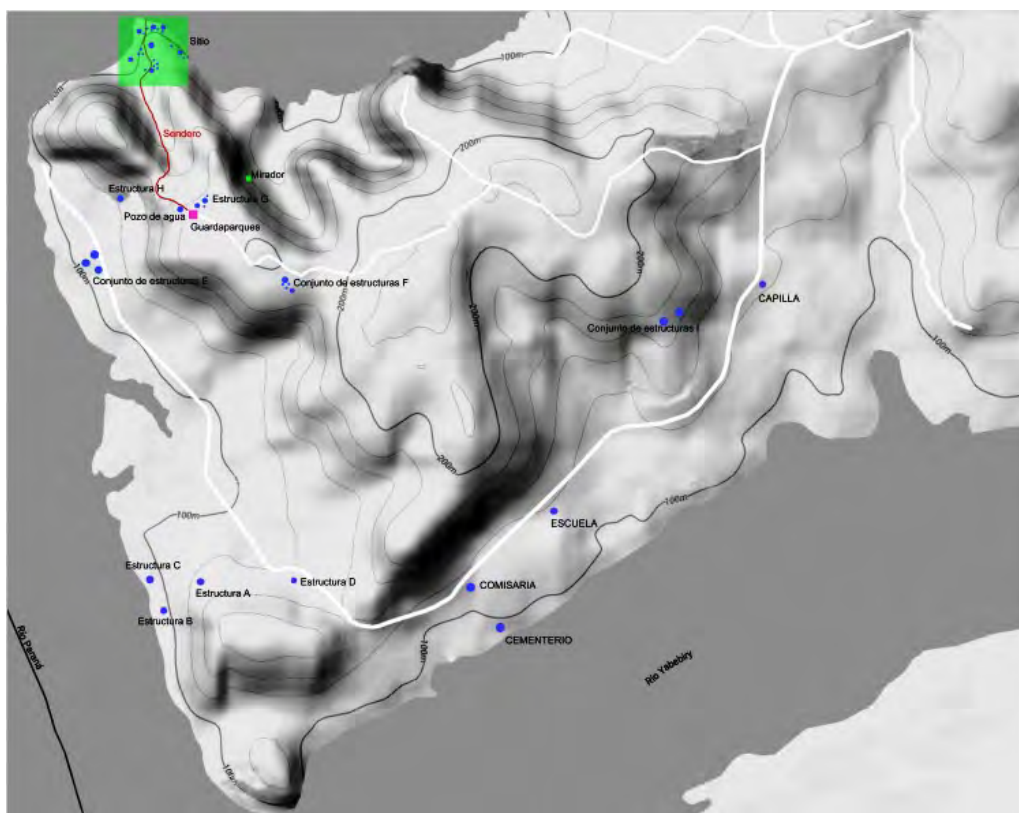


Figura 158. Superposición del plano de 1943 con un relevamiento actual y ubicación de las estructuras descritas en el texto.



Figura 159. Grandes piedras talladas, sin proveniencia pero de la zona, a la espera de que les den un nuevo uso: ejemplos de la calidad del trabajo de los pioneros de inicios del siglo XX en la región.

construido con grandes rocas, muchas talladas y los arreglos modernos se diferencian por el uso de cemento en lugar del tallado de la piedra. Las escaleras y la plataforma tienen muchos años de uso y las marcas de cortado y ajuste están desgastadas. ¿Para qué existía un mirador hacia la única zona que no era visible desde la Estructura II? No tenemos explicación certera alguna.

La evidencia arquitectónica relevada en la zona de Teyú Cuaré muestra que se trataba de una zona marginal cuyo crecimiento se dio en concordancia con el crecimiento de San Ignacio; el de la futura ciudad se vio influido por la restauración de las ruinas de la misión colonial de San Ignacio Miní en la década de 1940, justo en la misma época en que se realizó el intento de crear un pueblo en Teyú Cuaré pero que no pasó de algunas construcciones estatales y una mejora en el camino (Figura 158); el turismo creció lentamente pero no fue suficiente para que la ciudad pasara a mayores. La mala calidad de las tierras en Teyú Cuaré, la absoluta falta de apoyo del Estado y la intermitente política económica llevó a todos y a cada uno de los intentos agrícolas al fracaso, a la migración juvenil hacia las ciudades con más potencial, con lo que la zona comenzó a quedar despoblada nuevamente. Teyú Cuaré pudo haber tenido una población estable mayor si hubiera habido apoyo estatal de cualquier tipo, y su arquitectura pudo haber sido de cierta calidad que está indicada por grandes piedras canteadas dispersas por la zona, resultado de intentos de tener un hábitat mejor (Figura 159). Pero salvo por las

nuevas construcciones turísticas, el recorrer la zona deja un marcado hábito de tristeza por lo que pudo haber sido y no fue, y más al conocer los sufrimientos que tuvieron que padecer sus pobladores para permanecer en la zona. Hoy, desde hace muy pocos años, nuevamente crece sin parar la instalación de población de mínimos recursos, casas de tablas sueltas y chapas de zinc, por la cercanía a San Ignacio y sus posibilidades de trabajo, aunque sean mínimas, asentamiento de la pobreza que se extiende nuevamente siguiendo el mismo camino que en la década de 1940.

Capítulo VII

La Casa de piedra (Estructura A)

En el entorno del sitio, sobre el camino que envuelve la península de Teyú Cuaré por dos de sus lados y de acuerdo al plano de 1943, se hallaba la ya mencionada “Chacra de P. Bustos” del mapa de 1943. Se ubicaba sobre un camino perpendicular al principal, siguiendo el frustrado trazado de la creación del pueblo en 1941, que después de pasar por la Estructura D se dirige a la A y luego a otros dos lugares de esa época (B y C). Antiguamente había un sendero que unía esas construcciones con el camino principal y con el río, pasando por la C. Pero por los cambios, el abandono y el crecimiento de la vegetación, ya nada es visible (Figs. 131 y 158). Próximo al antiguo camino se encuentra un conjunto construido tipológicamente único a nivel local: *Casa de piedra*, denominado así por tener la única construcción hecha con ese material fuera de la zona arqueológica. La construcción se ubica en un terreno de forma rectangular que está limitado en tres de sus laterales por grandes ejemplares de árboles de paltas (Figura 160) y en el cuarto lado por una compleja estructura enterrada y hecha en cemento. La superficie del área rectangular fue nivelada con tierra por lo que presenta un aspecto singular al estar

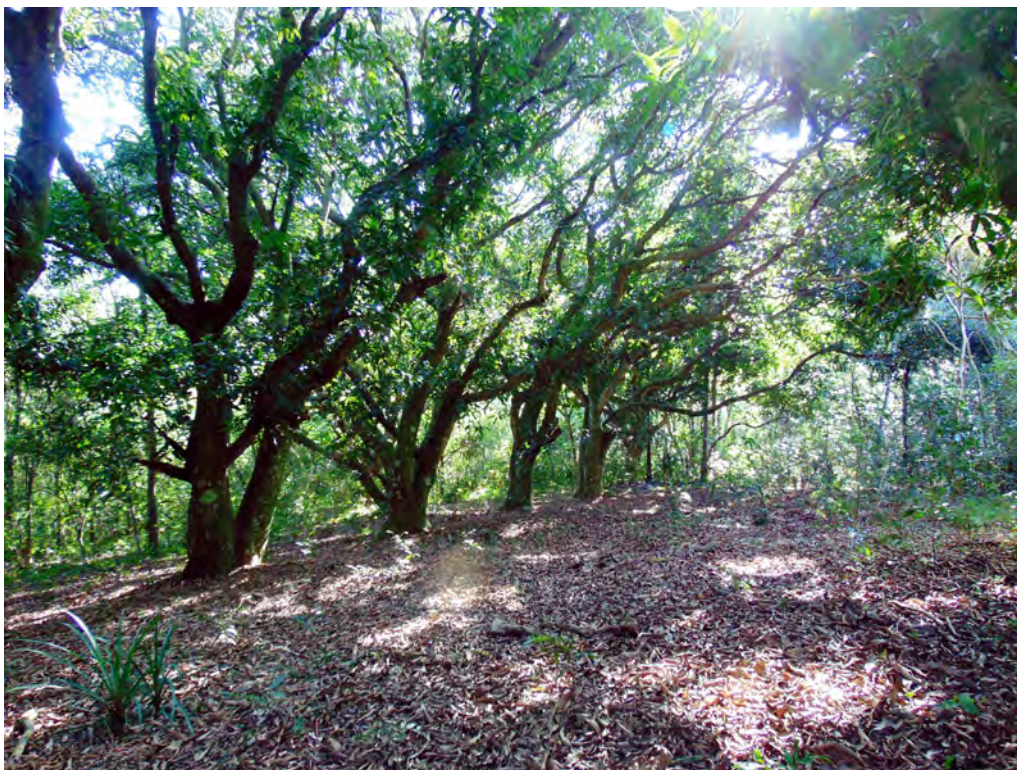


Figura 160. Camino de acceso a *Casa de piedra* demarcado por árboles intencionalmente plantados en línea sobre una superficie artificialmente aplanada.



Figura 161. La construcción principal del sitio *Casa de piedra*.

libre de vegetación, que se cierra a su alrededor. Dentro de ese espacio planificado, además de la construcción que le da su nombre existe un basamento, un conjunto de fogones en el suelo, un posible pozo para criar cerdos y un aljibe.

La construcción principal (denominada *casa* aunque es probable que no lo haya sido) es de base cuadrangular de 4.77 m de lado y 15 m² de superficie, con muros de piedra de poco más de 3 m de altura, con una ventana al este y puertas al norte y al sur. Los muros son de piedras apenas canteadas, similares a las utilizadas en el conjunto arqueológico (Figura 161). Los marcos de madera de las puertas aún se encuentran en su sitio mientras que el de la ventana ha desaparecido, aunque algunos rasgos obligan a considerar que tal vez se trató de otro tipo de abertura, no exactamente una ventana. Las diferencias en el sistema de las carpinterías es lo que la diferencia de las construcciones del parque. Las aberturas de puertas y ventana están soportadas mediante un sistema de arcos de ladrillos y dintel, lo que descarga parte de los esfuerzos sobre los muros y no en el contramarco y marco como sucede en las estructuras arqueológicas (Figura 162). Este sistema de dinteles señala que se trata de una construcción más cuidada aunque no llegó a estar bien resuelta, por lo poco elevado del arco del dintel, que no se autosoporta, por lo que al hacerlo fue necesario colocarle unos ladrillos que a su vez cargan su peso sobre el contramarco, arreglo que funcionó mal porque está mal pensado. Como en las construcciones del parque, se ve la mano de un constructor poco experimentado.



Figura 162. Muro frontal con su posible ventanal. Es visible el sistema de soporte del dintel mediante un arco rebajado.

El espacio efectivo de su superficie interna se vio reducido por las dos puertas ubicadas en paredes opuestas y un gran ventanal. Ello, y la falta de un pórtico, hace difícil suponer que se tratara de una habitación permanente. Bien pudo ser la cocina de otra casa cuyos cimientos están cerca, pero parece ser poco esperable que una familia habite una casa de madera con techo de chapa o ramas y utilice una cocina de piedra. La estructura tiene piso plano de lajas (Figura 163) y en la esquina interior noroeste hay un sector que debe haber servido como fogón dada la gran acumulación de hollín que se observa sobre las paredes. El sedimento depositado sobre las lajas del piso sólo contenía restos de vegetación, tejas rotas y algo de basura reciente y sólo faltaba en una piedra que no fue hallada en la construcción ni en sus alrededores. El sondeo realizado en este pequeño espacio libre permitió recuperar dos fragmentos de cerámica indígena a unos pocos centímetros de profundidad, pero sus rasgos permiten estimar que se hallaban allí desde siglos antes de la construcción. El único objeto que encontramos en el piso durante los trabajos de liberación de la superficie interna y sondeo del perímetro externo de la casa fue una moneda argentina de 1955 enterrada entre el umbral y las lajas del piso.

Tanto en el interior como en las inmediaciones de la construcción había una gran cantidad de fragmentos de tejas cerámicas de manufactura local, lo que indicaría que tuvo una cubierta de ese material. Sin embargo, las paredes no muestran evidencias de la existencia de mechinales para las vigas del techo, que deberían seguir existiendo aunque las maderas hubieran sido



Figura 163. Piso de lajas de la estructura una vez limpia, la piedra que falta estaba ausente.

retiradas. Ello hace pensar que tal vez la techumbre original no haya sido de tejas sino que éstas fueron parte de una intervención posterior, apoyada encima de los muros; tampoco puede descartarse que los sopores de las vigas estuvieran mal construidos y por eso desaparecieron. Los fragmentos de tejas recuperados permitieron calcular que la superficie cubierta era de al menos 1.65 m²; incluso estimando que en el exterior pueda haber idéntica o mayor cantidad de fragmentos, el faltante confirmaría que la mayor parte de las tejas también fueron retiradas enteras, al igual que el maderamen. Otro rasgo que dio cuenta de la existencia de distintas intervenciones fue el uso de cemento para sellar algunas juntas del exterior, dato que también indica que el edificio tuvo al menos dos épocas constructivas o de uso y alteración.

A un lado de esta construcción hay una plataforma rectangular de poco más de 4m por 2 m de lado cuya superficie se encuentra empedrada con lajas planas y que presenta un reborde de piedras casi sin retocar que alcanza a tener tres hiladas en algunos sectores (Figura 164). No se halló resto alguno que indique que por encima existió una construcción y debe tenerse en cuenta que si bien es habitual en la región que las paredes de madera de las casas abandonadas sean retiradas para reusarlas, por lo general quedan agujeros de los postes, y tablas o maderas podridas o rotas, así como objetos dispersos alrededor del lugar que antes ocupaba la vivienda pero en este caso nada semejante pudo ser identificado. El hecho de que la plataforma se encuentra alineada con la casa y en el centro del espacio delimitado por los árboles, sugiere que cumplía un papel importante en la dinámica de ocupación del sitio. Pero la ausencia de



Figura 164. Vista de la plataforma con piso de lajas de piedra próxima a *Casa de piedra*.

restos que den cuenta de ningún tipo de actividad hace imposible la interpretación de su función, aunque por los objetos excavados en otros sectores del terreno es posible proponer que todo el conjunto fue parte de una unidad doméstica ocupada durante la segunda mitad del siglo XX. Una lata de conservas estaba aplastada entre las piedras del basamento, mientras que en el sedimento interno hallamos fragmentos de vidrio plano de ventana, restos de botellas de cerveza, del licor *Hesperidina*, de un frasco medicinal y de un botellón de cristal; además latas diversas, clavos, tornillos y un calzador metálico. Al menos dos de las latas –una de un producto volátil tipo barniz o pintura y otra de leche condensada–, fueron abiertas con un cuchillo grande pese a que al menos la primera contaba con un sistema de apertura por presión.

En el centro del área definida por la casa de piedra y la estructura antes descrita hay varios círculos de piedras de medio metro de diámetro. En su interior había restos de madera quemada y hollín, típico marcador de fogones al aire libre, mientras que en el límite oeste del terreno se halló un aljibe de ladrillos. Es la obra más compleja del sitio en términos de inversión de recursos, ya que está revestido con ladrillo desde el piso hasta la napa de agua a más de 2 m de profundidad. Los restos conservados indican que tuvo un brocal revestido en cal, lo que le otorga a su construcción una calidad completamente diferente a la de los pozos para agua que se hallaron del parque, próximos a las principales estructuras arqueológicas (Figura 165).



Figura 165. El aljibe del que queda la parte inferior del brocal, era una estructura compleja cubierta con ladrillos hasta el fondo, revocada al exterior.

Por detrás de la construcción de piedra y de la plataforma hay enterrada una obra que no pudo ser bien estudiada por lo cerrado que la cubre, pero los materiales empleados en su construcción indican que se trata de un elemento más reciente. Se trata de un conducto de cemento que corre paralelo a la plataforma y a menos de un metro de ésta, de 40 cm de ancho y 20 cm de profundidad del que se despejaron 6 m de largo, pero que continúa en ambos sentidos. A unos metros de uno de sus extremos se detectó un sector rehundido, sin recubrimiento, de unos 2 m de diámetro y casi un metro de profundidad que podría haber estado asociado al canal. El diseño de este sencillo conjunto resulta semejante al de las piletas empleadas para criar cerdos utilizadas por algunos vecinos de la región; en tales dispositivos se recolecta el agua del techo de las viviendas y se lo conduce por el canal hasta la pileta. Aunque se trata de una propuesta hipotética, ya que no se halló ninguna otra evidencia *in situ* que la sustentara, consistente con lo relatado por los vecinos, quienes dijeron que el último ocupante del sitio fue el maestro de la escuela que vivía solo y aprovechó el lugar vacío, y que antes o después (las versiones variaban al respecto) el sitio fue ocupado por alguien que criaba cerdos y solo una indagación más detallada en el terreno permitiría corroborarla. Los vecinos recuerdan también que el lugar quedó abandonado en la década de 1980, y tal vez fue entonces cuando se hicieron los saqueos de la estructura principal.

El hallazgo dentro del muro

En las paredes de la *Casa de piedra* hay varias piedras en la base de la ventana que, cuando sacaron el marco, quedaron fuera de lugar o se cayeron. Durante los trabajos de relevamiento de los muros se observó que un bloque de piedra aparecía movido hacia adentro en lugar de hacia afuera, que era como se presentaban todos los otros. Al tocarlo se vio que podía ser retirado; al hacerlo se detectó, entre la doble hilera de piedras del muro, un espacio ahuecado que guardaba un recipiente rectangular de lata (Figura 166). La protección que brindaban las piedras que lo rodeaban no había evitado los estragos de la humedad y si bien las superficies del recipiente estaban muy deterioradas y oxidadas aun permanecía cerrado. El hecho de que se encontrara entera y sin aplastar permitió descartar que se tratara de una de las latas utilizadas entre las piedras a modo de cuña o para nivelar irregularidades, como las que se observó que se utilizan –siempre aplastadas– en algunas construcciones de la región, incluso la aledaña. En cambio, su ubicación acomodada de canto y tapada por un bloque que podía ser retirado y repuesto a modo de cierre, indicó que no se trataba de una pieza que se hubiera deslizado entre las piedras por accidente sino que había sido puesto allí. La existencia de *tapados*, pequeños escondites en los muros que se cerraban con una piedra para disimularlos, han sido y siguen siendo parte del folklore misionero; la mayor parte de las familias tienen historias de riquezas escondidas por algún pariente en un *tapado* olvidado. Más allá del relato anecdótico, la práctica



Figura 166. Momento del hallazgo de la caja metálica, colocada vertical en la unión entre las piedras bajo la ventana destruida; se ha quitado la piedra que la tapaba.



Figura 167. Recipiente metálico que en origen contenía dulce de membrillo, con la fecha 1940 en relieve, tal como fue encontrada, a la derecha un envase similar de colección.

de guardar objetos de valor sentimental o económico en paredes o pisos de las viviendas está extendida y documentada en una región en que los bancos y las cajas fuertes siguen siendo algo alejado y ajeno. En las paredes de varias viejas casas misioneras abandonadas todavía puede observarse, bien visibles en la pared, perforaciones intencionalmente realizadas con tal fin.

La lata recuperada mide 18.5cm de largo por 11.5cm de ancho y 3 cm de altura y originalmente estaba destinada a contener 700 gramos de *Dulce de Membrillo Bassi*, fabricado por Daniel Bassi y Cía S. A. de Buenos Aires. La tapa, impresa a color tiene grabada en relieve la inscripción “Cosecha 1940”, mientras que en su cara inferior, también en relieve, dice “Consérvase tapa abajo”. Bassi fue un productor nacional desde 1937, reconocido por la marca de chocolates Godet (Figura 167). Dentro de la lata había un pequeño frasco de vidrio sin tapa ni etiqueta; otro recipiente metálico menor muy oxidado que contenía un conjunto de monedas, un recorte de diario, un grupo de billetes argentinos, al menos tres fotografías en diferentes soportes y los restos de un residuo de celulosa de papel de diario que debía recubrir la base interna de la lata y que la humedad dañó pero que seguramente protegió lo demás. El estado de conservación del contenido fue relativamente bueno dado las condiciones, incluso manteniendo el diseño de la tapa bastante definido, aunque el óxido atacó de modo severo la cara inferior y el interior, que eran las superficies no pintadas.



Figura 168. Apertura de la lata de callicida alemán que contenía las monedas y una similar como referencia.

La pequeña lata que estaba dentro de la mayor mide 3.2 por 6.7 y 1.5cm de altura y era de *Lebewohl*, un callicida de fabricación alemana que se comercializaba en forma de parches (Figura 168). El diseño en azul sobre plateado con letras tipo Art Nouveau fue utilizado por la empresa desde 1905 hasta 1959. La inscripción en la misma indica *Hühneraugen-Pflaster* (“parches para callos”). En su interior habían seis monedas provenientes una de Yugoslavia (acuñada en 1938), una de Alemania (1939), una de Bohemia (acuñada en fecha ilegible pero cuya tipología la ubica entre 1940 y 1944), dos de Eslovenia (1942) y una de Argentina (1939) (Figura 169). Si bien la variabilidad geográfica de la muestra es amplia, las fechas en que fueron acuñadas



Figura 169. Grupo de seis monedas (anverso y reverso) halladas en el envase menor; salvo la argentina, las demás provienen de Europa oriental y fueron acuñadas entre 1938 y 1944.

las reúne dentro del lapso 1938-44, el mismo al que pertenecen las monedas que hallamos en la Estructura I del parque. Asimismo, salvo la moneda argentina, las otras provienen de los países de Europa oriental, precisamente de los primeros invadidos por Hitler al comenzar la guerra en 1939 (Figura 170). El conjunto presenta pocas evidencias de desgaste por circulación, salvo la de Bohemia que está completamente oxidada. Teniendo en cuenta que los territorios de Yugoslavia y Checoslovaquia fueron invadidos por los nazis a fines de la década de 1930 y sus habitantes obligados a adoptar una nueva moneda, la muestra hallada coincide con el momento de la incorporación forzada de esos territorios al nazismo. Si bien resulta imposible establecer en términos arqueológicos el contexto en que la muestra hallada fue reunida y trasladada hasta Teyú Cuaré, sí puede estimarse (dado su escaso valor) que no fue una acción para ahorro sino de acumulación como recuerdo o curiosidad¹, tal vez de parte de un individuo que transitó por dichos territorios en esa época.

Dentro del recipiente también había ocho billetes argentinos que estaban en circulación a mitad del siglo XX. Se trata de dos de \$ 1, cuatro de \$ 5, uno de \$ 10 y dos de \$ 100. Esto suma \$ 232, una cifra exigua antes y ahora. El billete más antiguo fue impreso en 1951 y el más moderno en 1965 según los números de serie (Figura 171). Si bien es complejo calcular el equivalente actual del valor porque se desconoce la fecha en que fueron guardados, los billetes sí estarían dando cuenta de un ahorro y en tal caso la lata habría servido también como alcancía. Los billetes pudieron ser fechados gracias a su número: en la serie de *San Martín* los billetes de \$ 100 corresponden a 1961 (serie B) y a 1965 (serie D), el de \$ 10 es de 1957 (serie E) y el de \$ 5 es de 1960 (serie A). De la serie *La República* los billetes de \$ 5 son de 1959 (serie H) y se consideró que el de la serie G podía ser falso ya que la numeración no coincide con el año de impresión (1951); sin embargo los especialistas en el Banco Nación lo tomaron como auténtico². De la serie *La Justicia* los billetes de \$ 1 son de 1956 (ambos serie D). Las fechas mínimas y máximas son de 1956 a 1965 y con dudas el de 1951³, lo que parece señalar que la lata estuvo en uso hasta

¹ Agradecemos al Dr. Phillip Kiernan (Kennesaw State University, Georgia, Estados Unidos) el estudio de las monedas y las ideas que nos brindó para su interpretación.

² Consulta hecha el 3-6-2016.

³ <http://www.mundodebilletes.com.ar/Americadelsur/argentina/argentina.htm> (acceso 7 de junio 2015).

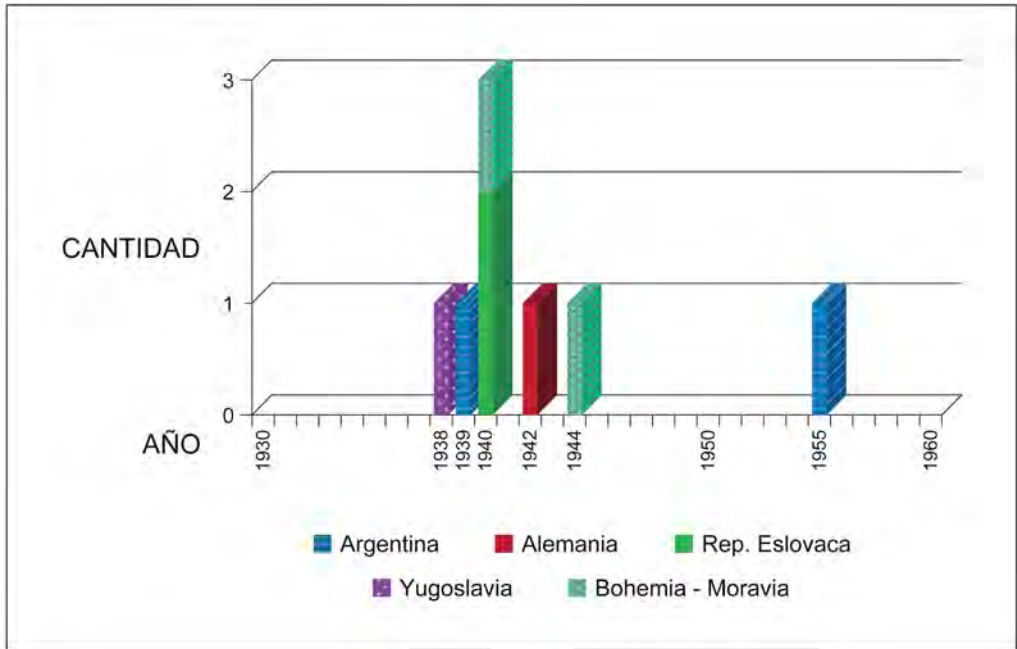


Figura 170. Fechas de acuñación de las monedas halladas en *Casa de piedra*. La de 1955 procede del piso de la estructura, fuera de la lata.

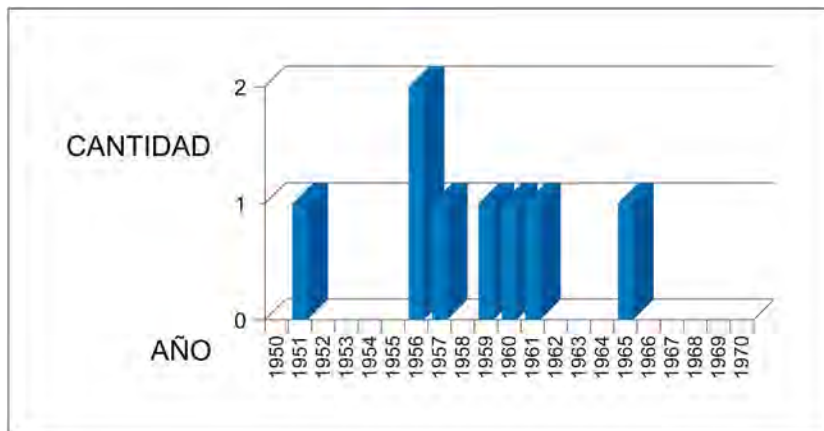


Figura 171. Fechas de impresión de los billetes encontrados en la lata hallada en la pared.

poco después del último billete. Todos muestran el lavado típico de haber estado en humedad constante por mucho tiempo.

En el interior de la lata de dulce de membrillo se encontraban también tres fotos. La primera observada al abrirla corresponde a un recorte de periódico doblado al medio, en color sepia oscuro (propio de la impresión por rotograbado) que muestra a un hombre joven vestido con



Figura 172. Fotografía de un joven nazi de las SA, recortada de un diario de Buenos Aires de 1932, tal como fue hallada, antes y después de la restauración.

un uniforme nazi posando frente a la cámara. La humedad y los hongos destruyeron parte del papel pero una vez restaurado fue posible ubicarlo: había sido publicado en la página 4 del diario *La Prensa* del 14 de agosto de 1932 en la sección de novedades internacionales (Figura 172). Para ese entonces el avance de Adolf Hitler en el parlamento alemán era noticia. El inocuo pie de la foto indicaba: “*El nuevo uniforme de los Nazi (nacionalistas alemanes) cuyo uso ha vuelto a ser permitido en Alemania desde hace algunas semanas*”, y se mostraba la foto de un adolescente luciendo sus nuevas prendas. La vestimenta en la foto indica que era un *Sturmabteilung*, miembro de la categoría inferior del partido, la llamada SA, el primer grupo paramilitar nazi creado en 1921 como fuerza de choque en los conflictos con los opositores. El color era pardo y de allí el mote de *Camisas pardas*. Las SA habían sido prohibidas por el gobierno alemán hasta que, al iniciarse el ascenso de Hitler al poder, se las autorizó y eso era lo que reflejaba la noticia. Nadie imaginaba que para 1938 no quedaría nada en esa fuerza paramilitar y que la mayoría de su plana mayor habría sido asesinada por orden de su propio líder, o exilados en esta parte de Sudamérica (Campbell 1998). La falta de otra información sobre la identidad del joven hace imposible generar cualquier propuesta sobre los motivos que llevaron a que su foto fuera recortada y guardada en la lata junto con el resto de los elementos mencionados y solo es posible especular con una potencial conexión (¿Real? ¿Sentimental? ¿Histórica?).

La segunda imagen es una impresión en papel del tipo que abundó hasta la década de 1950: la foto-postal. Con una técnica similar a la impresión en papel fotográfico se las reproducía de manera industrial y a bajo costo. La foto muestra a Adolf Hitler y Benito Mussolini caminando lado a lado, el primero con un sobretodo civil y el segundo con su ajustado uniforme militar mientras saludaban con su mano derecha. Aunque el lado inferior de la imagen se encuentra deteriorado, el pie de imprenta indica que fue impresa por Ricardo Montalbetti e Hijos en la calle Chacabuco 2052, Valparaíso, Chile (Figura 173). El rastreo del origen de la imagen reveló una historia atroz. La fotografía fue tomada por un reportero gráfico italiano llamado Silvio



Figura 173. Fotografía de Hitler y Mussolini en la reunión de 1934 en Venecia. A la derecha la fotografía original de la cual fue impresa la postal, tal como fue encontrada y previo a su restauración.

Ottolenghi durante la primera visita que Hitler le hizo a Mussolini, en la ciudad de Venecia el 14 de junio de 1934. La guerra estaba lejos y la reunión fue protocolar. Si bien Hitler había llevado a Alfred Eisenstaedt, su fotógrafo particular, quizás por la postura marcial de ambos esta imagen fue la reproducida para dar cuenta del encuentro. Ottolenghi hizo un álbum del evento que se vendía como recuerdo. Pocos días después *Associated Press* en Estados Unidos difundió una versión de esa foto en la que el público había sido eliminado y esa fue la imagen con la que se hizo esta postal. Es decir, en Chile no usaron la foto original sino la versión de Estados Unidos⁴. El fotógrafo Ottolenghi era judío y fue víctima de las leyes raciales, perdió sus bienes y se exiló; su hijo con su mujer e hija fueron enviados a morir en el campo de exterminio de Auschwitz. Luego Ottolenghi fue secuestrado y lo mantuvieron prisionero con el resto de su familia hasta el final de la guerra y murió en la pobreza⁵. Montalbetti, el editor chileno, fue un reconocido fascista cuyos bienes fueron requisados a pedido de los Aliados en 1945⁶.

La tercera fotografía fue la más atacada por la humedad, lo que redujo la imagen a una mancha gris. Era una copia a la albúmina por lo que su sobrehidratación borró la imagen y los esfuerzos

⁴ La fotografía original con el sello del archivo de *Associated Press* se ha puesto en venta en Internet en: http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:oHlht50deS8J:rmyauctions.com/1934_adolf_hitler_and_benito_mussolini__axis_of_e-lot11759.aspx+&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=ar (Acceso 30 de noviembre 2015).

⁵ http://www.comune.torino.it/cultura/biblioteche/iniziativa_mostre/mostre/ottolenghi/ (Acceso el 7 de julio 2015).

⁶ https://fraser.stlouisfed.org/docs/historical/ny%20circulars/1945_45_10.pdf (Acceso el 7 de julio 2015).



Figura 174. Ampolla de vidrio con restos de corcho en su interior, las manchas internas y externas son las que fueron analizadas.

de restauración resultaron infructuosos; lo poco que pudo recuperarse fue una difusa mancha que recuerda a una figura humana ubicada al centro, posiblemente un retrato.

El último objeto hallado dentro del recipiente fue un frasco transparente de tipo medicinal de cinco centímetros de alto (Figura 174). El frasco estaba vacío, con manchas internas y externas. Había fragmentos mínimos de corcho en el contenido de la lata y dentro del frasco. Al estar la lata apoyada sobre uno de sus lados el frasco quedó volcado y seguramente el contenido deshizo el corcho y contribuyó a la pérdida del contenido. Asumiendo que esa sustancia se había derramado en la lata y aunque se hubiera mezclado con los que había adentro de la caja metálica y los papeles y fotos, se intentó identificarlo. Se obtuvo una muestra tomada del sedimento adherido al interior del frasco, el que fue analizado por Fluorescencia de Rayos X. El análisis dio resultados de tres tipos, los más esperados por su visibilidad fueron justamente los de alta presencia: hierro (Fe), aluminio (Al), manganeso (Mn), vanadio (V), cobre (Cu), cromo (Cr), titanio (Ti) y estroncio (Sr), que son parte de las latas, sus pinturas y soldaduras, y de las tintas. Por otra parte se puso en evidencia la presencia de elementos quizás derivados

del contacto con la tierra o el agua que penetró al interior de la lata, como calcio (Ca) o azufre (S)⁷. Resulta imposible saber si estos productos estaban en cantidades importantes o no, lo que marca el análisis es su existencia en las manchas del frasco. Pero la muestra también reveló la presencia de dos sustancias que, en cantidad, resultan venenosas: arsénico (As) y bromo (Br); su origen podría estar tanto en el contenido del frasco como en algún proceso de fabricación de la lata y su pintura o por ingreso natural. De hecho y dado que, en conjunto, la mayor parte de estos elementos se encuentran habitualmente en el suelo y el agua, fue necesario comprobar si su presencia era la esperable en un recipiente de estas características que había permanecido a la intemperie por años o si por el contrario alguno de ellos podía ser identificado como un aporte del contenido del frasco. Para ello se hizo también el análisis del material hallado en el recipiente metálico lo que indicó que sí hubo intercambio entre ambos contenedores, el frasco y la caja ya que eran muy similares los materiales en ambos. En síntesis, si lo del frasco cayó

⁷ El análisis fue realizado en el Laboratorio Fluorescencia de Rayos X de la Comisión Nacional de Energía Atómica, Centro Atómico Constituyentes, Informe nro. 2015031.

y se mezcló o no con el resto del contenido de la lata, es algo imposible de establecer en la actualidad, aunque se trataría de una posibilidad completamente factible.

No resulta sencillo interpretar la información del análisis ya que la cantidad de factores a considerar son muchos. El ingreso de agua y de al menos una muy delgada raíz en el interior del recipiente –cuyo diámetro era milimétrico–, a través de la parte más oxidada, supuso un aporte externo haciendo difícil discriminar si los elementos detectados eran parte de la pintura, la hojalata, los billetes, las monedas, el contenido del frasco o si en cambio llegaron con el agua, con el sedimento que la raíz arrastró o con la raíz misma. Todo pudo haber sucedido. Los productos no orgánicos de rango alto fuera del frasco son: hierro (Fe), aluminio (Al), potasio (K) y calcio (Ca). En otros niveles más bajos hay plomo (Pb), zinc (Zn), vanadio (V), estroncio (Sr) y cobre (Cu). Con baja presencia hay fósforo (P), titanio (Ti), manganeso (Mn), cloro (Cl), arsénico (As), rubidio (Rb) y bromo (Br), y varios de estos productos existen en la tierra, en los vegetales y en el agua.

Para evaluar la posibilidad de que el arsénico presente en la muestra arqueológica fuera de origen natural –su presencia en el agua es común en muchas zonas del país– se analizaron muestras obtenidas de los arroyos que corren tanto por *Casa de piedra* como en las ruinas de Teyú Cuaré. Sin embargo, los análisis confirmaron la que indicaba la bibliografía consultada, que en la región no había arsénico disuelto en el agua (Yssouribehere 1904), por lo que éste debe provenir del contenido del frasco u otra fuente⁸. La información se cruzó también con los análisis de la tierra del pozo de basura de la Estructura II. Hubo coincidencias que explicaron la presencia de otros elementos como hierro, magnesio, circonio y zinc en cantidades altas, y estroncio y rubidio en menores concentraciones (este último detectado en niveles mínimos en la tierra). Y también hay, aunque en niveles casi imperceptibles, trazas de arsénico y molibdeno. Otras muestras analizadas, como las tomadas a diferentes profundidades de su suelo interior de la Estructura I, mostraron que no había manganeso y que el zinc desaparecía a los 50 centímetros de profundidad, siendo el resto similar al citado pozo de basura.

⁸ La Dra. Eugenia Tomasini indica la posibilidad de confundir, en este tipo de análisis, parte del plomo con el arsénico, lo que debe tomarse en cuenta. Agradecemos su información.

Capítulo VIII

El asentamiento y su arquitectura: el uso del espacio

Entre los siglos XVII y XVIII la superficie de Teyú Cuaré se encontraba incluida en la zona de influencia de las Misiones Jesuíticas, específicamente de San Ignacio Miní -hoy la ciudad de San Ignacio-, las que desarrollaron un complejo plan de uso del territorio que delimitó el espacio dentro de una región difícil como es la selva. Dicho uso, más tarde, fue motivo de mil conflictos entre lo que hoy es Brasil, Paraguay y Argentina a lo largo de siglos (Levinton 2009). Tal proceso ha sido estudiado desde varias perspectivas (Maeder y Gutiérrez 2003), pero al quedar el modelo jesuita abandonado a fines del siglo XVIII la mayor parte de las obras desaparecieron devoradas por la selva, por las malas políticas y por el tiempo. Las estructuras de piedra fueron saqueadas o destruidas y pocas siguieron en uso durante el siglo posterior y la instalación de nuevas colonias agrícolas en la región a partir de 1877 terminó por acelerar su deterioro. No casualmente Juan Queirel, el agrimensor enviado en ese año por el Estado nacional para delimitar el territorio misionero, dibujó los lotes a 45 grados sobre el antiguo trazado jesuita; había una intención manifiesta de que la instalación de las nuevas poblaciones borrara todo resabio del pasado colonial. Las políticas imperantes en la época consideraban que era correcto usar los materiales de construcción abandonados ya que eran útiles para impulsar un modelo moderno de desarrollo. Aunque es cierto que hubo quienes lo discutieron transformándolo en un *patrimonio* digno de ser rescatado. Pero la pauta oficial hizo un nuevo trazado en damero de escala territorial ya que la cuadrícula reflejaba una tipología controladora y controlable, proyectando sobre el paisaje la intención oficial de no considerar relevante lo precedente (algo que resulta irónico en una provincia que finalmente se llamó Misiones). Se podía llegar a conservar una fachada, algunas piedras talladas, otra cosa sería alterar el proceso de expansión.

Los esfuerzos del Estado convivieron con la instalación de colonos europeos, pero éstos generaron nuevos asentamientos que siguieron pautas que se utilizaban en las zonas rurales en sus países de origen. Lo que tal vez en un inicio de la inmigración fue una acción social a pequeña escala (las nuevas familias se instalaban en las cercanías de otras de su mismo origen o que hablaban su misma lengua), se convirtió rápidamente en una actividad empresarial destinada a atraer colonos y gestionar su instalación en el territorio misionero pero el que, en buena medida, reproducía el hábitat original de los viajeros. De esa multiplicidad de escenarios surge la actual coexistencia de asentamientos en toda la provincia, con trazados urbanos diferentes y cuya materialidad aún da cuenta de lógicas históricas distintas. Esos núcleos pioneros están ubicados siempre en el centro de los asentamientos, luego diluidos y unificados por un posterior urbanismo reticular.

En el caso de las ruinas de Teyú Cuaré las construcciones son pocas como para definir el uso de algún modelo de asentamiento y solo es posible relacionar ciertas áreas con ciertas funciones generales. Como se mencionó, es posible que las terrazas y los conjuntos de muros simples ubicados en el norte y este de la península formaran parte de algún sistema defensivo y/o productivo aún no determinado. En cambio, sí parecería que hubo un intento de planeamiento en el sector oeste del sitio, donde edificios, pozos y caminos parecen formar una secuencia ordenada con iguales orientaciones. Las construcciones mayores forman un conjunto de sur a

norte mirando el río al oeste (pero con la vista tapada por la vegetación), siguiendo una línea paralela al agua. Todos los edificios tienen sus fachadas orientadas entre 25 y 30 grados al oeste, lo cual no puede ser casual en esa irregular topografía. Ello implica que hay un patrón común: acceso desde el sur, ya que a las tres construcciones mayores se entra a través de una escalera o rampas orientadas de la misma manera. En los tres casos se observa que el terreno fue usado de modo tal que las construcciones resultaran mínimamente visibles a distancia y desde el río cercano, lo que puede ser interpretado como una intención de protección y resguardo de miradas ajenas. Esto se repite en las pequeñas construcciones accesorias en el entorno, en la falta de caminos de acceso hacia o desde la población más cercana y en la falta de espacios abiertos comunes a todos o de un edificio nuclear o de un lugar para hacerlo en el futuro, como una plaza o una iglesia. Incluso desde el aire ninguna de las construcciones es visible. La elección de la ladera oeste para la edificación del conjunto parece asimismo haber respondido a la misma intención, ya que de haber estado ubicado del otro lado del cerro hubiese sido vista desde el río y desde las pocas viviendas ubicadas del otro lado de la península, como las de los mencionados Quiroga, Lenoble o Blosset. La efectividad del escondite quedó comprobada por el casi absoluto desconocimiento que se tenía a nivel local de los constructores y ocupantes de las ruinas hasta que su existencia fue publicada en 1976 y algo semejante ocurría con los muros y demás restos de edificaciones menores ubicados en sus inmediaciones hasta que su publicación en 2017.

Las estructuras principales (I, II, III y IV) presentan una relación lineal que remite al diseño de las *Waldhufendorf* (villa de bosque) alemanas, aunque si ese fue el pretendido en Teyú Cuaré no se pudo o no se supo cómo completarlo. Este antiguo sistema germano de asentamiento fue trasladado por los inmigrantes alemanes a la región y existen ejemplos de su utilización en diversos puntos de la provincia de Misiones y en la República de Paraguay. Consta de un esquema fundacional simple y ordenado, lineal y de lotes iguales, que se adapta a las irregularidades del terreno y jerarquiza la sociedad en términos de antigüedad en la instalación ubicando al fundador en el centro. Generalmente es una calle de extensión ilimitada hacia ambos extremos, recta o curva, en la que, a ambos lados, se reparten lotes como las espinas de un pez. En cada terreno se hacía una casa que poseía el espacio necesario para una pequeña chacra; la superficie de cada lote era la que se estimaba acotada a lo que una familia podía manejar en términos de sembrado y mantenimiento. El entregar a todos los pobladores una porción de tierra de igual dimensión buscaba cumplir el objetivo de reparto equitativo. Para quienes tenían mayores apetencias, sobraba terreno vacío (o que se percibía como vacío desde la mirada de los inmigrantes, poco familiarizados con los modos de vida de desplazamientos cíclicos propios de las poblaciones nativas misioneras). Este modelo y su marcado contraste con la antigua propuesta jesuita y con el sistema en damero de tradición española impuesto por Queirel, funcionó como una marca espacial que materializó la identidad germana en el paisaje. Para muchos de los inmigrantes, ser alemán no era sólo hablar el idioma sino también vivir en una *Waldhufendorf* (Eidt 1971, Arenhardt 2005).

La revisión general de las formas de ocupación del espacio identificadas en el sitio permitió proponer que hubo dos modelos que coexistieron y definieron registros diferentes: uno primero estuvo formado por construcciones dispersas y a primera vista poco planificadas que con muros simples rodeaban el cerro de la Estructura III, y un segundo modelo ya planificado, con las estructuras de mayor importancia, la Estructura I y la Estructura II, unidas por un camino, que a su vez se unía por otro con la Estructura III lo que debió seguir en uso. En

términos hipotéticos es posible proponer que quien diseñó el sitio en su segunda etapa lo hizo guiado por esa tradición de las *Waldhufendorfy* que quienes lo ejecutaron lo hicieron de acuerdo a lo que el paisaje local permitía para materializarla, lo que explicaría las singularidades de disposición y orientación del conjunto. Tal posibilidad explicaría por qué las Estructuras I y II cuentan con accesos desde el lado sur, aunque están orientadas hacia el oeste y aunque la llegada más simple hubiera sido por el agua desde norte. La falta de interés en conectar las construcciones con el curso del río (la principal vía de comunicación de la región) resulta llamativa. Si se acepta que el recorrido sinuoso del sendero original es la única posibilidad en un espacio en que lo recto es imposible, podría pensarse que la Estructura IV (el modesto basamento), ubicado en el lado opuesto del camino, sigue el mismo patrón lineal.

Debe ser tenida en cuenta otra hipótesis: que las estructuras I a IV hayan sido el germen de un conjunto pensado como futura colonia, de una población destinada a crecer y a ajustarse a un patrón general, como lo fueron otras. Pero a las que se les dio provisionalmente un uso diferente que impactó en su desarrollo posterior y cuyo rápido abandono afectó de alguna forma a los vecinos más cercanos.

El uso del espacio exterior

Las estructuras del sector Norte y Oeste de la península están ubicadas en un estrecho valle y en forma paralela a un arroyo, rodeando un cerro rocoso. Dado que hay lugares abiertos cerca del río que hubieran hecho mucho menos trabajoso el proceso de construirlas, es lógico asumir que fueron colocadas intencionalmente donde están (Figura 131). Se las hizo usando una zona de terreno de muy poco relieve pero lo suficientemente lejos como para no ser vistas desde el agua; en el inicio de la ladera del cerro, aunque ello implique estar en un espacio rodeado de vegetación, sin paisaje, con poca luz y donde todo lo que baja por las pendientes –piedras, plantas, agua, tierra- impacta contra las estructuras. Cuando llovía –que en la región es de forma casi constante-, la cantidad de agua que llegaba por las laderas debía ser impresionante y mantendría todo húmedo y embarrado. Aunque los árboles de gran tamaño son escasos en la selva paranaense (la baja fertilidad del suelo obliga a una renovación constante de la cubierta vegetal) se estimó que probablemente solo se despejaron unos metros alrededor del sitio elegido para la construcción de cada estructura, visibles en la actualidad como una pequeña superficie de tierra apisonada, pero no mucho más. No se hallaron evidencias que indiquen que el terreno alrededor fue desmontado para darle vistas y de hecho la presencia de algunos ejemplares arbóreos de gran porte permitió inferir que llevan allí cien años o más

El uso del espacio observado en el sitio resulta ajeno a las tradiciones constructivas misioneras –y a la de muchas otras regiones en que hay una cubierta vegetal densa-, dado que toda intervención arquitectónica se inicia casi normativamente con la tala y desmonte de la superficie en la que se trabajará. Tanto la bibliografía especializada como los pobladores actuales del área coinciden en que disponer de un espacio libre de vegetación, con luz y aire para personas y animales de trabajo, con sombra en sitios adecuados para combatir el calor y protegido de las alimañas son las condiciones mínimas necesarias para la edificación de una vivienda en la región, por modesta que sea. Hace un siglo L'Ortelano hace un siglo definió este imprescindible proceso como “abrir una ventana al cielo” (Zamboni 2005: 56). Las dos principales viviendas *burguesas* ubicadas en aquella época en los alrededores de la península, la de Horacio Quiroga y la de la familia Lenoble, sirven como ejemplos de esta modalidad y puede

asumirse que el resabio del aserradero Blosset también, aunque no fue posible documentarlo de modo directo. Quiroga construyó su primera casa hacia 1904; era de madera y bastante similar a la reconstrucción que hoy existe en el lugar; la fachada actual fue hecha para una película en base a una fotografía. Quiroga, con conocimiento del ambiente, la edificó en la parte superior de un peñón luego de cortar la vegetación, y la orientó para tener aire fresco y disfrutar de la vista al río. Las fotos de él y su mujer antes de 1930 ya los muestran sentados leyendo al sol en un terreno abierto rodeado de palmeras. De igual modo, lo que hoy es la Reserva Natural Osununu formó parte de la propiedad de los Lenoble ubicada en otro peñón sobre el Paraná. La construcción original fue demolida pero la nueva estructura conserva la ubicación original y el basamento, y aún hoy se conserva la monumental explanada de acceso de casi cien metros de ancho totalmente despejada de vegetación y limitada por una doble hilera de palmeras que llevan a la casa que estaba ubicada mirando el río. Por su parte, en lo que queda del puerto Blosset aún hay sobre la orilla una doble hilera de palmeras que daban la bienvenida a una bahía sin vegetación. Nada de eso se observa en las ruinas y el único motivo que pudo pensarse para que sus ocupantes eligieran habitar en un espacio húmedo y oscuro, encerrado entre vegetación, sin camino hacia el agua, es su poco interés en dar a conocer su presencia en el lugar. Por fotografías la primera casa que se construyó Adolfo Schwelm, fundador de la colonia germana de Eldorado, también tenía un ingreso similar con palmeras trasplantadas formando una doble hilera (Morales 1929: 78-79).

La arquitectura regional hacia 1945

Entre 1890 y 1930 se renovó en Misiones el interés por el trabajo en piedra con el arribo de inmigrantes germanos y centro-europeos que tenían conocimientos para su uso en construcción. El tipo de casas que se hizo entonces fue simple, repetitivo, con pocas variantes tipológicas y relativamente resistentes debido la pobreza generalizada de los inmigrantes; todavía se conservan algunos ejemplos de esta arquitectura en buen estado. Sus rasgos nada tenían que ver con lo jesuítico, la piedra se trabajaba con técnicas y herramientas modernas. También a comienzos del siglo XX y a partir de la incorporación de nuevos materiales en la arquitectura de la región se inició un proceso de desarrollo basado en la construcción de cabañas de madera y techo de zinc o de tejas de madera (Figura 175 y 176). Una generación después, poco o nada quedaba de esa arquitectura en las áreas urbanas o periurbanas, sólo en el campo. La modernidad se impuso por encima de esas propuestas a través del uso del ladrillo, tejas cerámicas, baldosas, cemento y hormigón armado, en especial a partir de la década de 1930. No es una historia diferente de la del resto del país; los edificios instituciones nacionales y provinciales tales como escuelas, correos, estaciones de ferrocarril y cuarteles de policía fueron los que marcaron las tendencias de la arquitectura. Para mediados de siglo XX, la provincia de Misiones ya mostraba en sus pueblos y ciudades una arquitectura moderna, en algunos casos de pocos recursos, pero siempre con detalles constructivos locales, como galerías para disminuir el impacto del calor, sótanos para guardar alimentos y viviendas con interiores tripartitos. El uso de madera en la construcción urbana era cada vez más raro. Ya en 1892 Ambrosetti había descrito que en las ciudades más grandes de la provincia como Posadas o Santa Ana había algunos edificios hechos de material y que en ellos se observaban influencias de modelos europeos traídos por los inmigrantes o vistos en revistas; luego el desarrollo de las obras públicas incorporó arquitectos e ingenieros. Aunque para la población criolla, rural y pobre, la madera continuaba siendo la opción más viable (con frecuencia la única), para los



Figura 175. Casa de madera y techo de chapa en la tipología rural tradicional de la región, con el pórtico incluido en el volumen de la casa.



Figura 176. Casa pionera regional en obra: nótese la remoción de la vegetación en torno a la vivienda hecha con paredes y tejas de madera (Colección privada, Buenos Aires).



Figura 177. Primeras casas de las empresas yerbateras, en este caso *Martín y Cía.*, una arquitectura victoriana en madera construida hacia 1910.



Figura 178. Las instituciones: municipio de San Ignacio, pese a la fecha en el frente fue construido en un estilo anticuado y académico en 1928.



Figura 179. Las instituciones: arquitectura en estilo Neocolonial frente a las ruinas de San Ignacio Miní, que se quería imponer en la década de 1930-40.

pioneros europeos fue sólo la primera posibilidad de autoconstrucción que evolucionó luego hacia formas arquitectónicas más complejas (Figura 177).

A mediados del siglo XX las tradiciones madereras y las del trabajo en piedra de los pioneros comenzaron a declinar. Ante la presencia cada vez más abundante de productos de mercado como el cemento y la cal, y la disponibilidad de ladrillos fabricados en la zona, ya pocos construían con las formas y técnicas antiguas. Aunque el empleo de piedras en los cimientos continuaba siendo necesario ya que la elevada humedad del suelo hubiera destruido rápidamente ladrillos que se manufacturaban entonces con arcillas de regular calidad y alto contenido de aserrín. Para esa época, en las ciudades de la provincia se construía siguiendo los estilos de moda como el Neoclásico (Figura 178), el Neocolonial (la escuela de San Ignacio) (Figura 179), el *revival* (el edificio del museo de la Comisión Nacional de Monumentos dentro de las ruinas de San Ignacio), el nuevo Racionalismo modernista posterior a 1930 (Figura 180) y continuaba como decoración el uso del *Art Decó*. Las casas de las clases altas y medias usaban hormigón armado para su estructura interna, y San Ignacio y localidades cercanas contaban con constructores capacitados, algunos hijos de los primeros pioneros (Figura 181). Ninguno de los rasgos correspondientes a todos estos estilos se encuentra presente en la arquitectura de los edificios en ruinas en Teyú Cuaré. El uso de materiales, la forma de colocar puertas y ventanas, de hacer las juntas o de tallar las piedras, nada se parece a lo de ningún otro edificio en la región. No fue posible relevar en toda la zona ni una sola construcción con aparejo murario de tan mala calidad como el empleado en los edificios arqueológicos.



Figura 180. Las instituciones: la modesta comisaría construida en 1937.



Figura 181. Casa de la ciudad misionera de Apóstoles edificada en 1949; todos los juegos formales de la época en la gran construcción privada de modelo urbano.

El acceso al sitio y el uso de materiales de construcción hacia 1945

Los materiales de construcción son parte fundamental de las características de una obra de arquitectura, incluso llegan a definirla. En el caso de las estructuras arqueológicas de Teyú Cuaré y teniendo en cuenta el contexto de la región, son llamativos tanto los materiales usados como los no usados. Todos los edificios del conjunto (salvo la parte superior de la Estructura IV, si es que la tuvo) poseen exteriores realizados con bloques de piedra formatizados o lajas apiladas en los que no se utilizó mortero de asiento o de junta, ni siquiera de barro. Los muros principales muestran sillares de cierta calidad sólo en los vanos y en algunas esquinas, mientras que el resto de las secciones son simplemente piedras apiladas, casi como si no importara que el edificio se mantuviera en pie a largo plazo. Comparadas con las paredes de las ruinas jesuitas o con las de las casas de los inmigrantes germanos de comienzos del siglo XX, se trata de muros realmente poco cuidados. En todas las casas hechas de piedra que se relevaron en San Ignacio y ciudades cercanas se registró el uso de una mezcla de cal con algo de cemento en las juntas de paredes de piedra; en todas se observó el empleo de sillares en hiladas paralelas, casi sin cambios o errores (Figura 182). Hay diferentes tipos de piedras y de terminaciones, según la dureza, la mano de obra o la calidad de los detalles, pero nada se sale de la norma. Solo en un edificio se registró el uso de un sistema constructivo diferente: en el Almacén de Ramos



Figura 182. Una de las casas más antiguas del centro de San Ignacio, posiblemente hecha hacia 1900; aunque modesta, los muros presentan hiladas de piedras con aparejo de calidad.



Figura 183. Antiguo Almacén de Ramos Generales de Zoubi en San Ignacio hacia 1950.



Figura 184. Detalle del sistema constructivo europeo de maderas y piedra utilizada en el almacén.



Figura 185. Casa llamada *De los franceses* en el camino al Puerto Viejo de San Ignacio, hecha hacia 1910 con mampostería de piedra revocada.

General de Soubi en San Ignacio. Aunque su fachada fue modificada, la construcción histórica presenta paredes hechas con piedras de morfología irregular y enmarcadas entre vigas de madera dura, en una tradición que por lo visto no prosperó (Figuras 183 y 184).

Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial el país se vio afectado por la falta de materiales constructivos importados debido a las restricciones comerciales. Había cosas que se conseguían y otras no, y en los lugares alejados de los puertos introductorios el aprovisionamiento no podía solucionarse ni siquiera con el contrabando. La falta de azulejos, por ejemplo, se resolvió en el país con la salida al mercado de los *Vitri* (empleados en la Estructura I), aunque después cayeron rápidamente en desuso. Y aunque el acero y el cemento para hacer hormigón debieron ser escasos, la disponibilidad de otros materiales como el ladrillo y la cal hace difícil comprender la decisión de construir en Teyú Cuaré con piedra sin mezcla de unión.

El uso de techos de tejuelas de madera es otro interrogante. Si bien está documentado que en la provincia se usó esa teja desde las primeras colonias, nada ha quedado en San Ignacio y muy poco en las ciudades vecinas. Era lo ideal en un contexto en que sobraba madera y eran eficientes, aunque de vida corta. Pero para mediados del siglo XX casi habían desaparecido reemplazadas por tejas francesas o españolas, por terrazas en estructuras de hormigón, o por techos de chapa acanalada. En las ruinas es evidente que hubo diversidad de techos posiblemente en épocas diferentes: tejas de madera, chapas planas, el fieltro asfáltico *Ruberoid* (popularmente conocido como Roberol) y chapas de zinc acanaladas; lo que nunca parece haber sido utilizado es la teja cerámica. En lo que respecta a los pisos, la arquitectura local de continuaba con el uso de lajas

irregulares para las viviendas más modestas, y de baldosas cerámicas para quienes las podían comprar, lo que da cuenta de la nueva disponibilidad económica de una parte de la población para ese momento. Un piso de baldosas implicaba modernidad y, aunque el costo del material era relativamente bajo, colocarlo implicaba también tener que pagar la realización de un buen contrapiso y los salarios de los albañiles que lo colocaban, mientras que un piso de piedra implicaba mucho esfuerzo, pero sólo mano de obra. Sin embargo, nada de esto explica por qué los pisos de las construcciones arqueológicas de Teyú Cuaré tienen en una misma unidad (la Estructura I) partes de piedra (construcción de servicio y patio posterior), otras de madera (sala y dormitorios), y áreas de servicio (baño y cocina) cubiertas de baldosas, y solo es posible especular que tal variedad respondía a cierta lógica burguesa de jerarquización de los espacios domésticos.

Entre los materiales abundantes y accesibles en la región a mediados del siglo XX pero ausentes en el sitio, sin dudas el que más llama la atención es el de ladrillos y tejas cerámicas. Los ladrillos sólo fueron usados en las delgadas paredes interiores en la Estructura I y puestos de canto, utilizando la menor cantidad posible. Recordemos que el siglo XX en Misiones fue el del auge de las *olerías* (fábricas familiares de ladrillo), varias de las cuales siguen funcionando en la actualidad (Cebolla Badie 1993) y que se trata de un material fácil de transportar por agua, dado que se fabrica en las orillas del Paraná. Claro que había que comprarlos, mientras que las piedras estaban disponibles en el lugar, pero extraerlas, trasladarlas desde la cantera al sitio de talla y luego manipularlas de modo eficiente para sostener techos pesados, fue costoso en tiempo y esfuerzo. Por eso se estimó que no utilizar ladrillos o tejas –o restringirlos a lo mínimo– fue una decisión intencionada y guiada por un cierto propósito. No pudo evitarse adquirir otros materiales como los pocos azulejos, las baldosas, las ventanas, algunos metros de caños y los artefactos de baño y cocina, pero la hipótesis propuesta es que se intentó reducir la compra a lo indispensable.



Figura 186. Casas hechas de piedra hacia 1890 en San Ignacio, quemada hace varios años. Mampostería unida con mezcla, ángulos bien trabajados y piedras en hileras.

Otra posibilidad a considerar es que se buscara seguir una tradición constructiva en la cual el uso del ladrillo y la teja no era aceptable. Aunque desde una perspectiva actual ello pueda resultar absurdo, cabe mencionar que en la tradición germánica rural su uso no fue aceptado hasta mitad del siglo XX; antes se mantenía la tradición de construir con madera, tierra y piedra, pero no con ladrillos porque se los consideraba como productos no naturales, algo no *digno* (Weimer 2005). Esto, nuevamente, implicaría una decisión proyectual ajena a la realidad misionera.

Hay en San Ignacio y en otras ciudades cercanas construcciones hechas con piedra de gran calidad. Los pioneros europeos que siguieron esa tradición lo hicieron mejor o peor pero nunca apilaron o amontonaron, sino que pulieron y trabajaron cada piedra, hicieron hiladas superpuestas o trabadas, pero con lógica. Hay enormes casas de dos pisos que luego fueron revocadas para disimular la irregularidad (Figura 185); casas menores aunque de gran detalle en las terminaciones (Figura 186) y algunas excepcionales en lo elaborado del trabajo ya que todo es de piedra pulida, desde las viviendas y el gallinero hasta el sistema del aljibe y los canales de agua (Figura 187), los dinteles (Figura 188), las escaleras (Figura 189) y las ventanas (Figura 190). Es así que toda la evidencia revisada, dentro y fuera del sitio, brinda sustento a la hipótesis ya planteada de que el diseño de las estructuras de las ruinas fue hecho por una mano especializada, pero así no la ejecución, que se estima fue cubierta con mano de obra local, y que las contradicciones surgidas entre uno y otra resultaron en una arquitectura lítica tan pobre que setenta años después se encuentra en un estado de avanzado deterioro.



Figura 187. Complejo sistema de distribución de agua desde un aljibe en una casa de San Ignacio cerca del Puerto Viejo, todo hecho en piedra.



Figura 188. Calidad de la talla y del pulido de la piedra en la tradición germana local.



Figura 189. Escalera en una casa hecha en piedra: nótese la cuidada terminación que tuvo y que mantiene después de un siglo de uso al aire libre.



Figura 190. Ventana de una vivienda pionera en piedra en San Ignacio: nótese el detalle de terminación de muros y marco para comparar con el sitio arqueológico.

Capítulo IX

¿Dónde se construyó el conjunto de Teyú Cuaré?

La provincia de Misiones posee una extensa historiografía que, con variantes de interpretación y diferentes posiciones, ha explorado su historia y avanzado en el conocimiento de su pasado. Y si bien hay épocas y temas más y menos trabajados, la investigación actual ha alcanzado un potencial explicativo importante (Levinton y Snihur 2011, Levinton 2009b), superando interpretaciones más tempranas que cargaban todo el peso de la identidad provincial en la ocupación jesuítica, la separación de la provincia de Corrientes, o la inmigración europea, olvidando el rol jugado por las poblaciones nativas y criollas. Sin embargo, aún permanece vigente en muchos niveles la valoración apologética de la instalación de la Compañía de Jesús primero y de los pioneros centroeuropeos después, ignorando en ambos casos que los grandes relatos de lo ocurrido fueron escritos por quienes se consideraban a sí mismos los principales protagonistas y que los dos procesos se realizaron con la explotación sistemática de indígenas, africanos y criollos.

En lo que respecta a la región de Teyú Cuaré, luego de la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII, diversas comunidades criollas continuaron viviendo en la región, aunque nuevamente su presencia fue minimizada o desconocida por la historia oficial. Mucho peso tuvo en ello lo escrito por los jesuitas un siglo después de su partida, interesados en demostrar que su ausencia había significado la ruina del territorio y de su población; la falta de otras voces convirtió su relato en una historia convincente. Así fue como algunas décadas más tarde, tal y como ocurrió con la Patagonia y la región chaqueña, Misiones quedó incluida en un proceso nacional de ocupación de territorios considerados *vacíos*, entendiendo por ello que no estaban poblados por europeos. La pretensión de una Argentina sin indígenas –pero también sin africanos ni afrodescendientes–, que ocupara un lugar en el mundo moderno requirió de una absurda *conquista de la selva*, como paso previo a su colonización y explotación (Navarro Viola 1999). Tan absurda sin dudas como la *conquista del desierto* pero que, a diferencia de ésta y de lo ocurrido en otras regiones, se desarrolló sin grandes enfrentamientos, ya que se concretó después de que Guerra de la Triple Alianza diezmará drásticamente la población local. Luego, la explotación del mensú hizo el resto. No casualmente fue el General Julio Roca (personaje clave de la campaña militar realizada en la región pampeana) quien en 1881 estableció el Territorio Nacional de Misiones, lo dividió y lo repartió entre parientes y conocidos, incluyendo a su hermano Rudecindo Roca, que fue nombrado gobernador.

El Censo de 1879 había revelado que casi el 50% de la población del sur de la actual provincia provenía de Paraguay o Brasil, aunque en él no se había cuantificado la presencia de grupos indígenas y, menos aún, de los negados afromisioneros (Maeder 2004). La ley de creación del Territorio fue acompañada con la entrega de más de dos millones de hectáreas a amigos de las autoridades nacionales, treinta y ocho propietarios en total, iniciando latifundios cuyos límites resultaban difíciles de precisar. La falta de cartografía seria y de ocupación real de los territorios de fines del siglo XIX hace difícil estimar el alcance de dicho proceso. Esa nueva tenencia legal de la tierra y la explotación incontrolada de los mensú para trabajarla generó la explosión del llamado Oro Verde que enriqueció a unos y hambreado a muchos, a la vez que jaqueó el

ecosistema de la provincia (Larguía 2008). La necesidad de más mano de obra esclava (o casi) fue tal que los Roca consideraron trasladar a Misiones a los indígenas capturados en la Patagonia, aunque finalmente tal propuesta no se concretó. Pero la necesidad de los terratenientes de más población derivó en el fomento a la instalación de nuevas *colonias agrícolas*. En 1895 se instaló el primer Juez de Paz en San Ignacio y se inició un *Registro de Actas* para oficializar su funcionamiento administrativo, aunque estaba escrito en portugués (Drewes 2013; Amable, Melgarejo y Rojas 2010). El libro habla de los problemas del lugar: la escuela que funcionaba de manera intermitente, la falta de propiedad de la tierra de los pequeños productores y de los habitantes urbanos, la falta de caminos interiores y la alta inseguridad. En ese momento la zona contaba con unos 300 habitantes. En 1902, San Ignacio fue designado Pueblo al superar los mil habitantes. Los sitios cercanos mostraban situaciones diversas: en Apóstoles había un Juez de Paz desde 1871 y antes de fin de siglo se instaló un destacamento policial para sus casi mil habitantes. Santa Ana era en 1884 “*un villorio miserable (...). Todas las casas son de palo, muy simplemente relacionadas las unas con las otras, las paredes de barro y el techo de paja. Son ranchos. Cuando llegué a Santa Ana no había una sola casa de ladrillos*” (Holmberg 2012: 200).

El crecimiento de la población se vio impulsado por el ingreso de inmigrantes europeos que llegaron incentivados por los ofrecimientos de las empresas colonizadoras y acicateados por los problemas en Europa, aunque nada hacía el Estado nacional para entregar legalmente tierras y darles sus escrituras de propiedad. A fines del siglo XIX los primeros censos oficiales revelaron que Misiones contaba con más de 35 mil pobladores, de los cuales la mitad eran extranjeros. Curiosamente, hasta entrado el siglo XX la mayor parte de los pueblos en que habitaban dichos individuos no tenía iglesia (algo impensable en otras regiones del país con una fuerte impronta colonial española) y cuando comenzaron a construirse no fueron para el ritual católico. La primera iglesia de San Ignacio fue presbiteriana y hecha de madera; la que existe en la actualidad se construyó en 1938 financiada por la embajada alemana, que se aseguró que los colores de su bandera quedaran en los mosaicos del piso. En Apóstoles, hasta fines de la década de 1920, la única iglesia que existía era de rito ortodoxo bizantino para los residentes rusos del Volga, con un piso que también representa a bandera alemana.

El fenómeno de incremento de la población misionera registrado durante la segunda mitad del XIX y primeras décadas del XX no fue un proceso pacífico. A los conflictos surgidos entre los grupos nativos y criollos residentes y los inmigrantes europeos llegados en esa época, se sumaron los que ya existían con migrantes de diversas etnias provenientes de Brasil, en un complejo escenario de enfrentamientos interétnicos aún no del todo resuelto. La condición de Misiones de ser zona de frontera quedaba de manifiesto con todos sus problemas. El proceso migratorio continuó durante la primera mitad del siglo XX y es difícil estimar en qué medida fue controlado por el Estado. Las permeables fronteras permitieron el ingreso de miles de personas indocumentadas, de ida y vuelta, muchas de las cuales se asentaron en las zonas vacantes. Para la década de 1940 la población de Misiones había tenido un importante crecimiento y las familias de inmigrantes contaban con una segunda generación ya nativa, lo que comenzó a desdibujar la impronta europea en el interjuego social (Gallero 2003, 2009 y 2010).

Simultáneamente a esta transformación del mundo social comenzó un fenómeno de cambio del paisaje natural: la deforestación. La creación de poblados y el desarrollo de la industria maderera llevaron a la tala de una selva que muchos creyeron infinita y que, por años, generó

¿DÓNDE SE CONSTRUYÓ EL CONJUNTO DE TEYÚ CUARÉ

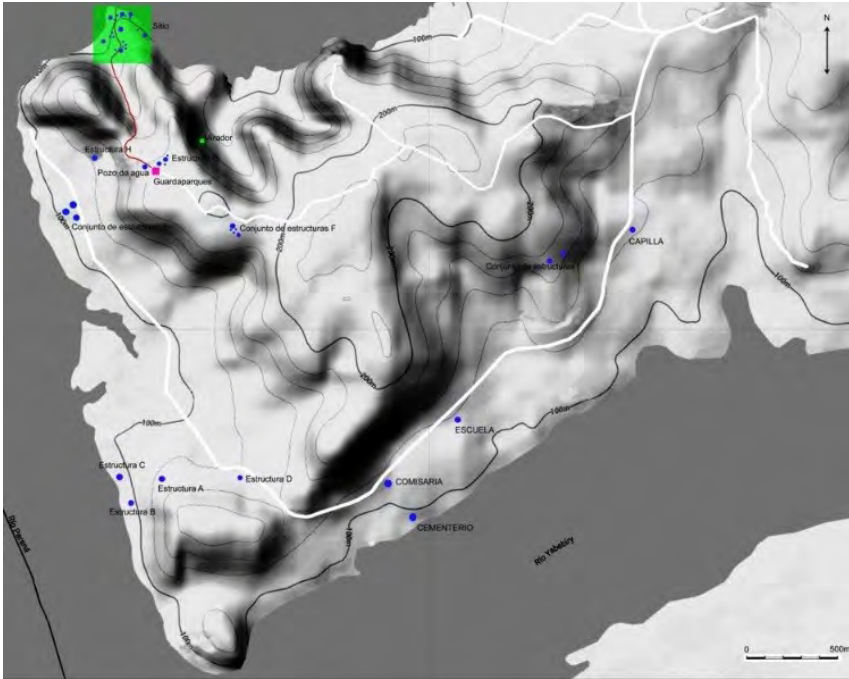


Figura 191. Plano de Teyú Cuaré en la actualidad, los caminos se inician en el límite con San Ignacio y se indican las construcciones principales y la llegada al sitio arqueológico.

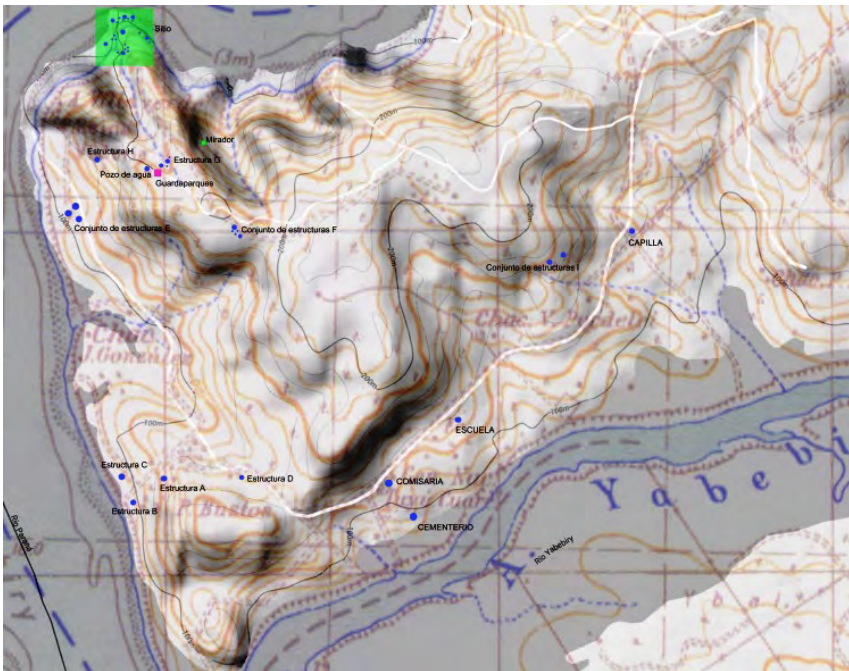


Figura 192. Superposición del plano actual con el Instituto Geográfico Militar de 1943, indicando coincidencias y diferencias en el proceso de ocupación de la región durante medio siglo.

grandes fortunas para unos pocos. Todo lo que requería el negocio era la posesión de la tierra aunque fuese de hecho, hacheros que trabajaran hasta el agotamiento, un pueblo cercano para reemplazar la mano de obra y la instalación de dos o tres cobertizos desde donde despachar las jangadas corriente abajo por los ríos. En poco más de dos décadas el paisaje se había empobrecido y la población había disminuido (Figuras 191 y 192).

El aserrado y puerto Blosset

Como ya se mencionó, no fue posible localizar ninguna escritura o documento de propiedad que diera cuenta de la tenencia legal de las tierras en las que específicamente se encuentran las ruinas de Teyú Cuare. Incluso la creación del parque provincial en ese sitio se basó en la falta de propiedad de la mayor parte de su superficie. Sin embargo, sí se pudo obtener información sobre quién fue el propietario de las tierras que se encuentran hacia el este, tras un valle nunca habitado, también encerrado y casi inaccesible, y ésta es una historia interesante que proporciona datos que podrían explicar algunos de los interrogantes planteados por las ruinas.

Nacidos en Francia, Jules-Joseph Robert Richard de Blosset (1859-1950) y su hermano Raymond Richard de Blosset (1861-1916?) –o José y Ramón como fueron llamados-, fueron personalidades de la historia misionera. José había egresado como ingeniero de *L'Ecole Nationale Supérieure des Mines* de París en 1880. Como otros compatriotas se instalaron en Brasil, luego compraron tierras cerca de Iguazú donde pusieron un obraje, aserradero y plantaciones que hicieron crecer aplicando principios técnicos modernos; en pocos años fueron terratenientes. Allí establecieron relaciones con los grupos del poder local y del estado nacional lo que les facilitó el acceso a más tierras y cargos políticos. En 1898, quizás cansados de vivir en la selva y viendo el crecimiento de la ciudad de Posadas, compraron terrenos en los alrededores de esa ciudad para usarlos en una nueva forma de ganar dinero: la especulación de loteos urbanos –tierra suburbana y poder político eran la base de un negocio que podía disfrazarse de *progreso*-. Así adquirieron la estancia La Laguna sobre el río, frente a la ciudad de Posadas, donde al inicio construyeron la primera usina eléctrica de la región y cuyas tierras procedieron a lotear con acceso a electricidad, gran novedad promocional para su negocio. Eso fue impactante porque la luz eléctrica era un símbolo de modernidad. El crecimiento de la zona –hoy Villa Blosset- fue más que acelerado (Gentiluomo 2009, Etoarena y Freaza 2014). Todo cambió cuando en 1914 Ramón se alistó en el ejército francés durante la Primera Guerra Mundial y falleció en el frente de batalla. Su muerte condujo a la venta de sus tierras a terceros aunque sin muchos papeles. Pese a eso existió al sur de San Ignacio y hasta cerca de 1930 un Puerto Blosset ubicado en el actual Club de Río, donde hay reportes orales de la existencia de restos de muros de piedra hasta el año 2005 y donde se encuentra una casa modernizada cuya estructura es similar a la Estructura II, como ya se ha descrito.

Se ha considerado la posibilidad de que las ruinas arqueológicas de Teyú Cuaré hayan tenido en su inicio alguna relación con este aserradero y eso explicaría varios detalles; por ejemplo, que la Estructura III en su inicio haya sido un secadero de madera por su tipología constructiva. Ello también explicaría la falta de árboles de mediano porte y la parcial deforestación observado en la zona este de la península y la posible existencia de una rampa de tierra en esa zona; incluso algunos pocos objetos encontrados en la zona se remontan a las décadas de 1910 a 1930, lo que resulta consistente en términos cronológicos. Sin embargo debe tenerse en cuenta que la península se encuentra al sur del aserradero, a una distancia corta pero muy afectada por las

correderas del río. Es cierto que los troncos que se extrajeran del lugar podrían haberse sumado a las jangadas que bajaban, pero habría sido una operación compleja en aguas movedizas. Por otra parte, el resto de la evidencia parece indicar que para el momento en que los edificios de piedra fueron construidos en Teyú, el aserradero ya había quedado en desuso desde hacía tiempo.

Secretismo y lucha social en San Ignacio

Aunque sea una problemática difícil de explorar desde la arqueología, es necesario intentar pensar cuales fueron los motivos para que la presencia de un determinado conjunto personas o edificios pasaran desapercibidos en una región poblada y cuáles pueden ser los motivos que sostienen un silencio colectivo o un desinterés intencionado. En lo que respecta a las ruinas de Teyú Cuaré, tal vez la respuesta deba buscarse en un encadenamiento de eventos que afectaron negativamente a la población al punto de que resulta entendible que nadie quiera volver a escuchar hablar de nazis, militares, contrabando o tierras que tuvieron que ser abandonadas para migrar al pueblo cercano. Esa dispersión de la población es sin dudas un factor a tener en cuenta en la reconstrucción de la historia del sitio, dado que la mayor parte de las familias que vivían en el área a mediados del siglo XX se han trasladado a otras zonas; de hecho se ha estimado que del total de casas ocupadas hacia 1940-50, más del 90% se encuentra actualmente en ruinas o ha desaparecido a la vista (Veloza 2009, Giménez 2012). Los herederos de los antiguos pobladores que tal vez conocieron a los habitantes de la instalación de Teyú Cuaré, nada saben del lugar, nada dicen, o solo conocen viejas historias repetidas que vinculan su existencia con la presencia de nazis o de Bormann.

También es posible especular con que la ocurrencia de ciertos eventos en la época en que el sitio fue ocupado, desanimó o hicieron poco seguro para los vecinos del lugar el hablar de lo que ocurría localmente. A comienzos del siglo XX en la región de San Ignacio se produjo una confluencia difícil: la población indígena estaba al borde del exterminio y la criolla había disminuido y la forma de trabajo asalariado que introdujo la inmigración y los terratenientes había terminado con las antiguas pautas de asociación comunitaria. Surgió entonces allí un grupo fuerte de *anarquistas sindicales*¹ que pretendieron dar a conocer al mundo lo que ocurría con la vida de los trabajadores de la selva. Algunos como Eusebio Magnasco, Marcos Kanner y Carlos Gianbiagi propiciaron entre 1910 y 1940 levantamientos obreros y la creación de sindicatos (Waskiewicz 2002). Otros eligieron el periodismo y la literatura como vehículo de denuncia, como fue el caso del mencionado Quiroga y del notable español Rafael Barrett. Este último fue un denunciante explícito de los primeros levantamientos de obreros misioneros contra los productores yerbateros, lo que le valió la condena política y el destierro a Brasil (Barret 1971; Corral 1994 y 2000; Morán 2007). Moisés Bertoni fue otra personalidad entre los anarquistas misioneros; graduado en Zurich decidió viajar en 1884 para instalar allí una colonia agrícola en Santa Ana con cuarenta colonos y realizó estudios naturalistas que dieron la vuelta al mundo y quien ya dijimos que no puede descartarse que haya estado en Teyú Cuaré y que a él pertenecieran los portaobjetos encontrados. Luego compró tierras en Paraguay que se hallaban habitadas por un grupo indígena con el que convivió y a cuyos miembros legó sus propiedades.

¹ En los inicios del siglo XX y hasta la Revolución rusa de 1917 no había una clara separación entre comunistas, socialistas, anarquistas, sindicalistas y otros grupos de lo que políticamente se encuadran como de Izquierda. Localmente eran llamado *maximalistas*.

La presencia de éstos y otros anarquistas destacados generó una situación de efervescencia permanente a nivel regional, con un importante porcentaje de la población involucrado directa o indirectamente en las acciones de lucha social, que en muchos casos condujeron a manifestaciones dramáticas como la toma de la ciudad paraguaya de Encarnación en 1931 para transformarla en la primera Comuna Libertaria de América. Aunque fue una explosión de un único día, tuvo un significativo impacto regional (Trainer 1997). Al igual que en el resto del país, las autoridades locales reaccionaron ante manifestaciones y protestas, intentando silenciar los reclamos e infundiendo temor entre la población local, lo que desembocó en acciones tales como la Masacre de Oberá en 1936, en la que fueron asesinados por la policía varios inmigrantes pobres que se manifestaban por los precios del tabaco. Como curiosidad, vale mencionar que el comisario de dicha localidad, Leandro A. Berón (a veces escrito Verón), el llamado *asesino de Oberá*, fue también comisario de San Ignacio durante la década de 1920 (Waskiewicz 1936; Varela 1941). Por años, la situación de malestar social se tradujo en desconfianza, en la construcción de silencios que servían para mantener a salvo a los miembros de las familias, en un escenario en el que había temas de los que era “mejor no hablar”, tal y como recuerdan aún algunos de los vecinos de más edad.

¿Es posible que ese mismo malestar se trasladara a los edificios de piedra de Teyú Cuaré? ¿Qué su construcción se desarrollara en silencio o que fuera poco comentada como parte de un mecanismo de defensa de una población largamente agredida que había encontrado en la discreción extrema una forma de mantenerse a salvo? Como ya se dijo, solo es posible especular al respecto y serán necesarias nuevas y mejores investigaciones para corroborarlo, pero otros silencios semejantes de la historia regional y la nacional obligan a considerarlo como una posibilidad.

Capítulo X

Conclusiones a una historia difícil

Cuando se menciona el hallazgo de un asentamiento arqueológico que no había sido estudiado con anterioridad y que carga con el peso de la leyenda de haber sido nada menos que donde vivió Martin Bormann, es fácil que el relato de la situación se transforme en una mala película de espías. Y si a ello se suma un evento tan indudablemente fílmico como encontrar una lata escondida en la pared de una casa en ruinas que contenía una foto de Adolf Hitler junto a Benito Mussolini, la situación se torna casi irreal, aunque así fue exactamente como pasó. Por suerte y de casualidad, con visitantes ajenos al equipo de investigación documentando todo lo que ocurrió ese día de trabajo. Todo el trabajo en Teyú Cuaré se desarrolló en un estado relativa incredulidad; fue una búsqueda sistemática de datos que sólo permitió generar interpretaciones arqueológicas parciales y sujetas a revisión, que colisionaron al entrar en contacto con memorias lejanas, relatos repetidos y leyendas más o menos fantásticas, que por supuesto siempre eran más detalladas precisamente por lo endeblés que eran.

Pero una cosa es la evidencia, otra las interpretaciones científicas y otra las memorias, y a lo largo del trabajo se ha intentado separarlas y marcar cuando las propuestas presentadas permanecen en el campo de las hipótesis. Aunque no se realizó un trabajo etnográfico en sentido estricto, se registró la información proporcionada oralmente por los vecinos del lugar y se la articuló con la surgida de otras fuentes, pero manteniendo siempre presente que se trata de un *corpus* de datos que debe ser relevado y analizado por personal entrenado a fin de establecer los alcances de su potencial informativo (Igareta *et al.* 2017; Igareta y Schávelzon 2019). En paralelo, se buscó avanzar en el análisis del registro material y obtener precisiones y detalles sobre las características de un sitio arqueológico complejo ubicado en un lugar de difícil acceso, con tres estructuras principales y un conjunto de muros y construcciones menores, cuyo origen resulta poco conocido hasta para sus vecinos más cercanos.

El estudio de sus rasgos constructivos permite afirmar con buen grado de certeza que todo, o casi todo el conjunto fue construido hacia la mitad del siglo XX; en el caso de la Estructura I, la certeza es mayor dado que su estado de conservación permitió detectar rasgos diagnósticos en tal sentido, pero la evidencia indica que las grandes estructuras son todas contemporáneas entre sí aunque pudo haber pequeñas diferencias temporales en la edificación y/o en su uso. El registro material recuperado en los pozos de descarte y en los pisos internos y externos permite proponer que hacia 1943-1946 las tres estructuras estuvieron construidas y ocupadas a la vez, y que en esa ocupación coexistieron individuos con acceso a bienes de lujo y otros con una materialidad doméstica mucho más modesta. También esos pozos dieron cuenta de que fueron utilizadas de modo intensivo pero por unos pocos años y luego abandonadas, para volver a ser usadas de manera informal y esporádica. Son muchos los elementos que sostienen esta cronología: los detalles proyectuales de la arquitectura, los objetos encontrados en la basura, en superficie y bajo los pisos, los rasgos del entorno de cada construcción, y las fotografías, monedas y billetes fechados.

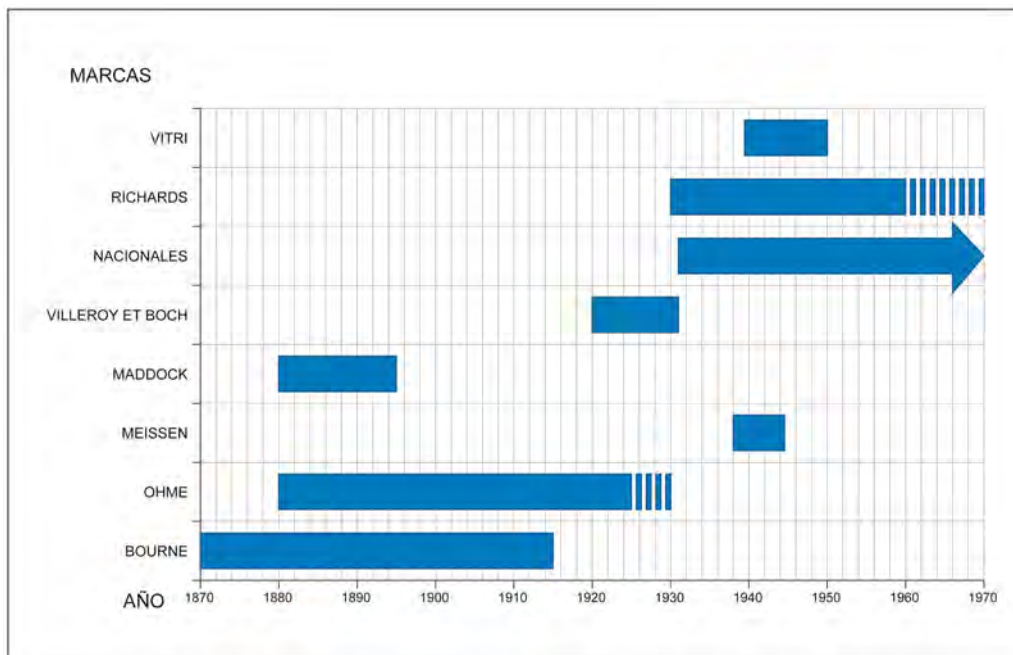


Figura 193. Fechas de fabricación de los elementos cerámicos hallados en el sitio. El promedio inicial para de su coexistencia está en el año 1940.

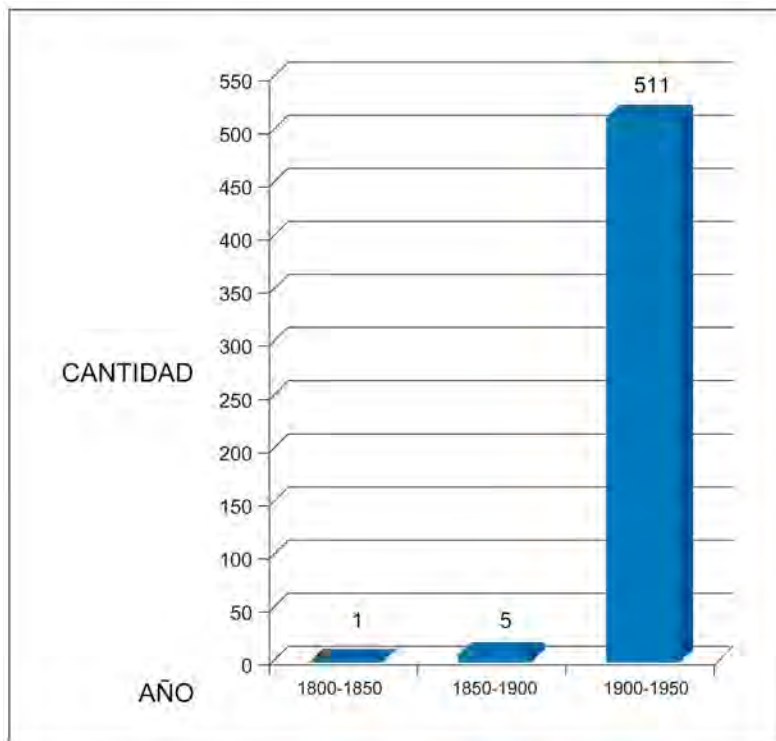


Figura 194. Periodo de fabricación de los clavos recuperados en el sitio y sus cantidades.

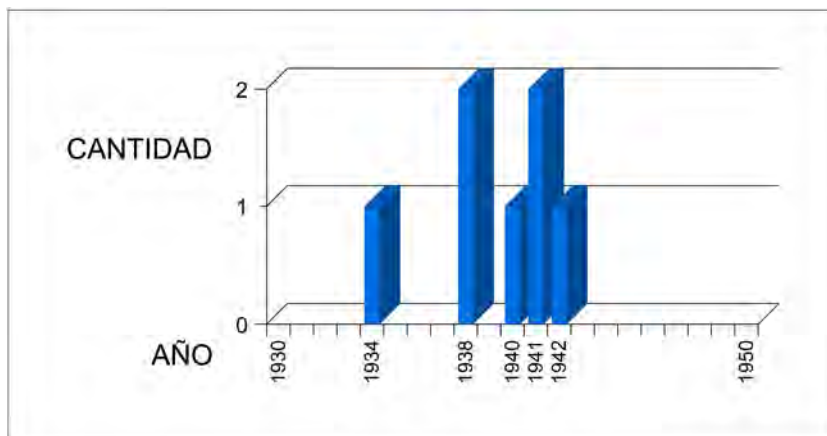


Figura 195. Total de las monedas alemanas halladas en Teyú Cuaré según sus fechas.

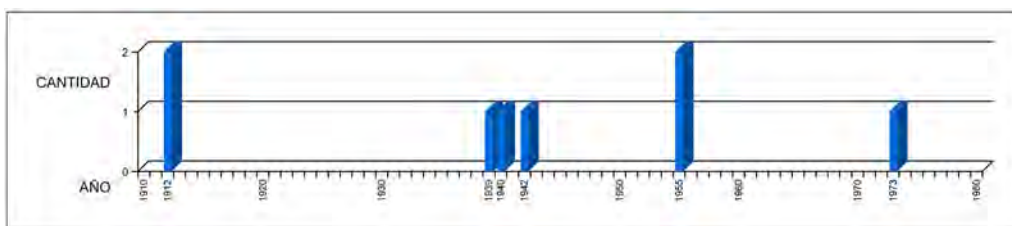


Figura 196. Cuadro con el total de las monedas argentinas de Teyú Cuaré ordenadas según sus fechas.

El hallazgo de unos muy pocos objetos asignables a las primeras décadas del siglo XX parece estar relacionado con las estructuras de piedra de la zona este y con las actividades de explotación de la madera que se desarrollaron entonces en las inmediaciones del sitio, si es que no eran simplemente cosas viejas usadas con posterioridad. Los escasos artefactos prehistóricos, por su parte, no tiene vinculación alguna con las ruinas históricas sino que forman parte de la historia temprana de las poblaciones indígenas de la región. Los objetos de uso reciente pueden ser asignados al tránsito de pescadores, curiosos y turistas, y son pocos y distinguibles.

Las fechas de fabricación del grueso de los objetos cerámicos –e incluimos allí a las lozas, porcelanas y azulejos-, resultaron de particular utilidad cronológica, dado que son bien conocidas sus fechas y ubican hacia 1940-41 la coincidencia posible para el inicio del uso y descarte de todo el conjunto, es decir una fecha que no puede ser anterior a la existencia del objeto más moderno (Figura 193). Con un rango mucho más amplio que los materiales cerámicos, los clavos proporcionan una cronología semejante y con rasgos absolutos que resultan determinantes para descartar el supuesto origen colonial de las estructuras. Cabe recordar que todos los clavos manufacturados antes del inicio de cerca de 1900 fueron de perfil cuadrado, primero forjados y luego cortados de una planchuela, mientras que los del siglo XX son todos de perfil circular hechos de alambre estirado con máquina, y que a éste último

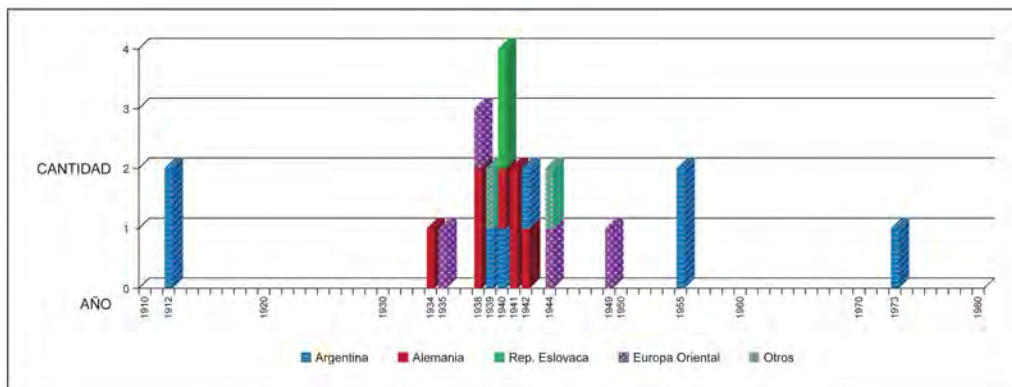


Figura 197. Presencia total de monedas fechadas en Teyú Cuaré.

grupo corresponden casi íntegramente los recuperados en Teyú Cuaré. Si bien la reutilización es posible en algunos casos, los datos son contundentes (Figura 194).

Las monedas tienen fechas visibles que no pueden ser anteriores a su acuñación y por eso mismo es otro indicador de valor arqueológico; su desgaste marca el tiempo probable en que circuló, si es que llegaron a hacerlo. De las 23 encontradas tanto en el sitio como en sus alrededores hay 15 que se ubican entre 1938 y 1944, los años de la Segunda Guerra Mundial y representan el 63% de la muestra (aunque la guerra comenzó en 1939 se tomó un año como variable dado que la circulación de toda moneda registra siempre demora, más si es de un continente a otro) (Figura 195). Queda una sola moneda afuera de este cálculo, la hallada en el pozo de basura 4, proveniente de Austria y acuñada antes, pero debe tenerse en cuenta que cuando fue descartada seguramente formaba parte de un cuchillo de manufactura artesanal, en cuyo armado la moneda fue utilizada como una pieza, no por su valor económico sino por el simbólico. Si se consideran las cuatro monedas enterradas en la Estructura I, todas de esos años, y en las de la Argentina encontradas en el exterior de esa estructura, hay absoluta coincidencia de época. Las seis monedas de *Casa de Piedra* cubren el rango que va de 1938 a 1944 y una externa es de 1955. En el total, el 60 % de las monedas argentinas son de 1939 a 1943 (Figura 196), mientras que el recuento total de monedas del sitio reconfirma la información brindada por los dos cuadros anteriores (Figura 197). Al igual que las monedas, las municiones recuperadas tienen la fecha de fabricación grabada, que en este caso corresponde a los años 1922 a 1925; tampoco en este caso las piezas pueden ser asignadas a momentos previos y solo es posible considerar que su distribución desde Bélgica debe haber tomado cierto tiempo. Fueron producidas para su uso en pistolas 9 mm, de la que la más común es la *Parabellum-Pistole* alemana, popularmente conocida como *Luger* y que fuera ampliamente utilizada por el ejército alemán durante las dos guerras mundiales. Y para terminar con los objetos cuya fecha está escrita, los ocho billetes argentinos fueron impresos entre 1951 y 1965.

Hay objetos de uso personal, alimentos, medicinas y restos de mobiliario, todos elementos consistentes con la vida cotidiana de un reducido grupo de individuos. Salvo la baja presencia de huesos, hecho destacable aunque quizás destruidos por la costumbre regional de quemarlos, toda la evidencia apunta a una ocupación doméstica con un muy alto consumo de productos envasados y de medicinas genéricas. Por otra parte, hay presencia de objetos de alta calidad

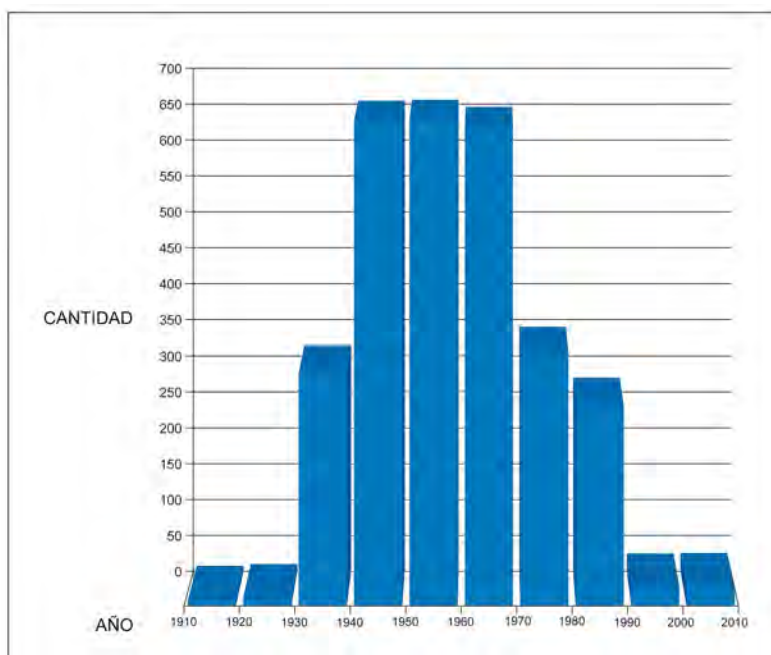


Figura 198. Cuadro con el total de objetos encontrados en el sitio con su asignación cronológica para tener un fechamiento promedio.

como una tulipa en litofanía, parte de un juego de porcelana *Ohme* de Silesia y otra de *Meissen*, un disco de pasta, frascos decorados, vidrios provenientes de la fábrica de *Tettau*, un espejo de bordes trabajados, un cubierto bañado en plata con iniciales, un botón y una hebilla de la Primera Guerra Mundial, botones de un abrigo femenino de alto costo y otros más modestos aunque todo es ropa de invierno para el clima extremadamente cálido de Misiones. Parte de los hallazgos incluso dan cuenta de la utilización de artefactos eléctricos, en un sitio donde no existe evidencia de la presencia de un generador. Es decir, hay en el sitio tres conjuntos bien diferenciados y uno corresponde a objetos de consumo de individuos de altos recursos. Otro representa al grupo de habitantes de bajos recursos que seguramente reusaron el lugar y las cosas que quedaran hasta lo último, que tenían objetos de valor mínimo, que adaptaron lo que tenían, que usaron serruchos y palas hasta agotarlos, que se iluminaban con modestos quinqués de kerosén y no con tulipas de aceite ¿Servidumbre, cuidadores de la propiedad ocupada por el grupo anterior, usuarios tardíos? Y por último se ve un grupo reciente y que nunca habitó el sitio o lo hizo de forma transitoria, que seguramente se hallaba integrado por pescadores, militares, traficantes y viajeros; ellos fueron quienes utilizaron aceite para freír pescado, comida en latas, pilas de linterna, plomadas de pesca, rollos de fotos y poco más. Una estimación comparativa general de la fecha promedio de fabricación (+/- 10 años) del total de objetos recuperados (fechables por algún método, generalmente documental), mostró que casi el 90% de dicho registro estuvo en uso entre 1940 y 1960 (Figura 198).

Sólo pudo obtenerse una única referencia concreta sobre la identidad del último ocupante del sitio, dada por un vecino que en el año 2015 tenía sesenta años y quien recordó un compañero

en la escuela local, a un niño que se llamaba Hugo Holz (o Jost, Host o Horst), que vivía allí con sus padres y un hermano menor. El lugareño describió la Estructura I como la vivienda de la familia y que las dos veces que lo invitaron a jugar lo hicieron dentro de “un sótano en la otra construcción”, indudablemente la Estructura II. Tanto el apellido Jost como Hotz cuentan con registros históricos en la provincia de Misiones (Sarramone 1982: 184), y según los datos oficiales hubo en el país para esa época 22 personas apellidadas Horst, 19 de ellos ingresados antes de 1942; en cambio Hartz hay uno sólo que tenía 58 años en 1925¹. Como curiosidad vale señalar que si bien en alemán son apellidos conocidos, *holz* significa *madera* y *horst* es *bosque*, por lo que la palabra pudo haber sido utilizada para describir la actividad de la familia y entendida como apellido.

El análisis de la arquitectura, por su parte, permitió identificar tres tipos de estructuras. Un primer conjunto de muros simples que delimitan lugares, crean terrazas, dificultan el paso, o funcionan como protecciones lábiles con sus plataformas asociadas, o que fueron de uso defensivo aunque más no sea muy primario; un segundo conjunto está integrado por los tres edificios principales (Estructuras I, II y III, quizás el IV y el camino que une I con III), y un tercer grupo que reúne diversos elementos auxiliares conexos con estos últimos. Dada su falta de rasgos específicos la construcción del primer conjunto de muros puede ser asignado a cualquier momento del siglo XX, aunque los objetos asociados son todos coincidentes con el siglo XX como ser botellas, azadas, latas, alambres o metal esmaltado; tampoco fue posible precisar su función pero se estima que es difícil que haya sido defensiva dado que se trata de un rasgo endeble. De todas formas podemos recordar las conocidas fotografías tanto de la guerra contra Paraguay como en la de Chaco-Paraguay, en que los soldados se atrincheraban tras simples hiladas de piedras encimadas.

Los edificios, en cambio, presentan rasgos físicos que sí pueden ser vinculados con tradiciones constructivas: la Estructura I exhibe una estilística que la ubica en la modernidad de las décadas que pasaron entre 1930 y 1950. La otra es proyectual, con gestos de arquitectura moderna de esos años: puede citarse la escalera lateral, la distribución de los ambientes en la planta, la racionalidad en el uso de los recursos, la reducción de circulaciones, el baño interior con ducha, bañadera e inodoro, el uso de agua caliente, y la cocina dentro de la casa con salida de servicio al patio trasero. Esto implica que había un espacio y una circulación para una servidumbre diferente del resto de los habitantes, habla de la manera de lavar la ropa y colgarla a secar y del fácil acceso al pozo de basura. Las ventanas con carpinterías de corte mecánico de triple división, con manijas y herrajes de manufactura moderna y con cortinas de enrollar con roldanas de plástico, son todos lujos burgueses; pequeños pero insólitos en el contexto local.

Contrastando con ese *espíritu burgués* –por llamar de alguna manera a esa forma de vida–, no tiene explicación el uso intensivo de la piedra tallada, los pesados muros y el volumen increíble de los basamentos inútiles y mal diseñados. Nadie en esos años construía en piedra en la región para una vivienda, era algo olvidado hacia más de medio siglo. No fue posible establecer si los edificios fueron inmediatamente ocupados una vez concluida su construcción, o si permanecieron deshabitados por un tiempo antes de ser habitados aunque con objetos en su interior que algunos se deterioraron. De igual modo, sigue siendo poco claro si fueron utilizados para el propósito con el que fueron originalmente diseñados o si sufrieron transformaciones

¹ Dato facilitado por el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos.

en el proceso de ser ocupados, aunque habitualmente los cambios de uso se pueden ver en modificaciones en las estructuras mismas.

Sí parece certero que más allá de si su uso específico fue continuo o esporádico, su abandono se produjo entre 1955 y 1960. Aunque es muy probable que en los años siguientes alguna persona o familia se instalara por algún tiempo a vivir en alguna de las estructuras, y estas son las personas a quienes ocasionalmente recuerdan los actuales vecinos sin detenerse demasiado en considerar las fechas. Antes, durante o después de esa breve ocupación, los edificios fueron saqueados y algunos de los muros y recintos menores se destruyeron aunque no ha sido posible establecer con qué finalidad. Tampoco pudo descartarse por completo que los conjuntos de pequeños muros sean anteriores a los grandes edificios y que de ellos se tomaran parte de las piedras empleadas en éstos, aunque parece poco probable por la diferente forma de trabajarlos. Entre unos y otros usos, el lugar fue empleado para contrabando dada su geografía cerrada y la facilidad del cruce a Paraguay; fueron los años de terror en el país por las dictaduras, y los vecinos del lugar no fueron ajenos a él y al mal uso que se le daba por parte de militares y fuerzas de seguridad, lo que contribuyó a instalar o a consolidar en el imaginario colectivo la idea de que las construcciones de Teyú Cuaré habían sido escenario de una historia de la que era mejor permanecer ajeno. Según la versión propuesta por algunos vecinos la publicación de 1976 se dio en el marco de un enfrentamiento entre facciones de las fuerzas armadas que se disputaban el control del sitio y estuvo destinada a atraer la atención sobre el lugar para alterar su manejo.

La pregunta que permanece sin respuesta concreta es ¿por qué Bormann? ¿Por qué no Menguele o cualquier otro? Solo es posible especular que la probada conexión del lugar con individuos de alguna forma relacionados con el nazismo y las repetidas menciones a Bormann realizadas durante las búsquedas en el área se articularon en el imaginario local y ese relato llegó a oídos del periodista Botinelli, quien manipuló hábilmente historia y leyenda para construir un relato, corrupto pero creíble, que fue repetido por décadas. Y quienes escribieron después, incluso en contra de la permanencia del asesino nazi en el lugar, fueron parte de la construcción y agigantamiento del mito de Bormann, e insólitamente lo siguen siendo.

Es difícil evaluar si los resultados obtenidos en el curso de esta investigación –parciales, incompletos, que por momentos son contradictorios como suele ocurrir con los resultados arqueológicos-, alcanzarán alguna vez a reemplazar la leyenda. Pero será positivo si cuando menos contribuyen a cuestionarla y abren el camino a nuevos estudios que continúen indagando la verdad de nuestra historia.

Bibliografía

- Alcaraz, D. 2006, *La navegación y las actividades económicas en el Alto Paraná (1880- 1920)*, Posadas: Talleres Creativa.
- Ambrosetti, J. B. 1892-93, Viaje a las misiones argentinas y brasileras por el alto Uruguay (I y II), *Revista del Museo de La Plata*.
- Ambrosetti, J. B. 1894 *Segundo viaje a Misiones: por el Alto Paraná e Iguazú*, Buenos Aires: Juan Carbone.
- Arendt, H. 1999, *Eichmann en Jerusalén*, Buenos Aires: Editorial Lumen.
- Arenhardt, E. 2005, El sistema Waldhufendorf organiza el paisaje rural de Colonia Eldorado (1924-1948), en: *IVas. Jornadas sobre poblamiento, colonización e inmigración en Misiones*, Posadas: Ediciones Montoya.
- Andrade, S. (alias de Carlos Silva Andrade), 1939, *Contra la corriente, Caras y caretas* no. 2132 (19 de agosto).
- Ayala Queirolo, V. 1985, Los ejércitos de la Guerra del Chaco, *Anuario de la Academia de Historia Militar del Paraguay*, Separata del Volumen I, Asunción.
- Barret, R. 1971 *Escritos de Barret, el terror argentino*, Colección de Historia y Pensamiento Social, Buenos Aires: Editorial Proyección.
- Basaldúa, F. de 1901, *Pasado, presente y porvenir del Territorio de Misiones*, La Plata: Edición del Autor.
- Beevor, A. 2002, *Berlín: The Downfall 1945*, New York: Viking-Penguin.
- Belástegui, H. 1974, *La situación del mensú en las primeras décadas del Siglo XX*, Posadas: Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales.
- Belástegui, H. 2006 *Los colonos de Misiones*, Posadas: Editorial Universitaria.
- Bernárdez, M. 1901, *De Buenos Aires al Iguazú: crónicas de un viaje periodístico a Corrientes y Misiones*, Buenos Aires: La Nación.
- Biganzoli, F. y Múlgura de Romero, M. (2004), Inventario Florístico del Parque Provincial Teyú Cuaré y alrededores (Misiones, Argentina), *Darwiniana* 42(1-4): 1-24
- Blue Book on Argentina, 1946, *Consultation among the American Republics with respect to the Argentine Situation*, Memorandum of the U. S. Government, New York: Greember Publ.
- Botinelli, A. 1976, La casa en que vivió Martín Bormann, *Gente* no. 594 (9 de diciembre).
- Bove, G. 1885, *Note di un viaggio nelle missioni del Alto Paraná*, Genova: Instituto Sordo-Muti.
- Buchrucker, C. 1987, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial 1927-1955*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Burmeister, C. 1899, *Memoria sobre el Territorio de Misiones*, Buenos Aires: Peuser.
- Bracegirdle, B. 1998, *Microscopical Mounts and Mounters*, London: Quekett Microscopical Club.
- Cabrera, a. (1971), Fitogeografía de la República Argentina, *Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica* 14: 1-42
- Camarasa, J. 1992, *Los nazis en la Argentina*, Buenos Aires: Legasa.
- Camarasa, J. 1995 *Odessa al sur: la Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra*, Buenos Aires: Planeta.
- Camarasa, J. y C. Basso, 2014, *América nazi*, Buenos Aires: Aguilar.
- Cambas, A. 1977, Proceso de la colonización en Misiones, *Tercer Congreso de Historia Argentina y Regional*, pp. 107-121, Paraná.
- Campbell, B. 1998, *The SA Generals and the Rise of Nazism*, Lexington: Kentucky University Press.

- Carney, M. 2002, *Lithophanes*, Atglen: Schiffer Publishing.
- CEANA 1998, *Informe final, Comisión para el Esclarecimiento de la Actividades Nazis en la Argentina*, Buenos Aires: Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Cebolla Badie, M. 1993, *Oleros: la pequeña industria de ladrillos en Posadas*, Posadas: Editorial Universitaria.
- Codovila, V. 1946, *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*, Buenos Aires: Anteo.
- Coni, F. A. 1954, *Diccionario geográfico argentino*, Buenos Aires: Coni.
- Corbiere, E. 1992, *Estaban entre nosotros*, Buenos Aires: Letra Buena.
- Corral, F. 1994, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo*, Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Corral, F. 2000, *Vida y pensamiento de Rafael Barrett*, Madrid: Universidad Complutense.
- Davidson, Hunter, 1882, *Informe de una expedición al Alto Paraná: para estudiar las mejoras necesarias en el Salto Grande de Apipé*, Buenos Aires: Establecimiento Tipográfico de La Pampa.
- DAIA 1998, *Proyecto Testimonio*, Buenos Aires: Planeta.
- De Bourgoing, A. 1894, *Viajes en el Paraguay y Misiones: recuerdos de una expedición a los yerbales de Concepción, Cerro Corá y Sierras de Amambay...*, Paraná: La Velocidad.
- De Chapeaurouge, C. 1901, *Atlas del Mapa Catastral de la República Argentina*, Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes.
- De Leon, J. 2015, *The Land of Open Graves: Living and Dying on the Migrant Trail*, Berkeley: University of California Press.
- De Napoli, Carlos, 2005, *Nazis en el sur*, Buenos Aires: Norma.
- Drewes, C. 2013, *Del San Ignacio Miní al San Ignacio*, Posadas: Editorial Universitaria.
- Eidt, R. 1971, *Pioneer Settlement in Northeast Argentina*, Madison: University of Wisconsin.
- Farago, L. 1974, *Aftermath, Martin Bormann and the Four Reich*, New York, Simon and Schuster.
- Fest, J. 1970, *The Face of the Third Reich: Portraits of the Nazi Leadership*, New York: Pantheon.
- Francis, M. J., 1977, *The Limits of Hegemony: United States Relations with Argentina and Chile during World War II*, Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Friedmann, G. 2010, *Alemanes antinazis en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gallero, M. C. 2003, *La inmigración y colonización alemana en Misiones, 12º Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina (separata)*, La Plata.
- Gallero, M. C. 2009, *Con la patria a cuestas. La inmigración alemana-brasileña en la colonia Puerto Rico, Misiones*, Buenos Aires: Araucaria Editora/IIGHI-CONICET.
- Gallero, M. C. 2010, *La territorialización de la germanidad en los alemanes-brasileños de Misiones, Argentina, Iberoamericana vol. X, no. 39, pp. 77-103.*
- Gary, F. 1982, *Juan Perón versus Spruille Braden*, New York: Rowan and Littlefield.
- Gentiluomo, E. 2009, *José Robert de Blosset, primer cónsul de Francia en Misiones*, en: *Vtas. Jornadas de poblamiento, colonización e inmigración en Misiones*, pp. 53-65, Posadas: Instituto Montoya.
- Giménez, A. 2012, *Teyú Cuaré: sonata en sol mayor y verde intenso*, Posadas: edición del autor.
- Goñi, U. 1998, *Perón y los alemanes: la verdad sobre el espionaje nazi y los fugitivos del Reich*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Goñi, U. 2003, *La auténtica Odessa*, Buenos Aires: Paidós.
- Gradín, C. y R. Ortiz 2000, *Hallazgo de los primeros grabados rupestres en la provincia de Misiones*, en: M. M. Podestá y M. de Hoyos (Eds.), *Arte en las Rocas. Arte Rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, pp. 11-14, Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

- Gutiérrez, R., L. Lolich et alt., 1998, *Hábitat e inmigración, nordeste y Patagonia*, Buenos Aires: Cedodal e Instituto de Investigaciones Geohistóricas.
- Hamilton, Ch. 1984, *Leaders & Personalities of the Third Reich*, San Jose: R. J. Bender Publ.
- Holmberg, E. L. 2012, *Viaje a Misiones (1887)*, Paraná: Eduner-Universidad Nacional del Litoral.
- Huret, J. 1912, *En Argentine: de Buenos Aires au Gran Chaco*, Bibliothèque Charpentier, Paris : E. Fesquille Editeur.
- Isabelle, A. 1835, *Voyage a Buenos Aires et a Porto-Alegre : par la Banda-Oriental, les Misiones D'Uruguay et la Province de Rio-Grande-do-Sul (de 1830 a 1834)*, Le Havre: J. Morlent..
- Jackisch, C. 1987, Los refugiados alemanes en la Argentina 1933-1945, *Todo es historia* no. 244, pag. 6-33.
- Jackisch, C. 1997, *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Jackisch, C. 1998, Cuantificación de criminales de guerra según fuentes argentinas, Comisión para el Esclarecimiento de la Actividades Nazis en la Argentina (CEANA), en <http://desclasificacion.cancilleria.gov.ar/userfiles/INFORME-FINAL-CEANA-97-99.pdf> (Consulta: 22 de julio 2015).
- Jackisch, C. y D. Mastromauro 2000, Identificación de criminales de guerra llegados a la Argentina según fuentes locales, *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, n° 19, pp. 217-235.
- Joachimsthaler, A. 1999, *The Last Days of Hitler: The Legends, the Evidence, the Truth*, London: Brockhampton Press.
- Kanner, M. 1993, *Apuntes históricos sobre la yerba mate. Relatos misioneros: por las rutas del Moconá*, Posadas: Editorial Universitaria.
- Katz, F. y K. Kannapin 1968, *Hitler sobre América Latina: el fascismo alemán en Latinoamérica 1933-1943*, México: Fondo de Cultura Popular.
- Kegler, R. 2006, *Los alemanes en Misiones*, Posadas: Edición del autor.
- Klich, I. (ed.), 2002, *Sobre nazis y nazismo en la cultura argentina*, College Park: Ediciones Hispamérica.
- Larraburu, M. A. 2002, *Nueve diablos*, Posadas: Edición del autor.
- Larguía, A. 2006, *Misiones-Itapúa y los pioneros del Oro Verde*, Buenos Aires: Corregidor.
- Latzina, F. 1888, *Geografía de la República Argentina*, Buenos Aires: Félix Lajouane.
- Latzina, F. 1891, *Diccionario Geográfico Argentino*, Buenos Aires: R. Espasa y Cía.
- Le Tissier, T. 2010, *Race for the Reichstag: The 1945 Battle for Berlin*, South Yorkshire: Barnsley, Pen and Sword.
- Levinton, N. 2009a, *El espacio jesuítico-guaraní, la formación de una región cultural*, Centro de Estudios Antropológicos, Asunción: Universidad Católica, Asunción.
- Levinton, N. 2009b, *San Ignacio Miní: la identidad arquitectónica*, Buenos Aires: Contratiempo Ediciones.
- Levinton, N. y E. Snihur, 2015, *Misiones: territorio entre fronteras (1609-1895)*, Buenos Aires: Ente Binacional Yaciretá.
- Lista, R. 1883, *El Territorio de las Misiones*, Buenos Aires: La Universidad.
- Lockhart, B., P. Schulz, C. Serr, B. Schriever y B. Lindsey 2011, Blake-Hart: The Square Milk Bottle, Part I, *Milk Route* nos. 69 y 91, pp. 1-3
- Loponte, D. y M. Carbonara, s/f, *Arte rupestre en la provincia de Misiones: el sitio Campo Yabebirí dentro del contexto regional*, manuscrito, Buenos Aires.
- Lupton, E. y J. A. Miller 1992, *The Bathroom, the Kitchen and the Aesthetics of Waste, a Process of Elimination*, Cambridge: MIT List Visual Art Center.

- Machón, J. F. 2003, Los últimos Tupies de Misiones, en: *III Jornadas de poblamiento, colonización e inmigración en Misiones* pp. 71-81, Posadas: Ediciones Montoya.
- Maeder, E. 2004, *Misiones: historia de la tierra prometida*, Buenos Aires: Eudeba.
- Maeder, E. y R. Gutiérrez 2003, *Atlas del desarrollo urbano del nordeste argentino*, Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas-Conicet.
- McGovern, J. 1968, *Martin Bormann*, New York: William Morrow and Company.
- Mc Kale, Donald, 1977, *The Swastika outside Germany*, Kent: The Kent State University Press.
- Manning, Paul, 1981, *Martin Bormann, Nazi in exile*, Secaucus: Lyle Stuart.
- Manzi, F. 1910, *Impresiones de viaje: breves apuntes del territorio de Misiones*, Corrientes: Imprenta La Popular.
- Marengo, H. G. y L. Net 2004, Petrografía y diagénesis de las areniscas mesozoicas de San Ignacio, Misiones, Significado geológico, en: *X Reunión Argentina de Sedimentología, Resúmenes*, San Luis.
- Martínez, T. E. 1984, *Peron and the Nazi war criminals*, Washington: Woodrow Wilson Center.
- Martínez Chas, M. L. 2009, *Liderazgo social y militancia comunista en la provincia de Misiones: una aproximación a la vida política e intelectual de Marcos Kanner*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Tesis inédita, Córdoba.
- Massone, Laboratorios 1929, *Tratamiento de las infecciones intestinales con el Fermentil y las vacunas Anticoli y Anticolítica Croveri*, Buenos Aires: Massone.
- Meikle, J. L. 1995, *American Plastic: A Cultural History*, New Brunswick: Rutgers University Press.
- Mending, H. 1995, Etnicidad, identidad e inmigraciones de los colonos de habla alemana en Misiones, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* no. 31, pp. 727-745.
- Mending, H. 2000, *La ruta de los nazis en tiempos de Perón*. Buenos Aires: Editorial Emecé.
- Morales, J. E. 1929, *Iguazú: cataratas y ruinas*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos J. L. Rossi.
- Morán, G. 2007, *Asombro y búsqueda de Rafael Barrett*, Barcelona: Anagrama.
- Muello, C. A. 1930, *Misiones. Las Cataratas del Iguazú. El Alto Paraná y el cultivo de la yerba mate*, Buenos Aires: Peuser.
- Newton, R. 1977, *German Buenos Aires 1900-1933, Social Change and Cultural Crisis*, Austin: University of Texas Press.
- Newton, R. 1995, *El cuarto lado del triángulo: la amenaza nazi en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Newton, R. 1992, *The Nazi Menace in Argentina, 1931-1947*, Stanford: Stanford University Press.
- Oliveira-César, M. 2001, A la sombra de Hitler, *Todo es Historia* no. 413, pp. 70-80.
- Poujade, R. 2000, *Informe a la empresa Binacional de Yaciretá sobre sitios arqueológicos en la orilla izquierda del río Paraná*, manuscrito, Posadas.
- Quaranta, A. M. 1987, *Historia de la provincialización de Misiones*, Posadas: Ediciones Montoya, Posadas.
- Queirel, J. 1897, *Misiones*, Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría Nacional.
- Quesada, F. 1986, 1931: *La Toma de Encarnación*, Asunción: Rafael Peroni Editor.
- Quiroga, H. 1997, *Cuentos completos*, Buenos Aires: Seix Barral, Buenos Aires.
- Rapoport, M. 1988, *¿Aliados o neutrales?* Buenos Aires: *La Argentina frente a la segunda guerra mundial*, EUDEBA.
- Rock, J. 1989, Cans in the Countryside, *Historical Archaeology* vol. 18, no.2, pp. 97-111.
- Rock, J. 1993, *Can Chronology*, Salinas: Coyote Press.
- Rodríguez, J. E. 1917, *A través del Iguazú y del Guayrá*, Buenos Aires: Talleres Gráficos del Estado Mayor del Ejército.

- Rojas, R. 1966 (1907), *En el país de la selva*, Buenos Aires: Eudeba.
- Sarramone, A. 2011, *Alemanes en la Argentina: Inmigración, refugiados judíos y nazis con Perón*, Buenos Aires: Ediciones B.
- Schávelzon, D. 2004, *Ciudad y asentamientos entre los mayas: Historia de las teorías sobre el espacio urbano*, Oxford: BAR International Series.
- Schavelzon, D. 2014, *Litofanías en arqueología, o la búsqueda de la cuarta dimensión para la pornografía*; Buenos Aires: Centro de Arqueología Urbana.
- Seiferheld, A. 1985, *Nazismo y fascismo en el Paraguay: Vísperas de la II Guerra Mundial 1936-1939*, Asunción: Editorial Histórica.
- Simonis, D. 1997, *Condensed/Evaporated Milk Cans: Chronology for Dating Historical Sites*, Kingman: Bureau of Land Management,
- Snihur, E. 1997, *De Ucrania a Misiones. Una experiencia de transformación y crecimiento*, Rosario: Escuela de Artes Gráficas del Colegio Salesiano San José.
- Sognnaes, R. 2001, Dental Evidence in the Postmortem Identification of Adolf Hitler, Eva Braun and Martin Bormann, *Legal Medicine Annual* vol. 14, no.3, pp. 173-235.
- Stachura, P. 1983, *Gregor Strasser and the rise of Nazism*, London: Allen and Unwin.
- Stefaňuk, M. Á. 1991, *Evolución de la cartografía de Misiones*, Posadas: Ediciones Montoya.
- Trainer, J. 1997, *Primera experiencia histórico-política de Comuna en América Latina. Factores que llevan a la corta duración y al fracaso de la Toma de Encarnación, Paraguay, 20 de febrero de 1931*, Posadas: Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales.
- Turner, G. 1989, *The Great Age of the Microscope*, Bristol: IOP Publishing.
- Tschumi, E. (editor) 1948, *Tierra colorada, síntesis agraria, industrial, comercial, cultural, turística y biográfica del Territorio Nacional de Misiones*, Buenos Aires: Edición del autor.
- Varela, A. 1943, *El río oscuro*, Buenos Aires: Lautaro.
- Veloza, G. 2009, *Cuarenta y tantos años por el Teyú-Cuaré*, Misiones: IPRODHA.
- Viollet-Le-Duc, E. E. 1945, *Historia de la habitación humana*, Buenos Aires: Víctor Lerú.
- Von Lang, Jochen, 1979, *The Secretary. Martin Bormann: The Man Who Manipulated Hitler*, New York: Random House.
- Waskiewicz, S. A. 2002, *La masacre de Oberá (1936)*, Posadas: Editorial Universitaria.
- Weimer, G. 2005, *Arquitectura popular da imigracao alemá*, Porto Alegre: Edición del autor.
- Whiting, C. 1996, *The Hunt for Martin Bormann*: London: The Truth, Pen and Sword.
- Weyreuter, H. 1992, *Ardua fue la lucha: destino de los colonos alemanes en la selva*, Posadas: Editorial Universitaria.
- Yssouribehere, P. 1904, Investigación agrícola en el Territorio de Misiones, *Anales del Ministerio de Agricultura*, vol. I, tomo 9.
- Zamboni, B. (L'ortelano) 2005, *Escenas familiares campestres*, Posadas: Universidad de Misiones.

Publicaciones, presentaciones y estudios del Proyecto “Arquitectura lítica del siglo XX en Argentina: Estudio de un caso en la selva misionera”

Libro

- D. Schávelzon y A. Igarreta. 2017. *Teyú Cuaré, arqueología de un refugio nazi en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.

Artículos

- Frazzi, P. 2015. La conservación de objetos arqueológicos en el sitio de Teyú Cuaré. *V Congreso Internacional de Turismo, Educación Intercultural y Desarrollo Local de las Misiones Jesuíticas Guaraníes*, Corpus. Disponible en: <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=7572>

- Schávelzon, D. y A. Igareta. 2016. Teyú Cuaré, Misiones: preparados biológicos en un probable refugio nazi. *ANTI: Perspectivas y proyectos culturales en América Latina*, Actas del X Coloquio binacional argentino-peruano (Haro y otros., comp.), pp. 21-32, Buenos Aires.
- Igarreta, A.; L. Salvatelli y D. Schávelzon. 2017. Un caso de manejo de fuentes documentales poco confiables para la investigación arqueológica, *Scientia Interfluvius*, Suplemento resúmenes, pp. 61, Universidad Autónoma de Entre Ríos, Paraná.
- Schávelzon, D. 2017. Franco's Fascist Activities in a Nazi Hideout? Teyú Cuaré, Misiones, Argentina, *International Journal of Historical Archaeology*, Vol. 17, N° 1, pp. 1-17.
- Schávelzon, D. 2017. ¿Actividades franquistas en un refugio nazi?: Teyú Cuaré, Argentina, *Estudios de arqueología navarra*, Vol. 29, pp. 205-224.
- Schávelzon, D. y A. Igareta. 2017. Papeles en la piedra: imágenes del Tercer Reich en el registro material de un sitio arqueológico de la provincia de Misiones, *Legado*, Revista del Archivo General de la Nación, N° 7, pp. 88-98, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. y A. Igareta. 2018. Arqueología de la Segunda Guerra Mundial en Argentina: las construcciones de piedra del Teyú Cuaré (Misiones), *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, N° 12, pp. 333-352, Buenos Aires.
- Igarreta, A.; D. Schávelzon y A. Weber. 2021. Las ruinas de Teyú Cuaré y las discontinuidades entre historia y leyenda. *Cuadernos de Marte. Revista latinoamericana de sociología de la guerra*, N° XIX, año 11, pp. 139-164.

Ponencias en eventos científicos

- Schávelzon, D. y A. Igareta. 2015. ¿Una instalación secreta de la Segunda Guerra Mundial? Hallazgo arqueológico en Misiones. Argentina, Lujan, XXVI Encuentro Regional Ameghiniano, Dirección de Cultura de Luján.
- Schávelzon, D. y A. Igareta. 2015. Arqueología de la Segunda Guerra Mundial en la Argentina: las construcciones de piedra de Teyú Cuaré (Misiones), *V Congreso Nacional de Arqueología Histórica*, Mendoza.
- Schávelzon, D.; A. Igareta, L. Salvatelli y P. Frazzi. 2015. *Descubrimientos recientes en Teyú Cuaré*, Municipalidad de San Ignacio, Conferencia abierta a todo público, 19 de noviembre, San Ignacio.
- Schávelzon, D. y A. Igareta. 2016. La arquitectura no jesuita en piedra en Misiones: la arquitectura que no existía, *El patrimonio cultural como testimonio, nuevos paradigmas para su concepción*, Workshop Programa de Patrimonio Cultural Iberoamericano del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas; Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo; Universidad de Buenos Aires.
- Igarreta, A. y D. Schávelzon. 2017. Presentación del libro *Arqueología de un refugio nazi en la Argentina: Teyú Cuaré*, Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Schávelzon, D. 2017. A Nazi Hideout near the Parana River (Argentina-Paraguay), *The Third Shanghai Archaeology Forum*, Shangai.
- Igarreta, A.; L. Salvatelli y D. Schávelzon. 2017. Un caso de manejo de fuentes documentales poco confiables para la obtención de datos arqueológicos. *VII Encuentro de Discusión Arqueológica del Nordeste Argentino*, Diamante.
- Schávelzon, D. y P. Frazzi. 2017. Arqueología de un refugio nazi en la Argentina, *Feria del Libro*, Mendoza.

- Schávelzon, D. y P. Frazzi. 2017. A Nazi Hideout near the Paraná River (Argentina-Paraguay), *The Australian Society for Historical Archaeology*, Sydney.
- Schávelzon, D. y A. Igareta. 2017. Un refugio Nazi en la selva de Argentina y Paraguay: los movimientos desconocidos de la Segunda Guerra Mundial, *Tercera Conferencia Intercontinental de la Society for American Archaeology*, Oaxaca, México.
- Schávelzon, D. 2019. *Arqueología de un refugio nazi en la Argentina*, Conferencia abierta a todo público, Museo Histórico Municipal “Víctor Míguez”, Mercedes.
- Schávelzon, D. 2019. The Nazi Hideout of South America: Archaeology of Teyú Cuaré 1945 Neighborhoods, *84th Annual Meeting of Society for American Archaeology*, Albuquerque.
- Igareta, A. y D. Schávelzon. 2019. Las ruinas de Teyú Cuaré, el nazismo y la memoria local, 1^o *Congreso Iberoamericano de Estudios Sociales sobre el Conflicto Armado*. Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios, Universidad Nacional de Luján.
- Weber, A. 2020 *Arqueología de la guerra: una aproximación al uso del espacio y materiales de construcción en el sitio Teyú Cuaré*. Tesis de Licenciatura para optar al grado de Arqueólogo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto “Miguel Lillo”, Universidad Nacional de Tucumán.

Informes, accesibles en Internet

2015. Igareta, A., D. Schávelzon, D. y P. Frazzi. *Primer informe general de actividades: campaña arqueológica sitio Teyú Cuaré, marzo 2015*. Disponible en: <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=7443>
2015. Frazzi, P. *Conservación y restauración en Teyú Cuaré*. Disponible en: <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=7554>
2015. Igareta, A. y D. Schávelzon. *Segundo informe general de actividades: campaña arqueológica sitio Teyú Cuaré, junio 2015*. Disponible en: <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=7449>
- 2016 Schávelzon, D. y A. Igareta. *Tercer informe general de actividades: campaña arqueológica sitio Teyú Cuaré, noviembre 2015*. Disponible en: <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=7454>
2017. Schávelzon, D. y A. Igareta, *Quinto informe general de actividades: campaña arqueológica sitio Teyú Cuaré, septiembre 2017*. Disponible en: <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=8087>
2017. Frazzi, P. y D. Schávelzon. *Teyú Cuaré: recomendaciones mínimas de acciones de preservación*. Disponible en: <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=7461>